Mo Ti

Política del amor universal

Estudio preliminar de
FERNANDO MATEOS

Traducción y notas de
CARMELO ELORDUY

tecnos

TITULO ORIGINAL
Motzy (c. siglos V-IV a.C.)

Diseño y realización de cubierta:
Rafael Celda y Joaquín Gallego

Impresión de cubierta:
Gráficas Molina

© Estudio preliminar, FERNANDO MATEOS, 1987
© EDITORIAL TECNOS, S. A., 1987
O'Donnell, 27 - 28009 MADRID
ISBN: 84-309-1501-X
Depósito Legal: M-37224-1987

Printed in Spain. Impreso en España por GAMA
Tracia, 17, Madrid

INDICE

ESTUDIO PRELIMINAR . . . . . *Pág.* IX
Bibliografía LXVII
Expresiones chinas citadas en el estudio preliminar. LXXIII

POLITICA DEL AMOR UNIVERSAL

LIBRO PRIMERO 3
Cap. 1. Adhesión de varones letrados 3
Cap. 2. Del propio perfeccionamiento 7
Cap. 3. Del color en que han sido teñidos . . . 9
Cap. 4. Reglas 12
Cap. 5. Las siete calamidades 15
Cap. 6. Cortar excesos 19
Cap. 7. Refutación de tres objeciones 25

LIBRO SEGUNDO 27
Cap. 8. Del promover a los varones mejores I . 27
Cap. 9. Del promover a los varones mejores II . 30

LIBRO TERCERO 41
Cap. 11. Unión de ánimos y pareceres I 41
Cap. 12. Unión de ánimos y pareceres II 44

LIBRO CUARTO 51
Cap. 14. Mutualidad de amor I 51
Cap. 16. Mutualidad de amor III 53

LIBRO QUINTO 65
Cap. 17. Condena de toda agresión armada I . 65
Cap. 18. Condena de toda agresión armada II . 67
Cap. 19. Condena de toda agresión armada III . 72

LIBRO SEXTO 81
Cap. 20. Morigerar gastos I 81
Cap. 21. Morigerar gastos II 83
Cap. 25. Moderar gastos en los funerales 86

LIBRO SEPTIMO 97
Cap. 26. La voluntad del Cielo I 97
Cap. 27. La voluntad del Cielo II 102
Cap. 31. Declaración sobre los manes de los difuntos 111
Cap. 32. Reprueba la música 125

LIBRO NONO 133
Cap. 35. Contra la existencia del hado 133
Cap. 39. Refutación de los letrados *ju* (confucionistas) II 139

LIBRO ONCE 151
Cap. 46. Ken Chu 151

LIBRO DOCE 161
Cap. 47. Estima de la justicia 161
Cap. 48. El señor Kung Meng 167

LIBRO TRECE 179
Cap. 49. El señor de Lu 179
Cap. 50. Kung Shu 191

ESTUDIO PRELIMINAR

por Fernando Mateos

I. CHINA EN LA EPOCA DE MO TI *

"Los reyes y señores feudales atacan a estados que no han cometido delito alguno. Atraviesan sus fronteras, siegan sus meses, talan sus arboledas, derriban sus murallas y sus antemuros, ciegan sus canales, roban y matan sus ganados, queman y destruyen los monumentos o templos de los antepasados, aprisionan y matan a sus habitantes, exterminan a los ancianos y a los niños, y se llevan sus vasijas y tesoros... Si además contamos los gastos que suponen esas guerras, veremos que ellas destruyen en su raíz la vida de los pueblos al consumir grandes riquezas. Añádanse aún innumerables gentes que han de morir de frío, de hambre, de enfermedades, y cuyos cadáveres irán flotando por ríos y canales."

---

* En este Estudio Preliminar, además de los acostumbrados números exponenciales para indicar las notas, se señalan con letras alzadas ($^{a, b, c, d, \ldots}$) nombres y expresiones chinas cuyos correspondientes caracteres ideográficos vienen en lista aparte (véase pág. LXXIII). Los paréntesis cuadrados refieren a los capítulos del texto de Mo Ti.

Esta trágica descripción que leemos en el capítulo 19 de las obras de Mo Ti refleja la situación política de China desde el siglo VIII al III antes de la era cristiana, en las épocas que los cronistas chinos llamaron "Primavera y Otoño" y "Reinos Combatientes", cuya duración se fija entre los años 722 y 222 antes de Cristo [a]. La dinastía Chou —como les había ocurrido a las primeras dinastías chinas Hsia (2207-1766 a.C.) y Shang (1765-1121 a.C.) [b]— había degenerado de los nobles hechos y ejemplar conducta de los idealizados "reyes sabios y santos". Tanto Mo Ti como Confucio y sus discípulos intentaron probar la legitimidad de sus doctrinas respectivas apelando a los dichos y hechos de aquellos reyes o emperadores de la antigüedad china. Los dos primeros (Yao y Shuen) se sucedieron uno al otro. Los cuatro siguientes (Yü, T'ang, Wen y Wu) fundaron dinastías, y el último (el Duque Chou) [c] fue quien como regente dio a China una organización feudal, confiriendo títulos nobiliarios a los jefes de las tribus chinas. La dinastía Chou procedía de una tribu occidental que logró la hegemonía sobre otras tribus de raza Han, asentadas en las grandes llanuras que se extienden entre el sur de Manchuria y el valle del Río Azul o Yangtse.

Desde el siglo VIII a.C. los emperadores de la dinastía Chou fueron perdiendo autoridad y territorio, debido tanto a las invasiones y correrías de los "bárbaros del norte" (mongoles y tártaros) como a las luchas entre los señores feudales, quienes se confederaban para atacar y sojuzgar a los feudos más débiles. Así fue cómo los señores feudales de Chao, Wei, Han, Ch'i, Yen, Ch'u, Ch'in y Yüe se anexionaron los pequeños feudos de Lu, Sung, Ch'ü, Wu [ch] y otros, como se relata en el capítulo 18 de Mo Ti. Los feudos se hicieron hereditarios y luego virtualmente independientes, como estados o reinos que reconocían cierta preeminencia honorífica al emperador, reducido al pequeño territorio de su capital, Luoyang.

El pueblo era víctima de la atomización política y

de las guerras fratricidas, pero continuaba participando de una misma cultura, expresada en el sistema de los caracteres ideográficos, que se habían desarrollado con gran abundancia a partir de la dinastía Shang [1]. En el capítulo 31 del libro de Mo Ti se relata la lamentable situación de la sociedad china en aquel tiempo: "El mundo perdió la justicia y los señores feudales inauguraron el gobierno de la fuerza y violencia... No hay probidad en los superiores; éstos no se esfuerzan en hacer justicia y mantener el orden. Los de condición humilde tampoco se esfuerzan en sus tareas. El pueblo se entrega al vicio, a la violencia, al robo, al desorden, al bandidaje. Con armas, con venenos, con fuego y agua atacan a la gente inocente en los caminos. Roban caballos, carros, vestidos, pellizas, para enriquecerse. ¿De dónde ha nacido todo este desorden que reina en el mundo?".

Precisamente en aquellos siglos calamitosos apareció la primera y extraordinaria floración de los grandes pensadores y filósofos chinos: Confucio (551-479 a.C.), Mo Ti (siglos V-IV), Laotse o el autor del *Tao Te Ching* (siglo IV), Chuangtzy (399?-295) y Mencio (371-289) [4], cuya originalidad filosófica e influencia multisecular son comparables a la de los grandes filósofos griegos, asombrosamente contemporáneos, Pitágoras (582?-507? a.C.), Sócrates (470-399), Platón (427-347) y Aristóteles (384-322). Confucio, Mo Ti y Laotse fueron sabios maestros que formaron constelaciones de discípulos en las escuelas confuciana, motista y taoísta. Las elucubraciones de Chuangtzy dieron al taoísmo profundidad mística y belleza literaria. Mencio sistematizó el taoísmo como instrumento de las relaciones sociales entre los chinos de mil generaciones. En cambio, los discípulos de Mo

[1] Sobre la formación y valores de los caracteres chinos *vid.* Fernando Mateos, *Los caracteres chinos. Lexicografía y romanización*, Asociación Española de Orientalistas, Madrid, 1975, páginas 5-39.

Ti, que habían recogido por escrito sus enseñanzas éticas y directivas políticas, se agruparon en facciones de acción radical e incluso militar, lo que les granjeó la enemistad de los confucianos y la antipatía de los taoístas. Ello hizo que las nobles enseñanzas del Maestro Mo sobre el amor universal y el bien común fueran proscritas más tarde como heréticas o revolucionarias, y que su vida ejemplar fuera casi olvidada durante siglos en China y desconocida en el resto del mundo [2].

II. VIDA DE MO TI

A diferencia del semilegendario Laotse, Mo Ti es un personaje plenamente histórico, aunque sean inciertas las fechas exactas de su vida. Debido a la escasez de documentos respecto a su controvertida figura, los historiadores chinos difieren al asignar entre los años 500-459 para su nacimiento, y los años 420-382 para su muerte [3]; habría, pues, vivido unos ochenta años, en las calamitosas épocas de Primavera y Otoño y de los Reinos Combatientes. Se prefiere común-

---

[2] En nuestro *Diccionario español de la lengua china* (Espasa-Calpe, Madrid, 1977, pp. 131*-133*), ofrecemos una tablas históricas de China. Hay que advertir que las fechas anteriores al establecimiento de la dinastía Shang son muy hipotéticas, y que los historiadores chinos tenían dos cronologías de la antigüedad, que coinciden a partir del año 841 a.C. Entre los historiadores de Occidente hay diferencia de un año para las cronologías chinas anteriores a la era cristiana, según sigan el calendario astronómico o el calendario juliano.

[3] Para las fechas del nacimiento (n.) y de la muerte (m.) de Mo Ti hay diversidad de opiniones: el editor crítico Suen Yi-jang señaló los años 468 (n.)-376 (m.) a.C.; el escritor y político Liang Ch'i-ch'ao, 468-459 (n.) y 390-382 (m.); el filósofo Hu Shih, 500-490 (n.) y 425-416 (m.); el historiador de la filosofía china Feng You-lan, 479 (n.)-381 (m.); el traductor de Mo Ti, Mei Yi-pau, 470 (n.)-391 (m.). El profesor Yen Ling-feng, especialista en motismo, prefiere las fechas de 468 (n.)-376 (m.).

mente indicar que Mo Ti vivió desde los últimos años de Confucio hasta antes de que Chuangtzy y Mencio nacieran, pues éstos citan a Mo Ti, mientras que este último cita solamente a Confucio.

Se discute también sobre el lugar de su nacimiento. Según la mayoría de los comentadores, nació en el pequeño estado de Lu, el mismo donde nacieron Confucio y Mencio, y que estaba situado en el territorio de la actual provincia de Shantung. El célebre historiador Sy-Ma Ch'ien (145-86 a.C.), empero, aseguró que Mo Ti era natural del estado de Sung (actual provincia de Henan). También se ha sugerido haber sido oriundo del gran reino de Ch'u [4].

El nombre de nuestro filósofo era Mo Ti, pero en la historia y literatura china se le llama más frecuentemente Motzy [5]. En la lengua china el carácter *mo* tiene un abanico de significaciones, siendo las principales "negro", "tinta negra", "marcar a un criminal con tinta negra", y raramente se usa como apellido [5]. El nombre propio de Motzy es *Ti*, que según el uso chino se pospone al apellido. Algunos autores han opinado que *Mo* sería más bien un apodo popular, ya que consta que nuestro filósofo era muy moreno de rostro [cap. 47 de las obras de Mo Ti]; ello hizo imaginar a un comentarista que Mo Ti sería de origen indio. El carácter *tzy* pospuesto a un apellido era en la antigüedad china un apelativo de honor y respeto dado a los grandes maestros y pensadores: Motzy es el Maestro Mo como Chuangtzy es el Maestro Chuang; precisamente en los nombres de Confucio y Mencio la última sílaba es el carácter *tzy* latinizado en *-cio*. En esta introducción empleamos ambas formas Mo Ti o Motzy; en la traducción, Carmelo Elorduy escribe Mo Ti o Mo Tzu [6].

---

[4] Mei Yi-pao, *Motse, the neglected rival of Confucius*, Londres, 1934, pp. 30-41.

[5] *Diccionario español de la lengua china*, p. 663, carácter 3525.

[6] Entre los autores que escriben en lenguas occidentales sobre Mo Ti o Motzy hallamos una increíble variedad de transliteracio-

Mo Ti procedía probablemente de una familia de trabajadores, de los que aprendería varias artes manuales. De su ingenio práctico sabemos que era él mismo quien dirigía las obras para fortificar ciudades que estaban en peligro de ser agredidas injustamente. El taoísta Liu An, del siglo II a.C., aseguró que Mo Ti tuvo un maestro que le enseñó las doctrinas de Confucio,

> Pero le pareció que el código de los ritos era demasiado engorroso, y que los complicados funerales costaban demasiado y empobrecían al pueblo; todo ello era dañoso para la vida y obstáculo para la técnica [7].

Mo Ti poseía una amplia cultura histórica, literaria y técnica, como se muestra en sus obras; en sus largos viajes de una región a otra de China llevaba consigo un carro con gran cantidad de libros [cap. 47]. De ingenio agudo para la dialéctica y el raciocinio, era un hombre de total sinceridad consigo mismo y con los demás. Se entregó en cuerpo y alma a realizar "la voluntad del Cielo", practicando y enseñando la doctrina del amor mutuo, universal y benéfico. Convencido de que su ideario era el mejor programa para atajar la anarquía social, fundó una escuela muy disciplinada que atrajo a un gran número de jóvenes. Su influencia con los gobernantes traspasaba los límites de los estados chinos, como cuando enviaba a algunos de sus discípulos para ser funcionarios públicos en otros reinos. Aunque probablemente Mo Ti tenía un alto cargo en el reino de Sung, se hizo incansable maestro itinerante, predicando en cada país la doctrina que allí más se necesitaba [cap. 49]. Fue enviado

---

nes para nombrarle, según las diversas romanizaciones o lecturas en dialectos chinos e incluso ignorancia de los caracteres: Mo Tzu, Mo-tsu, Motse, Mo-tze, Mo-tseu, Meh Tse, Mih-tsze; o Mo-ti, Me-ti, Meiti, Meh-ti, Mek-tiz, Mih-teih, Mih Tih, y el latinizado Micius.

[7] *Huai-nan Tzy*, cap. XXI, obra escrita por Liu An en el año 122 a.C.

como embajador plenipotenciario a los reinos de Lu, Chi, Sung, Wei, Ch'u y Yüe para conseguir alianzas o prevenir agresiones. Tanta movilidad y actividad mostraba en el desempeño de sus funciones pedagógicas, sociales o diplomáticas que, según el citado Liu An, "no daba tiempo a que su asiento se calentara". Preguntándole Kung Mengtzy por qué se afanaba tanto enseñando a unos y a otros, el Maetro Mo replicó: "Quien va de un sitio a otro predicando las virtudes del amor, de la justicia y de la equidad contribuirá así más a extender la bondad y el bien" [cap. 48]. En una ocasión caminó diez días con diez noches, desde el estado de Ch'i a la capital del gran reino de Ch'u, para disuadir al rey que desistiera del ataque que preparaba contra el reino de Sung, aunque sospechaba que podían asesinarle por ello [cap. 50]. Cuando sus argumentos persuasivos no lograban efecto, acudía con sus discípulos a la defensa de la ciudad atacada injustamente, levantando fortificaciones y empuñando las armas. Mo Ti se había comprometido como un Quijote chino en defensa de los oprimidos.

Era una asceta exigente consigo mismo, de vida frugal y vestimenta escueta, mostrando con su ejemplo la doctrina que predicaba. Con gran libertad de espíritu rechazó honores y recompensa que los grandes le ofrecían, como cuando el rey de Yüe quiso hacerle señor de un feudo [cap. 49]. El gran filósofo taoísta Chuangtzy, después de ridiculizar las exageradas austeridades de los motistas, tributa a Mo Ti un magnífico elogio:

> Mo-Tzu fue un hombre que amó en verdad al mundo, pero no pudo salvarlo. Aunque quedó flaco y seco, con todo no cejó en su empeño. ¿No fue acaso un hombre de grandes prendas? [6].

[6] Carmelo Elorduy, S.J., *Chuang-tzu. Literato, filósofo y místico taoísta*, East Asian Pastoral Institute, Manila, 1967, cap. 33, p. 246.

Y el escritor Liang Ch'i-ch'ao (1873-1929) encarece en términos hiperbólicos la bondad de Motzy:

> Nadie puede negar el hecho de que Motzy alcanzó un extraordinario grado de espiritualidad. Para ello redujo a punto cero su vida material. A excepción de Jesucristo, nadie en el mundo le aventaja en la profundidad de su simpatía social, en el vigor de su altruismo, y en la riqueza de su espíritu de sacrificio [9].

III. LA OBRA DE MO TI

Siguiendo la costumbre de los filósofos chinos que fundaron escuela, Mo Ti habría escrito algunos libros, pero ninguno de ellos se conserva. Sus palabras de viva voz, y tal vez párrafos y frases de sus obras, fueron recogidas en forma de apuntes por sus primeros discípulos, y elaboradas posteriormente por motistas de diversas tendencias, por lo que contienen sin duda bastantes alteraciones e interpolaciones. Todo ello llegó a formar el libro titulado en chino MOTZY o "Maestro Mo", que originariamente constaba al menos de setenta y un capítulos, de los que dieciocho se han perdido por diversas causas. A partir de la dinastía Han (206 a.C.-220 d.C.) los comentaristas agruparon los capítulos en quince "libros", que exponen las principales doctrinas de Mo Ti. Cada capítulo suele comenzar con un enunciado o sumario de la tesis que se expone a continuación, utilizando frecuentemente la fórmula inicial "dice Mo Ti" [10]. En el texto chino cada uno de los cincuenta y tres capítulos conservados lleva un título. Cada libro suele agrupar capítulos con el mismo tema. La obra presenta actualmente una división de la materia por libros y capítulos; en esta introducción citamos sólo los capítulos.

---

[9] Liang Ch'i-ch'ao, *Chinese Political Philosophy*, Nueva York, 1930, p. 105.

[10] También en las obras de Confucio éste aparece en tercera persona, y sus palabras van precedidas con la fórmula "dice el Maestro Kung" (Confucio).

El padre Eiorduy ha traducido directamente del original chino conservado treinta capítulos, omitiendo por diversas razones otros veintitrés [11], aparte, claro está, de los dieciocho capítulos perdidos. En nuestro estudio citamos esa traducción, excepto en algunos casos de capítulos no traducidos por Elorduy.

Los temas principales del pensamiento de Mo Ti, según un orden lógico, son los siguientes:

1) Voluntad del Cielo
2) Culto de los manes
3) Antifatalismo
4) Amor mutuo
5) Unión de ánimos
6) Promoción de los mejores
7) Supresión de gastos superfluos
8) Reprobación de la música
9) Austeridad en los funerales
10) Condena de la agresión injusta
11) Reglas dialécticas
12) Estrategia e ingeniería castrense

En la disposición actual de la obra de Mo Ti pueden distinguirse cinco secciones:

Sección	Libros	Capítulos
1. Miscelánea	I	1-7
2. Doctrinas ético-políticas	II-IX	8-39
3. Lógica motista	X-XI	40-45
4. Notas biográficas	XI-XIII	46-51
5. Artes militares	XIV-XV	52-71

La pérdida de dieciocho capítulos —la cuarta parte de la obra— y las lagunas, alteraciones e interpolaciones en el texto chino que actualmente poseemos se explican debido a los siguientes hechos históricos:

a) Después de la muerte de Mo Ti el motismo se dividió en tres sectas con diferentes tendencias filosóficas, ascéticas y políticas. La crítica interna trata de distinguir estas diferentes interpretaciones del pensamiento de Mo Ti; incluso se han hallado en el

[11] En la traducción del padre Elorduy se han omitido los capítulos 10, 13, 15, 28, 36, 37, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 52, 53, 56, 58, 61, 62, 63, 68, 69, 70, 7.

texto influjos e interpolaciones de doctrinas taoístas y confucianas.

b) La animosidad implacable de los letrados confucianos, después principalmente del ataque general de Mencio contra el motismo, hasta conseguir que los emperadores de la dinastía Han incluyeran las obras de Mo Ti en el índice de los libros prohibidos.

c) El odio anticultural del emperador Ch'in Shih Huang *f*, unificador de China (221-206 a.C.), quien ordenó la destrucción de todos los libros clásicos, excepto los que trataban de medicina y de otras ciencias prácticas. Tal vez se salvaran entonces íntegramente los diez últimos capítulos de la obra de Mo Ti, que tratan del arte militar. Las obras atribuidas a Mo Ti sobrevivieron en gran parte a la quema libresca, gracias a la recomposición de fragmentos y a la memoria de devotos motistas [12].

A pesar de los decretos imperiales que proscribían la edición y lectura de las obras de Mo Ti, sus capítulos fueron transcritos siglo tras siglo, aunque en tal proceso clandestino varios libros se perdieron y bastantes pasajes fueron adulterados. Pero las piezas principales del sistema filosófico y político de Motzy se han salvado substancialmente.

---

[12] **A. A. Tseu escribe sobre aquella gran destrucción de libros chinos: "Todos los libros más famosos de la China antigua, incluso los Cinco Libros Canónicos, fueron destruidos. La gente tenía que entregar al gobierno imperial sus libros o fragmentos de libros. Se hizo requisa domiciliaria. Los que se atrevieron a ocultar un libro prohibido fueron condenados a muerte. Los letrados fueron asesinados en masa y muchos de ellos, según una tradición fidedigna, fueron quemados vivos. Pero durante la dinastía Han se restauraron las obras clásicas reuniendo volúmenes mutilados y fragmentos... Muchas obras fueron restauradas gracias a la tenaz memoria de ancianos letrados que sobrevivieron a la persecución". *The Moral Philosophy of Mo-tze*, Taipei, 1965, p. 34, nota 32 (la traducción es nuestra). En la historia de China no vuelve a manifestarse tal odio irracional contra los libros y los intelectuales hasta llegar a los excesos de la llamada irónicamente "revolución cultural" maoísta (1966-1969).**

Varios letrados chinos contribuyeron a ello. El prosista Han Yü (768-824) [g] ya se atrevió a mostrar que las doctrinas de Mo Ti no eran contrarias a las de Confucio, sino complementarias. Durante las dinastías Yüan (1277-1367) y Ming (1368-1642) los códices de las obras de Mo Ti continuaron multiplicándose y comentándose. Por fin, el año 1783 apareció, con explícita licencia del emperador manchú Ch'ien Lung, la primera edición moderna de Motzy, comentada por Pi Yüan [h]. El mejor comentario de Mo Ti, titulado *Motzy Hsien Ku* (Interpretación reposada del Maestro Mo), es el escrito por Suen Yi-jang [i] (1848-1908). Publicado en 1894, ese comentario es reeditado frecuentemente, pues su autoridad es decisiva para fijar el sentido de pasajes oscuros, y su texto ha sido el utilizado para la traducción del Padre Elorduy. Una edición de este texto-comentario, publicada en Taipei el año 1982, es la que he consultado para este estudio introductorio.

Respecto a la autenticidad del texto actual, es imposible detectar, entre las frases atribuidas a Mo Ti con el estribillo "dice Mo Ti", cuáles son las *ipsissima verba* del Maestro. Pero teniendo en cuenta el entusiasmo y fidelidad con que los primeros discípulos veneraban a Motzy, no se puede dudar de que ellos apuntaran fidedignamente las principales doctrinas, sentencias y paradigmas de su Maestro, tan diversos de los de los confucianos y taoístas. El problema de los historiadores y críticos está en discernir qué capítulos del material conservado hasta hoy encierran la verdadera doctrina de Mo Ti y de sus primeros seguidores, cuáles reflejan más bien posteriores desarrollos del motismo, y cuáles son los pasajes espurios y apócrifos añadidos a la compilación del *Maestro Motzy*. Después de varios decenios de crítica textual pueden apuntarse los siguientes resultados [13]:

[13] Para un examen crítico de la autenticidad de los capítulos que componen el actual texto chino del Libro de Motzy, *vid.* Mei

A. Capítulos compilados por los primeros discípulos de Mo Ti:
(ciertamente) 4, 11-21, 26-28, 31-32, 35, 40, 47
(probablemente) 22-25, 29-30, 33-34, 36-38, 41-43
B. Capítulos compilados por los motistas posteriores:
39, 44-46, 48-50, 52-63, 68-70
C. Escritos espurios y apócrifos:
(doctrinas taoístas) Capítulos 1, 8-10
(doctrinas confucianas) Capítulos 2-3
D. Escritos de origen indeterminado
Capítulos 5-7, 71

El libro de Motzy está incluido entre las obras clásicas de la literatura china. Pero Mo Ti no tuvo como su contemporáneo Sócrates un Platón que embelleciera sus enseñanzas, sino grupos de zelotes que tomaron apuntes de sus discursos y anotaron sus actividades. El que tanto éstos como sus correligionarios posteriores emplearan la fórmula "dice Mo Ti" sugiere que habían pretendido registrar las palabras del Maestro más bien que analizar su pensamiento. Tendríamos aquí unos capítulos de oratoria didáctica.

Manipulado el texto a través de los siglos, no refleja un estilo literario uniforme, aun excluyendo las interpolaciones y los últimos libros que tratan de estrategia y artes militares. La azarosa historia del texto explica su desorganización temática, el tratamiento farragoso de las ideas y las frecuentes repeticiones, las frases oscuras, lagunas y lecciones diferentes en códices antiguos. Todo ello ha hecho dificilísima la crítica textual, y muy meritorio el esfuerzo de Carmelo Elorduy para darnos una inteligible versión en español. Aun respecto a los capítulos más genuinos se

---

Yi-pao, *o.c.*, pp. 52-57; Yen Ling-feng, *Motzy Chien-pien* (Breviario motiano), Taipei, 1976³, pp. 17-21.

ha afirmado que son las páginas de lectura más difícil en todo el ingente cuerpo de la literatura china. A veces la extrema sencillez de la prosa esconde entre líneas pensamientos profundos [14].

El autor más célebre de la escuela legalista china, Han Fei (muerto en 230 a.C.) /, explicaba pintorescamente el contraste entre la doctrina y el estilo de Mo Ti:

> El rey de Ch'u le dijo a T'ien Chiu: —'Cierto que Mo Ti es un maestro eminente y de gran personalidad, pero muchos de sus discursos no son brillantes. ¿Por qué?' T'ien Chiu le contestó: —'Había un súbdito de Ch'u que vendía perlas en el estado de Cheng. Hizo una cesta con madera de alcanfor y la perfumó con hierbas olorosas. Engastó en ella perlas y jades, la llenó de rosas y la adornó con plumas. Aquel vendedor vendió bien la cesta, pero no las perlas, que valían más. Ahora se encomian las cualidades oratorias y el valor literario y se pasa por alto la sustancia de lo que se dice. Las enseñanzas de Mo Ti exponen la doctrina de los antiguos reyes sabios. Si se atiende sólo a la brillantez de la forma, el pueblo las juzgará por su estilo literario y no se dará cuenta del valor de su pensamiento. Eso es hacer como el vendedor de Ch'u que vendió la bonita cesta en vez de las piedras preciosas [15].

IV. EL METODO CRITICO DE MO TI

Se ha afirmado que Mo Ti es el más lógico de los filósofos chinos, y podemos añadir que es uno de los pensadores con ideas mejor trabadas y con buenos apoyos en argumentos empíricos. Era valiente en sacar las últimas consecuencias prácticas de sus premisas, e incisivo en la refutación de sus objetores, secuaces del venerado Confucio. No es de admirar que esta lógica fascinara a multitud de jóvenes, dispuestos a implantar en la China feudal las nobles ideas ético-políticas del Maestro Mo.

---

[14] Mei Yi-pao, *o.c.*, pp. 55, 188.

[15] *Han Fei Tzy*, cap. XXXII. Traducción nuestra de una cita en inglés de Mei Yi-pao, *ibid.*, pp. 58 ss.

Mo Ti no era un profesor que dejara caer solemnemente desde su cátedra apotegmas abstrusos, sentencias inconexas o afirmaciones gratuitas. Solamente en el capítulo 6, de dudosa procedencia motista, se alude al principio fundamental de la cosmogonía china: el contraste armónico entre el *yin* y el *yang* [k], "la verdadera esencia del cielo y de la tierra" [16]. Su filosofía está estructurada según una urgencia existencial, y expuesta con método a la vez dialéctico y pedagógico. "Dice Mo Ti: en el mundo, para cualquier cosa que quieras hacer hay que seguir algunas reglas. Jamás se ha podido realizar cosa si no es ajustándose a las reglas" [cap. 4]. Y más adelante añade que para dilucidar y discutir una doctrina "es necesario absolutamente establecer una norma o regla de criterio... Sin norma, es imposible distinguir claramente lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo" [cap. 35]. No está la cosa en saber buenas definiciones, sino en poder elegir lo bueno discerniéndolo de entre lo malo [cap. 47].

Mo Ti tenía reglas lógicas para su argumentación y seguía una norma crítica en sus investigaciones filosóficas. Sus principales doctrinas se inculcan con demostraciones empíricas expuestas en formas silogísticas, mucho antes de que Aristótoles escribiera en Grecia su *Organon*. Motzy desarrolla sus deducciones dialécticas con una serie de contrastes y preguntas al alcance del pueblo, ya desde el capítulo 4, probando

---

[16] "La doctrina del *yin-yang* es muy sencilla pero su influjo es amplísimo. Ningún aspecto de la civilización china —ya se trate de metafísica, o de medicina, o de política, o de arte— ha escapado de su impronta. En pocas palabras, esta doctrina enseña que todas las cosas y acontecimientos son productos de elementos, fuerzas o principios: el *yin*, que es negativo, pasivo, débil y destructor; y el *yang*, que es positivo, activo, fuerte y constructivo." Win-Tsit Chan, *A Source in Chinese Philosophy*, Princeton, N.J., 1963, p. 136.

Sobre las diferentes significaciones de los caracteres *yin* y *yang*, véase el *Diccionario español de la lengua china*, caracteres 5789 y 5650.

cómo el Cielo quiere que los hombres nos amemos. Citemos como muestra un párrafo del capítulo 26, en que prueba a su modo que el Cielo quiere la justicia y aborrece la injusticia. "¿Qué es lo que el Cielo quiere y qué es lo que aborrece? El Cielo ama la justicia y aborrece la injusticia. Por ello, si conduzco o dirijo a las gentes a obrar la justicia hago lo que el Cielo quiere. Y si hago lo que el Cielo quiere, el Cielo hará también lo que yo quiero. ¿Y qué es lo que yo quiero y lo que yo aborrezco? Yo amo la felicidad y aborrezco la desgracia y la desdicha. Pero si no hago la voluntad del Cielo y hago lo que el Cielo aborrece, entonces conduzco a las gentes hacia la desdicha. ¿Y cómo sé que el Cielo ama la justicia y aborrece la injusticia? Respondo: en el mundo, con la justicia florece la vida y con la injusticia viene la muerte; con la justicia prospera la riqueza, y con la injusticia, la pobreza. Con la justicia hay orden y paz, con la injusticia reina el desorden. Pero el Cielo ama la vida y aborrece la muerte, ama la riqueza y aborrece la pobreza, ama el orden y aborrece el desorden. De aquí deduzco que el Cielo quiere la justicia y aborrece la injusticia" [cap. 26].

Mo Ti no admite la crítica puramente negativa o demoledora. "Quien niega o condena la proposición ajena debe sustituirla por otra mejor. Si sólo la condena, sin proponer otra mejor, eso sería como echar agua a un fuego. No habría manera de conocer su opinión" [cap. 16]. En sus controversias con los confucianos respondía directamente a lo que se le preguntaba y según la actitud del objetante. "La respuesta va dirigida a quien pregunta u objeta; no es una exposición completa del pensamiento o de una elucubración. Hablando claro: contra quien me ataca fuerte, respondo fuerte; contra quien me ataca levemente, me defiendo también levemente. Respondo a quien me ha objetado, no expongo el resultado de mis elucubraciones" [cap. 48]. Las respuestas de un maestro tienen que contener algo que el discípulo ig-

nora. Mo Ti criticó a Confucio porque cuando un discípulo le preguntó sobre el mejor modo de gobernar "no contestó a lo que se le preguntaba, porque no dijo al demandante lo que éste ignoraba sino lo que ya sabía" [cap. 46].

El Maestro Mo descubría al punto la falta de lógica que había en las afirmaciones y en la conducta de sus contemporáneos. Cierta vez que se encontraba enfermo, un confuciano le arguyó: "Usted cree que los espíritus de los difuntos son clarividentes y favorecen a los buenos. Ahora bien, usted está ahora enfermo; luego o los espíritus no son clarividentes o su doctrina tiene cosas que no son buenas. Mo Ti le respondió: Porque yo esté enfermo ¿por qué los espíritus no han de ser clarividentes? Un hombre puede enfermar por muchas otras causas" [cap. 48]. Mo Ti reprendía también a los gobernantes que castigaban duramente a los ladrones, pero glorificaban sus conquistas injustas de territorios ajenos, o respetaban la vida de algunos individuos, pero acuchillaban a los defensores de un reino invadido [cap. 50].

Mo Ti manejaba frecuentemente como método crítico y pedagógico el inquirir el origen de los hechos (causa eficiente), el ejemplo de los antiguos reyes sabios (causa ejemplar) y la causa final (para qué sirve, qué provecho nos reporta). Combinando estas tres causas, formó Mo Ti su instrumento crítico, su triple norma para discernir lo verdadero de lo falso. "Tres son las notas manifestativas de la calidad de una doctrina: son la nota troncal, la nota de su origen y la nota de su utilidad para los gobernantes y para el pueblo. ¿Cuál es la nota troncal? La que se basa en los hechos de los antiguos emperadores. ¿Cuál es la nota fontal o de su origen? Es inquirir en el testimonio de los oídos y ojos del pueblo. ¿Cuál es la nota de utilidad? La que puede ser adoptada como regla en la administración de la justicia y tiene utilidad para el bien público" [cap. 35]. La metodología de Mo Ti aplica, pues, un triple argumento teórico-práctico,

aptísimo para persuadir al pueblo: 1.°, el *argumento histórico*: la doctrina expuesta está conforme con las prácticas de los antiguos reyes, modelos indiscutibles de conducta para todos los chinos; 2.°, el *argumento empírico*: esa doctrina puede apoyarse en la evidencia de los sentidos; 3.°, el *argumento pragmático*: tal doctrina puede ponerse en práctica para el mejor gobierno del estado y bienestar del pueblo.

El triple criterio motiano, empleado en sus campañas político-sociales, no aplicaba principios metafísicos. Por otra parte, el argumento de autoridad histórica no tiene valor científico, pues aquellos reyes o emperadores antiguos, a los que continuamente apelaban Mo Ti y Confucio, pertenecían, incluso en aquel entonces, a los orígenes legendarios del pueblo chino. Pero el Maestro Mo creyó que "nada podría hacer mejor que leer y recitar las enseñanzas de los antiguos emperadores, investigar sus dichos, penetrar bien el sentido de las palabras de los santos y examinar bien sus expresiones. Luego, predicar esas doctrinas, primero a los reyes y magnates, y después al vulgo de la gente y a los soldados" [cap. 49]. Mo Ti se apoyaba en aquellos héroes tradicionales en cuanto eran modelos de una triple actitud ética: reverenciar al Cielo, servir a los manes de los antepasados, y amar a los hombres [cap. 17].

El legalista Han Fei ya descubrió, en el siglo III a.C., la inconsistencia de las diversas interpretaciones que Confucio y Mo Ti hicieron respecto a las doctrinas de aquellos antiguos reyes:

> Tanto Confucio como Motzy siguieron las enseñanzas de Yao y de Shuen, y aunque sus prácticas eran muy diversas, cada uno de ellos afirmaba ser él quien seguía a los verdaderos Yao y Shuen... Si no podemos decidir cuál de las interpretaciones de Confucio y de Motzy es la genuina ¿cómo podemos investigar las enseñanzas de Yao y de Shuen, que vivieron hace tres mil años? [17].

---

[17] *Han Fei Tzu, Basic Writings* (traducción al inglés por B. Watson), Nueva York, 1964, pp. 118 ss.

Con su segundo argumento, Mo Ti apelaba como norma a "la experiencia o conocimiento que los sentidos de la vista y del oído de las gentes nos proporcionan" [cap. 31], es decir, a una inducción basada en las concordes experiencias sensoriales de mucha gente del pueblo.

El argumento pragmático es el más desarrollado por Mo Ti, dada su misión de reformador social y su gran amor al pueblo chino. La ortodoxia tradicional de Mo Ti y su acerada dialéctica son únicamente apoyaturas para una ortopraxis política profundamente revolucionaria. Mo Ti reflexionaba sobre las esencias de las cosas [cap. 47], iba derecho a la raíz de la cuestión [cap. 16], y luego enseñaba o escribía lo que creía que era más eficaz para reformar a los dirigentes o salvar al pueblo de una prolongada crisis moral. No se mantenía en las alturas de la investigación filosófica, sino que vivía sus ideales y se comprometía a la acción social. Como ha escrito un moderno historiador chino:

> Los antiguos filósofos no distinguían entre filosofía como ciencia especulativa y filosofía como talante de vida. Preocupándose sobre todo por las relaciones humanas, su filosofía tenía que ser vivida más bien que discutida en términos abstractos. La conducta personal de un filósofo hablaba más elocuentemente que cualquier cosa que él pudiera decir o escribir [18].

V. PRINCIPIO FUNDAMENTAL: LA VOLUNTAD DEL CIELO

El sistema ideológico de Mo Ti, bien trabado lógicamente alrededor de un núcleo —el amor mutuo— y ordenado al bien del pueblo, se apoya en un principio metafísico-religioso: "la voluntad del Cielo" [1]. La existencia de un Supremo Hacedor era un postulado indiscutible de la razón natural, invocado por los sa-

[18] Dun J. Li, *The Ageless Chinese. A History*, Nueva York, 1965, p. 89.

bios de la antigüedad china, admitido por todos los letrados y venerado en las prácticas religiosas del pueblo, quien también tenía —en palabras del Concilio Vaticano II— "una cierta percepción de aquella fuerza misteriosa que se halla presente en la marcha de las cosas y de los acontecimientos de la vida humana" [19]. Mo Ti predicó, aún más que Confucio, fidelidad a la religión natural y animista de los antiguos chinos, que consistía sobre todo en la veneración del Cielo y en el culto de los antepasados.

Desde la remota antigüedad china existía el culto sacrificial a Dios. En los Cinco Libros canónicos, editados por Confucio, hay referencias al culto monoteístico. Al supremo poder del universo, premiador de buenos y castigador de malos, se le llamaba metafóricamente *Shang Ti* (emperador supremo, o de arriba), nombre que emplean actualmente todas las denominaciones protestantes de China para designar a Dios. Como el cielo inmenso es su morada, el pueblo chino empleó muy pronto, por metonimia, el carácter *t'ien*, cielo, para designar a la divinidad [20]. La gente del pueblo emplea también la expresión *Lao T'ien Ye* "venerable Padre celestial", con lo que se denota claramente tratarse, no del cielo atmósférico, sino de la divinidad con atributos personales. Desde el siglo XV la Iglesia Católica traduce el nombre de Dios como *T'ien Chu*, "Señor del Cielo" [II].

Varios autores chinos, renovando tendencias agnósticas de Chu Hsi, el corifeo del neoconfucianismo (1130-1200), e influidos también por el materialismo

---

[19] Concilio Vaticano II, Declaración sobre las religiones no cristianas, n. 2.

[20] El P. De Prémare, S.J. (1683-1734), estudió el sentido monoteístico que daban a *t'ien* y a *Shang Ti* los libros clásicos chinos, en su obra latina *Selecta quaedam vestigia praecipuorum Christianae Religionis dogmatum, ex antiquis Sinarum libris eruta.* Hemos consultado la traducción francesa, hecha por Bonnety y Perny e impresa en París el año 1878 con el título *Vestiges des principaux dogmes chrétiens tirés des anciens livres chinois*, pp. 54-69.

europeo, han tratado de reinterpretar en clave ateística las doctrinas de Laotse, Confucio y Mo Ti, o de encontrar un sentido panteístico al carácter *t'ien* en los escritos clásicos. No siendo aquí nuestro intento discutir las ideas religiosas del *Tao Te Ching* [m] o de Confucio, sino analizar el pensamiento de Mo Ti, baste decir que en los años de Confucio y de Mo Ti no había aparecido aún en China ninguna doctrina atea o panteísta. El centro nuclear de la religión en la China antigua era el culto del Cielo, supremo poder del universo [21].

Leyendo los capítulos motianos aparece que para Mo Ti el Cielo es un ser supremo y omnipotente, venerable, personal —puesto que es inteligente y tiene voluntad—, que ama a todos universalmente y a todos provee de bienes naturales [cap. 27], retribuidor justo y cierto de los buenos y de los malos [caps. 27-28]. El cielo quiere bien, que la sociedad esté en orden y los hombres nos amemos y nos ayudemos unos a otros, odiando por el contrario la iniquidad, la anarquía y la injusticia social [cap. 26]. La nobleza, la justicia y el buen gobierno proceden del Cielo [cap. 29]. El Cielo es más eminente, noble y sabio que el emperador, quien de él recibe su mandato para regir al pueblo [cap. 27]. Su sabiduría lo conoce todo y penetra lo más recóndito [cap. 26]. "Nada hay, aunque sea tan pequeño como la punta de un pelo, que no haya sido hecho por el Cielo" [cap. 27]. "Ama la justicia y aborrece la iniquidad" [cap. 26]. "El Cielo ama mucho a todo el mundo y a todos los seres colma de sus bienes" [cap. 27]. "La conducta del Cielo es anchurosa, sin favoritismos egoístas. Su beneficencia es generosa e inexhausta. Su iluminación, duradera, sin relajación" [cap. 4].

Mo Ti reprobó a los confucianos por hacer al Cielo carente de inteligencia, lo cual bastaba para arrui-

---

[21] C. K. Yang, *Religion in Chinese Society*, Los Angeles, 1967, pp. 23 ss. y *passim*.

nar al mundo [cap. 48]. Siendo la existencia de Dios un postulado admitido por todos sus contemporáneos, Mo Ti no necesitó someterla a examen crítico para fundamentar su sistema político-social. Mo Ti asienta el principio de la voluntad del Cielo como piedra fundamental de sus doctrinas. Esa voluntad suprema, amante y bienhechora, es para él la norma suprema de moralidad [cap. 4] y el motivo más poderoso para practicar el amor recíproco y establecer un gobierno justo y benéfico. Por ello insiste en probar, capítulo tras capítulo, que "el Cielo ama mucho al pueblo" [cap. 27] y que la voluntad del Cielo es que "nos amemos y nos ayudemos, haciéndonos bien unos a otros" [cap. 4]. Hay que hacer la voluntad del Cielo si es que queremos evitar la anarquía política y vivir en paz, armonía y prosperidad.

Feng You-lan, la mayor autoridad contemporánea en la historia de la filosofía china, declara que en la doctrina de Mo Ti aparece un supremo Dios, ser con inteligencia y voluntad, que premia a los que practican el amor universal y castiga a los perversos [22]. Podemos añadir que Mo Ti tuvo intuiciones precristianas al dar suma importancia al cumplimiento de la voluntad de Dios y a la necesidad de amarnos mutuamente. Cinco siglos después, Jesucristo declaró que había venido no para hacer su voluntad sino del Padre Celestial, y en la oración del Padrenuestro nos enseña el pedir que se haga la voluntad divina así en la tierra como en el Cielo. Y su "mandamiento nuevo" es que nos amemos unos a otros.

Mo Ti fue el primer filósofo chino que presentó una norma objetiva de moralidad. La propia conciencia era para los antiguos chinos la norma subjetiva de

[22] Feng You-lan, *A History of Chinese Philosophy* trad. de Derk Bodde, Princeton, N.J., 1952, p. 96. Según la doctrina bíblica, el mínimo de fe religiosa para que el hombre alcance la salvación eterna es creer que hay Dios y que es remunerador de buenos y castigador de malos (Hebr. 11,6).

moralidad, pero para juzgar objetivamente su rectitud, acudían, como argumento de autoridad, a la doctrina y práctica de los antiguos reyes sabios. Confucio recomendó seguir los dictados de la conciencia, pero no señaló una norma común y objetiva. Mencio, posterior a Mo Ti, sostenía que la naturaleza humana era de suyo buena, por lo que ella misma era la norma moral. Mo Ti sostiene que la norma fundamental de la moralidad viene en el último término del Cielo [cap. 27]. Como los albañiles tienen su escuadra y su plomada para saber qué pared está recta o torcida, Mo Ti tiene la voluntad del Cielo para medir tanto la conducta de los señores feudales y del emperador como de los ciudadanos. No admite que los individuos o los gobernantes puedan establecer mandatos o leyes obligatorias contrarias a la voluntad del Cielo [caps. 4, 11, 12, 13]. "Si veo que su comportamiento se conforma a la voluntad del Cielo, tendré sus ideas por buenas; si se oponen a la voluntad del Cielo las tendré por malas... Conformarse a la voluntad del Cielo es la regla de la justicia" [cap. 27]. Mo Ti nos diría hoy que la mayoría democrática de un congreso o de un plebiscito popular no puede nunca hacer, por ejemplo, que la muerte directa de un inocente sera moralmente lícita.

La voluntad de Dios no es un *deus ex machina* que excogita Mo Ti para justificar su sistema ético-político, sino que es el último patrón que aplica para saber lo que es justo y bueno para el pueblo. El buen gobierno, así como la sabiduría y la justicia, procede del Cielo; por ello, los señores del mundo, desde el emperador al alcalde, tienen la absoluta obligación de inquirir cuál sea la voluntad del Cielo para cumplirla puntualmente, ya que el orden familiar, político y social dependen de cómo los hombres obedezcan al Cielo [caps. 2, 26, 27]. Vemos aquí cómo el pensamiento motiano parte de un concepto metafísico para establecer una norma ética y una obligación jurídica, probándolo por la razón natural, la tradición histórica

y la experiencia política. Al aplicar su monoteísmo a la práctica política, Mo Ti se libra del misticismo esotérico de los taoístas y no cae tampoco en un voluntarismo como el de Occam o el de Descartes, como si una cosa fuera moralmente buena o mala sólo porque así lo determina la voluntad del Cielo. "Y el Cielo ¿qué es lo que quiere y qué es lo que aborrece? El Cielo ama la justicia y aborrece la injusticia. Así, si conduzco o enseño a las gentes del mundo a obrar la justicia, hago lo que el Cielo quiere. Y si yo hago lo que el Cielo quiere, el Cielo hará también lo que yo quiero" [cap. 26]. Para evitar un círculo vicioso, Mo Ti no afirma que justicia es lo que el Cielo quiere e injusticia lo que aborrece, pero parece insinuar que su revolución ético-política es justa, porque el Cielo quiere hacer lo que Mo Ti quiere. Mo Ti sabía que había descubierto un gran principio religioso con potencia única para salvar al individuo y a la sociedad china en una época calamitosa.

Mo Ti revitaliza el culto tradicional al Cielo y a los antepasados dándoles una proyección social. Trata de construir un sistema religioso-político de figura piramidal: la voluntad del Cielo en el vértice, los espíritus de los antepasados en el tiedro superior, el emperador y los grados jerárquicos en el tiedro medio, y el pueblo en la ancha base. De arriba a abajo hay amor y providencia; de abajo a arriba debe haber veneración y obediencia; entre todas las piezas, amor recíproco y ayuda mutua. Todo es, pues, un bloque completo y bien trabado. La voluntad del Cielo es el punto generador; pero el Ser Supremo no es un objeto de culto por sí mismo, ni los manes forman un olimpo de ultratumba. En el sistema de Mo Ti, el Cielo y los antepasados son los que sancionan el orden ético-político. En cambio, el sistema confuciano, un humanismo laico que se ocupa minuciosamente de los ritos y de las relaciones familiares y sociales, es como una pirámide truncada.

El filósofo y escritor Hu Shih, agnóstico él (1891-

1962), afirmó que Mo Ti fue un salvador del mundo profundamente religioso, e incluso le consideró como fundador de una religión más bien que filósofo [23]. En realidad, Mo Ti se limitó a aplicar el monoteísmo-animismo tradicional a su plan de regeneración político-social. Recomienda "conocer muy bien los deseos del Cielo y de los manes" y "ofrecerles los sacrificios de primavera y de otoño", porque así hacían los santos emperadores de la antigüedad para conseguir la generosa bendición del Cielo y de los difuntos, con lo que "estos gobernantes y sus súbditos reportaban grandes beneficios y ventajas" [cap. 12]. Tal culto era como un corolario de los criterios pragmáticos de Mo Ti: el ejemplo de los antiguos emperadores y la utilidad pública.

Mo Ti no especuló ni fantaseó sobre el estado ultraterreno de las almas de los difuntos, como harían siglos más tarde el taoísmo religioso y el budismo popular. Mo Ti admite sin discusión las creencias populares de su tiempo de que los premios y castigos sancionados por el Cielo y por los espíritus tienen lugar en esta vida temporal. En ningún capítulo se alude a una sanción eterna ni aparece un paraíso o un infierno, aunque el culto a los antepasados suponga la supervivencia de las almas. Tampoco aparecen demonios malignos.

Mo Ti no se planteó y menos resolvió el problema de los inocentes que sufren en esta vida o de los malvados que gozan de los bienes de este mundo. Dedicó en cambio tres capítulos —uno de ellos perdido— para probar la existencia de los manes, ya que confiesa que muchos de sus contemporáneos dudan de ella o ignoran que los espíritus de los antepasados puedan premiar a los buenos y castigar a los malos. No aduce razones filosóficas sobre la inmortalidad del alma y la necesidad de una sanción justa y universal, sino

[23] Hu Shih, *An Outline of Chinese Philosophical History* (trad. en inglés), 4.ª ed., vol. I, p. 174.

que aplica su instrumento crítico a escritos tradicionales y el dudoso testimonio de los sentidos del vulgo sobre apariciones de espíritus " [cap. 31]. La falta de argumentos verdaderamente probatorios hace sospechar que este texto pudo tener interpolaciones posteriores [24].

Convencido o no de la existencia de los manes, consciente o no de la incongruente descripción antropomórfica que aparece en varios capítulos, ciertamente creía Mo Ti que el freno del temor religioso era necesario para que los gobernantes y el pueblo obraran según honestidad y justicia; por eso aludía a escritos antiguos y a leyendas populares. Por otra parte, acusó a los confucianos de fariseísmo, pues fomentaban los ritos sacrificiales a los manes de los difuntos, sin creer en ellos [cap. 48].

La voluntad del Cielo y la influencia de los espíritus no predeterminan absolutamente ni fuerzan la voluntad libre del hombre, y mucho menos puede pensarse que sean energías ciegas y fatales. Por ello Mo Ti, que aparece tan crédulo respecto a las apariciones de los espíritus, rechaza vigorosamente la creencia popular en el hado, dedicando a ello otros tres capítulos. Según su triple método crítico, apoya su antifatalismo [A] con citas de los antiguos sabios, al mostrar que la creencia en el hado ciego contradice a la voluntad del Cielo, y porque el hado no puede probarse por experiencia de los sentidos [cap. 26]. Pero sobre todo insiste en las consecuencias ético-políticas, pues se atribuye al hado la buena y la mala suerte, y nadie hace nada para librarse de las calamidades públicas. El determinismo fatalista destruye el orden moral del mérito o del castigo que merecen las propias obras, y tiene como efectos el laxismo de las costumbres y la

[24] Respecto a las creencias y supersticiones chinas en el culto de los antepasados, preservadas siglo tras siglo, pueden consultarse C.K. Yang, *Religion in Chinese Society, passim* y H. Doré, *Manuel des Superstitions chinoises*, Zikawei, 1926, cap. IV, páginas 46-80.

negligencia en la administración del estado [cap. 35] [25]. Advertimos de nuevo que el ataque de Mo Ti contra la creencia popular en el hado no se apoya en razones metafísicas, lo mismo que cuando al contrario admite las apariciones de los espíritus. Lo que a Mo Ti le interesa, como a buen político, es el respectivo valor de esas creencias para su plan de regeneración ético-social: inculca el animismo tradicional porque hace que los chinos cumplan bien sus deberes, y reprueba el fatalismo porque les desmoraliza por completo.

VI. EL AMOR UNIVERSAL

Todos los comentadores concuerdan en afirmar que el amor es el centro del sistema ético-político del Maestro Mo y el hilo que une el desorganizado temario que aparece en sus capítulos. No sólo cuando trata *ex professo* del amor mutuo y de la voluntad del Cielo, sino cuando expone otras doctrinas dispares, como la condena de las guerras de agresión y sus invectivas contra los gastos superfluos.

Lo que se discute es el sentido exacto que daba Mo Ti a los caracteres chinos que empleó para significar ese amor, término que tampoco en nuestras lenguas occidentales es unívoco. El carácter *ai*, cuyo pictograma primitivo representaba una mano que penetra hasta el corazón, tiene como significado verbal la idea de "amar, querer, desear", y como sustantivo "amor, afecto, cariño" y también "bondad, benevolencia". Pero en la lengua china la idea genérica de un carácter dado es especificada y concretizada por otro u otros caracteres que le preceden o le siguen inmediatamente. En los escritos de Motzy se emplean prevalentemente las expresiones *chien ai, hsiang ai,* y

[25] Sobre las doctrinas confucianas sobre el hado, véase C.K. Yang, *o.c.*, pp. 247-250, 255-265.

chien hsiang ai [o]. La polisemia del carácter *chien* es, en función verbal, "reunir, juntar, acumular", y en función nominal "unión, reunión, junta", con las connotaciones adverbiales de "juntamente, igualmente, a la vez". Por ello el binomio motiano *chien ai* puede traducirse "amar a todos por igual", o mejor "amor universal". En cambio, el carácter *hsiang*, en su primer tono, tiene los sentidos de "mutuo, recíproco, el uno al otro", o en función adverbial "mutuamente, recíprocamente". *Hsiang ai* es, pues, "amor mutuo, amor recíproco" o "amarse mutuamente", "quererse el uno al otro". El que Mo Ti y sus discípulos empleen repetidamente la expresión reforzada *chien hsiang ai* apunta a su convicción de que todos los hombres deben amarse mutuamente, con un amor recíproco universal [26]. También se leen en Motzy las expresiones *t'i ai* y *jen ai* [p], cuya traducción es "amor corporativo" para la primera y "benevolencia, bondad, amabilidad, amor virtuoso" para la segunda. La grafía *jen* está compuesta de dos caracteres, *jen* y *erh* con el semantismo de "dos hombres formando uno" [27]. La riqueza y fluidez semántica de los caracteres chinos admite varias traducciones sinónimas o aproximadas, sobre todo tratándose del estilo literario de la antigua China [28]. Ello explica la diversidad de sentidos que hallamos en los autores chinos contemporáneos respecto a la significación del binomio motiano *chien ai*: amor universal, amor mutuo (Lin Yutang), amor que lo abarca todo (Feng You-lan),

---

[26] *Diccionario español de la lengua china*, caracteres nn. 10, 710, 1869. Sobre la etimología del carácter *ai* véanse E. Devloo, *An Etymological Chinese-English Dictionary*, Taipei, 1969, p. 257, car. 2167; L. Wieger, *Caractères chinois. Etymologie. Graphiques. Lexiques*, reimp. de la 7.ª ed., Taichung, 1963, p. 243, No. 99 F.

[27] *Diccionario español de la lengua china*, car. 4865 y 2427; Devloo, *o.c.*, p. 100, car. 172.

[28] Fernando Mateos, *Los caracteres chinos. Lexicografía y romanización*, Asociación Española de Orientalistas, Madrid, 1975, pp. 24 ss.

amor correlativo, recíproco (Yen Ling-feng), etc. Mo Ti parece definir algo más su pensamiento repitiendo la fórmula bimembre *chien hsiang ai, chiao hsiang li* [4], que al amor universal añade la idea de "provecho recíproco", como sugiriendo que el efecto del amor mutuo es el bien común.

Examinemos cómo Mo Ti expone y prueba esta su doctrina medular. Ya en el capítulo 4 –el primero de los que reflejan las auténticas enseñanzas de Motzy—, al afirmar que la voluntad del Cielo es la mejor norma para el buen gobierno, se explica que esta voluntad divina consiste precisamente en que los hombres nos amemos y nos ayudemos recíprocamente. El amor tiene su base en un principio religioso —el amor fontal de Dios—, y se ejercita amándonos unos a otros, no precisamente con afectos y palabras, sino más bien ayudándonos en nuestras necesidades. Este amor recíproco tiene como paradigma el altruismo de los antiguos emperadores, y como efecto evitar la tiranía, promover la paz social y conseguir que todos tengan lo necesario para la vida. El amor motiano es un impulso ético hacia un entorno comunitario, pero no es completamente desinteresado, puesto que espera reciprocidad en el amor y en la ayuda.

Los capítulos 14, 15 y 16 tratan expresamente de ese amor con el título común de *chien ai*. El primero de ellos, muy breve, es un argumento *a posteriori*. En la sociedad actual hay desorden y anarquía, debido al egoísmo reinante. Luego si todos se amaran mutuamente, como se aman a sí mismos, no habría desunión en las familias, ni bandidaje en los campos, ni exacciones tiránicas de los gobernantes, ni guerras entre los estados, sino orden y paz universal. Aquí aparece el amor mutuo como un recurso político para detener la anarquía social.

En el capítulo 15 —omitido en la traducción de Elorduy— Mo Ti explica la correlación que necesariamente hay entre el amor de benevolencia y el provecho mutuo; por el contrario, el egoísmo se opone

al bien común. Amar solamente a los suyos equivale a perjudicar a los otros y a causar enemistades entre las familias y poblaciones, de lo que procede la anarquía. Si cada uno amara a los prójimos como a sí propio "los ricos no injuriarían a los pobres, los nobles no despreciarían a los humildes". Los emperadores sabios de la antigüedad fueron modelos de benevolencia y de filantropía, pero actualmente los señores feudales acaparan las riquezas, conculcando los derechos de los pobres, y se apoderan violentamente de otros estados, desencadenando grandes daños sociales.

En el capítulo 16, uno de los más extensos de la obra, el amor está en función correlativa del provecho que reporta al bien común, así como el egoísmo causa la injusticia y el desorden social. La desunión entre familias, clases y estados es el origen de la anarquía general. "La desunión es maldad y falsedad." Por el contrario, la unión mutua es acierto en el buen gobierno. Aun los confucianos, que rechazan como impracticable la unión que propone Mo Ti, cuando lo necesitan se fían de las personas que predican y practican el amor mutuo, no de los letrados que lo impugnan. Motzy niega que su ideal del amor recíproco sea una utopía, como le objetan los confucianos: "¿Cómo puedo amar a los padres de los otros como a mi propio padre? ¿Cómo puedo amar a las decenas de miles de súbditos como a mi propia persona?". Pero Mo Ti no predicaba la igualdad en el amor afectivo, sino la reciprocidad en la comunicación de los bienes. En el capítulo 39 recalcará: "Si yo he amado antes a los padres de los otros, éstos me corresponderán amando y haciendo bien a los míos... La piedad filial no puede subsistir sin una reciprocidad en el amor".

La unión social es deseable y practicable. "Si esa unión fuera impracticable, yo mismo la reprobaría", dijo Mo Ti [cap. 16]. A los discípulos les recomendaba: "Habla de las cosas ordinarias que puedes practi-

car. Hablar de las cosas extraordinarias que no eres capaz de hacer es dilacerar inútilmente tu boca" [cap. 46]. Y respecto a sí mismo afirma: "Mis doctrinas son prácticas y utilizables" [cap. 47].

Según su método, Mo Ti aduce los ejemplos de los santos sabios de la antigüedad Wen, Yü y T'ang, poniendo de relieve el sentido de responsabilidad y de sacrificio por el pueblo que este última tenía. Según Mo Ti, el provecho que la benevolencia acarrea no es la utilidad personal —lo que sería egoísmo— sino el bien de la comunidad. El mismo Mo Ti arrostró grandes fatigas y penalidades para persuadir a los gobernantes, intelectuales y pueblo sencillo a que practicasen el amor mutuo. El amor *motista no* es precisamente un utilitarismo altruista ni un pragmatismo político, ya que su norma suprema no es la utilidad de las masas populares sino la voluntad del Cielo, que quiere que nos amemos unos a otros.

Mo Ti no dijo que su doctrina del amor fuese útil, sino que era "practicable", *k'e yung'* y provechosa. "¿Cómo va a haber cosa buena que no sea provechosa?" El provecho mutuo que Mo Ti enseña no es un individualismo pragmático, pues tiene su fundamento en la benevolencia y admite el sacrificio del individio por el bien de la comunidad [cap. 44]. Pero también afirma que no es lícito matar a un inocente por el provecho de todo el mundo [cap. 45]. Para Mo Ti, todo lo ética y socialmente bueno era practicable y útil, no viceversa; con él coincidiría cuatro siglos más tarde Cicerón al escribir: "Porque no hay cosa útil si no es honesta, ni puede serlo por útil, sino por ser honesta viene a ser útil" [29]. No predicaba Mo Ti un amor centrípeto, sino una decisión voluntaria de practicar la beneficencia y "hacer a otro como a sí mismo" [1]. Superaba en alcance el axioma de Confu-

[29] *De Officiis*, lib. III, cap. 30, trad. española de la Colección Austral, n. 339, p. 158. Pero la frase ciceroniana es mucho más lapidaria: *nec quia utile honestum est, sed quia honestum utile.*

cio, de formulación negativa y que admite una interpretación egoística: "No hagas a otro lo que no quieres que te hagan" ', correspondiente exactamente al aforismo latino: *quod tibi non vis, alteri ne feceris.*

El amor motista tampoco es un amor platónico o esteticista, ni una filantropía búdica que se compadece del individuo sufridor, pero que no remedia las causas del sufrimiento. Hemos ya visto que en la fórmula de Mo Ti al amor mutuo *chien hsiang ai* le sigue el provecho recíproco *chiao hsiang li*. Chuangtzy la enunció en términos similares ": "El amor universal y el provecho mutuo, de Motzy"[30]. Con gran sentido práctico, Mo Ti reconocía también la importancia y eficacia social de los premios y castigos para estimular o proteger el amor social. La gente se entregaría inconteniblemente al amor mutuo y a la recíproca benevolencia si los superiores "lo fomentaran con premio y alabanzas y lo impusieran con castigos" [cap. 16].

El amor comunitario pide acción antes que discursos o bellas palabras, como afirma Mo Ti en el capítulo 45 (omitido en la traducción de Elorduy); "Hay que amar de hecho a todos antes de decir que amamos a todos los hombres, a los buenos y a los malos, a los extranjeros y a los vecinos". A este propósito se puede citar el poemita irónico de G.K. Chesterton:

> El internacionalismo más amplio y más noble
> nos amalgama con todas las naciones,
> excepto con la más próxima.
>
> En ciudades y en capillas aprendí con leve esfuerzo
> a amar a todos los prójimos,
> y a odiar a mi vecino.

---

[30] C. Elorduy, *Chuang-tzu...*, *o.c.*, p. 244.

VII. PENSAMIENTO POLITICO DE MO TI

La política, el arte del buen gobierno, era para los antiguos filósofos chinos una aplicación social de los principios éticos (y todos ganaríamos muchísimo si así fuera en nuestros democráticos tiempos). El oficio de los filósofos era principalmente el enseñar la doctrina moral a los gobernantes y al pueblo. Según el estadista Liang Ch'i-ch'ao (1873-1929), en el sistema imperial confuciano "la actividad política es vida moral y la vida moral es actividad política. Y respecto a la ejecución, el proceso político es educación y la educación es proceso político"[31]. Tal identificación de la moral con la política y de ésta con la educación es más evidente en la obra del Maestro Mo, para quien la justicia, norma del buen gobierno, procede del Cielo [cap. 29], y que enseña el amor recíproco y la ayuda mutua como praxis necesaria para restaurar la paz social.

En el Libro de Motzy los caracteres que significan justicia, amor, benevolencia, unión mutua y buen gobierno se intercambian con ósmosis semántica para expresar su política del amor universal o su filantropía social. Ya sabemos que a Mo Ti le preocupaba y acuciaba la gravísima anarquía prevalente en China desde hacía varios siglos. Era inaplazable una reforma social muy radical, que llegara a todos los estamentos y familias. Coincidía con Confucio en que había que respetar a los poderes constituidos e imitar los paradigmas de los antiguos reyes sabios, pero no está conforme con la moderación política y el laicismo de los confucianos. No quiere desestabilizar a la China feudal, pero critica valientemente los abusos

[31] Liang Ch'i-ch'ao, *Historia del pensamiento político en la antigua China* (obra escrita en chino), citado por Mei Yi-pao, *o.c.*, pp. 27 ss. También cita la doctrina de Platón, quien identifica al mejor ciudadano con el hombre más bueno.

de los señores feudales y denuncia la irresponsabilidad de los discípulos de Confucio. Aquellos intelectuales o letrados, aferrados a la letra de los libros clásicos, habían levantado una fachada imponente de ritos que cubría su vaciedad ideológica y su despreocupación por los sufrimientos del pueblo.

La crítica dialéctica y la discusión con los letrados no eran medios aptos para reformar a todas las clases sociales y detener la anarquía social. Mo Ti llevó su sistema del amor universal al campo político, yendo de plaza en plaza y de palacio en palacio por aquella dilatada China feudal, clamando contra las injusticias, abusos y despilfarros, abogando por los desamparados, e incluso a veces ayudando a fortificar murallas y a enseñar a la gente a defenderse contra un ejército invasor. Su pensamiento, su palabra y su acción eran verdaderamente consecuentes. Uno de los raros casos en la historia de la filosofía política.

No fue Mo Ti un exaltado revolucionario que intentara cambiar por la violencia estructuras injustas. Aceptó a la China tal como era entonces: con su atomización separatista de territorios y con los estratos tradicionales de funcionarios, maestros, agricultores, artesanos, comerciantes, soldados, y con las mujeres ocupadas exclusivamente en oficios domésticos [32]. Mo Ti era un reformador comprometido, que trató de inyectar el principio del amor mutuo en aquel in-

---

[32] El *Tsuo Chuan*, compuesto probablemente en el siglo III a.C., describe la escalonada administración desde el emperador a la plebe: "Como el día tiene divisiones en diez períodos, así los hombres tienen diez rangos, por los que los inferiores sirven a los superiores y los superiores ofrecen sus ritos a los espíritus. El emperador tiene como súbditos a los señores (de los estados feudales); los señores tienen prefectos mayores; los prefectos tienen funcionarios; los funcionarios tienen subalternos; los subalternos tienen multitud de asistentes; los asistentes tienen empleados; los empleados tienen sirvientes; para los sirvientes hay ayudantes; para los caballos hay estableros y para el ganado hay vaqueros. Así todo está bien administrado". J. Legge, *Chinese Classics*, vol. 5, p. 616.

fectado cuerpo social. Un refrán chino afirma sabiamente: "Para hacer revolución, cambia antes el corazón" [33].

Según Mo Ti, la anarquía social proviene de que no hay buen gobierno. Cada uno toma la justicia por su mano o comete impunemente flagrantes injusticias. Es necesario establecer un régimen social basado en el amor recíproco, regulado por las leyes éticas, y que procure en todo el bien común. La justicia es necesaria para el buen gobierno de la comunidad política, porque con la justicia reina el orden y sin ella hay anarquía, con la justicia florece la vida y con la injusticia vienen la miseria y la muerte. Esa justicia procede del Cielo, porque Dios ama la vida y aborrece la muerte. Si yo amo la justicia y aborrezco la injusticia hago lo que el Cielo quiere [cap. 29].

Y afirma fuertemente, sin abstracciones agnósticas ni repulgos laicistas: "Gobierno que se conforma a la voluntad de Dios es gobierno justo; gobierno que va contra la voluntad del Cielo es gobierno de violencia" [cap. 26]. Para Mo Ti un gobierno es bueno si tiene leyes moralmente buenas; en caso contrario es pura y simplemente una tiranía. Toda ley que se oponga a la ley eterna, o voluntad del Cielo, es *ipso facto* injusta. Mo Ti rechaza así todo positivismo jurídico, apelando a su principio ético-religioso: "Si veo que la administración de la justicia y del gobierno se conforma a la voluntad del Cielo, la tendrá por buena; y si veo que se opone a ella, la tendré por mala" [cap. 27]. Puesto que Dios quiere que nos amemos mutuamente y nos ayudemos unos a otros, las leyes civiles han de procurar "el provecho mutuo de todo el pueblo", no sólo de una clase social o de una facción política. Mo Ti acepta la "ley constitucional del Imperio", las leyes y estatutos del gobierno e incluso

[33] Fernando Mateos, *Florilegio de refranes chinos*, Asociación Española de Orientalistas, Madrid, 2.ª ed., 1984, p. 89, refrán n. 143.

las leyes penales, siempre que sean útiles para el bien público [cap. 35]. Las leyes penales son "como las cuerdas que refuerzan la trama de una red. Su finalidad es unir a los súbditos que no se avienen a ponerse de acuerdo con su superior" [cap. 11].

La conspiración de los individuos y de las familias para el bien común y ayuda mutua es lo que ha originado en la historia la organización política. En el capítulo 11, "sobre la unión de ánimos y pareceres". Mo Ti explica que en los tiempos primitivos los hombres estaban divididos, debido a egoísmos, odios y reyertas: "se comportaban como fieras". Cayeron en la cuenta de que aquel desorden espantoso provenía de la falta de unión. Era necesario elegir a un hombre virtuoso que los gobernara, unificando las opiniones individuales y promulgando un programa político. Poco a poco se creó una jerarquía coordinada, desde el cabeza de barrio hasta el emperador de toda la China. Pero Mo Ti no explica qué relación hubo entre aquel primitivo consenso popular y el origen divino de la autoridad, que afirma al hablar de la voluntad del Cielo. En otros párrafos asegura que "para gobernar e inspeccionar al pueblo, la Providencia ha instituido emperadores, duques, marqueses y condes, y por su medio, galardona a los buenos y castiga a los malos" [cap. 27]. Confucio también había escrito que Dios hace nacer a hombres con dotes de gobierno y les encarga gobernar a los otros [34].

Para Mo Ti, el régimen político ideal es una democracia autoritaria: el pueblo elige a sus gobernantes y vigila su administración, pero no participa en la gestión del gobierno. El emperador, los señores feudales y sus ministros, no eran mandatarios del pue-

[34] "El Cielo ha creado a la gente con pasiones, y si no tienen un jefe hay anarquía. Por ello hace nacer a hombres inteligentes que los gobiernen. El Cielo ha dotado al emperador de valor y de sabiduría para gobernar a todas las gentes." *Shu Ching*, parte IV, lib. 2 (la trad. es nuestra).

blo, sino del Cielo, cuya voluntad deben obedecer promoviendo la justicia y el amor mutuo. Motzy exalta la autoridad legítima a un nivel indiscutible: "Lo que el emperador juzgare ser bueno, lo deberán todos tener por bueno, y lo que el emperador juzgare ser malo, todos los deberán tener por malo" [cap. 11]. El emperador es la última instancia pública de juicio y de ejemplaridad. Pero si el emperador o los gobernantes son arbitrarios e injustos, su gobierno es tiránico, y pierden el "Mandato del Cielo" para gobernar, y entonces el pueblo puede y debe destituirlos (como ocurrió en los cambios de dinastías chinas).

Mo Ti reprende al gobernante que no da buen ejemplo en su propia peresona: "Para gobernar bien es necesario realizar en su persona lo que la boca proclama... Esa contradicción entre lo que dice y lo que hace es un desorden... Si no es capaz de poner orden en su propia persona ¿cómo lo podrá poner en el estado?" [cap. 48]. Carece ya de autoridad moral para mantener la unión de voluntades que debe existir entre gobernantes y gobernados [cap. 11].

La promoción de los virtuosos y capaces es el mejor fundamento del buen gobierno. Por ello, Mo Ti dedica a este asunto los capítulos 8, 9 y 10. El emperador y los señores feudales han de tener como primer deber político el confiar las tareas administrativas a hombres buenos, instruidos y capaces, "tesoro éste el más preciado del estado y ayuda valiosa de la patria" [cap. 8]. Será deficitario y mísero el estado en que tales hombres sean escasos. Con varones virtuosos y aptos puede regirse con orden y paz a una gran población inculta. Si se promueve en cambio a una camarilla de parientes, favoritos y gente rica, o a ignorantes y viciosos, habrá ciertamente desorden y anarquía. Hay que eliminar a los incapaces: "Quien no es competente para el cargo que ocupa y, con todo, lo detenta, no sirve para tal cargo. Quien sin tener las dotes que su título exige, percibe las rentas anejas al cargo, no puede apropiarse esas rentas"

[cap. 1]. Pero si se promueve a los mejores y se dan cargos a los competentes, el pueblo se edifica, los hombres de talento se animan, el estado prospera, las necesidades de la plebe son atendidas. El pobre, si es capaz, debe ser promovido; el incapaz o malo, aunque sea rico, debe ser depuesto. "El Cielo no hace discriminaciones entre ricos y pobres, nobles y plebeyos, lejanos o próximos, parientes o extraños" [cap. 9].

Mo Ti indica en el capítulo 9 tres reglas prácticas para conseguir que el pueblo respete y obedezca a sus gobernantes. Primera, que su posición social sea elevada; éste es el origen de los títulos nobiliarios y de la clase de los letrados. Segunda, que sus sueldos sean altos y sus tareas bien retribuidas; así se evitan excusas para compensaciones ocultas y sobornos. Tercera, que se les confíen asuntos de responsabilidad y se les dé autoridad para decidir en materias de su competencia; es decir, la práctica del principio de subsidiariedad. Estas tres reglas prudentísimas, aplicables a todos los gobiernos, revelan la sagacidad política del Maestro Mo.

Si en una barriada es elegido el hombre más virtuoso y capaz, él es quien promulgará su "programa político" a la población de esa barriada. Y así, el mejor en la prefectura, distrito o provincia debe ser elegido jefe, y tendrá autoridad para decidir en los asuntos respectivos. No aparece en el texto si esa promoción de funcionarios se efectuaba por elección directa del pueblo o por designación del gobierno, previa consulta con la gente interesada. "Si un inferior tiene alguna buena cualidad, sus vecinos deben recomendarlo" [cap. 11]. Entre el gobierno y los gobernados tienen que existir canales de información y recurso democrático. Hay que informar al superior lo mismo de lo bueno de que se tenga noticia que de lo malo. De no ser así, el superior no podrá acertar en sus juicios y decisiones administrativas.

El cargo público por sí solo no da competencia al

el luto; bastaba ofrecer a su debido tiempo los sacrificios exigidos por la piedad filial [cap. 25] [38].

Tal reforma de Mo Ti les pareció a sus contemporáneos demasiado austera, y que mostraba dureza de sentimientos para con los difuntos. Y los ritos funerarios con elevados costes para la familia han persistido siglo tras siglo en la China. Son costumbres tradicionales, contaminadas con supersticiones por los espíritus de los difuntos, y que tienen también como objeto "dar faz" a los familiares vivos. Las descripciones de ritos y costrumbres supersticiosas con motivo de defunciones, entierros y funerales chinos cubren más de cuarenta páginas en el libro de un misionero especialista [39], y llenan un volumen de 827 páginas en la monumental obra *The Religious System of China*, escrita por De Groot [40]. Los comunistas chinos, aplicando medios violentos, han procurado reducir los entierros y el luto a unos mínimos inimaginables para Mo Ti: la cremación de los cadáveres y la supresión de las sepulturas, no permitiendo que los familiares interrumpan el trabajo productivo.

Chuangtzy, taoísta partidario de la espontaneidad natural, tampoco comprendió el pensamiento de Mo Ti al abogar por la moderación en los conciertos músicos y en los funerales. La actitud social de Mo Ti es

---

[38] El genial mallorquín Ramón Llull deseaba —¡con más radicalidad que Mo Ti!— que se prohibiera llevar luto por los difuntos, ya que el dinero gastado en funerales se quitaba a los pobres: "El Canónigo de Pobreza habló después y dijo que todo el dinero que se gastaba en las garnachas y mantos de luto que vestían los que lloraban y asistían a la función fúnebre era hurtado a los pobres y al alma del difunto, y quería recobrarlo y que se mandase que, en adelante, todo lo que habían de gastar en lutos fuese dado de limosna a los pobres de Jesucristo, quedando prohibido vestir luto por muerte de ninguno." *Libro de Evast y Blanquerna*, en la ed. de la B.A.C. (31), Madrid, 1948, p. 386.

[39] H. Doré, S.J., *Manuel des superstitions chinoises*, Zikawei (Shanghai), 1926, pp. 46-86.

[40] J.J.M. De Groot, *The Religious System of China: Its Ancient Forms, History and Present Aspect; Manners, Customs, and Social Institutions connected therewith*, vol. 2, Taipei, 1964 (reimp.).

transformada en un ascetismo descarnado y antihumano:

> Ahora nos viene Motzy con su particular opinión, diciendo que en la vida no se debe cantar y que en la muerte no debe guardarse luto... Ponerse a enseñar estas cosas a las gentes tal vez no sea amarlas mucho. Practicarlas uno mismo en su persona ciertamente no es amarse. Aún no se ha extinguido esta doctrina de Motzy. Teniendo ganas de cantar que no se deba cantar, y teniendo ganas de llorar que no se deba llorar, y que estando alegre no sea lícito regocijarse, ¿es en realidad conforme a la naturaleza? La vida resulta así agobiante y la muerte miserable. Esta doctrina es menguada y hace la vida humana triste y afligida... Si Motzy él solo es capaz de soportarla, ¿qué del resto del mundo? [41].

Las medidas drásticas de Mo Ti eran como una operación quirúrgica, necesaria para detener la pérdida de sangre, es decir, el despilfarro de tiempo y de dinero, y salvar a todo el pueblo de la anemia social. No parece justo acusar de antihumanismo a un filósofo sincero y desinteresado que propugna la obediencia a un Dios personal y benéfico, la práctica del amor recíproco y la ayuda mutua, la promoción de los mejores para el gobierno y, sobre todo, la opción preferencial por el pueblo que sufre; a un hombre que condena el egoísmo y el odio, que denuncia la injusta acumulación de riquezas en las manos de los poderosos y la creencia supersticiosa en el hado ciego; que promueve incansablemente la paz entre los estados, pero defiende con las armas a ciudades injustamente agredidas. A Mo Ti no se le comprendió ni apreció como merecía porque sus doctrinas y paradigmas se adelantaron muchísimos siglos a sus contemporáneos.

XI. POLITICA PACIFISTA

Mo Ti, impulsado por su doctrina del amor recíproco y de la ayuda a todo el pueblo chino, no podía

[41] C. Elorduy, *Chuang-tzu...*, *o.c.*, pp. 244 ss.

incumbente. "Si a uno que tiene talento para gobernar bien a mil, se le confiere un puesto en el que tiene que gobernar a diez mil, el cargo superará diez veces su competencia" [cap. 9]. Helo aquí, enunciado ya por Mo Tí hace veinticinco siglos, un modernísimo axioma norteamericano llamado *the Peter Principle:* "En una jerarquía, los individuos tienden a subir a sus niveles de incompetencia" [35].

Los gobernantes, a imitación de los antiguos sabios, han de obedecer a la voluntad del Cielo combinando el amor y la justicia para todos, animando a los buenos y castigando a los malos. Si el monarca y los gobernantes, careciendo de bondad y de justicia, creyesen que podrían intimidar a las gentes con su majestad y poder "tendrán que matar a todos sus súbditos". La violencia y el abuso del poder hacen tiranos que provocan el castigo del Cielo. Por el contrario, el buen gobernante siente responsabilidad personal por los pecados de sus súbditos, o ante las calamidades que el pueblo sufre. En el capítulo 16 Mo Ti cita un párrafo notable de una arenga del emperador T'ang: "De la gran sequía actual debo responder yo. No sé si he ofendido a los de arriba (el Cielo y los espíritus) o a los de abajo (sus súbditos), por más que no me he atrevido a silenciar las buenas obras de ninguno, ni tampoco a perdonar las malas, escritas como están en el corazón de *Shang Ti.* Recaigan sobre mi persona los pecados de los súbditos en los cuatro puntos cardinales. Pero no recaigan sobre ellos los cometidos por mí".

VIII. EL INDIVIDUO Y LA FAMILIA

El amor universal y la ayuda mutua, predicados por Mo Ti, son la mejor garantía de que el individuo

[35] Laurence J. Peter, *Why Things go wrong or the Peter Principle revised*, Nuevas York, 1985.

no será oprimido por la sociedad ni por los poderosos. En el capítulo 15 —omitido en la traducción de Elorduy— el Maestro Mo afirma: "Cuando todos se amen unos a otros, entonces el fuerte no oprimirá al débil, ni la mayoría impondrá su voluntad a la minoría, ni el rico se burlará del pobre, ni el colmado de honores despreciará al humilde, ni el astuto engañará al sencillo".

Al atacar el fatalismo, Mo Ti afirmaba el libre albedrío del individuo, que está dotado de intelecto para conocer la voluntad del Cielo; por ello su conducta es digna de premio o de castigo. El individuo no es una pieza al servicio incondicional de un estado totalitario y deshumanizante. Como el Maestro Mo asegura en el capítulo 47, "todo el imperio no vale para mí tanto como mi propia persona". Pero tampoco se trata de un individualismo egoísta: las palabras y acciones de cada uno han de estar regladas por la voluntad del Cielo, que es el amor recíproco para beneficio de todo el pueblo. La vida individual se puede sacrificar por una causa noble: "Se dan casos de hombres que se matan por defender su palabra o su doctrina, porque consideran la propia justicia de más valor que sus personas" [cap. 47]. Pero el sacrificio de una vida por el bien público debe ser voluntario, no impuesto violentamente por la autoridad: "Matar a una persona para salvar a todo el mundo no reporta bien a nadie; pero sacrificar la propia vida para salvar al mundo es beneficiar a todos a costa propia" [cap. 45].

El clan familiar siempre ha tenido en China más importancia que el individuo o el estado. Un chino no sólo nace en una familia y vive en familia, sino que vive para la familia, en continuidad parahistórica con sus antepasados y sus descendientes. Es lo que constituye la virtud cardinal de la piedad filial. Mo Ti declara que la mejor manera de observar esa piedad filial es trabajar con todas las fuerzas y recursos de cada uno para enriquecer a sus padres si sufren po-

breza, hacer que aumente la familia si sus miembros son pocos, y pacificarlos si están desavenidos [cap. 25].

Confucio y sus discípulos dieron una importancia prevalente a esta virtud natural, regulando hasta mínimos detalles las relaciones de dependencia del hijo, hermano menor y esposa respecto a sus padres, hermano mayor y esposo. Confucio llegá a escribir que si el padre quiere que su hijo muera, éste no puede menos de morir [36v]. Por su parte, Mo Ti condena repetidamente el parricidio y la falta de piedad filial, porque para él la familia propia es el modelo concreto de cómo hay que amar a todas las familias y de ayudarse mutuamente todos los compatriotas. Es interesante notar que así como en español la expresión "madre patria" es una metáfora que se refiere a los progenitores de una familia, en el idioma chino la idea de patria se traduce con el binomio *kuo-chia*, que significa "la familia nacional".

Mencio interpretó el enfoque universal que Mo Ti daba al amor como un "amor igualitario", que destruía fundamentalmente la piedad filial, pues habría que amar a nuestro padre como amamos al padre de un extraño. Y otro famoso filósofo confuciano, Wang Yang-ming (1472-1528) [w] denunció el amor mutuo motista como "amor indiscriminado", que subvertía las básicas relaciones personales de los chinos, quienes siempre han sabido guardar las distancias entre parientes, vecinos y extraños. Pero Mo Ti nunca enseñó que debemos amar a los padres propios como amamos a los extraños, sino viceversa, amando a los otros como amamos a los nuestros, y que nuestro amor familiar se extienda a todo el mundo. Hay dos

---

[36] En las *Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio, también se reconocía, al menos teoréticamente, a la patria potestad el derecho de vida o muerte sobre el hijo, cuando por ejemplo el señor de un castillo, sitiado por los enemigos y a punto de morir de hambre, podría sin culpa comer a su propio hijo, si con ello impidiera la rendición del castillo (II, 64-65).

clásicos refranes chinos que confirman esta filantropía universal de Motzy: "Todo el universo es mi familia"; "Dentro de los cuatro mares todos somos hermanos" [37].

Mo Ti no fue un idealista iluso; sabía muy bien las diferencias insalvables que existían entre los clanes familiares y las clases sociales. Y él mismo adoptaba diferente actitud ante quien le aceptaba o le atacaba. Pero combinaba la justicia con la benevolencia y respetaba a las personas, procurando ganarse amigos. En cierta ocasión respondió al Duque Shu, del estado de Lu: "Los arpones de mi virtud de justicia superan en mucho a los arpones de sus naves de guerra. Mi arpón engancha con el amor y ataja con el respeto. Sin enganchar con el amor no hay intimidad de afecto; si no se ataja con el respeto pronto se degenera en familiaridad excesiva. Una familiaridad sin afecto verdadero pronto provoca un distanciamiento. Por eso las relaciones deben de ser amistosas y las amistades respetuosas" [cap. 19].

IX. PROGRAMA ECONOMICO

Mo Ti extiende a todo el mundo la regla del amor mutuo que aplicó a las familias chinas: "Si el mundo está pobre, trabajar por enriquecerlo; si su población es escasa, procurar acrecentarla; si andan revueltas las gentes, procurar restablecer el orden. Y todo esto hasta donde lleguen las fuerzas, las riquezas y los talentos, sin querer ahorrar fuerzas, ni ocultar riquezas o recursos con que se puede ayudar al mundo" [cap. 25].

Mo Ti nace en medio de un pueblo expuesto secularmente a tres grandes calamidades: "a sufrir hambre y no tener que comer, a tener frío y no tener que vestir, a estar agobiado de trabajo y no tener reposo"

[37] F. Mateos, *Florilegio de refranes chinos*, refrán 151.

[cap. 32]. El pueblo chino languidecía y era diezmado, debido a una lamentable concurrencia de calamidades naturales, desorden social, contribuciones excesivas y despilfarros de los señores feudales, enzarzados en guerras desoladoras. Era urgentísimo contener la ambición de los jefes, suprimir los lujos y gastos inútiles, distribuir los alimentos de primera necesidad, castigar a los bandidos y logreros, incrementar la población y dar trabajo a todos [caps. 5 y 6].

Apelando al ejemplo de los santos emperadores, Mo Ti exhorta al gobierno a aumentar la producción de cereales, reservando en los graneros parte de la cosecha, en previsión de los años de sequía e inundaciones. Los primeros en dar ejemplo deben ser los gobernantes, viviendo frugalmente. Si se logra que la gente sea moderada en sus gastos, la riqueza existente bastará para el consumo.

Mo Ti cita con detalles pintorescos la gran austeridad de los antiguos en la construcción de las moradas, la confección de vestidos, el régimen alimenticio, e incluso en la fabricación de carros y naves de guerra. Pero los señores feudales y funcionarios de aquella época de Primavera y Otoño "indefectiblemente gravan con fuertes contribuciones al pueblo; le arrebatan brutalmente sus vestidos y alimentos mientras ellos edifican palacios, ocupan a las mujeres en hacer bordados abigarrados y a los varones en labrar bordados de oro, a título de prestación personal... Todo este gasto de materiales y de trabajo es absolutamente inútil. Y las consecuencias son deplorables: el pueblo se hace vicioso e ingobernable, y el soberano es amigo del lujo, despilfarrador y reacio a toda censura... Suntuosidad despilfarradora de los nobles y opulentos costeada con el frío y el hambre de huérfanos y de viudas" [cap. 6].

El programa de austeridad social propuesto por Motzy exhortaba a que cada uno se contentara con lo suficiente para que a nadie le faltara lo necesario. Para ello había que cercenar todo gasto inútil y evitar

el consumismo y el lujo, intolerables cuando el pueblo está en la miseria. Sus reglas de economía social eran las siguientes: Respecto a la indumentaria, que los abrigos protejan del frío en invierno y del calor en verano; que se prohíban los vestidos costosos y las modas extravagantes. Respecto a la vivienda, basta que las casas protejan de las inclemencias del tiempo y de los ladrones; los adornos arquitectónicos son superfluos. Respecto al armamento, tener lo necesario para rechazar la agresión de invasores o bandidos; no tiene sentido la rareza o elegancia en las armas. Respecto a los medios de locomoción, utilizar los más rápidos y seguros, sin malgastar tiempo ni materiales [caps. 20-22].

Mo Ti hizo una opción preferencial por la pobreza, con la austeridad casi extrema de su vida y haciéndose, ante el gobierno y los potentados, el abogado del pueblo que sufría en la miseria. No condenó la propiedad privada, sino sus flagrantes abusos. Reconocía que había ricos que eran justos y pobres que eran injustos. Reprobó el robo como violación del derecho ajeno, y consecuentemente condenó vigorosamente las guerras de conquista por ser un gran latrocinio y violación de la justicia y del amor universal [caps. 2 y 7]. En otro contexto Mo Ti señala como práctica de la justicia el destino social de los bienes: "Quien posea riquezas que las distribuya con otros" [cap. 19], sobre todo cuando el pueblo está en la indigencia. La riqueza pública debe bastar para que todos tengan bienes suficientes para la vida, precaverse de eventuales calamidades naturales, y aun para socorrer a huérfanos y viudas [cap. 6].

Pero ni el reparto social de los excedentes ni las obras de misericordia bastan para remediar una crisis económica tan general. El mejor remedio está en incrementar la producción gracias al trabajo. "El hombre vive del fruto de sus fuerzas y de su trabajo, y no puede vivir sin trabajar... Si la gente no trabaja en sus propios quehaceres no tendrá lo suficiente para

la vida" [cap. 32]. Cada uno debe percibir el fruto de su trabajo. Los labradores se levantan con el alba para cultivar los campos y vuelven al anochecer, y lo mismo hacen las mujeres hilando telas de seda y de lino. Obran tan diligentemente "porque la diligencia produce riqueza y la negligencia cría pobreza" [cap. 37, omitido en la traducción española].

Los trabajadores, movidos por incentivos familiares y de ayuda mutua, aumentan la producción nacional. Luego cuanto la población laboral sea mayor, mayor será el rendimiento económico y la prosperidad de un estado, y con ello, la suficiencia de medios para todos. Hay que condenar enérgicamente las guerras matahombres, y toda política que tienda a disminuir la población. Como consecuencias de las guerras intestinas, los campos se habían despoblado y las ciudades estaban diezmadas. Eran innumerables los que morían víctimas de enfermedades o en el asalto o defensa de las murallas.

Para atajar la constante disminución de la población, Mo Ti recomendó volver a la antigua práctica de los matrimonios tempranos: "Un varón, cumplidos sus veinte años, no debe dejar de formar un hogar; una joven, al cumplir sus quince años, debe ir a servir a un varón" [cap. 20]. Después se retrasó unos años la edad respectiva para casarse, pero Motzy creía que lo ideal era que todos los matrimonios tuvieran un hijo cada tres años. Mo Ti recomendaba cierto control de natalidad espaciando los hijos, para la mejor crianza de los niños y la continuidad de las labores femeninas. "Ahora en cambio —parece que Motzy escribe a finales de nuestro siglo XX— los gobernantes del mundo, en su mayor parte, siguen la política de disminuir la población" [cap. 20].

Los oficios manuales (Mo Ti cita nominalmente a los artesanos, carreros, curtidores, alfareros, ebanistas, orífices, labriegos, hilanderas, etc.) debieran limitarse a los que sean de utilidad para el pueblo. El añadir gastos sin acrecentar la utilidad pública debe

ser reprendido [capl 21]. Motzy opina que el trabajo intelectual del investigador, del maestro, e incluso del político, es de mayor utilidad que el de los que ejercitan labores manuales: "Aunque no me dedique a labrar los campos para dar de comer a los hambrientos; aunque no me ponga a tejer para vestir a los que sufren frío, mi contribución puede ser mayor" [cap. 49]. La excelencia no consiste precisamente en que la labor del entendimiento sea de mejor calidad que el trabajo manual, sino en que el provecho social del ingenio suele ser mayor. La habilidad que el Duque Shu mostró al construir una cometa que se mantuvo tres días en el aire valía para Mo Ti menos que la habilidad del carrero haciendo un cojinete que pudo soportar cinco mil libras de peso. La mejor habilidad es la del que hace una obra de mayor provecho para el hombre [cap. 49].

X. CONTRA LA MUSICA Y LOS FUNERALES

Dos casos típicos de lógica motista al denunciar todo gasto superfluo y todo lo que impedía la producción son la condenación de la música y su invectiva contra los funerales, tal como se practicaban en la época de la Primavera y Otoño en China. Esta impopular actitud de Mo Ti fue consecuencia de su ataque general contra el confucianismo, que había dado gran importancia a la música instrumental, elevándola a la categoría de asignatura primaria de toda educación, y había elaborado un complicado y costoso ritual fúnebre.

De los tres capítulos del Libro de Motzy que trataban sobre la música, sólo uno de ellos se ha conservado; pero es suficiente para explicarnos por qué el Maestro Mo la reprobaba. Apoyándose en su principio del amor mutuo y de la opción preferencial por los pobres en aquellos calamitosos tiempos, Mo Ti "no quitará nada del vestido y alimentación del pue-

blo, para con ello satisfacer sus ojos en cosas bellas, ni para deleitar sus oídos" [cap. 32]. En cambio, los señores feudales imponían cuantiosas contribuciones para costearse un sinfín de instrumentos músicos —grandes campanas, tambores, laúdes, violines, arpas, piedras sonoras, flautas y organillos—, empleando a multitud de musicantes y cantoras para los conciertos de palacios. Refiere Mo Ti que el Duque K'ang tenía a su servicio a diez mil músicos, bien alimentados y elegantemente vestidos. Los reyes y grandes señores, descuidando sus obligaciones de gobierno, pasaban el tiempo oyendo música.

No reprobaba Mo Ti la música en cuanto arte bella, pues le agradaba oírla, sino el abuso manifiesto que de ella hacían los nobles, desoyendo los ayes del pueblo hambriento, y gastando cuantiosas sumas en comprar instrumentos y mantener a instrumentistas y cantoras. "Si el coste de los instrumentos pudiera retornar al pueblo en una forma ventajosa para él, yo no lo reprobaría" [cap. 32]. Al objetarle un confuciano que al condenar la música condenaba también a sus venerados emperadores de la antigüedad, quienes habían compuesto himnos y canciones, Mo Ti le respondió que la música de los santos emperadores había sido tan poca cosa que no se le podía llamar música [cap. 7]. No podía tolerar Mo Ti los despilfarros de dinero, personal y tiempo que exigía la ejecución de los conciertos aúlicos, como tampoco el lujo superfluo en las artes decorativas, mientras el pueblo sufría por no tener bastante que comer y vestir. No obstante este motivo, a Mo Ti se le ha acusado de ser antihumanista, y de haber ignorado el valor social de las artes bellas.

También se le criticó a Mo Ti su reprobación de los ritos funerarios, en los que tanto los confucianos como las familias chinas siempre se han esmerado, como manifestación pública del culto a los antepasados y de los inalienables deberes de la piedad filial. También Mo Ti los admitía, pero clamó contra los

increíbles abusos en los gastos de enterramiento y en la dilatada prolongación del luto.

En el capítulo 25 (el único conservado de los tres que trataban sobre la moderación en los funerales) Mo Ti describe cuáles eran las costumbres mortuorias de su tiempo: "Hay que enterrar en ataúd doble y de varios fondos; la fosa debe ser profunda; las vestiduras con que se entierra al finado, numerosas; los adornos y bordados, abundantes; el túmulo muy grande. Si el muerto fue de condición ordinaria y humilde, su entierro arruinará la hacienda familiar. Si fue un señor feudal, vaciarán el erario y los almacenes del estado; además el cadáver tiene que llevar objetos de oro, jades, perlas, lazos, correas, carros y caballos, todos lo cual hay que introducir en la fosa".

Las manifestaciones de luto eran por demás: se debía llorar al difunto con interminables sollozos de familiares y gritos de plañideras. Los deudos, vestidos con tela de saco, ayunaban frecuentemente y dormían sobre lecho de pajas, por espacio de tres años, si el luto era por los padres, por la esposa o por el hijo heredero. Por los otros hermanos, tíos o primos, el duelo se prolongaba por tres meses. Con tan costosos entierros, extremadas aflicciones corporales y dilatados lutos de salud de los vivos se debilitaba, se impedía la producción laboral e incluso disminuían los nacimientos; los funcionario afectados por la muerte de un familiar no podían despachar bien los asuntos de gobierno [cap. 25].

Para remediar tales abusos Mo Ti abogaba por la moderación en los entierros y en el luto familiar. Bastaban tres mudas de vestidos como mortaja del difunto, un ataúd con tablas de tres pulgadas de espesor, y un túmulo suficiente para cubrir la sepultura. Era ya bastante que los allegados y las plañideras lloraran por el difunto a la ida y a la vuelta del entierro, y así poder recomenzar cuanto antes las tareas de cada uno. Los familiares del difunto no debían prolongar

limitar su acción al territorio de su estado, sino que se hizo maestro itinerante. La China feudal de la época de Primavera y Otoño, aunque dividida en estados independientes, era la patria común de las tribus de raza Han, que hablaban la misma lengua y escribían con los mismos caracteres ideográficos. No había llegado aún el tiempo de la reunificación política, conseguida por el emperador Ch'in Shih Huang, pero ya Mo Ti le preparó el camino, predicando la unión de ánimos en el amor y la justicia.

Aunque el ambiente le era adverso —desorden general y anarquía política, con frecuentes reyertas entre señores feudales—, Mo Ti condena valientemente la violencia a escala familiar, personal y social, por ir contra la voluntad del Cielo y dañar a todos. En los tres capítulos 17, 18 y 19 del libro quinto condena la agresión armada por ser causa de un diluvio de calamidades: "Servirse del pueblo de Dios para atacar a las ciudades de Dios..., matar a los hombres y dispersar al pueblo..., consumir inmensas riquezas...; innumerables gentes que han de morir de frío, de hambre, de enfermedades, y cuyos cadáveres irán flotando por ríos y canales... Los reyes y magnates disfrutan en estas guerras, y disfrutan causando daños y arruinando a los pueblos del mundo... Les sobra territorio y les faltan hombres y aun así se atacan mutuamente para disputarse territorios. Pierden aquellos de que escasean por acrecentar lo que les sobra" [cap. 19].

El filósofo del amor universal acumula razones para mostrar cuán abominable es la guerra de agresión y conquista [caps. 10, 17-19]. Los confucianos le objetaron a Mo Ti que no podía condenar toda guerra de agresión ya que los reyes sabios de la antigüedad las habían emprendido. El Maestro Mo les respondió sutilmente que aquellos reyes modelo no agredieron injustamente a ningún pueblo, sino que organizaron "expediciones punitivas" para castigar la insolencia de tribus bárbaras, o contra reyes tiránicos

que habían perdido "el Mandato del Cielo". La argucia acalló a los adversarios, pero dejó sin resolver el problema de determinar —¿y quién lo determina?— cuándo una invasión militar de territorio ajeno es una injusta guerra de agresión y cuándo es una expedición punitiva. Tampoco previó Mo Ti la objeción de conciencia del que se niega a tomar las armas en una guerra que él cree ser claramente injusta.

Lo que procuró Mo Ti con su incansable actividad política fue disuadir a los señores feudales para que no atacaran a ciudades y estados que no les habían hecho injuria alguna. Impidió que el poderoso estado Ch'u invadiera al pequeño estado Sung, y que Ch'i castigara a Lu, y que éste atacara a Cheng. Ya indicamos cómo Mo Ti anduvo diez jornadas para persuadir al Ministro de la Guerra del estado de Ch'u, quien planeaba un ataque militar contra Sung. Le desafió a un juego en el que el cinturón de Mo Ti representaba las murallas de la capital de Sung, y unas barritas de tinta valían como soldados. El Ministro perdió todas sus barritas y tuvo que darse por vencido. Sospechando Mo Ti que aquél maquinaba asesinarle, le avisó que ya había enviado a trescientos discípulos para defender las murallas de Sung [cap. 50].

El Maestro Mo no era un pacifista a ultranza, ni creía que para oponerse eficazmente a la injusta opresión de los poderosos bastara una resistencia meramente pasiva. Tendría más efecto la disuasión militar de una justa defensa, coincidiendo de hecho con la máxima latina *si vis pacem, para bellum*. Aconsejó a los pequeños estados que se aliaran contra un agresor más poderoso. Enseñó tácticas para fortificar las murallas, defender los ríos y puertos de montaña, organizó la defensa civil de campesinos y ciudadanos, e incluso dirigió la fabricación de armamento y la construcción de naves de guerra. Los veinte últimos capítulos del Libro de Motzy recogen sus instrucciones sobre la defensa estratégica y la ingeniería castrense de aquellos tiempos.

Cuando su dialéctica no era eficaz para disuadir al agresor Mo Ti participaba con sus discípulos en la defensa de la ciudad sitiada. Si ésta no contaba con suficiente número de defensores, Mo Ti sugería que se proveyera de armas a las mujeres, a los ancianos y a los muchachos. En cada cincuenta metros de muralla debían colocarse diez hombres adultos, veinte mujeres y diez muchachos o ancianos [caps. 52, 61]. No sabemos si alguna vez tuvo lugar tal defensa numantina de una ciudad injustamente agredida. De hecho, los chinos son más pacíficos que belicosos, y prefieren entablar negociaciones cuando la defensa es ya inútil. Y los mismos atacantes suelen dejar a los sitiados una salida de escape, para no obligarles a luchar a la desesperada.

XII. LA ESCUELA MOTISTA

El Maestro Mo tuvo en vida numerosos discípulos, atraídos por la elevación moral de sus doctrinas y el radicalismo de sus soluciones políticas. Los nombres de quince de ellos aparecen en el Libro de Motzy, siempre obedientes a los dictados del Maestro. Tenía unos ciento ochenta incondicionales, dispuestos a seguir a Mo Ti hasta la muerte. Fascinados por el atractivo personal de aquel jefe, eran como caballeros errantes en pos de una utopía social, y en lucha constante contra la injustica y el despilfarro.

Muerto Mo Ti, su escuela se multiplicó rápidamente por toda la China, como una tercera vía entre el confucianismo ritual y el taoísmo asocial. El motismo, por su opción preferencial por los pobres y oprimidos, su espíritu religioso y remedios drásticos, atraía mucho más al pueblo que el confucianismo de la *aurea mediocritas*, pero con una casta de intelectuales aburguesados, fautores del orden tradicional. Un siglo después, Mencio estaba alarmado porque las

palabras de Mo Ti (y del hedonista Yang Chu) "llenaban el Imperio", obligándole a salir en defensa de la ortodoxia confuciana [42]. Durante doscientos años, en la época de los Reinos Combatientes, el motismo tuvo una extensión e influencia tan importantes como el confucianismo.

Al principio los motistas formaban un cuerpo compacto, dirigidos por un jefe, llamado *chü-tzy* [x], quien tenía poder de vida y muerte sobre los discípulos que transgredieran las normas y preceptos de Mo Ti, cuyos escritos eran venerados cual libros canónicos. El principio supremo de la voluntad del Cielo, la norma ético-política del amor universal, y la autoridad indiscutible del Jefe sucesor daban al motismo cierta apariencia de religión organizada. Hu Shih opinó que si el motismo hubiese aparecido en circunstancias similares a las de la Europa feudal habría constituido un gobierno teocrático, en el cual el jefe *chü-tzy* hubiera sido el papa [43].

Andando los años, y mientras se recogían por escrito las enseñanzas y ejemplos de Mo Ti, se les dieron diversas interpretaciones, formándose los tres grupos o sectas de que hablamos al tratar de la crítica textual de los escritos motistas. Podemos caracterizarlas por sus tendencias principales: 1) la secta ética de los primeros discípulos, que redactaron los capítulos más auténticos; 2) la secta político-militar, que incorporaría a los escritos de Motzy los capítulos 52-71 sobre la defensa estratégica y la ingeniería castrense; y 3) la secta lógica, que atribuyó al Maestro Mo las clasificaciones de términos y los métodos de argumentación de los capítulos 42 al 45. Este último grupo de neomotistas desarrollaron ese aparato lógico para defender al motismo contra las argucias y sofis-

---

[42] *Mencio*, lib. III, parte II, cap. IX; J. Legge, *Chinese Clasics*, vol. II, p. 282.

[43] Hu Shih, *An Outline of Chinese Philosophical History*, cap. IV, sect. 4.

mas de los lógicos y legalistas que aparecieron posteriormente en China.

Las tres sectas motistas fueron distanciándose cada vez más en la interpretación del pensamiento de Mo Ti, e incluso exagerando hasta el absurdo las prácticas austeras. Según Han Fei Tzy, las tres sectas no estaban de acuerdo y aun se contradecían en sus diferentes tendencias, afirmando cada una poseer la auténtica doctrina de Motzy [44]. En el Libro de Chuangtzy se presenta a los numerosos partidarios de Mo Ti

> Vestidos con burdos paños grises, calzados con esparteñas de madera y paja, trabajando sin descanso día y noche. Pusieron como supremo ideal agobiar a sus propias personas. Decían que quien no era capaz de hacer eso no seguía las doctrinas del rey Yü y no podía ser contado entre los discípulos de Mo Ti. Todos recitan los escritos de Mo Ti, pero a pesar de todo, se diferencian los unos de los otros, y tienen a los demás como escuelas heterodoxas de Mo Ti... Los partidarios de Mo Ti en las generaciones venideras necesariamente tendrán también que afligir sus cuerpos y andar con los muslos descarnados y las piertas peladas [45].

La carencia de epígonos de talento que aplicaran las doctrinas de Mo Ti a la sociedad china, en los no menos calamitosos siglos posteriores, las divisiones sectarias y las exageraciones ascéticas de zelotes motistas, todo ello perjudicó decisivamente al programa ético-social propuesto por Mo Ti. No se conoce ninguna respuesta motista al ataque filosófico de Mencio, el corifeo del confucianismo. El motismo no levantó cabeza después de la tempestad anticultural del emperador Ch'in Shih Huang, a fines del siglo III a.C. Los últimos ecos del antiguo motismo se oyen débilmente en el siglo II antes de la era cristiana. El proyecto ético-político de Mo Ti, un hombre para los demás, había sido una bella utopía que pretendió implantar en la sociedad china el amor universal.

---

[44] *Han Fei Tzy*, cap. I.
[45] C. Elorduy, *Chuang-tzu...*, *o.c.*, pp. 245 ss.

XIII. REVALORIZACION DE MO TI

Un cometa cruza fulgurante el firmamento arrastrando tras sí una cabellera luminosa, para desaparecer pronto en la noche interestelar; pero al cabo de los años o de los siglos ese mismo cometa reaparecerá ante la vista de los hombres. Así ha ocurrido con Mo Ti, el rival de Confucio, cuya ilustre doctrina y gran séquito de discípulos habían ya desaparecido, al llegar el siglo I, entre constelaciones de filósofos y políticos confucianos, taoístas y legalistas, que fulguraban en el Celeste Imperio. Pero no para siempre; la figura y el pensamiento de Mo Ti reaparecía en las crónicas históricas, en las reediciones clandestinas de sus escritos "heréticos", y en los comentarios, cada vez más frecuentes, del Libro de Motzy. Una bibliografía sobre Mo Ti, que se publicó en Taipei el año 1969, registraba 177 ediciones y comentarios en lengua china y 30 más en lengua japonesa [46].

El influjo del filósofo del amor universal ha afectado también profundamente la mentalidad china. Mei Yi-pao, quien comentó y tradujo al inglés los escritos ético-político de Mo Ti, decía a este respecto:

> La laboriosidad y frugalidad chinas fueron fortalecidas con el ejemplo de Mo Ti. El altruismo que caracteriza al tipo tradicional de la vida familiar y las tendencias pacíficas de la actitud nacional son en no pequeño grado un legado de Mo Ti. El motismo, como sistema especial de filosofía, floreció en China por un tiempo relativamente corto, pero su talante ante la vida ha echado hondas raíces en el suelo de la patria y en las fibras del pueblo. En nuestra opinión, el peculiarismo chino no pue-

---

[46] Yen Ling-feng, *Motzy chih-chien Shu-mu* (Bibliografía comentada sobre Motzy), Taipei, 1969. Comprende 224 libros y 244 artículos sobre Mo Ti, escritos por autores chinos, japoneses y occidentales; la bibliografía está ordenada según los años de la impresión.

El *Catálogo de Tesis de investigación sobre la Cultura china*, publicado en Taipei en el año 1981, enumera 223 títulos referentes especialmente a Mo Ti.

de descifrarse sin alguna cala profunda en las doctrinas y personalidad de Mo Ti, quien ha sido una constante, aunque inconsciente, fuente de inspiración para nuestros poetas [47].

Los sinólogos occidentales han fijado también su atención y sus análisis sobre Mo Ti, el desconocido filósofo chino, quien tiene un mensaje válido para el hombre moderno. W.H. Long ha resumido bien los valores de la filosofía motista, que hemos tratado de presentar en nuestro estudio introductorio:

Motzy es un pensador que vive aún. Los principios fundamentales que enseñó, libres de las limitaciones de su época, son hoy tan saludables y poderosos para el bien de la humanidad como lo fueron en la edad de oro de la filosofía china: un cosmos gobernado por la finalidad, una ley moral promulgada por Dios, quien es esencialmente espiritual y personal; la libertad y la responsabilidad moral del hombre; la supremacía de la voluntad divina sobre la vida social y política; la ley del amor universal entre los hombres, sancionada por un Dios que nos ama; el fruto íntimo y social de la bondad y del humanismo; el recurso a la lógica y a la inteligencia; la distinción entre guerra de agresión y guerra de justa defensa... Todo continúan siendo profundas enseñanzas que provocan la reflexión del hombre moderno [48].

Mo Ti defendía la vida humana, procuraba el amor mutuo, la justicia social y la paz universal; por

---

[47] Mei Yi-pao, *o.c.*, p. 182.

[48] Wilbur Henry Long, *Mo-tse, China's Ancient Philosopher of Universal Love*, Pekín, 1934, p. 38.

En textos ascéticos y espirituales contemporáneos también podemos encontrar asombrosas coincidencias con las ideas de Mo Ti sobre la comunicación de bienes con los más pobres, y el amor universal para el bien común. Un ejemplo entre muchos: "Que nuestra pobreza, pues, sea signo de nuestra caridad, despojándonos de lo que es nuestro para enriquecer a otros. Que nada sea propio para que todo sea común en Cristo. Las mismas comunidades, con abnegación de sus intereses se unan entre sí con el vínculo de la solidaridad... Ni se limite sólo a los nuestros esta circulación de la caridad, pues toda la humanidad está ligada al cuerpo místico de Cristo. Que la caridad, en fin, ponga su perfección a las obligaciones de justicia que nos ligan especialmente para con los más pobres y para con el bien común". *Congregación General XXXI de la Compañía de Jesús* (1966), decreto 18, n. 8.

ello su mensaje es ahora más necesario y urgente que nunca, en estos dos últimos decenios del siglo XX, cuando, junto al progreso tecnológico e informático de un mundo de hadas, pululan frenéticamente el hedonismo y la descreencia, el sensacionalismo irresponsable y las campañas abortistas, el consumismo comercial y el hambre de naciones enteras, el tráfico de las drogas y la manipulación biológica, el terrorismo organizado y las mentiras políticas. Que vuelva Mo Ti a decirnos que, para atajar tal anarquía social, tenemos que hacer la voluntad del Cielo amándonos unos a otros en realidad de verdad.

NOTA SOBRE LA TRADUCCION

El padre Carmelo Elorduy, S.J., benemérito por sus estudios y traducciones al español de los clásicos de la antigüedad china [49], ha elaborado la primera versión directa al español de la obra de Mo Ti. Ha procurado —y conseguido— cuidadosa fidelidad al texto original chino y al pensamiento del autor, a pesar de tratarse de un idioma de muy diversa estructura semántica, y de hacer una cala en su remota antigüedad, cuando el estilo clásico *ku wen* ? tenía una concisión fraseológica tal que a su comparación el latín de Tácito o los alambicamientos conceptistas de Gracián parecen palabrería. La traducción va

[49] El P. Carmelo Elorduy ha sido galardonado con el Premio Nacional de Traducción, 1986, del Ministerio de Cultura del Gobierno Español, por su obra *Romancero chino*, Editora Nacional, Madrid, 1984. Otros comentarios y traducciones directas de los clásicos chinos por el P. Elorduy incluyen: 1) *Chuang-tzu. Literato filósofo y místico taoísta* (Manila, 1967). 2) *Lao Tse. La gnosis taoísta del Tao Te Ching* (Oña, 1961). 3) *Lao Tse, Chuang Tzu, dos grandes maestros del taoísmo* (Editora Nacional, Madrid, 1977). 4) *Libro de los Cambios* (Editora Nacional, Madrid, 1983). 5) *Sesenta y cuatro conceptos de la ideología taoísta* (Universidad Andrés Bello, Caracas, 1972).

acompañada oportunamente de notas aclaratorias. El trabajo del padre Elorduy permite ya que en los países de lengua española empiece a conocerse la genial figura y pensamiento ético-social de Mo Ti, el rival de Confucio y el apóstol chino del amor universal.

Taipei, diciembre de 1986

BIBLIOGRAFIA

1. TEXTO DE MO TI Y COMENTARIOS CHINOS

CHANG Chuen: *Motzy hsien-ku chien* (Texto de Mo Ti con anotaciones), Taipei, 1962.
KAO Hsiang: *Mo ching chiao ch'üan* (Crítica y comentario al Libro de Mo Ti), Pekín, 1962.
PI Yüan: *Motzy ch'üan chi* (Obras completas de Mo Ti), Pekín, 1784.
SUEN Yi-jang: *Ting pu Motzy hsien-ku* (Texto definitivo y comentario de Motzy), Pekín, 1894; ed. de Taipei, 1965.
YE Yü-lin: *Motzy*, Shanghai, 1937, 2 vols. (Texto con notas en chino moderno).
YEN Ling-feng: *Motzy chih-chien shu-mu* (Bibliografía comentada sobre Mo Ti), Taipei, 1969.

2. ESTUDIOS SOBRE MO TI

a) *En lengua china*

BRESCIANI, Umberto (PAI An-li): *Motzy-te tsung-chiao sy-hsiang* (Pensamiento religioso de Mo Ti), Taipei, 1975.
CHIH Wei-ch'eng: *Motzy tsung shih* (Comentario general de Mo Ti), Shanghai, 1925.
CHOU Chang-yao: *Motzy sy-hsiang-chih yen-chiu* (Investigación sobre el pensamiento de Mo Ti), Taipei, 1974.
CHOU Fu-mei: *Chiu-shih-te k'u-hsing-che Motzy* (Motzy, el asceta salvador del mundo), Taipei, 1981.
CHOU Fu-mei: *Motzy sy-hsiang-chih yen-chiu* (Investigación sobre el pensamiento de Mo Ti), Taipei, 1974.
FANG Shou-ch'u: *Motzy yüan-liu* (Las fuentes del motismo), Shanghai, 1935; reimp. Taipei, 1953.
LIANG Ch'i-ch'ao: *Motzy Hsüe-an* (Historia de la Escuela motista), reimp. Taipei, 1957.
LIANG Ch'i-ch'ao: *Tzy Motzy Hsüe-shuo* (Teorías del Maestro Motzy), reimp. Taipei, 1971.

LIU P'ei-shen: *Motzy shih pu* (Apostillas a Motzy), Taipei (sin fecha).
SY Wen-te: *Motzy-chih tao-te chih-hsüe* (La filosofía moral de Mo Ti), Taipei, 1968.
T'AO Hung-ch'ing: *Tu Motzy cha-chi* (Notas a la lectura de Mo Ti), Taipei (sin fecha).
YANG K'uan: *Mo Ching chih-hsüe* (La filosofía del Libro de Mo Ti), Taipei, 1971.
YEN Ling-feng: *Motzy chien-pien* (Breviario motista), Taipei, 1976, 3.ª ed.
YÜ Hsing-wu: *Motzy hsin cheng* (Nuevas pruebas de Motzy), 1938.

b) *En lenguas occidentales*

CHOU, Joseph: *Die Ethik des Me Ti*, Munich, 1958.
DAVID, Alexandra: *Le philosophe Meh-ti et l'idée de solidarité*, Londres, 1907.
ELORDUY S.J., Carmelo: *Comunismo y amor de Mo Ti*, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 1977.
FABER, Ernst: *Die Grundgedanken des alten chinesischen Sozialismus oder die Lehren des Philosophen Micius*, Elberfeld, 1877.
FENG Yu-lan: *A History of Chinese Philosophy* (trad. por D. Bodde), Princeton, 1952 (cap. V: Mo Tzu and the early Mohist School).
FORKE, A.: *Me-ti des Sozialethinkers und seiner Schüle philosophische Werke*, Berlín, 1922 (única trad. completa de los escritos de Mo Ti en una lengua europea).
GEISSER, Franz: *Das Princip der allgemeiner Menschenliebe in Reformprogram Mo Ti's und seiner Schule und seine Aufname in China und Europa*, Zürich, 1947.
GRAHAM, A.C.: *Later Mohist Logic, Ethics and Science*, Hong Kong, 1978.
HOLTH, Severe: *Micius, A brief Outline of his Life and Ideas*, Shanghai, 1935.
HUANG Tseng-yueh: *Etude comparative sur les philosophies de Lao-tseu, Kongtseu, Mo-tseu*, Lyon, 1925.
LONG, Wilbur Henry: *Mo-tse, China's ancient Philosopher of Universal Love*, Pekín, 1934.
MEI Yi-pao: *The Ethical and Political Works of Motze*, Londres, 1929.
MEI Yi-pao: *Motze, the neglected Rival of Confucius*, Londres, 1934.
TOMKINSON, L.: *The social teaching of Meh Tse*, Tokio, 1927.
TSEU, A.A. (CHOU You-wei): *The moral Philosophy of Mo-tze*, Taipei, 1965.

WATSON, Burton: *Basic Writings of Mo Tzu, Hsün Tzu, and Han Fei Tzu*, Nueva York, 1967.
WILLIAMSON, H.: *Mo-ti. A Chinese Heretic*, Tsinan, 1927.

3. BIBLIOGRAFIA GENERAL

CORDIER, Henri: *Bibliotheca Sinica. Dictionnaire bibliographique des ouvrages relatifs a l'Empire Chinois*, París, 5 vols. 1904-1908; supl. 1924 (Obra monumental, reimp. en Taipei, 1965-6).
CHANG Chun-shu: *Pre-modern China. A Bibliographical Introduction*, Ann Arbor, Michigan, 1971.
DEVLOO, Edmond: *An Etymological Chinese-English Dictionary*, Taipei, 1969.
GORDON, H.D. and SHULMAN, F.J.: *Doctoral Dissertations on China. A Bibliography of Studies in Western Languages, 1945-1970*, Seatle y Londres, 1972.
LUST, John: *Index Sinicus. A catalogue of articles relating to China in periodicals and other collective publications 1920-1955*, Cambridge, 1964 (Enumera 19.734 artículos, 506 de ellos sobre filosofía china).
LEGGE, James: *Chinese Classics*, 5 vols, Hong Kong, 1861, Londres, 1871; reimp. Hong Kong, 1961 (La más completa y autorizada trad. en inglés).
MATEOS S.J., Fernando: *Bibliografía lexicocráfica de la lengua china*, "Boletín de la Asociación Española de Orientalistas", Madrid, 1977, pp. 71-86.
MATEOS S.J.F.; OTEGUI S.J., M., ARRIZABALAGA S.J., I.: *Diccionario español de la lengua china*, Espasa-Calpe, Madrid, 1977.
MATEOS S.J., Fernando: *Florilegio de refranes chinos*, Asociación Española de Orientalistas, Madrid, 2.ª ed., 1984.
MATEOS S.J., Fernando: *Los caracteres chinos. Lexicografía y romanización*, Asociación Española de Orientalistas, Madrid, 1975.
TSENG Ssu-yü; BIGGERSTAFF, K.: *An annotated Bibliography of Selected Chinese Reference Works*, Cambridge, Mass., 1950.
TSIEN Tsuen-Hsuin; CHENG K.M., James: *An annotated Bibliography of Bibliographies*, Boston, 1978 (Contiene 2.616 títulos).
WIEGER S.J., Léon: *Caractéres chinois. Etymologie. Graphies. Lexiques*, Hsien. 5.ª ed. 1932; reimp. Taichung, 1963.
YANG Fu-mien, Paul: *Chinese Lexicology and Lexicography. A Selected and Classified Bibliography*, Hong Kong, 1985 (Clasifica 4.165 títulos).

4. FILOSOFIA CHINA

a) *En lengua china*

CHANG Chi-yün; WU Yee: *Chungkuo chih-hsüe shih hua* (Charlas sobre la historia de la filosofía china), Taipei, 2.ª ed., 1965.
CHOU Ch'ang-yao *K'ung Mo sy-hsiang-chih pi-chiao* (Comparación entre las filosofías de Confucio y de Mo Ti), Taipei, 1979.
CHOU Shih-fu: *Chungkuo chih-hsüe shih* (Historia de la filosofía china), Taipei, 1971.
CH'U Pai-sy: *Chungkuo chih-hsüe shih pen-i* (Significado originario de la historia de la filosofía china), Taipei, 1978.
FAN Shou-k'ang: *Chungkuo chih-hsüe shih kang-yao* (Sumario de la historia de la filosofía china), Taipei, 1967.
HU Shih: *Chungkuo ku-tai'chih-hsüe shih*)Historia de la filosofía de la antigüedad china), Taipei, 4.ª ed., 1973.
YEN Ying: *Yentzy Ch'uen Ch'iu chiao-chu* (Notas críticas a las Crónicas de Primavera y Otoño de Yentzy), 2 vols., Taipei, 1958.

b) *En lenguas occidentales*

BERNARD-MAITRE, Henri: *Sagesse chinoise et Philosophie Chrétienne*, París, 1935.
COUVREUR S.J., Séraphin: *Les Quatre Livres*, Hsien Hsien, 1930.
CHAN Wing-tsit (compilador y traductor): *A Source Book on Chinese Philosophy*, Princeton, 1963.
CREEL, Herrlee G.: *Chinese Thought: from Confucius to Mao Tse-tung, Chicago, 1975.*
DAY, Clarence Burton: *The Philosophers of China: Classical and Contemporary*, Nueva York, 1962.
FANG Tung-mei, Thome H.: *The Chinese View of Life. The Philosophy of Comprehensive Harmony*, Taipei, 1981.
FORKE, Alfred: *Geschichte der alten chinesischen Philosophie*, Hamburgo, 1964.
FUNG Yu-lan: *A History of Chinese Philosophy* (trad. de Derk Bodde), 2 vols, Princeton, 1952.
FUNG Yu-lan: *The Spirit of Chinese Philosophy* (trad, de E.R. Hughes), Londres, 1947.
HOU Wai-lu: *A short History of Chinese Philosophy*, Pekín, 1959.
HUGHES, E.R.: *Chinese Philosophy in Classical Times*, Nueva York, 1942.
MOORE, Charles A. (ed.): *The Chinese Mind. Essentials of Chinese Philosophy and Culture*, Honolulu, 1967.
WATSON, Burton: *Han Fei Tzu. Basic Writings* (trad. inglesa), Nueva York, 1964.
WIEGER S.J., Léon: *Textes philosophiques*, Hsien Hsien, 1909.

WRIGHT, Arthur F. (ed.): *Studies in Chinese Thought*, Chicago, 1962.
ZENKER, E.V.: *Histoire de la philosophie chinoise*, París, 1932.

5. REFERENCIAS

DORE, Henri: *Manuel des superstitions chinoises*, Zikawei, Shanghai, 1926.
DE GROOT, J.J.M.: *The Religious System of China: Its Ancient Forms, History and Present Aspects; Manners, Customs and Social Institutions connected therewith*, 6 vols., 1892-1910; reimp. Taipei, 1964 (La mejor obra sobre religiones chinas).
GROUSSET, René: *Histoire de la Chine*, París, 1942.
LI Dun J.: *The Ageless Chinese. A History*, Nueva York, 1965.
LIANG Ch'i-ch'ao: *History of Political Thought during the early Tsin Period* (trad. de L.T. Chen), Nueva York, 1930.
NEEDHAM, Joseph: *La gran titulación. Ciencia y sociedad en Oriente y en Occidente* (versión española de R. Martínez Silvestre y M.ª Teresa de la Torre), Alianza Editorial, Madrid, 1977.
NEEDHAM, Joseph: *Science and Civilization in China*, 7 Vols., Nueva York, 1961-1976; reimp. Taipei, 1976. (Obra monumental sobre la ciencia china).
PRÉMARE S.J., Joseph-Henri de: *Vestiges des dogmes chrétiens tirés des anciens livres chinois* (manuscrito latino de 1724, trad. y publicado por B. Bonnetty y P. Perny), París, 1878.
RICCI, Matteo: *T'ien Chu Shih I* (obra publicada en China en 1602, reimp. en Taipei, 1967), *The True Meaning of the Lord of Heaven* (trad. inglesa, intr. y notas por Douglas Lancashire y Peter Hu Kuo-chen, Taipei, 1985.
WANG Chih-hsin: *Chungkuo tsung-chiao sy-hsiang shih ta-kang* (Compendio de historia del pensamiento religioso en China), Taipei, 1960.
WIEGER S.J., Léon: *La Chine à travers des âges*, Hsien Hsien, 1924.
YANG C.K.: *Religion in Chinese Society*, Los Angeles, 1967.

EXPRESIONES CHINAS CITADAS EN EL ESTUDIO PRELIMINAR

a. 春秋，單國

b. 周，夏，商

c. 堯，舜，禹，湯，文王，武王，周公

ch. 趙，魏，韓，齊，燕，楚，秦，越，宋，莒，陳，吳

d. 孔夫子，墨翟（墨子），老子（道德經），莊子，孟子

e. 墨翟，墨子

f. 秦始皇

g. 韓愈

h. 乾隆

i. 墨子閒詁，孫詒讓

j. 韓非子

k. 陰陽

l. 天志

ll. 上帝，天，老天爺

m. 道德經

n. 明鬼

n. 非命

o. 衆愛，相愛，衆相愛

p. 體愛，仁愛

q. 衆相愛，交相利

r. 可用

s. 爲彼猶爲己也

t. 己所不欲勿施於人

u. 墨子汎愛衆利

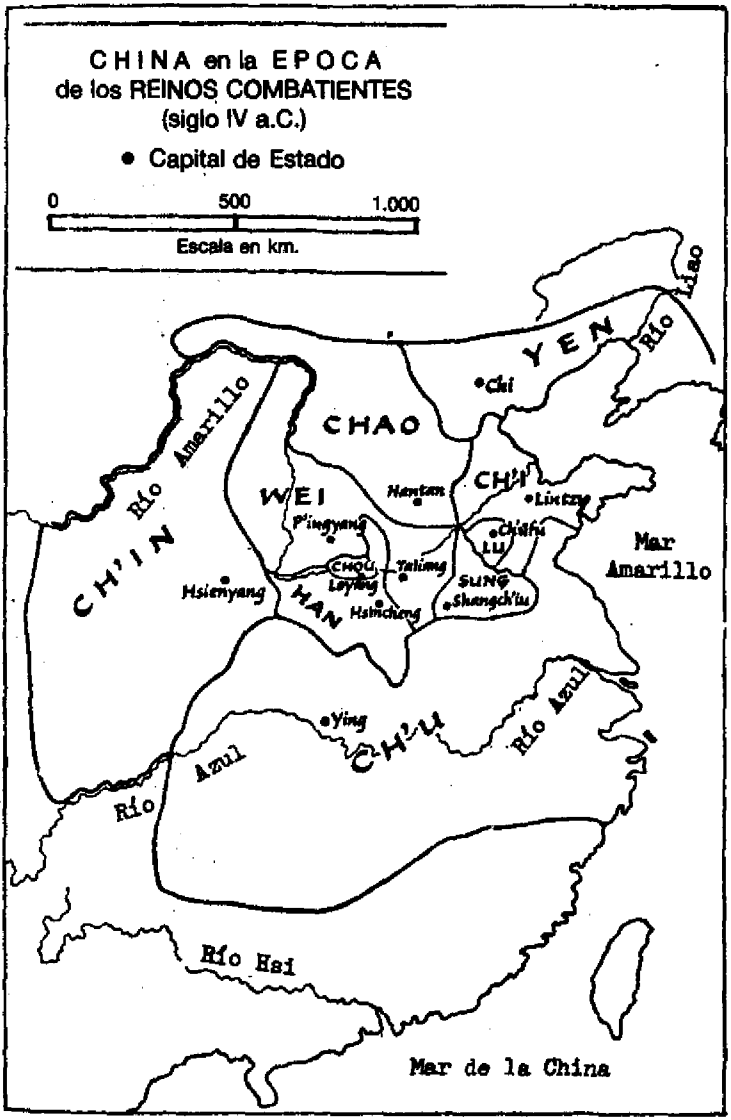
v. 父欲子死不得不死

w. 王陽明

x. 鉅子

y. 古文

POLITICA DEL AMOR UNIVERSAL


CHINA en la EPOCA
de los REINOS COMBATIENTES
(siglo IV a.C.)
• Capital de Estado
0
500
1.000
Escala en km.
YEN
Río Liao
Chi
CHAO
Río Amarillo
WEI
Hantan
CH'I
Lintzu
P'ingyang
Chifu
LU
Mar
Amarillo
CH'IN
CHOU
Loyang
Taliang
SUNG
Shangch'iu
Hsienyang
HAN
Hsincheng
Río Azul
Ying
CH'U
Río Azul
Río
Río Hsi
Mar de la China

LIBRO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO

Adhesión de varones letrados

Entrar a gobernar un estado y descuidarse de mantener varones letrados es arruinar el estado. Encontrarse con un varón bueno y excelente y no interesarse por él es despreocuparse de su rey. Nunca ha subsistido un estado en el que se oiga criticar, sin inquietarse nada, de sus mejores hombres, en el que se condene a los letrados y no se sienta preocupación por el estado, se descuide de sus hombres buenos y se relegue al olvido a sus hombres de letras.

Antiguamente, el marqués Wen [270] (634-627 a.C.), que había sido primero desterrado de su patria, más tarde puso orden en todo el imperio [1]. También el marqués Huan [112] de Ch'i [25] (683-641 a.C.) se vio obligado a huir de su patria, pero, luego, llegó a ser *pa* [182], caudillo de los señores feudales [2].

---

[1] El marqués de Chin [38], perseguido y desterrado por su padre por instigación de una pérfida favorita, quien logró que su hijo fuera nombrado heredero, anduvo errante por los reinos del imperio diecinueve años. Por fin, logró entrar en su patria y sentarse en el trono. Llegó a ser segundo de los *pa*, caudillo de los señores feudales que, en la larga decadencia de la casa imperial Chou [50], venía a ser el amo efectivo del imperio.

[2] El marqués de Ch'i [25], asesinado su padre por una guarnición fronteriza amotinada, huyó de la patria lo mismo que otro

El rey de Yüe [298] Kou Chien [137], que había sido afrentado por el rey de Wu [273], llegó a ser elogiado como rey bueno y sabio en China [3]. Estos tres varones lograron una gran reputación y éxito en el mundo a pesar de haber sido antes humillados y deshonrados en su propia patria. Primeramente no les fue mal, luego fracasaron y, al fin, triunfaron. Quiere esto decir que habían aprendido a servirse de las cualidades de sus súbditos. Se oye decir: Mientras me falte una morada tranquila, mi corazón no puede aquietarse; mientras no posea riqueza abundante, mi corazón no se siente satisfecho. Un varón de virtud perfecta toma para sí lo costoso y deja a los demás lo fácil. El vulgo hace lo contrario: toma para sí lo fácil y deja para los demás lo costoso. Un varón perfecto logra lo que se propone. Porque entra dentro de sí a examinar las realidades. Aunque emplea al pueblo para muchos trabajos, no se levantan quejas contra él. Confía en sí y, arremetiendo contra sus dificultades, logra sus propósitos. Jamás oirás de él que haya evitado lo malo, que aborrece, para lograr lo que desea. Lo mismo el ministro que impone y fuerza a su soberano, como el que halaga a los inferiores será perjudicial a su rey. Con el primero estará su rey en continua contradic-

---

hermano suyo. Asesinado, a su vez, el marqués entronizado por los rebeldes, quedó vacante el trono. Volvieron los dos príncipes desterrados y lucharon entre sí por la sucesión. Venció el príncipe Huan. Hizo matar a su hermano. Pero, persuadido por su preceptor, perdonó la vida a Kuan Chung [142], quien, luchando a favor de su hermano, le había disparado en la batalla una flecha que fue detenida por la hebilla del cinturón. Este acto de generosa clemencia le valió el llegar a ser el primero y el más famoso de los *pa*, caudillos de los señores feudales, gracias a Kuan Chung, el más notable de los políticos de la época "Primavera y Otoño" (722-481 a.C.).

[3] Los dos grandes reinos del litoral marítimo del Sudeste fueron Wu [273], cerca del actual Shanghai y Yüeh [298], enfrente de Formosa. El año 474 a.C., Kou Chien venció a Wu y lo anexionó a Yüeh. Mo Ti se refiere a la gran derrota sufrida por Kou Chien el año 494 a.C. (cf. nota 23).

ción; con el segundo nunca cesarán las quejas y murmuraciones de los inferiores. Pues si las diferencias de criterio se prolongan indefinidamente y las advertencias son continuas, ¿cómo se puede vivir a la larga y salvaguardar el estado? Los ministros y subalternos miran mucho por sus rentas y se callan en sus altos puestos. Los ministros más cercanos enmudecen; los lejanos se lamentan y, entretanto, el rencor forma cuerpo en el corazón de las gentes. La adulación nunca se aparta de su lado e impide que le lleguen los buenos consejos. Así es cómo el estado viene a peligrar. Los emperadores Chieh [30] y Chou [51] [4] no perdieron sus vidas y arruinaron el imperio porque les faltaran letrados en el imperio. Así está el dicho que dice: No hay mejor tesoro, para regalo de un estado a otro, que ofrecerle sus hombres más excelentes y sus letrados. Pero, entre cinco punzones, el que más pronto se embote será el más afilado. Entre cinco espadas, la más acerada será la primera en perder su filo. El manantial de agua dulce es el que antes se agota, el árbol más alto y esbelto será el primero que caiga. La tortura más mágica será la más pronto tostada para las adivinaciones, y la culebra más transcendente será la primera en ser asoleada (para impetrar la lluvia). Así, pereció Pi Kan [196], por haber contradecido a su soberano [5]. La causa de la muerte de Meng Pen [169] fue su valor sin par. Hsi Shih [94] pereció ahogada por su gran belleza (sacrificada para hacer compañía al difunto rey de Wu [273]). Wu Ch'i [274] fue descuartizado por los grandes servicios que había prestado. Pocos grandes varones se han librado de ser asesinados por sus relevantes cualidades. Por

[4] Son los dos emperadores tiranos reprobados unánimemente por toda la posteridad. El primero fue depuesto por T'ang [233], fundador de la segunda dinastía (1766 a.C.) y el segundo por Wu Wang [281], que fundó la tercera dinastía (1122 a.C.).

[5] Censuró al tirano Chou [51] (1154 a.C.) y éste le abrió en canal para constatar si, como se decía, el corazón de los santos era más lúcido por poseer más orificios que los demás.

eso se dice: que lo muy bueno es difícil guardarlo. Aun el mejor rey no estima y ama a un ministro que no haya hecho méritos; ni un padre, por piadoso que sea, ama a un hijo inútil. Quien no es competente para el cargo que ocupa y, con todo lo detenta, no sirve para su cargo. Quien sin tener las dotes que su título exige, percibe las rentas anejas a él, no puede ser propietario de esas rentas. Es difícil tender un buen arco, pero la flecha que dispara sube alto y penetra hondo. Un buen caballo cuesta engancharlo al carro, pero lleva lejos carga grande. Un talento eminente es difícil ser manejado, pero logra hacer a su señor muy respetado. A los grandes ríos no les disgusta que las torrenteras de las barrancas vengan henchidas de mucha agua porque con ella se hacen grandes. Los santos no se niegan a servicio alguno, ni rehuyen cosa alguna. De esta manera, son vasos (instrumentos) del imperio. El caudal de agua que lleva el río no ha manado de un solo manantial. Un rico abrigo de pieles de mil *i* (treinta mil taeles) no está hecho con la blanca piel de los sobacos de una sola zorra. ¿Cómo, pues, se puede rechazar a quien lleva mi misma dirección y admitir sólo a quien consiente identificarse conmigo? Ni siquiera el Cielo y la Tierra brillarían si no fuera por la virtud de todos los santos soberanos. Las aguas profundas no son las que se desparraman mucho; ni sube alta la llamarada que se extiende mucho. La virtud imperial no se eleva sola. Está realzada por las dotes de miles de sus súbditos. Ni la línea trazada por una flecha disparada a lo alto, ni la lisa superficie de la rueda del molino son capaces para cubrir y albergar a los seres del universo. Pronto se agota la torrentera que se precipita por una gran pendiente; una corriente superficial se seca presto. La tierra pedregosa no es productiva. Los monarcas más eximios en generosidad y beneficencia no han sido criados en los palacios. No conviene, pues, desterrarlos (a los letrados).

CAPITULO SEGUNDO

Del propio perfeccionamiento

En la guerra, el rey se cuida mucho de que sus escuadrones estén perfectamente alineados, pero el valor es en ellos lo fundamental. En los funerales, se tiene cuidado de guardar bien los ritos, pero lo fundamental es la aflicción. En un letrado debe haber ciencia, pero lo fundamental en él es su comportamiento. Mientras que el tronco no esté firmemente asegurado, no se puede pensar en la exuberancia del ramaje. Mientras no hayas logrado intimar con los cercanos, no pretendas arreglarte bien con los lejanos. Mientras no hayas logrado la adhesión de tus parientes, no trates de relacionarte con los extraños. Si, en lo que haces, no logras comenzar y terminar bien, no quieras emprender nuevas y numerosas empresas. Si proponiéndote esclarecer bien un asunto no lo has logrado, no te lances a adquirir extensos conocimientos. Los antiguos soberanos, en su gobierno del mundo, examinaban bien lo que estaba cerca de ellos antes de ir a ver lo lejano. El varón perfecto examina lo cercano y lo perfecciona. Ha visto, en otros, que la causa de su ruina ha sido el haber descuidado perfeccionar su propia conducta y, reflexionando para sí mismo, se deja de quejas y perfecciona su comportamiento. Las palabras de adulación y de queja no hallan entrada en sus oídos; ni salen de su boca palabras de crítica y contradicción. La risotada, del que acaba de matar o herir a otro, no es expresión o garantía de su propia conservación. Aun un pueblo muy murmurador no halla en él base para denigrarle. Así, el hombre perfecto es cada día más fuerte en su acción y más débil en sus deseos o apetencias y más glorioso en su persona. Al hombre perfecto, en su pobreza, le verás morigerado; y en su riqueza, justo. A los vivos,

muestra su amor; y a los muertos, su pena. Estas cuatro bellas cualidades de su conducta son imposible de ser fingidas pues son reflejo de su personalidad. El amor inagotable que su corazón guarda se exterioriza en todos sus movimientos. Su esmerado respeto a las personas brota inexhaurible en las palabras que salen de su boca. Las inagotables enseñanzas (de los antiguos) se han expandido por sus cuatro miembros y han sido absorbidas por los poros de su piel, y no las perderá aun cuando se le hayan caído sus venerables canas. Tal es el hombre santo. Si la voluntad no es fuerte, la sabiduría no penetra. Si las palabras carecen de sinceridad, las acciones serán infructuosas. Quien en la riqueza se apoya no la repartirá con los demás; nunca tendrá bastante para darla a los amigos. Quien no cultiva una sólida virtud no será gran sabio en discernir y conocer las cosas. Y quien, al discernir la verdad y la falsedad, no mira mucho, no será apto para andar por el mundo. Si el tronco o la base no está firmemente asegurado, el ramaje o lo accesorio estará ineludiblemente inseguro. Hombre valiente, que no cultive su persona, terminará por caer en la desidia. Agua que mana turbia en su manantial, nunca se aclara. Conducta insincera, infamia segura. La fama no nace sola y la alabanza no crece de por sí. La fama sigue a los hechos consumados. El buen renombre y los elogios no pueden ser prestados, porque volverán a su verdadero amo. Quien se cuida de hablar y se descuida de obrar, por elocuente que sea, no será oído. Hombre de grandes fuerzas y muy pagado de su gloria, aunque se canse, no pretenderá ser recompensado. El hombre dotado de buena inteligencia piensa y se distingue mucho en su corazón y habla poco. Un hombre esforzado, que no se gloría de sus méritos, será elogiado y exaltado en el mundo. Lo que importa no es hablar mucho, sino hablar sabiamente; no hablar con elegancia, sino con consideración. El imprudente e inconsiderado es un indolente que está faltando a su deber. Sin el dominio del

corazón, no es posible mantenerse en la bondad. Una conducta irreprochable no puede subsistir sin un cuidadoso discernimiento y selección en las acciones de su propia persona. No se hace una buena reputación procediendo a la ligera. La alabanza no se cimenta en la habilidad o astucia. El hombre perfecto lleva su virtuosa conducta sobre su propia persona. En el mundo, nunca ha llegado a ser auténtico letrado quien, codiciando y buscando el provecho, haya olvidado y descuidado su reputación y honra.

CAPITULO TERCERO

Del color en que han sido teñidos

El maestro Mo Ti vio teñir seda y exclamó: Teñida en azul, queda azul; teñida en amarillo, queda amarilla. Se vuelve del color en el que ha sido introducida. Seda teñida en cualquiera de los cinco colores recibe aquel en el que ha sido introducida. El teñidor tiene, pues, que poner gran cuidado en la elección del color. Pero no sólo se tiñe el hilo de seda, también se tiñen los estados. El emperador Shun [214] (2255-2205 a.C.) fue teñido en los colotes de Hsu Yü [104] y de Pe Yang [191]. El emperador Yü [295] (2205-2197 a.C.) fue teñido en los colores de Kao Yao [134] y de Pe I [188]. El emperador T'ang [233] (1766-1753 a.C.) fue teñido en los colores de I Yin [122] y de Chung Hui [64]. El emperador Wu Wang [281] (1122-1115 a.C.) fue teñido en los colores de los príncipes T'ai Kung [299] y Chou Kung [53]. Los cuatro fueron teñidos en muy buen color y así gobernaron bien el mundo, fueron constituidos "Hijos del Cielo". Sus gestas y su gloriosa fama cubrieron el universo del Cielo y de la Tierra. Cuando se citan los hombres más eximios y destacados en las virtudes de

amor al hombre, *jen* y de *i*, justicia, nunca se omiten estos cuatro emperadores.

El emperador Chieh [30] (1818-1766 a.C.), de la dinastía Hsia [95] (2205-1766 a.C.), fue teñido en los colores de Kan Hsin [126] y de T'ui Tuo [250]. El emperador Chou [51] (1154-1122 a.C.), de la dinastía Yin [289] (1766-1122 a.C.), fue teñido en el color de Wu Lai [275] marqués de Ch'ung. El emperador Li Wang [157] (878-827 a.C.) fue teñido en el color de Chang Fu [4] duque de Li. El emperador Yu [291] (781-770 a.C.) fue teñido en los colores de I [116] duque de Fu y del duque Ku [304] de Ts'ai [305]. Estos cuatro emperadores fueron teñidos en mal color y arruinaron el imperio y murieron de mala muerte. Han sido la ignominia del Imperio. Cuando se citan hombres injustos e ignominiosos, se citan siempre a estos.

El marqués Huan Kung [117] del estado Ch'i [25] (683-641 a.C.) fue teñido en los colores de Kuan Chung [142] [6] y de Pao Shu [183]. El marqués Wen [270] del estado Chin [38] (634-626 a.C.) [7] fue teñido en el color de su tío materno Fan [72] y Hu Yen [111]. El rey Ch'uang [58] del reino Ch'u [68] (612-589 a.C.) fue teñido en el color de Sun Shu [220] y de Shen Yin [208]. El rey Ho Lü [89] (513-494 a.C.) del reino Wu [273] fue teñido en los colores de Wu Yüen [280] y de Wen I [269]. El rey Kou Chien [137] [8] del reino Yüeh [298] fue teñido en los colores de Fan Li [74] y del gran dignatario Chung [60]. Estos cinco monarcas fueron teñidos en buen color y lograron ser *pa* [182], caudillos de los señores feudales. Sus gestas y su fama han sido transmitidas gloriosamente a las generaciones posteriores.

Fan Chi She [73] (príncipe del estado Chin [38]) fue teñido en los colores de Chang Liu [7] y de Wan

---

[6] Cfr. la nota 2.
[7] Cfr. la nota 1.
[8] Cfr. la nota 3.

Sheng [261]. Chung Hsin Yin [63] (príncipe del estado Chin [38]) fue teñido en los colores de Chi Chi'in [18] y de Kao Chiang [128]. Fu Ch'a [78], rey de Wu [273] (494-474 a.C.) fue teñido en los colores de Wang Sun Lo [262] y en el del gran mayordomo Hsi [92]. Chih Pe Yao [35] (príncipe del estado Chin [38]) fue teñido en los colores de Chih Kuo [33] y Chang Wu [8]. Shang [202] de Chung Shan [67] (también príncipe del estado Chin), fue teñido en los colores de Wei I [265] y Yin Chang [288]. El rey de Sung [221], Kang [127] fue teñido en los colores de T'ang Yang [235] y Tien Pu Li [237]. Estos seis reyes fueron mal teñidos, arruinaron sus reinos, ellos fueron asesinados, los templos de sus antepasados fueron destruidos, extinguida su familia, sus ministros dispersos y su pueblo errante. Siempre que se habla de tiranos ambiciosos, déspotas y turbulentos se cita a estos reyes.

¿Qué es, pues, lo que hace que los monarcas gocen de paz y tranquilidad? Conducirse razonablemente. Quien ha sido bien teñido se conduce razonablemente. Los buenos monarcas trabajan en juzgar y escoger bien a sus colaboradores y luego pueden darse al ocio, descargando en ellos la carga de la administración. En cambio, los monarcas incompetentes para reinar, pierden su salud corporal, gastan sus energías espirituales y llenan de aflicción y tristeza sus corazones y, a pesar de todo, ven acrecentarse cada día los peligros y agravios que sufre su estado. Estos seis monarcas estimaban mucho sus estados y amaban sus personas, pero ignoraban qué era lo que, en su gobierno, les importaba; lo ignoraban por haber sido mal teñidos.

No sólo los rectores de los estados suelen estar teñidos, también los letrados se tiñen. Intiman con todos, aman ejercitar la caridad y la justicia, la probidad y la diligencia, respetan las órdenes. Verán sus casas prosperar de día en día, aumentar su tranquilidad y acrecentarse su gloriosa reputación. Es porque,

en el desempeño de sus funciones, siguen siempre el dictamen de la razón. Tales fueron Tuan Kan Mu [249] [9], Ch'in Tzu [44] [10], Fu Yüeh [83] [11]. Otros, al contrario, entablan amistad con todos, gustan de llevar adelante con ahínco sus planes, emprender cosas nuevas, formar camarillas. Verán sus casas venir a menos de día a día, aumentárseles los peligros para sus propias personas e ir cada día empeorándose su reputación. La causa es que, en el desempeño de sus funciones públicas, no siguen el dictamen de la razón. Tales fueron Tzu Hsi [253], I Ya [121] y Shu Tao [212]. Dice la oda: Elige bien el color en que te has de teñir y esmérate en quedar bien teñido.

CAPITULO CUARTO

Reglas

Mo Ti dice: En el mundo, para cualquier cosa que quieras hacer, necesitas seguir algunas reglas. Jamás se ha podido realizar cosa alguna si no es ajustándose a las reglas. Los letrados, los generales y ministros más eminentes tienen sus reglas de conducta. Los más hábiles artesanos de todas las artes tienen sus reglas. Todos ellos usan la escuadra para cuadricular y el compás para redondear, la cuerda para rectificar y la plomada para enderezar. Lo mismo los más hábiles, que los torpes artesanos usan estas cuatro reglas. Sin ellas, los más hábiles podrían acertar, pero no los torpes. Pero estos, con ellas, pueden superar su torpeza. Así, pues, todos los artesanos trabajan toman-

[9] Discípulo de Tzu Hsia [255], discípulo a su vez de Confucio.
[10] Discípulo de Mo Ti. Este y el anterior están, tal vez, interpolados posteriormente.
[11] Fu Yüeh fue el sabio consejero del emperador Wu Ting [279] (1324-1265 a.C.).

do como norma sus reglas. En el arte de gobernar, sea el imperio, sea un estado, sin ajustarse a regla alguna, no se podrá lograr la perfección que consiguen todos los artesanos en sus obras.

Pero, ¿cuál puede ser la regla de buen gobierno? ¿La del gobierno de sus propios padres? Muchos han sido en el mundo los padres, pero pocos los padres virtuosos. Si, pues, todos toman como norma a sus padres, esta regla no será buena y virtuosa; y regla no buena y virtuosa no puede servir de regla. ¿Podrá ser regla para todos la doctrina que han aprendido? En el mundo han sido muchos los que han enseñado, pero pocos los buenos y virtuosos. Si, pues, cada uno toma como regla lo que se le ha enseñado, esta regla no será buena y virtuosa; tal regla no puede ser regla. ¿Podrá tomarse como regla a su rey? En el mundo han sido muchos los reyes y pocos los reyes buenos y virtuosos. Si, pues, cada uno toma como regla a su rey, esta regla no es buena y virtuosa; tal regla no puede ser regla. En conclusión, ni sus propios padres, ni la doctrina que cada uno ha aprendido, ni el rey que gobierna pueden ser regla de buen gobierno. ¿Cuál, pues, puede ser regla del buen gobierno? La mejor será la que toma como norma al Cielo. La conducta del Cielo es anchurosa sin favoritismos egoístas. Su beneficencia es generosa e inexhausta. Su iluminación, duradera, sin relajación. Por eso, le tomaron como regla los santos emperadores y en todas sus acciones y sus obras se ajustaban a esta norma del Cielo. Hacían lo que veían ser voluntad del Cielo y dejaban de hacer lo que veían no ser voluntad del Cielo. Pero, ¿y qué es lo que el Cielo ama y qué lo que detesta y aborrece? El Cielo, ciertamente, quiere que los hombres nos amemos y nos ayudemos haciéndonos bien unos a otros. No quiere que nos aborrezcamos y nos hagamos daño unos a otros. ¿Y cómo sé que el Cielo quiere, ciertamente, que los hombres nos amemos y mutuamente nos hagamos el bien y no quiere que nos aborrezcamos y nos hagamos daño?

Porque El mismo a todos ama y a todos hace bien. ¿Y cómo sé yo que a todos ama y a todos hace bien? Porque a todos nos conserva la existencia y a todos nos alimenta. Pues bien, todos los estados que existen en el mundo son pueblos del Cielo y todos los hombres, jóvenes y adultos, nobles y plebeyos son súbditos del Cielo. Nadie deja de ofrecer respetuosamente al Cielo víctimas de ganado vacuno y lanar, cerdos y perros. Se le ofrecen licores fermentados y grano de mijo en vasos. ¿No es ésta una prueba de que a todos conserva su existencia y a todos alimenta? Pues si el Cielo a todos conserva la existencia y a todos alimenta, ¿cómo se puede decir que no quiere que nos amemos y nos hagamos bien unos a otros? Así se dice: Al que ama al prójimo y le hace bien, el Cielo le bendecirá ciertamente y a quien odia al prójimo y le perjudica o hace daño, el Cielo le enviará desdichas ineludiblemente. También se dice: Al que mata al inocente, le llegará la desgracia. ¿Por qué, siendo los hombres los que se matan, se dice que el Cielo les ha de castigar con desgracias? Porque se sabe que el Cielo quiere que nos amemos y nos hagamos bien unos a otros y no quiere que nos aborrezcamos y nos hagamos daño unos a otros.

Los santos soberanos de la antigüedad Yü [295], T'ang [233], Wen [300] y Wu [281] [12] amaron a los pueblos del mundo y les condujeron a venerar al Cielo y servir piadosamente a los espíritus de los difuntos. Las gentes recibieron de ellos muchos beneficios. Por eso, el Cielo los bendijo promoviéndoles a la dignidad imperial de "Hijos del Cielo", haciendo que

[12] Son los cinco grandes emperadores: Yü (2205-2197 a.C.) inauguró la primera dinastía nombrando sucesor a su hijo. T'ang (1766-1753 a.C.) destronó al tirano Chieh [30], último emperador de la dinastía Hsia [95]. Wen recibió de su hijo Wu, fundador de la tercera dinastía, Chou [50] (1122-255 a.C.), el título póstumo de emperador por haber sido quien consolidó la potencia de la casa Chou y preparó la victoria de su hijo Wu contra el tirano Chou [51] de la segunda dinastía.

todos los señores feudales se les sometieran y les sirvieran. En cambio, los tiranos Chieh [30], Chou [51], Yu [291], Li [157] [13] odiaban al pueblo del imperio y le indujeron a blasfemar y afrentar al Cielo y deshonrar a los espíritus de los difuntos. Con eso, perjudicaron mucho a sus gentes. El Cielo los castigó con calamidades. Perdieron sus tronos y sus vidas y han sido luego condenados y afrentados en el mundo. Sus hijos y sus nietos, de generaciones posteriores, no han cesado hasta hoy de condenarlos. Así, Chieh, Chou, Yu y Li son los emperadores que han sufrido calamidades por no haber hecho obras buenas. Y Yü, T'ang Wen y Wu los que han sido bendecidos por haber amado al pueblo y haberle hecho bien.

En conclusión, amar y hacer beneficios al pueblo es la manera de lograr la dicha. Odiarlo y hacerle daño, la de lograr la desdicha.

CAPITULO QUINTO

Las siete calamidades

Dice Mo Ti. Siete son las calamidades que pueden sobrevenir a un estado. ¿Cuáles son? La primera es no poder el rey mantener en buen estado las murallas, el antemuro y la fosa de circunvalación y cuidarse mucho de su propio palacio. La segunda es haber el país vecino traspasado sus fronteras y no ser socorrido por los otros estados vecinos. La tercera es haber ya agotado las fuerzas de su población en obras sin utilidad alguna, haber consumido el tesoro del estado en larguezas a personas incapaces e inútiles y encontrarse con el pueblo exhausto en trabajos inúti-

[13] Para los dos primeros véase la nota 4. El tercero y cuarto pertenecen a la tercera dinastía. Yu reinó por los años 781-770 a.C. Anterior a él fue Li (887-827 a.C.).

les y el tesoro vacío. Con esto, no poder obsequiar a huéspedes embajadores de otros estados. La calamidad cuarta es que los funcionarios se ocupen mucho de conservar sus rentas y que sus súbditos vagamundos gusten de entablar relaciones (fuera de su patria). Que el soberano se ponga a reformar leyes contra sus propios ministros y que éstos teman hacerle ninguna advertencia para no ofenderle. La quinta calamidad es que el soberano se crea muy inteligente y muy sabio y no consulte los negocios con nadie; que se crea seguro en sus fronteras y no haga preparativos para defenderlas; que estados vecinos estén tramando contra el estado y que éste no sepa tomar sus precauciones. La sexta calamidad es que los hombres en los que ha puesto su confianza sean infieles y que a los fieles no se dé ningún crédito. La séptima calamidad es escasez de franos y hortalizas para el consumo. Falta de funcionarios para el desempeño de los asuntos. No poder contentar y estimular con premios; ni intimidar con castigos. En un estado, afectado por estas siete calamidades, dejó de existir la nación ("patrono del territorio y de las mieses"). Murallas defendidas con estas siete calamidades se desplomarán a la llegada del enemigo.

Allí donde estas siete calamidades prevalecen, la desdicha es ineludible. Las cinco especies de cereales son la esperanza del pueblo y el sustento de su monarca. Si el pueblo queda sin su esperanza, el rey queda sin su sustento. Pueblo que no tiene que comer, no puede trabajar. No se puede descuidar el aprovisionamiento de víveres. No se puede dejar las tierras sin brazos que las cultiven. No se pueden descuidar las economías en el consumo. Cuando se han cosechado los cinco géneros de cereales, el soberano los podrá gustar todos ellos en su mesa. Pero no los gustará todos cuando hayan fallado algunos de los cinco. Cuando uno de ellos ha fallado, se dice que la cosecha fue *incompleta*; cuando han fallado dos se le llama *escasa;* cuando han fallado tres se llama *mala*;

cuando cuatro, al año se le llama de *carestía* y cuando han fallado los cinco, se le llama año de *hambre*. En año de cosecha *incompleta*, a los funcionarios de rango inferior al de los grandes prefectos, se les resta una quinta parte de su salario. En año de cosecha *escasa*, se les resta dos quintas partes. En un año *malo*, se les resta tres quintas partes. En años de *carestía* se les resta cuatro quintas partes. En años de *hambre*, se suprimen los salarios y sólo recibirán de los graneros públicos el grano necesario para su alimentación. Los años de *carestía* y de *hambre*, el monarca, mirando por la subsistencia del pueblo, suprimirá tres de sus cinco ollas. Los grandes prefectos suprimirán la música de instrumentos de suspensión. Los letrados dejarán de asistir a sus clases. El monarca, para su audiencia, no se pondrá sus vestiduras rituales de corte. A los huéspedes de los señores feudales y a los embajadores de los países vecinos se les dará comida preparada, no grano que puedan almacenar en sus paneras. Se les suprimirán los dos caballos laterales a los carros. Se dejará de arrancar las hierbas de los caminos. A los caballos no se les alimentará con pienso de granos. Las señoras y concubinas no se vestirán de seda. Todo esto, para expresar la suma penuria sobrevenida. Hoy, hay quienes toman al hombro sus hijos y los arrojan a los pozos incitándoles sus madres. En estos años de *carestía* y *hambre*, dicen que el hambre es peor que el tener que arrojar a sus hijos. ¿No es cosa que merezca nuestra atención?

Los años de cosechas buenas, el pueblo suele ser caritativo y bueno; pero, cuando vienen años malos, se hace avaro y perverso. ¿Por qué acontece eso siempre? Por la penuria. Las bocas son muchas y el año no ha sido abundante. Por eso se dice: Cuando los bienes escasean, pensarlo a tiempo; cuando los alimentos no bastan, pensar en su consumo. Los antiguos se proveían a tiempo y producían la riqueza. Bastará la riqueza si se la consume consolidando de

antemano una buena base económica. ¿Cómo se las arreglaban los santos emperadores de los remotos tiempos para cosechar siempre los cinco cereales y para que no sobrevinieran ni sequías, ni inundaciones y para que el pueblo no se les muriera ni de frío, ni de hambre? Utilizando su trabajo a su tiempo, mirando lo más urgente y viviendo ellos frugalmente. La *Crónica* de la dinastía Hsia relata que, en tiempo del emperador Yü [295] (2205-2197), en siete años hubo inundaciones. Y la *Crónica* de la dinastía Yin [289] cuenta que, en tiempo del emperador T'ang [233] (1766-1753 a.C.), hubo cinco años de sequía. Fueron años de *penuria* y *hambre*, con todo, el pueblo no murió ni de hambre ni de frío. ¿Por qué? Porque la producción había sido muy esmerada y su consumo muy bien moderado. No se puede aguardar la llegada de malos años sin tener los graneros bien provistos de abundante grano. Si tu arsenal no está bien provisto de armas, aunque sea muy justa tu causa, no podrás castigar al injusto agresor. Si tus murallas y antemuros no los tienes bien completados de antemano, no podrás defenderlos. Si no has pensado y previsto antes, no podrás hacer frente a lo que se te presenta de repente.

Ch'in Chi [41] [14], a pesar de su gran ligereza, no pudo huir y salvar su vida por no haberlo antes pensado. El tirano Chieh [30], por no haberse prevenido contra T'ang [233], fue desterrado por éste. El tirano Chou [51] fue muerto por no haberse prevenido contra Wu Wang [281] [15].

Chieh y Chou, a pesar de su alta eminencia de "Hijos del Cielo" y de sus inmensas riquezas de la posesión de todo el imperio, perecieron atacados por unos reyezuelos que mandaban sólo un territorio de

[14] Hijo o hermano del rey de Wu [273] se hizo sospechoso a éste de que podía intrigar con los señores feudales en su destierro, y, cogido desprevenido, fue asesinado.

[15] Cfr. en la nota 4 la noticia de estos dos tiranos.

cien millas. ¿Por qué? Poseían nobleza y riqueza, pero no la preparación debida. Para un estado, la preparación es de gravísima importancia. Los alimentos son su tesoro, las armas son sus garras y las murallas, su defensa. Estas son las tres cosas de más valor de un estado. La gente murmura y dice: Galardona, con los más ricos premios, méritos que nunca han existido; ha vaciado su erario para hacerse carrozas, criar caballos y confeccionarse vestidos, pieles y cosas raras. Fatiga y veja a sus súbditos para construirse palacios y miradores. Muerto, hay que enterrarle en grandes ataúdes metidos en otros mayores que los cubran y amortajado con muchos vestidos y pieles. En vida, se dió a construirse terrazas y quioscos de diversión; muerto, hay que construirle un gran mausoleo. Fuera, el pueblo sufre miseria; dentro, el arsenal y los graneros están exhaustos. Arriba, no se hartan de músicas y jolgorios; abajo, al pueblo se le acaba la paciencia en sus sufrimientos. Consecuencia, el estado invadido por bandidos y enemigos y el pueblo muriéndose de penuria y hambre. Consecuencias de la falta de previsión. Para los santos, los alimentos para el pueblo solían ser sus tesoros.

Dice la *Crónica* de Chou: Un estado que no tiene reserva de alimentos para tres años, no es estado. Los hijos de una familia que no tiene reservas alimenticias para tres años, no merecen llamarse hijos. Esto va dicho acerca de los preparativos que un estado debe hacer a tiempo.

CAPITULO SEXTO

Cortar excesos

Dice Mo Ti: El hombre primitivo, antes que aprendiera a construir casas, vivía en las cuevas de los montes y colinas. Los santos emperadores comen-

zaron a edificar casas para evitar que las humedades fueran perniciosas para la salud del pueblo. La regla de construcción de casas decía que debían ser suficientemente altas para evitar la humedad. Las paredes laterales suficientemente sólidas para defenderse de los vientos y de los fríos. Sus techos suficientemente sólidos para protejerse contra las nevadas, escarchas, lluvias y rocíos. La altura de los tabiques suficiente para guardar el rito que prescribe la separación de sexos. Nada más. En su construcción no hacían nada que hiciera subir el coste de materiales y trabajo sin provecho alguno. Las prestaciones personales para construir o reparar murallas y antemuros se regulaban de manera que el pueblo trabajara sin perjuicio suyo. Las rentas y contribuciones ordinarias las daba el pueblo sin quejarse o molestarse. No son esas prestaciones las que hacen sufrir al pueblo sino los impuestos exorbitantes. Así pues, los santos soberanos, en la construcción de las moradas, querían que fueran cómodas; que no fueran vistosas y deleitabes a la vista. Lo mismo en la confección de vestidos, cinturones y calzado, procuraban que fueran cómodos y bien ajustados al cuerpo, no que fueran raros y llamativos. Se enseñaba al pueblo a ser moderado en toda su conducta personal. De esta manera, su gobierno resultaba fácil y la riqueza existente bastaba para su consumo.

Los soberanos actuales se comportan de muy diversa manera en la construcción de sus moradas. Indefectiblemente, gravan de fuertes contribuciones al pueblo. Le arrebatan, brutalmente, sus vestidos y sus alimentos para edificar sus palacios, sus azoteas, sus miradores de formas curvas y rectas entreveradas, adornadas con policromadas tallas. Así, construyen sus moradas. Sus ministros y servidores los imitan y, con esto, la riqueza no basta para precaverse para los años *malos* y de *hambre*, para socorrer huérfanos y viudas. Y el pueblo empobrece y se hace indócil e ingobernable.

Si, pues, los soberanos quieren, realmente, que haya orden y paz en sus estados y detestan el desorden y anarquía, deben comenzar por ser más moderados en la construcción de sus palacios.

Antiguamente, antes que el pueblo hubiera aprendido a tejer sus vestidos, se vestían de pieles sujetas a la cintura con cuerdas. Para el invierno, resultaban pesados y poco calientes y, para el verano, pesados y no frescos. A los santos emperadores les pareció que no eran convenientes al hombre y enseñaron a las mujeres a trabajar la seda y el cáñamo, hacer telas y confeccionar vestidos. La regla de confeccionarlos era: Los vestidos interiores para el invierno se hacían de seda cocida, lo suficientemente ligeros y calientes; los vestidos interiores de verano eran de la leguminácea *ko*. Bastaba que fueran ligeros y frescos. Se contentaban con esto, sin más lujos. Los santos, pues, hacían los vestidos acomodados al cuerpo, y acondicionados a la piel. Esto bastaba. No buscaban gloria y vistosidad, pábulo para la vista y el oído de los tontos. En aquellos tiempos, no se estimaban los carros sólidos y los caballos excelentes. No se deleitaban en tallas policromadas. ¿Por qué? Se procedía más razonablemente. En el pueblo, cada familia estaba bien aprovisionada de vestidos y alimentos para hacer frente a los años malos de penuria y hambres ocasionados por sequías e inundaciones. ¿Cómo así? Con tal de tener lo necesario para su manutención, no sentían ulteriores apetencias. El pueblo era morigerado y se le gobernaba fácilmente. Su soberano administraba las riquezas con moderación y era fácil en ser contentado. Los arsenales y los graneros solían estar llenos en previsión de cualquier adversidad. Las armas y corazas de cuero estaban en buen estado. Los soldados, bien descansados, bastaban para sofocar toda rebeldía. De esta manera, el gobierno imperial era ejercido sin dificultades en todo el imperio. Los soberanos de hoy confeccionan sus vestidos de manera diversa. Los de invierno tienen que

ser ligeros y calientes; los de verano, ligeros y frescos. Todos muy completos y perfectos. Para su confección, indefectiblemente, gravan con duras contribuciones al pueblo. Brutalmente, le despojan de sus vestidos y alimentos, pues le impiden el hacerlos para sí mismo, obligándole a embellecer profusamente los de sus superiores con bordados de colores varios y fundir broches de oro para sus cinturones. Se llevan adornos de rica pedrería. Se ocupa a las mujeres en hacer su abigarrado bordado y a los varones en labrar los adornos de oro a título de prestación personal. Todo este gasto de materiales y trabajo no era para que los vestidos fueran más calientes. Es un gasto, absolutamente, inútil. De aquí vemos que se hacen los vestidos, no para cubrir o abrigar el cuerpo, sino para ser vistos. De esta manera, se hace al pueblo vicioso e ingobernable y a su soberano, amigo de lujo, despilfarrador y reacio a toda censura o amonestación. Pues quien pretenda que en un estado en el que gobierna un soberano amigo de lujo y fastuosidad a un pueblo inmoralizado y díscolo, no haya desórdenes y revueltas, nunca lo logrará. Si, pues, los soberanos quieren, realmente, que en el mundo reine orden y paz y aborrecen el desorden, no pueden menos de guardar moderación en la confección de vestidos.

En los tiempos primitivos, los hombres ignoraban cocinar su comida. Comían manjares crudos y vivían aislados unos de otros. Los santos enseñaron a los varones a labrar la tierra, hacer la sementera y plantar hortalizas que les sirvieran de alimento. La comida debía ser suficiente para vigorizar las fuerzas y llenar los estómagos vacíos; para robustecer los cuerpos con manjares convenientes al estómago y nada más. De esta manera, el gasto era parco, el pueblo era rico y el estado estaba bien gobernado. Hoy han cambiado mucho las cosas. Se exigen al pueblo contribuciones cuantiosas para gastarlas en opíparos banquetes de exquisitos manjares de carnes de animales herbíboros, de pescados y de tortugas asadas. Los gran-

des estados sirven hasta cien platos diferentes y diez los más pequeños. Los manjares cubren una superficie de diez pies cuadrados. Dos ojos no bastan para abarcarlos en una mirada, dos manos no bastan para alcanzarlos, las bocas no bastan para saborearlos. En invierno, se conservan cubriéndolos con hielo; en verano se corrompen llenándose de moho. Así comen los reyes. Sus servidores los imitan en su tanto. Suntuosidad y despilfarro de los nobles y opulentos costeado por el frío y hambre de huérfanos y viudas. Quien piensa que, de esta manera, se evitarán desórdenes y disturbios, no lo conseguirá. Si los soberanos quieren, realmente, que el orden y la paz reinen en el mundo y detestan el desorden, no pueden menos de moderarse en sus comidas.

En los tiempos antiguos, cuando aún se desconocían los carros y las barcas, no se trasladaban de una parte a otra cargas de mucho peso, no se viajaba a lugares muy distantes. Los santos emperadores comenzaron a fabricar carros y barcas para comodidad del pueblo. Su construcción debía ser perfecta, sólida, ligera y cómoda, de manera que se pudieran cargar con grandes pesos para trasladarlos a lugares distantes. Con poco coste, el rendimiento era grande. El pueblo se servía y aprovechaba de ellos muy a su gusto sin que fuera necesario obligarlo con leyes. Con esto, al pueblo se le ahorraban fatigas y su soberano recibía lo preciso para su consumo. El pueblo se le adhería de buen grado.

Los soberanos actuales fabrican sus carros y sus naves de manera muy diversa. Además de fabricarlos completos, sólidos, ligeros y cómodos, indefectiblemente, imponen cuantiosas contribuciones al pueblo para embellecerlos. A los carros se les adorna con pinturas de diversos colores, a los barcos con esculturas. Las mujeres tienen que abandonar sus ruecas y teleras para ir a adornar los carros. Con esto, el pueblo tiene que sufrir frío. Los varones tienen que abandonar sus trabajos de la labranza para ir a orna-

mentar con esculturas los barcos. Con esto, el pueblo tiene que sufrir hambre. Los reyes fabrican así sus carros y sus barcos. Los cortesanos los imitan. Consecuentemente, sobrevienen al pueblo el hambre y el frío. Y, con eso, se hace vicioso y perverso. La criminalidad aumenta y los castigos se agravan. Agravándose los castigos en el estado, reinan el desorden y las revueltas. Si, pues, los reyes quieren, realmente, orden y paz en el mundo y aborrecen el desorden, no pueden dejar de moderarse en la fabricación de barcos y carros.

Existe un elemento sutil, esencia del Cielo y de la Tierra, armonía de *Yang* (luz) y del *Yin* (oscuridad). Circula entre el Cielo y la Tierra. Está envuelta dentro de los cuatro mares del universo. Aun los más santos varones son incapaces de cambiarla. ¿Cómo lo sabemos? Los santos varones nos lo han transmitido. Constituye el cielo y la tierra y se llama *superior, inferior*. Constituye las cuatro estaciones y se llama *yin* y *yang* (liz y oscuridad). Constituye el ser del hombre y se llama *varón* y *mujer*. En los animales se le llama *macho y hembra*. Esta es la verdadera esencia del cielo y de la tierra. Aun los santos emperadores no fueron capaces de cambiarla. Aun los mayores santos de la antigüedad tuvieron sus propias mujeres sin que, por eso, se creyera su conducta ofensiva a la moralidad, ni el pueblo se disgustara o se quejara de ello. La corte no arrebataba mujeres y, por lo tanto, no había viudos. En la corte, no había mujeres arrebatadas y, fuera, no había viudos. Así la población era numerosa.

Los soberanos actuales mantienen muchas concubinas. Los grandes estados mantienen millares de mujeres arrebatadas y los estados pequeños, varios centenares. De esta manera, mucho varones quedan sin mujeres y muchas mujeres, arrebatadas por la corte, quedan sin maridos. Varones y mujeres pierden su tiempo de procrear y la población escasea. Si, pues, los reyes quieren, realmente, que la población sea nu-

merosa y temen que sea escasa, no pueden menos de moderarse en el número de sus mujeres. En estas cinco cosas, los santos eran morigerados y los hombres ruines suelen ser viciosos y despilfarradores. Con la morigeración y la economía, viene la prosperidad y con el vicio y el derroche, viene la ruina. La morigeración entre varones y mujeres hace la armonía del cielo y de la tierra. Con la regularidad y medida de los vientos y de las lluvias, maduran los cinco cereales. Con la morigeración en el vestir, se logra la harmonía en la carne y piel del cuerpo.

CAPITULO SEPTIMO

Refutación de tres objeciones

Ch'eng Fran [15] arguyó a Mo Ti. El maestro ha afirmado que los santos emperadores no hicieron música. Pero los antiguos señores feudales descansaban, de sus audiencias y tareas de gobierno, oyendo música de campañas y tambores. Los grandes prefectos descansaban, del cansancio de sus audiencias y tareas de gobierno, oyendo música de flautas e instrumentos de cuerda. Los mismos agricultores descansaban de sus faenas, de roturar en primavera, escardar en verano, cosechar en otoño y entrojar en invierno, tocando música de vasijas de barro. Ahora, nos dice el maestro que los santos emperadores no hacían música. Eso sería lo mismo que enganchar los caballos al carro y no soltarlos ya nunca; o, tendido una vez el arco, no aflojarlo nunca. No hay sujeto, a quien la sangre hierva en sus venas, capaz de aguantarlo. Mo Ti contesta: Antiguamente, los emperadores Yao [285] (2356-2255 a.C.) y Shun [214] (2255-2205 a.C.) vivían en casa de techos de espinas y paja. Fijaron los ritos y compusieron música. El emperador T'ang

[233] (1766-1753 a.C.) desterró al tirano Chieh [30] a Ta Shui [255]. Una vez reconocido como emperador por todo el imperio, no tuvo calamidad mayor, después de su gesta gloriosa, y así compuso también, siguiendo a sus predecesores, su himno al que llamó *Hu* [107]. Además, compuso otro himno al que llamó *Chiu chao* [48]. El emperador Wu Wang [281] (1154-1122 a.C.) venció a la casa Yin [289] y mató al tirano Chou [51] y, constituido ya emperador de todo el imperio, viéndose, después de su gesta, sin mayores dificultades, siguiendo lo establecido por los emperadores sus predecesores, compuso su himno al que tituló *Hsiang* [96]. El emperador Ch'eng Wang [17] de la casa Chou [50] (1115-1078 a.C.), siguiendo la costumbres de sus predecesores, compuso también su himno llamdo *Chou yü* [54]. Este emperador no llegó a gobernar el imperio tan bien como su padre Wu Wang [281], ni tampoco Wu Wang había llegado a gobernarlo tan bien como T'ang [233]. Ni este último gobernó tan bien como los dos emperadores Yao [285] y Shun [214]. Así, a medida que la música va siendo más fastuosa, el gobierno de los que la han compuesto ha sido menos bueno. De aquí se ve que la música no contribuye al buen gobierno del mundo. Chieng Tan replica: De todos modos, el maestro ha afirmado que los santos emperadores no hicieron música y tenemos que la hicieron. ¿Por qué afirmar que no la hicieron? Mo Ti contesta: los santos emperadores tuvieron mandato (del Cielo) (¿laguna de caracteres?). La cuestión está en si fue mucha o poca. Por el entendimiento sabemos lo que nos es provechoso y sabemos comer cuando el hambre nos acucia. Pero nadie llama a esto entendimiento. Así también, la música de los santos emperadores fue tan poca que no se puede llamar música.

LIBRO SEGUNDO

CAPITULO OCTAVO

De promover a los varones mejores. I

Dice Mo Ti: Los emperadores, señores feudales y grandes prefectos que gobiernan los estados, todos sin excepción, quieren que su estado sera rico, su población numerosa y el gobierno y la justicia bien administrados. Pero no consiguen que sea rico, sino que sea pobre; que su población sea numerosa, sino que sea escasa; ni que esté bien gobernado, sino que esté revuelto. Pierden lo que quieren y obtienen lo que aborrecen. ¿Cuál es la causa? Mo Ti contesta: Los emperadores, señores feudales y prefectos que gobiernan los estados no son capaces de promover al gobierno a hombres buenos y capacitados. Prosperará grandemente el gobierno de un estado en el que sean numerosos los letrados eminentes en bondad y talento de gobierno. Al contrario, será deficitario y pobre el estado en el que estos hombres sean escasos. El deber primordial del gobernante es incrementar el número de hombres buenos y capaces. ¿Pero, cuál es el método para conseguirlo? Mo Ti contesta: Si, por ejemplo, un estado quisiera incrementar el número de buenos arqueros y aurigas para la guerra, sin dudar, los enriquecería y los elevaría con títulos de nobleza, los honraría y los elogiaría. De esta manera, el estado tendría numerosos arqueros y aurigas hábiles.

Cuánto más tendría letrados excelentes en virtud y talentos, hábiles diplomatas y gobernantes impuestos en todos los métodos. Tesoro es éste el más apreciado del estado y ayuda valiosa de la patria. Enriqueciendo, ennobleciendo, honrando y elogiando a los letrados buenos del estado se conseguirá acrecentar su número. Los santos emperadores de la antigüedad tenían un axioma de buen gobierno: No hacer rico al inicuo, no ennoblecer al injusto, no emparentarse con el perverso, no intimar con el injusto. Si se obrara así, los ricos y nobles del país se enterarían, reflexionarían y dirían: Antes me apoyaba en mis riquezas y en mi nobleza, ahora el soberano comienza a promover a los más justos sin excluir a los pobres y plebeyos, no tengo , pues, más remedio que hacerme justo. Los parientes (del monarca), al enterarse, reflexionarían y dirían: Antes yo confiaba en mi parentela, ahora el monarca promueve a los varones justos sin excluir a los extraños, no tengo más remedio que hacerme bueno y justo. Los cortesanos más cercanos al monarca, al oírlo, reflexionarían y se dirían: Antes yo confiaba en estar muy cerca del monarca, ahora el monarca promueve a los justos sin excluir a los lejanos, no me queda otro remedio que hacerme yo también justo. Los de lejos, al enterarse, se dirían a sí mismos: Yo, antes, por mi lejanía, carecía de todo apoyo, pero ahora el monarca promueve a los justos sin excluir a los lejanos, me tengo que hacer bueno y justo. Todos los funcionarios de los arrabales, hasta los de las comarcas más apartadas, los más humildes porteros, y el vulgo del Estado Central, hasta los patanes de las más apartadas regiones, al oírlo, se animarían a practicar a porfía la justicia. ¿Por qué? El soberano quiere de sus súbditos una sola cosa y los súbditos sirven a su soberano también con un solo oficio u ocupación.

Pues bien, supongamos que un ricachón tiene un palacio grande, de altísimos muros. Al construirlos, se le ha hecho una única puerta en lo alto de los mu-

ros. Un ladrón ha penetrado dentro. Bien cerrada esta única puerta por la que ha entrado, se le busca dentro. Al ladrón no le queda por dónde escaparse. ¿Por qué? El amo ha cogido el punto más importante. Así, los santos emperadores de la antigüedad, para gobernar bien, graduaban a sus funcionarios según el grado de sus virtudes y promovían a los mejores. Aun a labradores, artesanos y mercaderes, si eran capaces, les promovían, les investían de altas dignidades, les asignaban pingües rentas, les confiaban asuntos. A sus órdenes, se les daba autoridad decisiva. Solían decir: Si su dignidad no es encumbrada, no serán respetados por el pueblo; si su renta o riqueza no es cuantiosa, no tendrán ante el pueblo suficiente crédito; si sus órdenes no son decisivas, el pueblo no los temerá. Se otorgaba estos tres favores a estos excelentes varones, no para premiar su virtud, sino porque se quería la realización de los asuntos a ellos encomendados. En aquellos tiempos, se jerarquizaba a los funcionarios según el grado de su virtud. Según el cargo que detentaban, se les encomendaban los asuntos. Y, según sus méritos, se les galardonaba. Se computaban los servicios prestados para distribuir, según ellos, las rentas. Así, el funcionario no se perpetuaba en su dignidad encumbrada, ni el plebeyo estaba condenado a no poder superar su condición humilde. Al competente, se le ascendía y, al incompetente, se le degradaba. Se promovía la justicia y se cortaban favoritismos y quejas.

Era así como lo voy diciendo. Así, el emperador Yao [285] sacó a Shun [214] de la falda meridional de Fu Che [79] y le entregó las riendas del gobierno. El imperio fue apaciguado. El emperador Yü [295] sacó a I [115] de Yin Fang [290] y le entregó las riendas del gobierno y se organizaron las nueve provincias. El emperador T'ang [233] tomó a I Yin [122] de entre las ollas de la cocina, le encomendó el gobierno y logró lo que, al promoverlo, se había propuesto. Wen Wang [300] promovió a Hung Yao T'ai Tien [114] de

entre sus redes y trampas de cazar animales, le encomendó el gobierno de su estado y logró que las tierras occidentales se le sometieran.

Así, en aquellos tiempos, aun los altos dignatarios de pingües rentas andaban todos con gran cuidado y temor. Y, por otra parte, los labradores, artesanos y comerciantes se estimulaban a porfía en encumbrar su virtud. Así, unos simples letrados podían llegar a ser ministros y gobernadores. Así, una vez alcanzada la categoría de letrado, no había dificultad en aspirar a subir más. La vida era descansada. Podían adquirir fama y hacer méritos. Los bienes les florecían por doquier y los males no nacían para ellos. Todo esto les venía de su categoría de letrados. Por eso dice Mo Ti: Quieras o no, de grado o por fuerza, no puedes librarte de promover a los buenos letrados. Si quieres seguir la política de los patriarcas Yao [285], Shun [214], Yü [295], T'ang [233], no debes dejar de encumbrar a los buenos y capaces. En encumbrarlos, está el fundamento del buen gobierno.

CAPITULO NONO

De promover a los varones mejores. II

Dice Mo Ti: Hoy, los soberanos, los señores feudales y los altos prefectos, que rigen al pueblo, presiden el culto a la Tierra y al Patrón de las mieses y gobiernan los estados, quieren mejorarlo, conservarlo y no perderlo. Pero no consideran que promover a los buenos y capaces es el fundamento en que se asienta un buen gobierno. ¿Cómo lo sabemos? Si con hombres eminentes y sabios se gobierna a los ignorantes y a los de condición humilde, habrá orden y paz. Si con ignorantes y de condición humilde se pretendiera gobernar a los nobles y sabios, habría desorden y anarquía. De aquí deducimos que promover a

los varones mejores es el fundamento del buen gobierno. Por eso, los santos emperadores de la antigüedad repetaban y honraban muchísimo a los varones buenos y capaces y encomendaban los cargos a los mejor capacitados. No hacían camarilla con sus parientes, no favorecían a los nobles y ricos, ni daban privanza por la belleza o por razón de sus mujeres favoritas. A los buenos y capaces promovían y encumbraban, enriquecían y ennoblecían y les daban jefaturas. A los malos les degradaban y los deponían, los empobrecían y rebajaban de condición sometiéndoles a los servicios del vulgo.

De esta manera, el pueblo se animaba con las recompensas y temía los castigos. Mutuamente se inducían a hacerse buenos. Con esto, el número de los buenos crecía y el de los malos decrecía. Esta se llamaba la *política de promoción de los mejores.* Después de promoverlos, los santos emperadores oirán sus doctrinas, seguían sus pasos, observaban su habilidad y talento y, con grandísimo cuidado, les otorgaban los cargos de gobierno. A esto se llamaba *emplear los hombres según sus talentos.* Al que fuera capaz de gobernar el estado, se le ponía al frente del gobierno del estado. Al que veían con cualidades para jefe de los almacenes estatales, le asignaban esa jefatura. Al que veían con cualidades para regir una prefectura, le hacían gobernador de prefectura. Todos los cargos, lo mismo los de ministros de estado, jefes de almacenes, gobernadores de prefecturas y alcaldes de pueblos, estaban regidos por los hombres mejores y mejor cualificados del estado. El régimen de gobierno de estos excelentes gobernantes era: Acudían temprano a la corte y se retiraban tarde. Oían los procesos en los tribunales y despachaban los asuntos de la administración. Con esto, en el estado reinaba el orden, las penas dictadas y las leyes decretadas eran rectas y justas. La manera de administrar la jefatura de los almacenes estatales de estos excelentes funcionarios era: se acostaban por la noche tar-

de y se levantaban temprano. Recogían los impuestos de puertos, mercados, bosques, lagunas y puentes para llenar con ellos el erario estatal. Con esto, los almacenes estaban bien surtidos y la riqueza no se dispersaba. La administración de las prefecturas de estos excelentes hombres era: salían temprano y volvían tarde. Atendían a las labores de arar, sembrar, plantar y recoger cereales y legumbres para que éstos abundaran y el pueblo tuviera suficiencia de alimentos. Así, reinando orden y paz en el estado, las penas dictadas y las leyes promulgadas eran rectas y justas. Estando llenos los almacenes estatales, el pueblo era rico. El monarca disponía de licores y mostos puros, de grano de mijo para las ofrendas al Cielo y a los espíritus de los difuntos. Para el mantenimiento de buenas relaciones con los señores feudales, sus vecinos, disponía de pieles y sedas. En el interior del país, contaba con qué alimentar a los hambrientos, recompensar la fatiga de los servicios prestados y mantener a toda su población. Además, tenía con qué mostrar su solícito interés a los varones buenos y competentes de todo el imperio. De esta suerte, arriba, el Cielo y los difuntos le bendecían, fuera, los señores feudales se le juntaban y, dentro, las gentes le querían, los buenos y capaces se le entregaban. Con esto, lograba cuanto proponía. Realizaba felizmente cuanto emprendía. Al interior de su país, sus ejércitos eran firmes e inexpugnables en la defensa, y, si les era preciso salir a castigar al exterior, eran fuertes y poderosos. A esta forma de gobierno se ajustaron los santos soberanos de las tres dinastías Yao [285], Shun [214], Yü [295], T'ang [233], Wen Wang [300], Wu Wang [281] en su gobierno del imperio y en la regencia de los señores feudales.

Si, al decir forma o regla de gobierno, se ignora la manera de ponerla en práctica, quedarán los asuntos sin arreglarse. Es, pues, necesario establecer tres principios fundamentales. ¿Cuáles son? Si el título de dignatario no es alto, el pueblo no le respetará. Si la

renta asignada no es cuantiosa, no tendrá crédito ante sus súbditos. Si sus órdenes no son decisivas, el pueblo no le temerá. Por eso, los santos emperadores de la antigüedad les investían de altos títulos, les asignaban pingües rentas, les confiaban asuntos de responsabilidad y hacían que sus órdenes fueran tajantes y decisivas. ¿Por qué galardonaban a sus ministros? Querían que los asuntos y obras confiados a ellos se realizaran. Dice la oda: "Te advierto en qué debes poner tu solicitud y te ilustro elevándote a alto título nobiliario. ¿Quién puede coger un objeto muy caliente sin mojarse antes la mano?" La oda quiere decir que, cuando gobernaban los reyes antiguos y los señores feudales, no se podía recibir altos cargos de ministros sino después de haber tomado la bondad como norma de conducta, lo mismo que, para coger un objeto ardiente, hay que mojar antes la mano. Los santos soberanos de la antigüedad no se servían sino de varones buenos y capaces. Les otorgaban títulos para ennoblecerlos, les asignaban tierras en feudo y los retenían toda su vida sin hastiarse nunca de ellos. Los varones buenos y capaces sólo se ponían al servicio de un soberano clarividente. A estos les servían con todas sus fuerzas en el desempeño de sus negocios sin cansarse toda su vida. Lo bueno de su administración lo atribuían a su soberano. Así, con la buena fama se quedaba el superior y con las quejas y críticas se quedaba el inferior. Preferían que el gozo fuera para el rey y las solicitudes y angustias para sus ministros. Esta era la manera de gobernar de los santos soberanos de la antigüedad.

Los soberanos, señores feudales y grandes dignatarios de hoy quieren imitarlos y promover a los buenos y servirse de los más competentes en su gobierno; les exaltan con altos títulos, pero las rentas anejas a esos títulos no van tras los títulos. Altos títulos, sin la renta que les corresponde, no le merecen crédito al súbdito. Dice: No es que, en verdad, me ame sino sólo quiere servirse y abusar de mí. Y súbdito de

quien se sirve y abusa su soberano, ¿cómo va a amarle? Dice una sentencia de los emperadores antiguos. El gobernante ambicioso no divide con otros las tareas del gobierno. El rico avaro no distribuye con otros sus ganancias y sus rentas. Si no se distribuyen ni las tareas ni las rentas, pregunto: ¿los buenos y los más capacitados, cómo van a venir al lado de los reyes y señores feudales y ofrecerles sus servicios? Y si no les vienen los buenos, les vendrán los malos y ruines y estarán rodeados de ellos. Pues rodeados de esa gentuza, los que serán recomendados y premiados no serán los buenos; y los que serán castigados no serán los malhechores. Pues si los reyes y señores feudales creen que honrar a esta gentuza es gobernar el estado, ciertamente no se premiará a los buenos, ni se castigará a los malos. De esta manera, los premios y los castigos no servirán para estimular el bien e impedir la criminalidad. Con eso, al interior de las familias, no florecerá la piedad filial para con los padres y, al exterior, no se guardará en los pueblos y aldeas el debido respeto de los más jóvenes para con los mayores. Ni en el descanso, al interior de la familia, se observarán modales, ni, en la actividad exterior, se guardará mesura alguna. No se hará distinción entre hombres y mujeres. Los funcionarios, que están al frente de los almacenes estatales, se dedicarán a robar y los guardias defensores de las murallas traicionarán. Nadie querrá defender hasta morir al rey en peligro. Si sale a guerrear, no le seguirán. Las sentencias de los tribunales no serán imparciales y justas. La distribución de la riqueza no será equitativa. No se podrá planear proyecto alguno, ni emprender obra alguna con garantía de éxito. Al interior, la defensa no será sólida y si se manda al ejército a una expedición punitiva, no será fuerte y poderoso. Esta fue la causa de que perdieran su trono y arruinaran los lares patrios los tiranos de la antigüedad Chieh [30] (1818-1766 a.C.), Chou [51] (1154-1122 a.C.), Li [157] (878-827 a.C.) y Yu [291] (781-770 a.C.) ¿Cuál? Todos

ellos fueron muy entendidos en los asuntos de poca monta y torpes para los de mayor importancia. Los reyes y señores de hoy, que no saben confeccionar por sí mismos sus vestidos, llaman indefectiblemente a un buen sastre. Si tienen una res vacuna o lanar y no pueden matarla por sí mismos, indefectiblemente, llaman a un buen matarife. Sin embargo, estos mismos reyes y señores no saben, como en los dos casos precedentes, llamar a hombres buenos y capaces para encomendarles el gobierno de sus estados. Cuando el estado está ya revuelto y la patria en peligro de ruina, no saben encomendarlo a hombres capaces que lo remedien y restablezcan el orden. Lo encomiendan bien a parientes, bien a ricachones sin méritos ni capacidad, bien a favoritos de bellas facciones. ¿Cómo saben que estos ricachones, sin méritos algunos, y estos favoritos de bellas facciones están dotados de sabiduría y prudencia? Pues si se encomienda el restablecer el orden en el estado a hombres sin sabiduría y prudencia, ¿cómo se puede saber a qué grado de desorden y anarquía llegará la patria? Pues si los reyes y señores confían el gobierno a quienes aman por su belleza sin examinar su talento, sólo porque los aman, resultará que a uno incapaz de gobernar cien personas, le pondrán en un puesto de mil personas y al que es incapaz de gobernar mil personas le pondrán al frente de diez mil personas. ¿Cuál es la causa? Respondo: Esos puestos llevan inherente un alto título de nobleza y una pingüe renta y, como les aman por su belleza, les nombran para regentarlo. Si, no teniendo competencia para gobernar bien a mil, se le confiere un puesto en el que tiene que gobernar a diez mil, el cargo superará diez veces su competencia. Si el arte del bien gobernar fuera en él creciendo cada día, no podría aumentar diez veces al día; ni la ciencia de gobernar se le acrecentaría cada día diez veces más. Con esto, por una parte bien gobernada, quedarían nueve sin gobierno. Aunque sumaran las noches a los días, en el desempeño de su cargo, quedarían

aún lo mismo que sin gobierno . ¿Cuál es la causa? Los reyes y señores feudales no han entendido que gobernar es promover a los buenos y dar los cargos a los competentes. Con promover a los buenos y dar los cargos a los competentes estará el estado bien gobernado, como lo hemos dicho, y con rebajarlos estará revuelto, como lo decimos. Los reyes y señores feudales de hoy quieren, verdaderamente, tener su estado bien gobernado, hacerlo prosperar y conservarlo sin perderlo, ¿por qué no consideran que promover a los buenos y capaces es el fundamento del buen gobierno?

Este principio de que promover a los buenos y capaces es el fundamento del buen gobierno, ¿acaso es sólo opinión de Mo Ti? Es doctrina de los santos emperadores. Las crónicas de los reyes antiguos y los dichos transmitidos desde los tiempos remotos hasta nosotros dicen: Busca santos, soldados y sabios para tu ayuda y defensa. La arenga-juramento del emperador T'ang [233] (1766 a.C.) decía: "Después pedí (al Cielo) un santo varón para, uniendo con las suyas mis fuerzas, poner orden en el imperio unánimemente".

Este texto nos dice que los santos nunca descuidaban el promover a los buenos y dar los cargos a los competentes. Sólo los santos emperadores estaban capacitados para conocer, promover y dar los cargos de gobierno a los buenos y capaces con gran provecho del mundo sin moverse por otras bastardas motivaciones. Antiguamente Shun [214] labraba sus tierras en Li shan [155], fabricaba vasijas en la ribera del río y pescaba en Lei che [154]. El emperador Yao [285] (2356-2255 a.C.) le adquirió en la falda meridional de Fu che [79] y le exaltó haciéndole "Hijo del Cielo" para que tomara las riendas del gobierno del imperio y diera orden y paz a los pueblos. I Chih [118] era criado particular de la señora Hsin [102]. Le hacía la cocina. El emperador T'ang [233] (1766-1753 a.C.) le adquirió para ministro suyo y le entregó

las riendas del gobierno del imperio y gozaron de orden y paz los pueblos. Fu Yüeh [83], vestido de tosca tela de la leguminácea *ko*, ceñido de cinturón blanco, apisonaba la tierra a jornal en Fu yen [84]. El emperador Wu Ting [279] (1324-1265 a.C.) le adquirió y le nombró uno de sus tres ministros. Le entregó el gobierno para que fomentara la paz y el orden entre las gentes de imperio. ¿Por qué razón estos, originariamente plebeyos, de repente fueron elevados a la más encumbrada nobleza y, siendo pobres, de repente se hicieron ricos? Es porque aquellos reyes y señores feudales comprendieron bien que, promoviendo a varones buenos y dando los cargos de gobierno a los más capacitados, no se daría el caso de que el pueblo, teniendo hambre, no pudiera adquirir alimentos y, teniendo frío, no pudiera adquirir vestidos, estando fatigado, no pudiera hallar reposo y, revuelto, no pudiera gozar de orden y paz. Los santos soberanos tuvieron grandísimo cuidado de promover a los buenos, y confiar los cargos a los más competentes. Tomaron como norma al Cielo. El Cielo no hace discriminaciones entre ricos y pobres, nobles y plebeyos, lejanos o cercanos, parientes y extraños. A los buenos promueve y eleva y a los malos degrada y rechaza. ¿Quienes han sido los que, siendo ricos y nobles, se hicieron buenos y virtuosos y fueron galardonados? Fueron los santos emperadores de las tres dinastías antiguas: Yao [285], Shun [214], Yü [295], T'ang [233], Wen Wang [300] y Wu Wang [281]. ¿Y por qué fueron premiados? Porque gobernaron el mundo amando y haciendo bien a todos sus súbditos. Además, guiaban a todos los pueblos en honrar y venerar al Cielo, servir a los difuntos y amar y hacer bien a todas las gentes. Por eso, el Cielo y los difuntos les galardonaron y les entronizaron haciéndoles *Hijos del Cielo* y padres y madres del pueblo. Las gentes les seguían y les alababan llamándoles *santos emperadores*, como se les llama hasta hoy. Estos fueron los que, siendo ya ricos y nobles, se hicieron buenos y virtosos y, así,

consiguieron ser premiados. ¿Y quiénes han sido los que, siendo ricos y nobles, se hicieron tiranos y fueron castigados? Fueron los tiranos de las tres antiguas dinastías Chieh [30], Chou [51], Yu [291], y Li [157]. ¿Cómo lo sabemos? Respondo: Estos gobernaron el imperio odiando a todos y haciendo daño a todos. Indujeron a los pueblos del mundo a ultrajar al Cielo y deshonrar a los difuntos, a hacer daño y maltratar a las gentes. Por eso, el Cielo y los difuntos les castigaron. Ellos fueron muertos o castigados y sus hijos y nietos dispersos, sus familias extinguidas sin dejar posteridad. Todas las gentes los condenan llamándoles *tiranos* hasta el día de hoy. Estos fueron los que, siendo ricos y nobles, se convirtieron en tiranos y fueron castigados. ¿Quiénes fueron los que, perteneciendo a familia de emperadores o reyes, se pervirtieron y recibieron castigo? Respondo: Fueron, antiguamente, príncipes como Pe Kuen [189], hijo mayor del emperador Chuan Hsu [57] (2513-2435 a.C.), desertó de las virtudes imperiales y fue desterrado a las fronteras del monte Yu [297] a donde no llega el calor del sol. El emperador, su padre, tampoco le amaba. Así, siendo príncipe de sangre imperial, por su perversidad fue castigado.

¿Y de quiénes se ha servido el Cielo por su competencia? Respondo: De hombres como Yü [295] (emperador), Chi (Hou Chi) [91] y Kao Yao [134]. ¿Cómo sabemos que fue así? Las *Crónicas* de los antiguos emperadores y Lü hing [167] [16] *(Ley penal de lü)* dicen: "El emperador (Yao) preguntó y se informó claramente de las quejas que el pueblo tenía contra el señor de los Miao [171]". Dice: "Con extraordinaria claridad se informó de todos, comenzando por los señores feudales para abajo de modo que todos los viudos y viudas dijeron todo sin ocultar nada. Su vir-

[16] El emperador Mu Wang [175] (1001-946 a.C.) encargó a su ministro de justicia Lü la compilación de las leyes penales de los antiguos emperadores.

tud se mostró majestuosa y temible, brillante y gloriosa. Ordenó a tres reyes que consolaran al pueblo en sus trabajos y penalidades. Pe I [188] promulgó las leyes o estatutos y sentenció las penas. Yü [295] niveló las tierras y los ríos y dió nombres a los ríos y montes principales. Chi (Hou Chi) [91] sembró cereales y las tierras dieron excelente cosecha de granos. Las obras de estos tres jefes fueron excelentes para el pueblo". Según reza este texto, estos tres santos varones fueron muy considerados en sus palabras, cuidadosos en su comportamiento, sutiles en sus pensamientos. Inquirieron las cosas escondidas del mundo para sacar de ellas provecho para el pueblo. Así, sirvieron, arriba, al Cielo y el Cielo se complació en sus virtudes; abajo, colmaron de beneficios a todas las gentes durante toda su vida sin descanso. Dice un dicho de los antiguos emperadores: Esta doctrina, practicada en gran escala, reporta no pocos frutos; practicada en pequeña escala, no crea dificultades. Si se usa a perfección, colma de beneficios a todas las gentes durante toda la vida. Un Himno de alabanza a la casa Chou [50] del Romancero dice así:

> La virtud de los santos es alta como el Cielo y ancha como la tierra.
> Brilla esplendorosa en la tierra.
> Firme como la tierra, alta como montaña,
> No se resquebraja, no se desploma.
> Refulge como los rayos del sol,
> Brilla como la luna,
> Dura como el Cielo y la tierra.

Estos versos glorifican la virtud de los santos, su esplendor, su inmensidad, su solidez, su perennidad. Ella cubre y abarca toda la extensión del Cielo y de la tierra. Los reyes y señores de hoy, que quieren gobernar el mundo y regir a los señores feudales, si carecen de virtud y justicia, ¿qué podrán hacer? Ellos dicen que con mano fuerte intimidarán las gentes con su majestad y su poder. Pero si los soberanos y gobernantes adoptan esa política de intimidar con su majes-

tad y poder, tendrán que matar a todos sus súbditos. Lo que más ama el pueblo es la vida y lo que más aborrece es la muerte. Lo que más ama no lo logra y lo que más aborrece le viene continuamente. Desde los más remotos tiempos hasta hoy jamás ha habido quien, de esa manera, haya podido gobernar el mundo y regir a los señores feudales. Si, pues, esos señores quieren gobernar el mundo y regir a los señores feudales, desean satisfacer los deseos del mundo y adquirir reputación duradera en las generaciones futuras, ¿por qué no consideran que promover a los buenos es la base de todo buen gobierno? Esta fue la generosa conducta de los santos.

LIBRO TERCERO

CAPITULO ONCE [17]

Unión de ánimos y pareceres. I

Dice Mo Ti: En los tiempos primitivos, cuando comenzó a haber hombres y aún no existía ni gobierno ni tribunales de justicia, las palabras de unos tenían significación diversa de las de otros. Cada uno tenía su idea; dos tenían dos ideas; diez, diez ideas. Tantas ideas como número de hombres. Cada uno tenía por verdadera su idea y por falsas las ideas de los demás. Mutuamente se condenaban. Dentro de cada familia había reyertas y odios entre padres e hijos y se dispersaban por no poder convivir en unión y paz. Las gentes del mundo se hacían unos a otros daño con agua, fuego y venenos. Quienes tenían fuerza de sobra no querían emplearla para ayudar a otros. Dejaban que se les pudrieran los géneros que les sobraban, por no distribuirlos con los demás. Ocultaban las buenas ideas o doctrinas por no enseñárselas a otros. El desorden reinaba en el mundo. Se comportaban como fieras. Entonces, cayeron en la cuenta de que el desorden provenía de que no tenían superiores que los gobernaran y decidieron que sería mejor elegir al mejor de ellos. Le eligieron con el

[17] En el capítulo décimo se repiten, variando muy poco, las ideas del capítulo anterior. Omitimos su traducción.

título de "Hijo del Cielo". Constituido el emperador, vieron que sus fuerzas no bastaban y les pareció que sería bueno elegir los mejores del mundo y establecer tres ministros. Erigidos el emperador con sus tres ministros, vieron la inmensa extensión del territorio y los pueblos diferentes de tierras muy distanciadas entre sí y la imposibilidad de que uno o dos hombres pudieran discernir entre la verdad y la falsedad, provecho o daño. Dividieron diez mil comarcas y erigieron a los señores feudales para regentes de estos estados. Constituidos regentes los señores feudales, se vió también que sus fuerzas tampoco bastaban y se eligieron en sus estados los mejores y se les constituyó para gobernadores. Erigidos los gobernadores, el emperador promulgó en el imperio su programa político. Decía: Lo mismo de lo bueno que de lo malo, de que se tenga noticia, hay que informar arriba, al superior. Lo que el superior tenga por bueno todos lo deben tener por bueno y lo que él juzga malo todos lo deben tener por malo. Si el superior comete alguna falta, hay que corregirle. Si un inferior tiene alguna buena calidad, sus vecinos deben recomendarlo. Si el superior lo aprueba, los inferiores no deben ya criticarlo. Quien ha sido galardonado por el superior, debe ser elogiado por los inferiores. Si de lo bueno y de lo malo, de que se tenga noticia, no es informado el superior, lo que el superior juzgare bueno no podrá ser bueno y lo que el superior juzgare malo no podrá ser malo. Y si el superior está en el error o ha cometido alguna falta y no se le amonesta y corrige, y si lo bueno que hubiera no se le recomendara, los inferiores no podrían estar de acuerdo con el superior y cuando el superior castigara a alguno, el pueblo lo murmuraría. El superior, lo mismo antes de galardonar que antes de castigar, debe examinarlo para comprobar, hasta la evidencia, la verdad.

Jefe de una barriada será elegido el hombre más virtuoso y caritativo del barrio. Este jefe promulgará a la población de su barrio su programa político.

Dirá: Lo mismo lo bueno que lo malo, de que se tenga noticia, se debe, sin falta, informar al jefe del cantón. Lo que el jefe del cantón juzgare bueno, todos deberán tenerlo por bueno. Lo que el jefe del cantón juzgare malo todos deben tenerlo por malo. Para desterrar toda palabra o doctrina mala, es menester aprender las buenas del jefe del cantón. Para desarraigar toda acción mala, hay que aprender las buenas del jefe del cantón. ¿Quién podrá decir que en un cantón donde se procede así reina el desorden? Vamos a examinar de qué depende que en un cantón reine orden y paz. Sólo el jefe del cantón puede unificar las opiniones o pareceres del cantón. Con esto, en el cantón reinará el orden y la paz. El jefe será el hombre más virtuoso y caritativo del cantón. El jefe del cantón promulgará su programa político a la población. Dirá: Lo mismo de lo bueno como de lo malo, de que se tenga noticia, se debe, sin falta, informar al rey. Lo que el rey juzgare bueno, se ha de tener por bueno por todos y lo que el rey juzgare malo todos lo han de tener por malo. Para desterrar toda palabra o doctrina mala, hay que aprender las buenas del rey y para desarraigar toda acción o conducta mala, hay que aprender la conducta del rey. De esta suerte, ¿cómo podrá decirse que reina el desorden en el estado? Si examinamos de qué depende que en el estado reine orden y paz, veremos que es el rey el único que puede unificar los pareceres del reino. Con eso, en el reino habrá orden y paz. El rey será el hombre más virtuoso y caritativo del reino. El rey promulgará a la población del reino su programa político. Les dirá: De todo lo bueno y malo de que se tenga noticia, se deberá, sin falta, informar al emperador. Y lo que el emperador juzgare bueno, lo deberán todos tener por bueno y lo que el emperador juzgare malo, todos lo deberán tener por malo. Para desterrar toda palabra o doctrina mala, hay que aprender las buenas del emperador. Para desarraigar toda acción o conducta mala se deberá aprender la

conducta del emperador. De esta manera, ¿cómo se podrá decir que reina el desorden en el imperio? Si, pues, examinamos de qué depende el orden y paz del imperio, veremos que el emperador es el único capaz de unificar y acordar los pareceres todos del imperio. Con esto, reinará el orden y la paz en el imperio. Pero si todos los habitantes del imperio están de acuerdo con el emperador y no con el Cielo, todavía no se podrán descartar las calamidades. Las tempestades y aguaceros, que con frecuencia sobrevienen, son castigos del Cielo contra el pueblo, que no obra de acuerdo con su voluntad. Por eso dice Mo Ti: Los cinco suplicios que los santos emperadores de la antigüedad fijaron para mantener la paz y orden son como el dividir los hilos del que teje tela, o, también, como las cuerdas que refuerzan la trama de una red. Su finalidad es unir a los súbditos que no se avienen a ponerse de acuerdo con su superior.

CAPITULO DOCE

Unión de ánimos y pareceres. II [18]

Los santos emperadores de la antigüedad conocían muy bien los deseos del Cielo y de los difuntos. Inducían a todos los pueblos del mundo a que, purificados con abstinencias y baños, destilaran licores y mostos y, llenando de cereales puros las vasijas, los ofrecieran al Cielo y a los difuntos y rogaran ser liberados de las calamidades. En este su servicio a los difuntos no se atrevían a ofrecer ningún licor o cereal

[18] Comienza el capítulo repitiendo, con pocas variantes, las ideas del capítulo anterior y continúa explanando la necesidad de conformarse con la voluntad de Dios. Omitimos lo que ha repetido.

que no fuera bien puro, ni víctimas que no estuvieran bien cebadas. No escatimaban nada de la cantidad ritual de piedras preciosas y sedas. No se descuidaban de ofrecer, a su debido tiempo, los sacrificios de primavera y otoño. En oír y sentencias los procesos, no se atrevían a faltar a la justicia. En la distribución de los géneros o riqueza, no se atrevían a faltar a la equidad. En privado, no se atrevían a proceder descuidada y groseramente. Decían que un gobernante debe conducirse así. De esta manera, el Cielo y los difuntos era generosos con estos gobernantes y sus súbditos sacaban grandes ventajas y beneficios de su gobierno. Gracias a esta generosidad del Cielo y de los difuntos para con ellos, podían proceder con firmeza en todo cuanto hacían. Podían proceder con esa firmeza y, al mismo tiempo, conquistarse el amor del pueblo, porque el Cielo y los difuntos los bendecían y todas las gentes se beneficiaban de los bienes y ventajas con que eran bendecidos. Esta era su manera de gobernar. Así, lograban cuanto se proponían, realizaban con éxito cuanto emprendían. Al interior de sus fronteras, eran inexpugnables al defenderse; si salían para infligir una punición merecida, volvían victoriosos. ¿Por qué? Habían fomentado la política de unión de ánimos y pareceres. Esta era la manera de gobernar de los antiguos santos emperadores.

Hoy las gentes del mundo se preguntan: Actualmente no faltan en el mundo gobernantes y, a pesar de eso, el mundo está revuelto. ¿Cuál es la causa? Mo Ti responde: Los gobernantes actuales son fundamentalmente diferentes de los antiguos. Por ejemplo, los gobernantes de las tribus de los *miao* en la manera de aplicar las cinco penas. Los santos soberanos antiguos establecieron las cinco penas para poner orden en el imperio, pero cuando vinieron los jefes de los *miao* las reglamentaron de tal forma que perturbaron el orden del imperio. ¿Es que las mismas penas eran malas o su uso era malo? Las *crónicas* de los antiguos emperadores y la doctrina del código penal de Lü

[167] [19] dicen: Los *miao* no aplicaban bien las penas. Su reglamentación de las penas venía a ser cinco maneras de matar. Y todabía se llamaban *leyes*. Según este texto, la aplicación correcta de las penas es la manera de imponer el orden, pero su uso indebido se convierte en cinco maneras de matar a la gente. ¿Acaso el mal está en las penas y no en su aplicación mala que las hace cinco maneras de asesinar? Por eso, la *Crónica* de los antiguos emperadores, hablando de la manera de dar órdenes, dice: "De la boca salen los bienes y de la boca salen también las guerras". Según este texto, del buen uso de la boca provienen los bienes y de su mal uso las calumnias, los daños, latrocinios y guerras. ¿Acaso la boca es mala y no su mal uso es malo? De ese mal uso es de donde vienen esas calumnias, daños, latrocinios y guerras. Esa es la razón por la que los antiguos instituyeron gobernantes que pusieran orden en el pueblo. Son como la trama que mantiene divididos los hilos en la tela y como las cuerdas que sostienen las mallas de las redes. Ellos mantienen el vicio y la violencia sin revolverse en la trama de la vida social y unifican los pareceres como las cuerdas las mallas de la red. La *Crónica* de los antiguos emperadores y la doctrina de los más remotos tiempos dice: Al fundar estados y establecer sus capitales, no se debe nombrar para regentarlos como reyes y señores a gente orgullosa y fastuosa, no nombrar para gobernadores a gentes indolentes y descuidadas. Hay que distribuir los cargos a quienes gobiernen según la equidad del Cielo.

Según este texto, lo que Dios *(Shang Ti)* y los manes de los difuntos se propusieron antiguamente al fundar estados, erigir las capitales y establecer en ellos gobernadores, no era encumbrar de altos títulos nobiliarios, dotarles de pingües rentas y enriquecer a gente ociosa e indolente, sino crear la prosperidad y

[19] Cfr. la nota 15.

riqueza de las gentes, descartas los males, enriquecer y ennoblecer a los pobres y desamparados, restaurar la paz, reprimir el desorden y restablecer el orden. Esto es lo que hacían los santos emperadores antiguos. La política que siguen los reyes y señores feudales de hoy en su gobierno y administración de justicia es muy diferente a aquella. Creen que gobernar bien es nombrar gobernadores a sus favoritos, a sus hermanos o parientes, a sus amigos. El pueblo, que sabe que su soberano les ha puesto en esos cargos no con la recta intención de asegurar al pueblo el orden y la paz, forma secretamente sus camarillas y partidos y no quiere ponerse de acuerdo con su soberano, y la discordia divide al rey y a sus súbditos. Discorde el superior con sus inferiores, sus remuneraciones y sus alabanzas carecen de incentivo para obrar bien y los castigos son ineficaces para reprimir la criminalidad y la violencia. ¿Cómo sabemos ser esto así? Respondo: Si el soberano, al establecer su programa de gobierno de su estado dice a sus gobernantes: A quien merezca ser remunerado, quiero remunerarle. Si el superior y los inferiores están discordes, al pueblo le parecerán injustas sus remuneraciones. Digo que, siendo los más los que le condenan, por más que el soberano le haya remunerado, la remuneración no servirá de incentivo para obrar bien. El soberano, al establecer su programa del gobierno de su estado, dice a sus gobernantes: Al que merezca ser castigado, le castigaré. Si al soberano y a sus inferiores los divide el desacuerdo, al que el soberano le castigue, la muchedumbre del pueblo le alabará. Digo que, siendo más los que le alaban, aunque le castigue el soberano, no bastará su castigo para contenerle. Si pues, establecido ya el estado y designados sus gobernantes, las remuneraciones y las alabanzas no sirven para estimular el bien y los castigos no son eficaces para reprimir la criminalidad y violencia, ¿no estamos en las mismas condiciones que anteriormente he dicho de los tiempos primitivos de la vida de los hombres antes de que

hubiera gobernantes? Sí, pues, es la misma la situación haya o no haya gobernantes, quiere decir que no es esa la manera de gobernar al pueblo y de lograr el acuerdo o unificación de pareceres. Por eso, los santos soberanos de la antigüedad, considerando la manera de lograr el consenso y unión entre los superiores e inferiores, nombraron los jefes o mandarines para que sirvieran de comunicación entre el soberano y sus súbditos. Si el soberano tiene un proyecto oculto que puede reportar beneficios para el pueblo, los súbditos pueden enterarse por medio de ellos y beneficiarse. Si entre los súbditos van creciendo el descontento y las quejas o acumulándose males o daños, el soberano puede enterarse por medio de ellos y quitar sus causas. Por este medio, puede el emperador enterarse y galardonar lo bueno o castigar lo malo que se ha hecho más allá de millares de millas, aunque muchos de sus mismos familiares o vecinos de los autores del bien o del mal no se hayan enterado. De este modo, todos los súbditos del imperio le temerán saludablemente y temblarán y no se atreverán a cometer ningún desmán o violencia. Dirán: El emperador ve y oye todo como los espíritus. Existe un dicho de los antiguos emperadores que dice: Nadie, fuera de los espíritus, puede valerse de los ojos y oídos de los hombres para ver y oír, de la boca y labios de los hombres para hablar, del corazón (inteligencia) de los hombres para pensar y reflexionar; de los brazos y piernas de los hombres para moverse y obrar. Los espíritus, que pueden valerse de la vista y oído de muchos, pueden oír a gran distancia y, como pueden servirse de las palabras de muchos, son muchos los que perciben su voz y sus enseñanzas se propagan mucho. Como se valen de muchos para pensar y reflexionar, sus palabras y sus propósitos se entienden pronto. Como se valen de las acciones de muchos, todos sus negocios tienen rápida realización. No fue otra la causa de que los santos de la antigüedad tuvieran tanto éxito en arreglar negocios y de que su fama se haya perpetua-

do a través de las generaciones posteriores. Por eso, fueron también capaces de realizar su política de unión de ánimos y voluntades con sus súbditos.

La *Crónica* de los emperadores antiguos, y el himno de alabanza de la casa Chou [50] (oda 283) dice: "Ya vienen a ver al emperador, vienen a pedirle los estatutos". Quiere decir la oda que los reyes y señores feudales antiguos venían en primavera y otoño a la corte imperial a recibir las solemnes instrucciones del "Hijo del Cielo" para, vueltos a sus estados, poner orden en ellos. No se atrevían a desobedecer en nada al programa de gobierno que se les había dictado. En aquel tiempo, no había quien osara contravenir a las instrucciones recibidas del emperador. Dice la *oda* (163):

Mis corceles son jóvenes potros.
Relucientes brillan sus seis riendas.
Los hago correr, los hago galopar.
Por doquiera pregunto y tomo informes.
Crises son mis jóvenes corceles.
Flexibles, como lazos de seda, sus seis riendas.
Los hago correr, los hago galopar.
Por doquiera pregunto y recojo proyectos.

Habla de esto que vamos diciendo. Antiguamente, los reyes y los señores feudales corrían a informar al emperador de cuanto bueno y malo se habían enterado. Así, podía éste galardonar justamente a los buenos y castigar justamente a los malhechores, sin matar nunca a un inocente y sin que ningún culpable se le escapara sin su debido castigo. Esto era fruto de la unión de pareceres que había entre el emperador y sus súbditos. Dice, pues, Mo Ti: Los reyes, señores feudales, letrados y varones virtuosos de hoy que quieren enriquecer sus estados, acrecentar su población ordenar su administración gubernativa y penal y dar estabilidad a la nación ("a la Tierra y a los patronos de las mieses") no pueden dejar de pensar en fomentar esta unión de ánimos y de opiniones. Es fundamental.

Mo Ti
(dibujo de Wang Shih-chen, época Ming)

LIBRO CUARTO

CAPITULO CATORCE [20]

Mutualidad de amor. I

Los santos varones que se aplicaron a establecer el orden y la paz en el mundo, lograron su propósito porque se dieron, indefectiblemente, a conocer antes el origen de los disturbios. Si se ignora el origen del desorden, no se podrá remediarlo. Lo mismo que a un médico, para atacar una enfermedad, precisa conocer su origen. ¿Cómo podrá atacarla si ignora su origen? Imposible. Remediar el desorden, ¿por qué no va a ser lo mismo? Conociendo bien el origen de los disturbios es como se podrá remediarlos. Ignorando el origen de los disturbios, no se podrán remediarlos. Los santos, que se aplicaron a arreglar y pacificar el mundo, no pudieron prescindir de examinar el origen del desorden. Examinando, pues, el origen de los disturbios, hallaron que la causa era que no había mutuo amor entre los hombres: El ministro no ama a su rey, ni el hijo ama a su padre. El desorden está en que el hijo se ama a sí mismo y no ama a su padre y perjudica a su padre para provecho propio. El hermano menor se ama a sí mismo y no ama a su hermano mayor y perjudica a su hermano para provecho pro-

[20] Hemos dejado de traducir el capítulo trece. En él repite Mo Ti, con muy pocas variantes, las ideas de los dos capítulos precedentes.

pio. El ministro se ama a sí mismo y no a su rey y perjudica a su rey para provecho propio. Esta es la causa del desorden. El padre se ama a sí mismo y no ama a su hijo y le perjudica a éste para su propio provecho. El hermano mayor se ama a sí mismo y no ama a su hermano menor y perjudica a éste para provecho propio. El rey se ama a sí mismo y no ama a su ministro y perjudica al ministro para provecho propio. ¿Cuál es la causa? Todo viene de no amarse mutuamente. Lo mismo que los peores bandidos del mundo. Un bandido ama su casa y no ama la del extraño y roba la casa del extraño en beneficio de la suya propia. El malhechor o el ladrón aman su propia persona y no aman la de los demás y roba o causa daños a los otros para beneficiarse a sí mismo. ¿Por qué así? Todo nace de no amarse mutuamente. De aquí nace también el que los grandes magnates o prefectos mutuamente se revuelvan sus casas o clanes y el que los señores feudales ataquen mutuamente sus estados. Los grandes magnates y prefectos aman sus propias familias o casas y no aman las de los otros y revuelven las casas de los demás en beneficio propio. Los señores feudales aman sus propios estados y no aman los estados de los demás y atacan los estados de los vecinos en beneficio de sus propios estados. Esta, y solamente ésta, es la causa de la anarquía reinante en el mundo. Si se inquiere su origen, se hallará que nace de no amarse mutuamente. Si se lograra que todos en el mundo se amaran mutuamente, que amaran a los otros como se aman a sí mismos, ¿acaso habría hijos no piadosos con sus padres? Si se mirase a su padre, a su hermano mayor y a su rey como a su propia persona, ¿cómo se cometerían faltas de piedad? Lo mismo digo de la falta de amor de los mayores con los menores. Si mirara el hermano mayor al hermano menor, el padre al hijo, el rey al ministro como a su propia persona, ¿cómo cometerían esas faltas de amor los hermanos mayores, los padres y los reyes? Todas esas faltas recíprocas de

piedad y de amor habrían desaparecido. ¿Acaso existiría el bandidaje? Si se mira la casa del otro como su propia casa, ¿quién había de robar a quién? Si se mirase la persona del otro como a su propia persona, ¿quién iría a robar o hacer daño? El bandidaje y el latrocinio habrían desaparecido completamente. Lo mismo digo de los magnates o grandes prefectos que revuelven las casas de los demás y de los señores feudales que atacan mutuamente sus estados. Si se mira la casa del otro como su propia casa, ¿quién se pondría a revolverla? Si se mirase el estado de otro como su propio estado, ¿quién iría a atacarlo? El revolver los grandes prefectos las casas de sus vecinos y el atacarse mutuamente los señores feudales desaparecería completamente. Si se lograra que todos en el mundo se amaran mutuamente, no habría estados que agredieran a otros estados; las casas o los clanes no se revolverían mutuamente; no habría bandidaje. Entre rey y sus ministros, entre padres e hijos reinaría la piedad y el amor recíprocos. Así, el mundo gozaría de orden y paz. Los santos varones, que se aplicaron a restablecer el orden en el mundo, ¿cómo no habían de prohibir el odio y fomentar el amor? El mundo gozará de orden y paz cuando los hombres todos se amen mutuamente y estará revuelto mientras reine el odio mutuo. Esta es la razón por la que Mo Ti dice que es menester exhortar a practicar el amor a los demás.

CAPITULO DIECISEIS [21]

Mutualidad de amor. III

Dice Mo Ti: El hombre bueno y caritativo en cuanto hace, indefectiblemente, se aplica a buscar y

[21] Suprimimos la traducción del capítulo quince. Sus ideas se hallan en el capítulo anterior y en este capítulo.

promover el bien del mundo y eliminar todos los males de él. En estos tiempos, ¿cuáles son los males mayores del mundo? Son los siguientes: Los grandes estados atacan a los pequeños estados; las grandes familias revuelven las familias pequeñas; los poderosos roban a los débiles; los más numerosos maltratan a los menos numerosos; los listos y astutos urden asechanzas contra los simples e ignorantes; los nobles desdeñan a los humildes. Estos son los males del mundo. Todavía hay que añadir que los reyes no son bondadosos y caritativos, los ministros no son fieles, los padres no son amorosos y los hijos no son piadosos. También estos son males que sufre hoy el mundo. Aún hay más. Hombre ruines de estos tiempos, tomando sus armas, sus venenos, con fuego y con agua se agreden y se hacen daño unos a otros. También este es otro mal que aqueja al mundo. Si, pues, inquirimos el origen de tantos males, ¿cuál es? Si decimos que es el amarse y hacerse bien los unos a los otros, ciertamente no es ese el origen; sino que es todo lo contrario: el odiarse y hacerse daño recíprocamente. En la nomenclatura corriente en el mundo, *odiar* y *dañar* al prójimo, ¿significan *unión* o significan *división*? Se contestará que, ciertamente, significan *división*. Pues si de la mutua *división* es de donde, ciertamente, nacen los grandes males del mundo, habrá que condenar como mala la *división*. Dice Mo Ti: Quien niega o condena la proposición ajena debe sustituirla por otra mejor. Si sólo la condena, sin proponer otra mejor, sería meramente como apagar con agua el fuego. No habría manera de conocer su opinión. Dice, pues, Mo Ti que la *división* se debe sustituir por la *unión*. ¿Cuál es la razón de que se pueda y deba sustituir la *división* por la *unión*? Responde: Si al estado ajeno se le mira como a su propio estado, ¿cómo va a poner en armas su estado para atacar al estado ajeno? Pues lo ajeno lo tiene como suyo propio. La ciudad ajena la tiene como su propia ciudad, ¿cómo, con su ciudad, va a atacar a la ciudad ajena?

Si la casa ajena la tiene como casa propia suya, ¿cómo, con su casa, va a revolver la casa ajena? Pues que considera la ajena como suya propia. Pues el que los estados y las ciudades no se ataquen mutuamente, el que unas casas no revuelvan y hagan daño a otras, ¿es daño o provecho para el imperio? Ciertamente, se dirá que es provecho. Vamos a ir al fondo o a la raíz de la cuestión: ¿De dónde nacen todos estos bienes y beneficios? ¿Nacen de odiarse mutuamente y de hacerse daño mutuamente? Ciertamente, se dirá que no; que nacen, ciertamente, de amarse y de hacerse bien. El lenguaje común del mundo distingue unas palabras de otras. En este lenguaje, *¿amar* y *hacer bien al vecino* son actos de *división* o de *unión?* Ciertamente se dirá que son actos de *unión*. Entonces, de la mutua *unión* nacen, realmente, enormes beneficios para el mundo, Por esto, dice Mo Ti: La *unión* es verdad, es bien. Lo he dicho ya. El hombre bueno y caritativo, en cuanto hace, indefectiblemente se aplica a buscar y promover el bien del mundo y a erradicar el mal de mundo. Tenemos que del manantial de la *unión* nos dimanan enormes beneficios para el mundo y del manantial de la *división* nos dimanan enormes males para el mundo. Por eso, dice Mo Ti que la *división* o *desunión* es mala y falsa y la *unión* es verdad y es bien. Deducido este remedio, tomando esta unión como lo justo y conveniente, vamos a buscar y fomentar los beneficios que reporta al mundo y tomarlos para beneficiarnos. Así, nos serviremos del buen oído y excelente vista para ver y oír unos para otros, de los vigorosos brazos y piernas para levantarnos y movernos unos para otros, y de la ciencia o doctrina, los que las tienen, para enseñarla a los otros. De modo que los ancianos y los viudos tengan quien les sirva y mantenga hasta el término de sus días; que los niños y débiles, los huérfanos, sin padre ni madre, tengan ejemplos que imitar y apoyo a que arrimarse hasta su pleno desarrollo.

Pero todavía hay muchos letrados que, ignorantes

del mundo, no tienen a la *unión*, ni a estos beneficios, que ella reporta, por cosa recta y lo condenan siempre que oyen hablar de ella. ¿Cuál es la razón? Estos letrados del mundo no cesan de condenar la *unión*. Dicen: Aunque en sí fuera buena, ¿cómo practicarla? Mo Ti les contesta: Si fuera impracticable aun yo mismo la desaprobaría. Pero, ¿cómo puede haber cosa buena que sea inservible? Vamos, pues, a presentar las dos posiciones en las personas de dos letrados. Uno sostiene la *división* o la *desunión* y el otro la *unión*. El letrado que patrocina la *división* dice: ¿Cómo puedo yo mirar a la persona de mi amigo como mi propia persona y a los padres de mi amigo lo mismo que a mis propios padres? Así piensa y así trata a su amigo. Y si éste tiene hambre, no le da de comer y si tiene frío, no le da de vestir, y si cae enfermo, no acude a servirle y alimentarle y si muere, no le entierra. Así habla y así se comporta el letrado que propugna la *división*. La manera de hablar y la conducta del letrado que defiende la *unión*, son muy diferentes. Dice: yo he aprendido que los más eminentes letrados del mundo, indefectiblemente, miraban a las personas de sus amigos como a su propia persona, a los padres de sus amigos igual que a sus propios padres y que así, y sólo así, merecieron ser tenidos en el mundo como letrados eminentes. Así miraban interiormente a sus amigos y si sus amigos sufrían hambre les daban de comer, si tenían frío les daban de vestir, si enfermaban acudían a servirles y alimentarles, si morían les enterraban. Así habla y obra el letrado que defiende la *unión*. Las palabras y las obras de estos dos letrados se reprobaban y se contradecían recíprocamente. Supongamos ahora que estos dos letrados creen firmemente lo que dicen y obran, indefectiblemente, según lo que dicen. De manera que sus palabras y sus obras se ajustan tan perfectamente como las dos piezas complementarias de los jades credenciales. En ellos no hay palabra dicha que no sea ejecutada tal como ha sido dicha. Y pre-

gunto: Estamos en una anchurosa llanura desértica. Gentes armadas de corazas y yelmos van a entrar en batalla. La contingencia de vida y de muerte es incierta y desconocida. Supongamos también otro caso. El rey va a enviar a un gran prefecto como embajador a los remotos estados de Pa [181], o al de Yüe [298], o al de Ch'i [25], o al de Ch'ing [46] (Ch'u). Ignora si podrá ir y volver sano y salvo. Pregunto: No sabiendo lo que puede suceder a su familia, toma a sus padres, a su mujer e hijos para confiarlos a alguno y no sabe si será bueno confiarlos al que propugna la *unión* o al que propugna la *división* o *desunión*. Yo creo, que en una situación tal, no habría en el mundo hombre tan mentecato o mujer tan estúpida que, por más que hayan reprobado antes la sentencia de la *unión*, no los confiaran, sin dudar, al que defiende que la *unión* es buena. Hablarán contra la *unión*, pero elegirán luego al que la propugna contradiciendo sus palabras con su conducta. ¿Cuál es, pues, la razón por la que estos letrados ignorantes del mundo condenan la *unión* siempre que oyen hablar de ella? Estos letrados, que no cesan de reprobar la *unión*, dicen: Tal vez los letrados la pudieran aceptar, pero los reyes no son capaces de aceptarla. Vamos pues a presentar las dos opiniones encarnadas en dos reyes. Uno de ellos sostiene la *unión* y el otro la *división*. El monarca que sostiene la *división* dice: ¿Cómo puedo yo mirar a las personas de mis decenas de miles de súbditos como a mi propia persona? Esto es demasiado opuesto a las realidades del mundo de los hombres. La vida del hombre, en esta tierra, es una cosa de nada. Se suele comparar al pasar veloz de una cuadriga vista a través de una rendija. Según eso, mira en su corazón y trata a sus millares de súbditos. Si tienen hambre no les alimenta, si tienen frío no les da con qué vestirse, si caen enfermos no acude a servirles y a alimentarles, si mueren no les entierra. Esto dice y así se conduce el rey que propugna la *división*. Las palabras y las obras del rey que propugna la *unión*, son muy

diferentes. Dice: Yo he oído decir que los más ilustres monarcas del mundo posponían, indefectiblemente, su propia persona a las personas de sus miles de súbditos y que, por eso, han merecido ser contados entre los más esclarecidos monarcas del mundo. Según esto, mira en su corazón y trata a sus millares de súbditos. Si tienen hambre les da de comer, si tiene frío les da para vestirse, si enferman acude a su lado a servirles y alimentarles, si mueren los entierra. Así habla y así obra el monarca que sostiene la *unión*. Estos dos monarcas se condenan mutuamente en sus palabras y sus obras son diametralmente opuestas. Si estos dos monarcas son sinceros y consecuentes y, lo que dicen, lo practican realmente, y coinciden sus palabras y sus obras como coinciden las dos piezas complementarias de los jades de las credenciales y no dicen palabra que no la cumplan, pregunto: Viene un año de peste. Entre los millares de gentes del pueblo son muchos los que, agotados de fatiga y hambre, se revuelcan moribundos a la vera de acequias y canales y hay muchos otros que no saben a cual de los dos monarcas acudir para ampararse. Yo creo, que en tal situación, no habrá en el mundo hombre tan estúpido y mujer tan tonta que, aunque antes hubiera reprobado la política de la *unión*, no se amparara, indefectiblemente, bajo el monarca que sostiene la *unión*. Sus palabras condenaron la *unión*, pero ahora la aceptan. Hay contradicción entre lo que dicen y lo que hacen. Ignoran las realidades de este mundo y, siempre que oyen hablar de la *unión*, la reprueban. ¿Cuál es la razón de su conducta? Esos letrados del mundo que contradicen la *unión* y no cesan de hablar contra ella, dicen: Aunque en la *unión* haya amor al prójimo y justicia, ¿quién es capaz de practicarla? Nosotros comparamos la imposibilidad de practicar esa *unión* con la de pretender echarse a los hombros la montaña T'ai shan y vadear un caudaloso río. La *unión* es un buen deseo, pero ¿quién es capaz de realizarlo? Mo Ti responde: Pasar un caudaloso río con la montaña

T'ai shan a los hombros es hazaña que nadie ha realizado desde los más remotos tiempos después que existen los hombres. Pero la *unión* de mutuo amor y beneficencia es cosa que ha sido practicada por los seis santos emperadores de la antigüedad. Dice Mo Ti: Yo no he sido su contemporáneo, no he oído su voz ni visto sus rostros. Lo sé por lo que ellos escribieron en latas de bambú y en sedas, lo esculpieron en bronce y en lápidas, lo grabaron en platos y vasos para transmitirlo a sus hijos y nietos de futuras generaciones.

Dice la Gran Arenga juramentada de Wu Wang [281] (1122 a.C.) [22]: "Wen Wang [300] resplandeció como el sol y como la luna e iluminó con sus resplandores los cuatro puntos cardinales de las tierras de Occidente". Este texto declara la extensión de la *caridad* universal de Wen Wang. Se le compara al sol y a la luna que, sin particulares favoritismos, iluminan todo el mundo. Este fue el amor de *unión* universal de Wen Wang. La *unión* de que Mo Ti habla es regla tomada de este ejemplo de Wen Wang: "¿Acaso sólo la Gran Arenga habla así? La arenga del emperador Yü [295] (2205-2197 a.C.) se expresa de igual manera". Así habló Yü [23]: "Numerosas tropas, escuchad todos lo que os tengo que decir: No soy yo, niño pequeño, quien se ha atrevido a causar estos disturbios. Han sido los jefes de los *miao* los insensatos promotores. Para infligirles el castigo del Cielo es para lo que me puse al frente de vosotros, príncipes feudales, para castigar al jefe de los *miao*". Yü fue a castigar al jefe de los *miao*, no a buscar grandes riquezas y nobleza, ni en busca de pingües rentas, pábulo para los

---

[22] Cfr. Couvreur Seraphin, *Les Annales de la Chine*, p. IV, c. 1, p. 183.

[23] Véase en Couvreur, *op. cit.*, p. 41, esta arenga. Llama la atención que el texto de Mo Ti no coincida con el de los *Anales*. Lo mismo observamos en otras citas suyas. Tal vez Mo Ti manejaba versiones diversas de los *Anales* y *Odas* o los citaba de memoria.

ojos y oídos, sino a promover el bien del mundo y erradicar sus males. Esta fue la *unión* o unitarismo del emperador Yü. La *unión* que dice y preconiza Mo Ti está también tomada del emperador Yü.

Pero no sólo la arenga de Yü se expresa así, también se encuentra semejante modo de hablar en el emperador T'ang [233] (1766-1753 a.C.). T'ang habló así [24]: "No soy yo, Lü, niño pequeño, quien se ha atrevido a presentarme con la víctima de un buey negro para informar al *Soberano del alto Cielo*". Luego dijo: "De la gran sequía actual debo responder yo, Lü. No sé si he ofendido a los de arriba o a los de abajo. Por más que no me he atrevido a silenciar, ocultándolas (ante el Cielo), las buenas obras de ninguno; tampoco a perdonar las malas, escritas como están en el corazón del Soberano (Dios). Recaigan sobre mi persona los pecados de los súbditos de los cuatros puntos cardinales. Pero los cometidos por mí mismo no recaigan sobre mis súbditos de los cuatro lados". Así habló T'ang. Era noble y eminente en la eminencia del "Hijo del Cielo", era rico con la posesión de todo el imperio. Con todo, no vaciló en ofrecerse como víctima y pronunció su ofrecimiento ante Dios (Shang Ti) y ante los espíritus de los difuntos. Esta fue la *unión o unitarismo* de T'ang. La *unión* (de amor) de que Mo Ti habla está también tomada de esta regla de conducta de T'ang.

No sólo se habla de esta suerte en la arenga de T'ang. También se habla de la misma manera en unos versos de la dinastía Chou [50] (1122 a.C.) [25].

---

[24] Véase en Couvreur, *op. cit.*, p. 110-112.

[25] Mo Ti cita aquí unos versos de la famosa "Gran Regla" *Hung Fan*. Esta pretende ser el resumen de la sabiduría política de la dinastía caída (segunda), trasmitida a la dinastía victoriosa Chou por el príncipe Chi [22], tío del inicuo emperador destronado. El victorioso Wu Wang [281] le sacó de la cárcel. El príncipe se negó a colaborar con los nuevos amos pero, a su petición, les escribió esta "Gran Regla" de buen gobierno. Cfr. Couvreur, *op. cit.*, p. 201.

Dicen los versos de la dinastía Chou:

Anchurosa es la vía (conducta) imperial.
No se ladea, no se tuerce, no forma partidos.
La vía imperial es igual, es llana.
No se ladea, no se tuerce, no forma partidos.
Recta como flecha disparada.
Lisa como muela de afilar.
El varón virtuoso la recorre.
El hombre ruín la mira.

Estas no son sólo palabras, son hechos. Antiguamente, Wen Wang [300] y Wu Wang [281] gobernaron con gran equidad. Engrandecieron a los varones mejores y castigaron a los malhechores y violentos sin dejarse influir por parentescos ni por cariños fraternales. Ambos practicaron la *unión*. Y la *unión* de que Mo Ti habla la ha tomado, como regla o norma de esta *unión* de amor, de Wen Wang y Wu Wang. Estos hombres, ignorantes del mundo en que viven, ¿por qué cuando oyen hablar de la *unión* la condenan y nunca acaban de hablar contra la *unión* de amor? ¿Será tal vez porque no favorece a la fidelidad al rey y es nociva a la piedad con los padres? Dice Mo Ti: Vamos, pues, a discutirlo, tomando como base la piedad filial. Yo no sé si un hijo piadoso querría que, también, los demás amaran e hicieran bien a los padres de él, o, al contrario, querría que los demás los aborrecieran y los maltrataran. Por lo que se dice y se suele ver, querrían que los amaran y les hicieran bien. Pero para lograrlo, ¿qué tengo que hacer yo primero? Si yo, antes, he amado y hecho bien a los padres de otros, estos me corresponderán amando y haciendo bien a los míos. O ¿acaso conseguiré mejor que otros me correspondan amando y haciendo bien a mis padres, aborreciendo y maltratando yo a los suyos? Ciertamente, los otros me corresponderán amando y haciendo bien a mis padres si, antes, yo he amado y hecho bien a los suyos. Según esto, no puede subsistir la piedad filial sin una reciprocidad de amor a los padres de otros. Los que no practican,

primero, la piedad filial con los padres de otros, pensarán que tal piedad es estúpida y que no se la puede tener por recta. Vamos pues a verlo en su origen histórico. La *Crónica* de los antiguos emperadores y la *oda* (256) de la sección "Grandes solemnidades" *(Ta ya)* [227] dice:

No hay palabra sin respuesta;
No hay acción sin recompensa.
Si me echas un melocotón, te daré una ciruela.

Según estos versos, quien ama es también amado y quien odia es también odiado. ¿Cuál es, pues, la razón por la que esos letrados, desconocedores del mundo, condenan la *unión* siempre que oyen hablar de ella? ¿Acaso es que la consideran tan difícil que no sea factible? Ha habido cosas costosas que, sin embargo, han sido realizadas. Antiguamente al rey Ling [159], del reino Ching [46] (Ch'u) (539-527 a.C.), gustaban las personas de cintura estrecha y, entre los funcionarios del estado, no habían quien se excediera en la comida. Llegaban a no poder levantarse sin apoyarse, ni andar sin arrimarse a las paredes. Cercenar la alimentación es cosa bien costosa, sin embargo, lo cercenaban sólo porque el rey Ling gustaba de ello. Pronto se pueden cambiar las maneras de ser de un pueblo. No es menester que pase la generación actual, basta la razón de conformarse al gusto de su soberano.

Antiguamente, el rey de Yüe [298], Kou Chien [137] (s. V a.C.), apreciaba mucho la valentía. Entrenó a sus soldados y ministros tres años en ella, y aún le parecía no ser bastante. Para probarlos, prendió fuego en el interior (de la ciudad,) tocó los tambores a arrebato y entró. Sus soldados se arrojaron tras él hasta la primera línea e innumerables de ellos murieron ahogados o quemados por no salir mientras no tocaron a retirarse. Se puede pensar que, también, los soldados de Yüeh eran sensibles al temor y que morir abrasados era costoso también para ellos, a pe-

sar de todo, lo hicieron por complacer a su rey. Pronto se puede cambiar a un pueblo, sin esperar que pase la generación presente. Basta la razón de conformarse al gusto de su soberano.

Antiguamente, el rey Wen [270], del reino Chin [38] (634-626 a.C.), gustaba de vestidos burdos. Durante su reinado, los funcionarios de su estado se vestían de telas gruesas y toscas y de pellizas ovinas y llevaban gorros hechos de tela gruesa de seda cocida y calzaban calzado también tosco. Así entraban a ver al rey y salían haciendo desprecio de la corte. Vestirse toscamente es costoso, pero se vestían así porque el rey Wen se complacía en ello. Pronto se puede cambiar a un pueblo sin que sea menester que pase la generación presente. Basta la razón de conformarse al gusto del monarca. Así, reducir la comida, quemarse en un incendio, vestirse toscamente son de las cosas más costosas del mundo, pero se realizan para complacer al soberano. Al pueblo se puede cambiar pronto sin necesidad de que pase la generación presente. ¿Por qué? Sólo para complacer al monarca. Ahora bien, amarse todos mutuamente, hacerse bien recíprocamente reporta bienes innumerables y es inmensamente más fácil que los casos que acabamos de relatar. Si a los superiores agradara y lo fomentaran con premios y alabanzas y lo impusieran con castigos, yo creo que los hombres se entregarían en el mundo al amor mutuo y a la recíproca beneficencia, incontenible mente, como el fuego sube arriba y el agua baja abajo. Así, pues, la *unión* es doctrina de los santos soberanos, es paz y tranquilidad para los reyes y señores feudales, es suficiencia de alimentos y vestidos para el pueblo. Así, los reyes no harán cosa mejor que considerar bien la *unión* y practicarla. Ella hará ciertamente que el rey se prodigue en hacer bien a su pueblo, que sus ministros sean fieles, que los padres sean amorosos, los hijos piadosos, los hermanos fraternales. Para un monarca, nada mejor que la bondad y beneficencia; para un ministro, la fidelidad; para

un hijo, la piedad; para un hermano, el cariño fraternal. Es del todo necesaria esta *unión*. Es vía o regla de conducta de los santos soberanos y beneficio inmenso para los pueblos.

LIBRO QUINTO

CAPITULO DIECISIETE

Condena de toda agresión armada. I

Si alguien entra en huerto ajeno y roba melocotones o ciruelas, todos cuantos se han enterado lo reprueban. Y, si el gobernantes es informado de ello, le castiga. ¿Por qué? Porque se ha beneficiado a sí, perjudicando al vecino. Si lo que ha robado ha sido un perro, un cerdo, una gallina o un lechoncito, su injusticia es mayor que la de haber entrado en el huerto y robado melocotones o ciruelas. ¿Por qué? Porque el mal causado al prójimo ha sido más cuantioso y mayor la falta contra la caridad y su delito más grave. Entrar en el establo de otro y llevarle un caballo, un buey, es mayor falta de caridad y justicia que la de haber robado un perro, un cerdo, una gallina o un lechoncito. ¿Cuál es la razón? El perjuicio causado es más cuantioso, la falta de caridad es más grave y el delito mayor. Al matar a un inocente, robarle sus vestidos y sus pieles, hurtarle su lanza y su espada comete una injusticia mayor que la de haber entrado en el establo un buey o un caballo. ¿Cuál es la razón? Porque el perjuicio causado al prójimo ha sido más grave. Cuanto el daño causado al prójimo es mayor, la falta de caridad con él es más grave y el delito mayor.

Los reyes que gobiernan en el mundo lo saben

esto y lo reprueban calificándolo de injusticia. Pero una cosa mucho mayor, el atacar a otro estado no lo reconocen por malo sino que lo alaban y lo juzgan justo. ¿Se puede llamar a esto saber distinguir la justicia de la injusticia? Asesinar a uno se califica de injusticia e, indefectiblemente, se castiga con la muerte. Según esto, matar a diez será crimen diez veces mayor y merecerá ser castigado con diez penas capitales. Asesinar a cien será injusticia cien veces más grave y merecerá cien penas capitales. Esto lo saben muy bien todos los reyes del mundo y lo condenan calificándolo de injusticia. Ahora bien, al tratarse de una injusticia mucho mayor, la de atacar a otro estado, no lo reconocen por malo, sino que lo elogian y lo juzgan acción justa. En verdad, ignoran ser una injusticia y escriben sus hazañas guerreras en memoria para las generaciones futuras. Si lo reconocieran por injusticia, ¿acaso hablarían de ellas y las escribirían para dejar memoria a las generaciones futuras? Supongamos que uno, al ver una cosa un tantico oscura la llama negra y si ve otra mucho más negra la llama blanca. Este hombre no distingue lo negro de lo blanco. Si gusta alguna cosa que tiene un poco de amargor, la llama amarga y si gusta otra mucha más amarga la llama dulce. Ciertamente éste no distingue el sabor amargo y el sabor dulce.

¿Se puede decir que sabe distinguir lo justo de lo injusto quién juzga por mala una cosa un poco mala y la condena, y otra inmensamente peor cual es atacar a otro estado, no sabe que es mala sino que la elogia calificándola de justa? De aquí vemos la gran confusión de los reyes del mundo en distinguir lo justo y lo injusto.

CAPITULO DIECIOCHO

Condena de toda agresión armada. II

Dice Mo Ti: Los reyes y señores feudales antiguos querían, verdaderamente, que en su gobierno los elogios decretados fueran bien constatados y las recompensas y los castigos, equitativos y que las sentencias decretadas no excedieran los crímenes cometidos. Dice, pues, Mo Ti que, antiguamente, había un dicho que decía: "Intentó y no lo logró. Así, por lo que le ha pasado, sabrá lo que le ha de venir. La evidencia manifestada le enseñará lo oculto desconocido". Quien, de esta manera, va tanteando, aprenderá. Pues bien, reclutar tropas no es conveniente en invierno por los grandes fríos, en verano por los grandes calores, en primavera por impedir las labores de roturar, sembrar y plantar, en otoño por impedir la recolección de la cosecha. En cualquiera de las estaciones, les impides sus tareas y expones a innumerables gentes del pueblo a morir de hambre y frío.

Numerosos los gastos inmensos que trae una guerra. Varas de bambú y plumas para fabricar flechas, tiendas de campaña, corazas, escudos grandes y pequeños, astas de lanzas que se llevan y no vuelven muchísimas por haber sido rotas o podridas. Añádanse alabardas, jabalinas, espadas, carros que se llevaron y muchísimos no volverán por haber sido rotos o estropeados. Bueyes y caballos que van bien cebados y volverán flacos y muchísimos no volverán por haber sido muertos. Además, las largas caminatas, falta de víveres que no llegan a tiempo. Gentes del pueblo que mueren innumerables. Vida de intranquilidad, comidas a destiempo, con irregularidad de harturas y hambres. Innumerable la gente que enferma y muere en los caminos, pérdidas innumerables sufridas por los batallones, innumerables batallones completamente aniquilados. Como consecuencia, innu-

merables manes de difuntos que quedan en la ultratumba sin el sostén de sus descendientes. Con solo promulgar un decreto, el estado ha arrebatado al pueblo de sus ocupaciones y ha destruído tan gran cantidad de riqueza del pueblo. ¿Para qué? Responden: Yo ambiciono la gloria de la victoria y las ganancias que ella me reportará. Mo Ti contesta: Si echas bien las cuentas, lo que conseguirás de la victoria no te servirá y, si haces el balance de lo que has de ganar y has de perder, verás que es más lo que pierdes. Atacas una ciudad de tres millas de murallas y de siete millas de antemuros. Si lograras su rendición sin haber hecho uso de las lanzas y sin perder un solo hombre, puede pasar. Si ha de ser a precio de las vidas de tus soldados, te va a costar, si muchas, varias decenas de millar de vidas, si pocas, te costará también varios miles para apoderarse de una ciudad de tres millas de murallas y de siete millas de antemuro. Entrarás victorioso en un estado que, en su conjunto, contaba de población algunas decenas de millares, mermado en varios miles que, vencidos, te abren las puertas. Se abre ante ti un inmenso territorio de decenas de millares de millas. Pero tierras es lo que tenías ya de sobra, y lo que te escaseaban eran hombres. Para conquistar una ciudad despoblada, has hecho morir a tus hombres y causado graves desdichas a inferiores y superiores. Esto es tirar aquello de que andabas escaso o falto para aumentar lo que te sobraba. Una tal política no era lo que necesitaba tu estado.

Los belicistas que quieren cohonestar o aureolar las guerras de agresión dicen: Vemos en el Sur los reyes de Ching [46] (Ch'u) y de Wu [273] y en el Norte los de Ch'i [25] y Chin [38]. A los comienzos del régimen feudal del imperio, sólo mandaban sobre un territorio de varios centenares de millas cuadradas con una población que no llegaba a contar centenas de millar. Por medio de guerras de agresión, han extendido su territorio hasta poseer una superficie de

varios miles de millas cuadradas y acrecentado su población a varios millones de súbditos. No se puede, pues, dicen, condenar las guerras de agresión. Mo Ti responde: aunque cuatro o cinco estados han sacado provecho de ellas, todavía hay que decir que no son buen camino o buen medio. Pongamos como ejemplo una medicina y los enfermos que ha curado. Hay un médico que, mezclando ingredientes, ha preparado una droga y la propina a los enfermos. La han tomado diez mil enfermos. Cuatro o cinco de ellos se han curado y ha sido para ellos provechosa. Todavía se debe decir que no es buena medicina que convenga dar a los enfermos. Un hijo piadoso no la dará a sus padres, ni un ministro fiel la daría a su rey. Los estados feudales que han perecido por esas guerras de agresión, han sido innumerables. De los que existieron en tiempo antiguos, lo han oído nuestros oídos; de otros recientes lo han visto nuestro ojos. ¿Cómo lo sabemos?

Al Este, existió el principado Lu [163]. Era un estado muy pequeño enclavado entre dos grandes estados. No sirvió sumisa y diligentemente a sus poderosos vecinos. A estos, no les vino ganas de favorecerle, y, así, por el Este, el reino de Yüeh [298] le cortó parte de su territorio para anexionarlo y, por el Oeste, los habitantes de Ch'i [25] anexionaron el resto y lo poseen. La desaparición del estado Lu por los estados Yüeh y Ch'i hay que cargarla a cuenta de la guerra de agresión. Al Sur, dos estados Ch'en [13] y Ts'ai [244] perecieron también en guerra con los reinos Wu [273] y Yüeh [298], también, por guerras de agresión. Al Norte, también por guerra de agresión, pereció Ch'ien pui chu ho [31] en guerra con los estados Yen [286] y Hu me [110]. Los reyes y señores feudales (de estos estados) hubieran querido ganar y no perderse, vivir tranquilos y seguros y no en peligro e inquietud. Por eso, estas guerras de agresión deben ser condenadas absolutamente. Los que las quieren glorificar dicen: Aquellos estados perecieron por no ser capaces

de dominar sus gentes y servirse de sus súbditos. Pero yo puedo dominar y servirme de mis gentes y emprender en el imperio estas guerras de agresión. Y ¿quién se atreverá a no someterseme? Mo Ti responde: Aunque Su Señoría sea capaz de dominar y servirse de sus gentes, ¿será Su Señoría más poderoso que Ho Lü [89], antiguo rey del reino Wu [273]? Este Ho Lü de Wu entrenó a sus tropas durante siete años. Después, vestidos de sus corazas y llevando sus armas, les hizo caminar trecientas millas en una jornada. Pernoctó en Chu lin [55], atravesó el desfiladero de Ming i [172] y dio la batalla de Pe Ch'ü [185]. Se apoderó del reino Ch'u [68], se reunió con los señores de Sung [221] y de Lu [163]. Entronizado su sucesor Fu Ch'a [78], éste avanzó en dirección al Norte y atacó el estado Ch'i [25]. Habiendo pernoctado en Wen Shang [272] dio la batalla en Ai lin [2] derrotando completamente al ejército de Ch'i. Acampó en la montaña T'ai shan [230]. Luego, avanzó al Este y atacó el reino Yüeh [298]. Pasó tres ríos y cinco lagos y acampó en Kuei chi [143]. De las nueve tribus de bárbaros, ninguna dejó de sometérsele. Luego se retiró. No siquiera pudo recompensar a los huérfanos los servicios prestados por sus padres, ni galardonar a sus huestes. Confió en su poder, quiso llevar a cabo grandes hazañas, exaltar su belicoso ánimo. Luego, aflojó en el entrenamiento de sus tropas y emprendió la construcción de la torre de Ku su [139], que no puedo terminar en siete años. Entonces, entró en el ejercito de Wu [273] la desunión y el cansancio y el rey de Yüeh [298] Kou Chien [137], viendo que, en el reino Wu, superiores e inferiores no se arreglaban entre sí, reunió sus huestes para tomar venganza. Entró por el Norte de la capital atravesando la fosa de agua en grandes barcas, rodeó el palacio real y el reino Wu desapareció [26].

[26] Cfr. la nota 3.

Antiguamente, en el reino de Chi [38] hubo seis generales. Uno de ellos, Chih Pe [34] ambicionaba hacerse muy poderoso. Confiado en la gran extensión de su territorio y el gran nímero de sus habitantes, quiso hacerse muy famoso rebelándose contra el señor feudal. En fulminante guerra de conquista, arengando a sus tropas ("a sus uñas y garras"), alineó sus carros y sus barcas para atacar al general Chung Hsin [62] y le hizo prisionero. Satisfecho con su victoria, atacó al general Tzu Fan [254] y le infligió una gran derrota. Reunió en uno los territorios de las tres casas. No se contentó con eso. Rodeó a Chao Hsiang Tzu [10] en Chin Yang [39]. Así las cosas, los señoríos de Han [86] y Wei [264] se reunieron y dijeron: Hay un antiguo refrán que dice: "Si caen los labios, se enfrían los dientes. Si Chao [9] sucumbe a la mañana, nosotros le seguiremos en la ruina por la tarde y si Chao sucumbe a la tarde, nosotros le seguiremos en la ruina a la mañana siguiente. El pez no tiene por qué inquietarse en sus aguas, pero en tierra, ¿a dónde podrá ir?" Los tres generales se pusieron de acuerdo y unieron sus fuerzas. Abrieron las puertas, interceptaron los caminos, pusieron en armas a sus huestes. Han y Wei le atacaron por fuera y Chao por dentro y le infligieron una gran derrota a Chih Pe. Dice Mo Ti que, antiguamente, había un dicho: "El hombre virtuoso se mira, no en el espejo del agua, sino en el espejo de otros hombres. Quien se mira en el agua ve su rostro, quien se mira en otros ve la buena o mala ventura que le espera". Quien, pues, piensa sacar grandes ganancias de las guerras de agresión, debe mirarse en Chih Pe y sabrá que, en vez de la fortuna, le visitará el infortunio.

CAPITULO DIECINUEVE

Condena de toda agresión armada. III

Dice Mo Ti: ¿Qué es hoy en el mundo lo que se tiene por bueno y se alaba? ¿Es bueno lo que, arriba, conviene o coincide con los intereses del Cielo; en medio, conviene con los intereses de los espíritus de los difuntos y, abajo, conviene con los intereses de los hombres? ¿Es esta conveniencia lo que le hace elogiable? O, al contrario, ¿es bueno lo que ni arriba coincide con los intereses del Cielo, ni en medio coincide con los intereses de los espíritus de los difuntos, ni abajo se ajusta a lo que es provechoso a los hombres? ¿Es esa inconveniencia lo que le hace elogiable? Aun el más ignorante o estúpido dirá, sin dudar, que bueno es aquello que arriba conviene al Cielo, en medio conviene a los difuntos y abajo conviene a los hombres y que esa conveniencia es la razón de que se le alabe como bueno. Hoy, en lo que todo el mundo está de acuerdo es en las reglas o estatutos de los santos emperadores. Pero, al mismo tiempo, los señores feudales del imperio o, los más de ellos, se empeñan en atacar y anexionarse otros estados. Esto es lo que se glorifica y se alaba como justo, sin examinar la verdad. Es como si un ciego, hablando con otros, llama de la misma manera a lo blanco y a lo negro por no poderlos distinguir. ¿Cómo se pueden distinguir, de esta manera, las cosas unas de otras? Los sabios antiguos, para fijar las reglas o cánones de conducta para el mundo, indefectiblemente, pensaban bien el fin que se quería lograr y después la acción o conducta que se debía seguir para lograrlo. Con esto, nunca vacilaban luego en su acción llegando pronto a realizar lo que deseaban. Para ellos, la norma de la sabiduría era la conformidad o conveniencia con el Cielo, con los espíritus de los difuntos y con los hombres. Así, los gobernantes virtuosos y caritativos de

la antigüedad se comunicaban los pareceres o doctrinas de los grandes estados para, de ese modo, unificar y armonizar todos el imperio y reunir a todos cuantos vivían en el continente rodeado por los cuatro mares. Inducían a los pueblos del mundo a que sirvieran con diligencia a Dios *(Shang Ti)*, a las montañas y ríos y a los espíritus de los difuntos y lograron ser favorecidos por ellos con muchos beneficios. Hicieron grandes méritos y el Cielo los recompensó; los difuntos les enriquecieron y los hombres les encomiaron. Así, fueron ennoblecidos con la dignidad de "Hijos del Cielo", ricos con la posesión del imperio y sus nombres, asociados al Cielo y a la Tierra, duran perennes hasta ahora sin marchitarse. Esta fue la conducta de los sabios. Por ella, lograron los emperadores pasados la posesión del imperio. Los reyes y magnates y los señores feudales de hoy no se conducen de este modo. Indefectiblemente, clasifican sus soldados, que son sus dientes y sus garras, ponen en formación los guerreros de sus carros y de sus naves de guerra, les fabrican corazas duras y armas afiladas para que vayan a atacar estados que no han cometido delito alguno. Atraviesan sus fronteras, cortan sus mieses, talan sus arboledas, derriban sus murallas y sus antemuros, ciegan sus canales, roban y matan sus ganados, queman y destruyen los monumentos o templos de sus antepasados, aprisionan y matan a los habitantes, exterminan a los ancianos y a los niños y se llevan sus vasos y sus tesoros. Los soldados acometen allí donde la lucha es más dura diciendo: "Lo más grande y glorioso es morir luchando; matar a muchos viene en segundo lugar. Quedar herido es lo último, y mucho peor huir rompiendo filas". Esto se castiga con la muerte sin remisión. Con esto, meten miedo a sus tropas. Ahora bien, anexionarse estados, aniquilar ejércitos, causar grandes daños y maltratar a las gentes, perturbar las instituciones de los santos, ¿acaso lo hacen para favorecer al Cielo? Servirse del pueblo de Dios ("Cielo") para atacar las ciudades de

Dios, asesinar al pueblo de Dios, destruir las sedes de los espíritus, derruir los altares de la Tierra y de Chi [91] (patrón de las mieses, "patria"), robar y matar las víctimas destinadas a los sacrificios no es medio para promover los intereses del Cielo. ¿Será beneficioso para los manes de los difuntos? Matar a hombres es exterminar a los que habían de ser sus patronos o sus sostenedores en su vida de ultratumba, destruir y arruinar (las instituciones) de los antiguos soberanos, causar daños y maltratar a las gentes y dispersar al pueblo no parece ajustarse bien con el provecho de los manes de los difuntos. Entonces, ¿será acaso, en bien de los hombres? Con matar a los hombres, no se les presta ningún gran favor. Si, además, contamos los grandes gastos que suponen esas guerras, veremos que ellas destruyen en su raíz la vida de los pueblos al consumir inmensas riquezas del pueblo. Esto, de ninguna manera, conviene con el bien o provecho de los hombres. Veamos las inconveniencias de la guerra para los mismos ejércitos. Jefes cobardes y soldados sin coraje, armas embotadas, entrenamiento deficiente, legiones poco numerosas, falta de habilidad y concordia en el mando, severidad sin firmeza, falta de tenacidad y constancia en los asedios y de rapidez en el combate, cohesión floja, voluntad débil, desconfianza entre los señores feudales aliados, que tienta al enemigo a aprovecharse de ella, para arruinarlos. Cuando se juntan y actúan todas estas circunstancias, el estado perderá sus hombres y el pueblo se verá obligado a cambiar de ocupación. Pues, sin fijarnos en los estados más belicosos ávidos de guerras de conquista, cualquier otro estado, si quiere poner en armas su ejército necesitará movilizar varios centenares de jefes, varios millares de soldados rasos además de varias decenas de millar del vulgo ordinario. Y su movilización durará, si mucho, varios años; si la campaña es rápida, varios meses. Durante todo este tiempo, los superiores no tendrán tiempo para sus audiencias y asuntos de gobierno, los admi-

nistradores no tendrán tiempo para cuidar de sus almacenes estatales, los labradores no tendrán tiempo para ocuparse en sus labrantíos, las mujeres no tendrán tiempo para sus hilados y telares. Así, el estado pierde sus hombres y el pueblo se ve obligado a cambiar de ocupación. Añádanse los carros que quedarán inutilizados y los caballos extenuados. De las tiendas de campaña de las tres legiones y de las corazas y armas preparadas para ellos, será mucha fortuna el que se recupere una quinta parte. Sin hablar de extraviarse el ejército, de largas y penosas marchas, de cortes de vituallas, de comidas y bebidas a destiempo. Esto en cuanto al mismo servicio militar. Añádanse aún innumerables gentes que han de morir de frío, de hambre, de enfermedades y cuyos cadáveres irán flotando en ríos y canales. Toda esta enumeración no es de beneficios que reportan los hombres, sino de grandes calamidades que sufre el mundo. Los reyes y los grandes magnates disfrutan en estas guerras. Disfrutan en causar grandes daños y arruinar a los pueblos del mundo. ¿No es absurdo? En la actualidad, los estados más belicosos son Ch'i [25], Chin [38], Ch'u [68] y Yüe [298]. Si estos cuatro reinos convinieran, podrían multiplicar por diez su población y, aun así, no podrían cubrir todo el territorio. Les sobra territorio y les faltan hombres y aún se atacan mutuamente para disputarse territorios. Pierden aquello de que escasean para acrecentar lo que les sobra.

Todavía, estos astutos y belicosos señores quieren cohonestar y aureolar su teoría y, atacando a Mo Ti, dicen: Si las guerras de agresión son injustas y cosas sin provecho para nadie, también antiguamente guerreó el emperador Yü [295] contra los jefes de los Miao [171] y el emperador T'ang [233] luchó contra el emperador Chieh [30], y Wu Wang [281] atacó al emperador Chou [51] y, a pesar de todo, a todos se les tiene por emperadores santos. ¿Cuál es, pues, la razón? Mo Ti responde: Su Merced no ha examinado

bien el porte de mis palabras ni entendido mis razones. Las guerras, que estos hicieron, no fueron guerras de agresión y conquista. Fueron guerras punitivas. Las tres tribus Miao andaban muy revueltas y el Cielo le ordenó castigarlas. Por las noches aparecían espectros, llovió sangre tres mañanas, nacieron dragones en los monumentos ancestrales, en las ciudades los perros aullaban lastimosamente, hubo inundaciones en el verano, la tierra se hendió y brotaron manantiales, las cinco suertes de cereales se transformaban, el pueblo temblaba de miedo. El difunto emperador Kao Yang [133] (2513-2435 a.C.) fue quien ordenó a Yü [295] (2205-2197 a.C.), en el palacio azul, que las castigara. Yü tomó en sus manos el jade en que estaba el decreto de ir a castigar a los jefes Miao. Cuatro espantosos truenos sembraron espanto y confusión. Apareció un espíritu con cara humana y cuerpo de ave trayendo un jade y se posó a su lado y tomó una flecha para disparar contra los jefes Miao. En las huestes de los Miao entró el desorden y quedaron muy reducidas. Yü venció a las tres tribus Miao. Dividió el territorio, jerarquizó a todos discriminando a superiores e inferiores y organizó el país de un cabo a otro sin desobedecer en nada a los esclarecidos espíritus. El mundo quedó en paz. Esta fue la campaña de Yü contra los Miao.

Llego el reinado del emperador Chieh [30] (1818-1766 a.C.) de la dinastía Hsia [95]. El Cielo mostró también su voluntad. El sol y la luna perdieron su ritmo regular, fríos y calores venían sin orden y concierto, los cereales se marchitaban agostados. Se oían lamentos de los manes de los difuntos en el estado. Durante más de diez noches se oyeron graznar a las grullas. El Cielo dio su mandato a T'ang [233] en el palacio Piao [197]: "Toma el gran mandato (de gobernar el imperio) de manos de la casa Hsia [95]. La conducta de la casa Hsia es muy desarreglada, yo retiro el mandato celeste que le había otorgado. Vete y castígale. Haré que, ciertamente, salgas victorioso".

T'ang, en efecto, se atrevió a ejecutar la orden recibida y condujo sus huestes a los dominios de Hsia. Dios *(Ti)* le ordenó que descendiera pronto a destruir las murallas de Hsia. Frecuentemente venía un espíritu a decirle: "La conducta de Hsia es muy desarreglada, vé y atácale. Yo haré que reportes una gran victoria y te daré el mandato celeste". El Cielo ordenó que aire caliente descendiera y prendiera en el ángulo noroeste del recinto amurallado. T'ang se conquistó las huestes de Chieh y, con ellas, venció a la casa Hsia. Logró que los señores feudales se le entregaran en su capital Pu [200]. El mandato, recibido del Cielo, se extendió a los cuatro puntos cardinales y no hubo en el mundo señor feudal que no se le sometiera. Esta fue la actuación de T'ang al castigar a Chieh.

Llegó el reinado del emperador Chou [51] (1154-1122 a.C.) de la dinastía Shang [202]. El Cielo no estaba contento con su conducta. Descuidaba el ofrecer los sacrificios a sus tiempos rituales. En diez días consecutivos, llovió tierra en la capital Pu [200]. Las nueve ollas (símbolos de las nueve provincias) se cambiaron de sitio. De noche, había apariciones de fantasmas femeninos y ser oían lamentos de manes de difuntos. Hubo mujeres que se transformaron en varones. El cielo llovió carne. En las carreteras del estado nacieron espinos. El emperador se desenfrenaba más y más en su licenciosa vida. Una ave encarnada, con un jade en su pico, posó sobre el templo de la familia Chou [50] en Ch'i [24]. El jade decía: "El Cielo manda a Chou Wen Wang [300] que castigue a Yin [289] y se posesione de su estado. T'ai Tien [231] se volvió del litoral marítimo (había huido del tirano Chou). Del Río Amarillo salió un diseño de color verde y de la tierra surgió un carro amarillo. Wu Wang [281] fue a ofrecer el sacrificio. En sueños, se le aparecieron tres espíritus que le dijeron: "Chou [51] de la casa Yin [289] vive sumergido en la crápula. Vete y atácale. Haremos que reportes una gran victoria". Wu Wang le atacó y derribó la casa Shang com-

pletamente. El Cielo donó a Wu Wang una bandera con dibujos de oropéndolas. El emperador, después de haber vencido a Yin y haberse constituido emperador, ofreció sacrificios separadamente a todos los espíritus y a los emperadores antecesores del vencido emperador Chou. Se relacionó con las tribus bárbaras de los cuatro puntos cardinales y no hubo ya en el mundo quien no se le sometiese. Continuó la misma línea que el emperador T'ang [233]. Esta fue la razón de atacar Wu Wang a Chou. Las guerras de estos santos soberanos no fueron guerras de agresión, sino punitivas. Los belicosos, que aman esas guerras de agresión, aún las cohonestan y hermosean su sentencia y condenan a Mo Ti. Dicen: Su Merced afirma que las guerras de agresión son injustas y para nadie resultan provechosas. Pues bien, antiguamente Hsiun Li [103], del estado Ch'u [68], fue quien recibió en feudo (de Wu Wang) la región Sui Shang [219] y el rey de Yüeh [298], I K'uei (?) [120], quien procedía de Yu Chü [292], fue quien fundó el reino Yüeh [298]. T'ang Shu [234] y Lü Shang [166] fundaron, a su vez, los estados Ch'i [25] y Chin [38]. Todos estos estados sólo tenían, en su comienzo, una extensión de cien millas cuadradas y hoy, con su política anexionista, domina cada uno de ellos la cuarta parte del imperio. ¿Cuál es, pues, la razón? Mo Ti responde: Su Merced no ha visto la fuerza de mi argumento y no ha entendido mis razones. Antiguamente, cuando los emperadores fundaron el régimen feudal, hubo más de diez mil estados feudales. Hoy, por razón de las anexiones, han perecido todos y sólo persisten cuatro estados. Esto es como si de diez mil que hubieran tomado una medicina sólo cuatro se hubieran curado. De tal medicina no se puede decir que es buena. Los reyes belicosos, que aman esas guerras de agresión, dicen para cohonestarlas y hermosearlas: No es que a mí me falten oro, piedras preciosas, hijos o hijas y territorios. Lo que yo ambiciono es hacerme fama de justo en el mundo para conquistarme a todos

los señores feudales con mi virtud. Mo Ti responde: Si hay hoy en el mundo quien pueda cobrar fama de justo y, con sus virtudes, conquistarse a los señores feudales del mundo puede esperar la realización de su deseo. Porque el mundo lleva mucho tiempo sufriendo esas guerras de agresión. El trato que está recibiendo se puede comparar al juego de muchachos que juegan a caballos. Si, pues, se pudiera instaurar entre todos una sólida confianza, los señores feudales de aquellos estados, que gozan ya de bienestar y paz, deplorarían la injusticia de los grandes estados y salvarían a los estados pequeños y débiles que fueron atacados por los estados poderosos. Y si un estado pequeño tuviera sus murallas y antemuros sin terminar o en mal estado, indefectiblemente, le ayudarían a completarlos o repararlos. Si los vieran andar escasos de tejidos o cereales, se los llevarían. Si anduvieran faltos de sedas, les proveerían. Si, de esta manera, el estado poderoso dijera al rey de un estado pequeño: Mientras veo a otros trabajados, yo gozo de ocio y paz. Así pues, le voy a dar mis armaduras y mis armas. A quien así socorre en los apuros y ayuda a restablecer la paz y seguridad, ciertamente, los pueblos se le entregarán de buena gana. El resultado será, ciertamente, más que el doble, si en vez de atacarle, le socorriera y ayudara a restablecer la paz en su estado. Si los señores feudales sacaran la cuenta de los gastos que tienen que hacer para ir a disputar en el campo de batalla sus vidas, verían que, de esta otra manera las ganancias serán indudablemente mayores. Si, pues, se mira rectamente, para cobrar fama de hombre justo hay que aplicarse a tratar con amplitud y generosidad a los propios súbditos, a infundir la confianza en sus propias legiones, y, con esto, capacitarse para ayudar a los ejércitos de otros señores feudales. De esta manera, no tendrán enemigos en el mundo y los beneficios serán incalculables para todos. Que los reyes y altos funcionarios no sepan servirse de estos grandes bienes es por ignorar lo que es

más urgente y necesario en el mundo. Por eso dice Mo Ti: Si hoy los reyes, altos magistrados, letrados y gobernantes quieren, sinceramente, en sus corazones buscar el bien y provecho del mundo y erradicar todos sus males, deben considerar que estas continuas guerras de agresión son la gran calamidad del mundo. Si pues desean, practicando el amor y la justicia, hacerse hombres de altas virtudes, y desean seguir las trazas de los santos emperadores y quieren promover el bien y prosperidad de los pueblos de China, deben adoptar la política de no agresión. Deben mirarlo bien.

LIBRO SEXTO

CAPITULO VEINTE

Morigerar gastos. I

Un santo gobernante duplica la riqueza de su estado. Y si gobierna, no un estado, sino todo el imperio, duplica la riqueza de todo el imperio. Lo duplica, no arrebatándola a otros, sino cercenando gastos inútiles. Sólo esto basta para multiplicar la riqueza. La manera de gobernar de los santos soberanos era dar órdenes de que, lo mismo en las obras que se emprendieran que en el empleo de la riqueza, nada se hiciera que no fuera provechoso. De esta manera no se malgastaba la riqueza, no se agravaba al pueblo y los beneficios obtenidos eran muchos.

¿Para qué se confeccionan vestidos y se preparan pieles? Para que, en invierno, protejan el cuerpo del frío y, en verano, del calor. Por lo tanto, la regla de su confección es: los de invierno deben abrigar y dar calor y los de verano, fresco. Se debe prohibir en su hechura toda rareza o extravagancia. ¿Para qué se construyen casas? Para defenderse, en invierno, de los vientos y de los fríos, y, en verano, de los calores y de las lluvias. Además, deben ser sólidas contra los ladrones. Se debe prohibir, en su construcción, toda rareza que no contribuya a esto. ¿Para qué son las corazas, los escudos y las cinco suertes de armas? Son para resistir los ataques de enemigos invasores y ban-

didos subversivos. Quien está bien provisto de armaduras, escudos y armas podrá defenderse victoriosamente y quien no los tiene no podrá defenderse. Esta fue la razón porque los santos fabricaron armaduras, escudos y las cinco suertes de armas. Prohibieron, en su fabricación, toda rareza o elegancia que no contribuyera a que fueran ligeras, afiladas y duras para que no se quebraran. ¿Para qué se fabrican carros y barcas? Los carros para viajar por tierra y las barcas para navegar por los ríos y, de esta manera, comunicarse sus riquezas las regiones de los cinco puntos cardinales. La regla, pues, de fabricación de carros y barcas es que se descarte de ellos toda rareza o elegancia que no contribuya a su ligereza y rendimiento. En la fabricación de todas estas cosas, nada se haga que no contribuya a su buen uso y rendimiento. Con esto, no se malgastan materiales, ni se grava al pueblo que los fabrica, y los beneficios resultantes son muchos. También prohibían a los altos personajes coleccionar, por capricho, perlas, piedras preciosas, pájaros, animales, perros y caballos. Para con su coste aumentar la producción de vestidos, habitaciones, armaduras, escudos y toda suerte de armas, además de carros y barcas. De este modo, no resultaba difícil multiplicar varias veces el número de estos objetos. ¿Cuál era, pues, la producción difícil de ser multiplicada? La de la población. Pero también hay modo de multiplicar la población. Antiguamente, los santos soberanos dieron una ley que decía: Un varón, cumplidos sus veinte años, no debe dejar de formar su hogar. Una joven, cumplidos sus quince años, debe ir a servir a un varón. Esta fue la ley dada por los santos emperadores. Los santos emperadores no dejaron este asunto al capricho del pueblo. Hay quienes quieren formar hogar muy temprano, otros a los veinte años y otros casarse tarde. Algunos no lo hacen hasta los cuarenta años. Los que querían temprano y los que deseaban tarde tuvieron que ceder, viniendo ambos a un término medio. Después, los santos soberanos

fijaron la ley de diez años. Si todos engendraban un hijo cada tres años podrían criarlo bien durante dos o tres años. El mandar que formaran pronto hogar era, pues, para lograr que se multiplicara la población.

Ahora, en cambio, los gobernantes del mundo, en su mayor parte, siguen la política de disminuir la población. Gravan con trabajos al pueblo, le exigen fuertes contribuciones. Sus bienes no le bastan al pueblo para vivir y son innumerables los que mueren de frío y hambre. Además, los grandes personajes no piensan más que en reclutar ejércitos para atacar a los estados vecinos. Con esto, si por largo tiempo durante todo un año, si más pronto durante varios meses, los hombres no pueden verse con sus mujeres. Esta es política de disminución de la población. A esto hay que añadir la intranquilidad en los hogares, las comidas y bebidas a destiempo más los innumerables que mueren de enfermedad, al prender fuego o al asaltar las murallas y en los combates campales. Esta política no es gobierno sino método de disminución de la población. Los números cantan. No era éste el gobierno de los santos. Los resultados de esos gobernantes, no santos, en su política de aumento de población, también cantan. Por eso dice Mo Ti: Excluir gastos inútiles es la vía o la doctrina de los santos soberanos y gran beneficio para el mundo.

CAPITULO VEINTIUNO

Morigerar gastos. II

Dice Mo Ti: La manera de gobernar de los antiguos preclaros emperadores y santos varones fue dirigir rectamente a los señores feudales a que amaran al pueblo, le trataran con solicitud y lealtad, fomentaran con gran esmero su bienestar. Su sinceridad y lealtad tenían que conjugarse y manifestarse en hacerle bien.

Y así toda la vida, sin hastiarse, sin cansarse hasta la muerte. Esta fue la manera de gobernar el mundo y dirigir a los señores feudales de los esclarecidos emperadores y santos varones de la antigüedad. Ellos establecieron reglas de moderación en los gastos. Ordenaron que todos los artesanos, carreros, curtidores, alfareros, ebanistas, cada uno en su arte, debían limitarse a lo que fuera utilidad para el pueblo. Cuanto añadiera gastos, sin acrecentar utilidad, era desechado por los santos emperadores. Al fijar el régimen de la alimentación, dieron esta regla: La comida suficiente para llenar el vacío, para mantener activa la respiración, fortalecer los miembros, agudizar el oído, conservar la vista clara y nada más. No había que extremarse en combinar los cinco sabores y en armonizar los olores, ni ir a países lejanos en busca de manjares delicados y cosas raras. ¿Cómo lo sabemos? Antiguamente, cuando gobernaba el mundo el emperador Yao [285], sus dominios, por el Sur, llegaban a Chiao Chih [28] (Indochina), al Norte limitaban con Yu tu [293], al Este y al Oeste se extendían hasta donde sale y se pone el sol. No había quien no se le hubiera sometido. A tanto llegaba su gran amor al pueblo, que en su mesa no se servían más que dos platos, uno de cocido de cereales y otros de carne y caldo. Se servía el cocido en vasijas de tierra cocida y se comía en tazas, también de tierra cocida. Se escanciaba el vino con un cazo. Los santos soberanos no ejecutaban el rito de inclinarse, erigirse y girar el cuerpo. La regla de confección de vestidos, establecida por los antiguos santos soberanos, decía: En invierno, vestidos color violeta ligeros y calientes y, en verano, de tela más o menos fina de leguminácea *ko* (frigolillos de India) ligeros y frescos. Y nada más. Los santos emperadores nada hacían que elevara el coste sin añadir utilidad alguna. Los santos enseñaron al pueblo a andar armados para defenderse contra las aves de rapiña, contra las bestias y contra malhechores. Ordenaron llevar espadas agudas que se pu-

dieran meter y cortar bien al golpear con ellas sin que se quebraran. Esta es la utilidad de la espada. La coraza hace de vestido. Debe, pues, ser ligera y expedita para que responda a todos los movimientos. Esta es la utilidad de la coraza. Los carros son para transportar lejos cargas pesadas. Deben, pues, ser seguros para montar y fáciles de arrastrarlos. Seguros, para no causar daño al viajero y ligeros, para llegar pronto. Esta es la utilidad de los carros. Los santos emperadores fabricaron barcas y remos para atravesar grandes ríos imposibles de ser vadeados. Lograda esta su finalidad, no se buscaba más en su construcción. Aun los más altos personajes, los tres ministros del emperador y los señores feudales, no cambiaban las barcas sino usaban las ordinarias. Ni los pontoneros las adornaban para ellos. Esta es la utilidad de las barcas. Los antiguos santos emperadores establecieron reglas para moderar gastos en los entierros. Decían: Se les amortajará con tres vestiduras suficientes para cubrir el cadáver en su corrupción. Un ataúd de planchas de madera de tres pulgadas de grosor bastaba para que el cadáver se pudriera. Cavar la fosa profunda sin llegar al agua. Esto basta para que el hedor de la descomposición no salga fuera. Basta esto. Acabado el entierro del muerto, los supervivientes no deberán prolongar por mucho tiempo el duelo.

Cuando comenzó la vida del hombre en la tierra, no tenían casas para vivir. Vivían en montañas y colinas en cuevas que cavaban para habitar. Los santos emperadores pensaron que, en invierno, se podían habitar las cuevas pero que, llegado el verano, la humedad del suelo evaporada podría ser nociva a la salud del pueblo y que estaría bien construir casas. ¿Cuál fue la regla dada para su construcción? Dice Mo Ti: Las paredes laterales suficientemente espesas para proteger contra los vientos y los fríos y el techo tal que les protegiera contra las nieves, escarchas, lluvias y rocíos. En su interior, debían ser limpias para celebrar en ellas los sacrificios. Los tabiques suficien-

tes para la debida separación de hombres y mujeres. Y nada más. Los santos emperadores nada añadían que aumentase su coste sin acrecentar utilidad.

CAPITULO VEINTICINCO [27]

Moderar gastos en los funerales

Dice Mo Ti: El amor *jen* es en el mundo la regla principal de conducta, como la piedad filial lo es para sus propios padres. Ahora bien, ¿cuál es la manera de observar la piedad filial? Respondo: Si los padres sufren pobreza, trabajar para enriquecerlos; si en la familia los miembros son pocos, hacer que su número aumente; si anda revuelta, pacificarla. Y todo esto hasta donde le lleguen sus fuerzas, sus riquezas y sus talentos, sin querer ahorrar fuerzas ni ocultar riquezas o recursos con que poder servir a sus padres. Aplicarse a estas tres cosas, de esta manera, es la virtud y regla del amor filial. Esta misma es la regla del amor respecto a todo el mundo. Es decir, si el mundo está pobre, trabajar para enriquecerlo; si su población es demasiado escasa, procurar acrecentarla; si andan revueltas las gentes, procurar restablecer el orden. Y todo esto hasta donde lleguen las fuerzas, las riquezas y los talentos, sin querer ahorrar fuerzas, ni ocultar riquezas o recursos con los que puede ayudar al mundo. Aplicarse, de esta manera, a estas cosas es la verdadera regla del amor al mundo. Después que murieron los santos soberanos hasta nuestros tiempos, el mundo perdió la noción de justicia. Los hombres virtuosos posteriores ponen el amor a los

[27] Se han perdido los capítulos veintidós, veintitrés y veinticuatro. El primero trataba el mismo tema que el capítulo veintiuno: "Moderar gastos" y los otros dos hablaban de moderar gastos en los entierros.

hombres, la justicia y el servicio piadoso filial unos en entierros suntuosos y prolijos duelos; otros, en cambio, opinan que no son esos suntuosos entierros y prolijos duelo la virtud del amor, ni de la justicia ni de la piedad filial. Las sentencias y la práctica de los letrados de ambos bandos son opuestas. Los partidarios de ambas sentencias dicen: Mis abuelos nos dijeron que su doctrina era la de los emperadores Yao [285], Shun [214], Yü [295], T'ang [233], Wen Wang [300] y Wu Wang [281]. Y, a pesar de eso, lo que unos y otros dicen y practican es completamente contrario y opuesto. La consecuencia es que los varones virtuosos vacilan entre ambas sentencias. Ya que sigue subsistiendo la duda de cuál de las dos sentencias conviene, probemos de llevar ambas a la práctica en el gobierno de las gentes del estado y ver los resultados. Saquemos la cuenta de los beneficios que se reportan en los tres capítulos susodichos (riqueza, población y orden) con los grandes entierros y los prolongados duelos. Si, poniendo en práctica su doctrina y su uso de grandes y suntuosos entierros y prolongados duelos, se puede, en realidad, enriquecer a los pobres, aumentar la población deficiente y restablecer el orden y seguridad en un estado revuelto e inseguro, tales entierros y duelos son virtud de amor, son justicia y son piedad filial. Y, mirando por el bienestar de todos, no se puede dejar de fomentar y alentar su práctica. El amor a los hombres *(jen)* es menester promoverlo en el mundo, implantarlo y hacer que los pueblos lo encomien mucho sin jamás repudiarlo. Pero si, al contrario, haciendo ley de esa doctrina y usando esos medios de grandes entierros y prolongados duelos, en realidad, no es posible ni enriquecer a los pobres, ni aumentar la deficiente población, ni restablecer el orden y seguridad en un estado inseguro y revuelto, tal práctica no es amor a los hombres, no es justicia, ni servicio de amor filial. Y, mirando por el bien de la humanidad, se debe absolutamente proscribirlo. El amor a los hombres se debe fomentar

en el mundo y no impedirlo ni destruirlo, ni hacer nunca que otros lo condenen. Desde los más remotors tiempos jamás ha sucedido en el mundo que el pueblo de un estado no se apacigüe y guarde orden si se ha fomentado el bienestar y se han erradicado de él los males. ¿Cómo lo sabemos? Hoy en el mundo muchos letrados y varones de virtud dudan si los suntuosos entierros y prolongados duelos son o no razonables, son provechosos o nocivos. Dice Mo Ti: Pues tratemos de averiguarlo. Según la regla que dan los que defienden los suntuosos entierros y prolongados duelos, para servir a la patria, a los soberanos y grandes magnates, hay que enterrar en ataúd doble y de varios pisos; la fosa debe ser profunda; las vestiduras con las que se les entierra, numerosas; los adornos y bordados, abundantes; el túmulo, muy grande. Si el muerto fue de condición ordinaria y humilde, tendrán que arruinar la hacienda familiar. Si fue un señor feudal, vaciarán el erario y los almacenes del estado. Además, el cadáver tiene que llevar objetos de oro, jades, perlas, lazos, correas, carros y caballos que hay que introducir en la fosa. Es menester, también, que las tiendas o casas que se entierran sean numerosas, como, también, las ollas, los tambores, mesitas, palos, tarros, bañeras, lanzas, espadas, plumas, pendones de colas de buey, marfiles y cueros que el difunto tiene que llevar consigo al sepulcro, suficientes para que quede completamente satisfecho. Para comitiva y corte de ultratumba, dicen que, si se trata de un emperador tienen que ser inmoladas, si muchas, varios centenares de personas y, si pocas, varias decenas. Si se trata de un general o de un gran prefecto se inmolaban, si muchas, varias decenas de personas, si pocas, unas cuantas personas. ¿Cuáles eran las reglas de los funerales? Se le debía llorar con ininterrumpidos sollozos, vestidos de tela burda de saco, derramar lágrimas apoyados a la cabaña en que vivirán durante el duelo; dormir sobre la paja con un terrón por almohada; aguantar el hambre sin comer

días arreo y el frío vestido con poca ropa, con el rostro triste y macilento, amoratada la cara, los ojos y oídos embotados y sin luz, brazos y piernas debilitados sin fuerza para nada. Dicen, también, que un letrado, de categoría superior, debe observar el duelo con tanto rigor que no pueda levantarse si no es arrimándose y quede imposibilitado de caminar si no es apoyándose en un bastón. Y así durante tres años. Si son monarcas y altos dignatarios los que guardan el duelo, según esa regla y según ellos dicen, ciertamente no podrán acudir temprano a las audiencias y a los cinco departamentos del gobierno y a los seis almacenes o depósitos estatales ni abrir nuevas fuentes de riqueza forestal y de pastizales ni llenar los graneros públicos. Si es un labrador quien debe observar esa regla, ciertamente, no podrá salir temprano a sus tareas y volver de noche a casa, roturar, sembrar y plantar. Si los que deben observar esa regla son artesanos, ciertamente, no podrán construir barcas, carros, vasijas. Si son las mujeres las que deben guardar esas observancias, ciertamente, no podrán levantarse antes de amanecer y acostarse ya anochecido para hilar y tejer. Si, pues, se echan bien las cuentas, esos suntuosos entierros son para sepultar riquezas y los prolongados duelos son para impedir el trabajo de producción de nueva riqueza. Tomar las riquezas ya logradas antes y enterrarlas e impedir, por mucho tiempo, la producción de nuevas riquezas y pretender enriquecerse, de este modo, es lo mismo que impedir labrar las tierras para recoger una buena cosecha. Quiero decir que no son manera de enriquecer y que no se puede exigir a los ricos su observancia. ¿Acaso se podrá exigir al vulgo? Tal como dicen, tampoco es posible. Queda, pues, en claro que los entierros suntuosos y los duelos prolongados no son buena manera de gobernar. Si muere el rey, hay que guardar duelo por él tres años. Si muere el padre o la madre, también tres años; lo mismo a la muerte de la esposa o del hijo heredero. En estos cinco casos, el duelo debe

ser de tres años. A la muerte de un tío paterno, de un hermano o de un primo, el duelo se debe prolongar hasta cinco meses. Varios meses por las tías maternas o por los sobrinos por parte de madre. Hay que guardar tal régimen que se logre que el rostro quede macilento, la tez amoratada, los ojos y oídos medio atrofiados por la debilidad, los miembros tan debilitados que no se pueda valerse de ellos. También dicen que un letrado de alta calidad guarda tan rigurosamente el duelo que necesita arrimarse para poder ponerse de pie y apoyarse en un bastón para poder caminar y esto durante tres años. Si es esa, como dicen, la regla y la guardan, como dicen, y si el ayuno y el hambre deben ser tales, el pueblo no podrá resistir los grandes fríos del invierno, ni los grandes calores del verano, y, necesariamente, los que enfermen y mueran tiene que ser innumerables. Con esto, se malogran también las uniones de los varones con sus mujeres. Y pretender, por ese medio, aumentar la población es lo mismo que arrojarse contra la punta de una espada para lograr longevidad. No es esa la manera de acrecentar la población. ¿Será medio para administrar la justicia en los tribunales o para despachar los asuntos de gobierno? En su sentencia no será posible ni uno ni otro. Entonces, con esa política de entierros suntuosos y prolongados duelos, ineludiblemente, el estado tiene que empobrecerse, la población, necesariamente, tiene que decrecer, la administración de justicia y el gobierno han de perturbarse inevitablemente. Si tal es la regla como dicen, y se debe observarla tal cual dicen, los superiores no podrán acudir a sus audiencias, ni despachar los asuntos de gobierno. Los inferiores no podrán dedicarse a sus tareas. Y si los superiores descuidan sus audiencias y asuntos de gobierno, cundirá, ciertamente, el desorden. Y si los súbditos abandonan sus tareas, ciertamente, habrá carencia de alimentos y vestidos. Si se da carencia de alimentos y vestidos, el hermano menor los pedirá a su hermano mayor. Al no obtenerlos,

se quejará de él; el hijo los pedirá a sus padres y, al no obtenerlos, el hijo, poco piadoso, se quejará de sus padres; el ministro los pedirá a su rey y, al no obtenerlos, el ministro, poco leal, se revolverá contra el rey sembrando el desorden. De esta manera, un pueblo pervertido y viciado, sin vestidos para salir de casa y sin comida en casa, irá acumulando en sus corazones bochorno e indignación y se entregará a la criminalidad y violencia sin que haya modo de reprimirlo. Con esto, se multiplicarán los bandidos y malhechores y escasearán quienes puedan restablecer el orden. Pues, el pretender orden y paz multiplicando bandidos y malhechores y reduciendo el número de los que puedan imponer el orden es lo mismo que mandar a uno que gire tres vueltas su cuerpo sin darle la espalda. Imponer el orden, de esta manera, se ha de decir que es imposible. Si, pues, es imposible la administración de la justicia y el gobierno, ¿se podrá impedir, de esa manera, que los grandes estados ataquen a los pequeños? En la sentencia de ellos tampoco será posible. Y por eso, en tiempos antiguos, desaparecidos los santos emperadores, el mundo perdió la virtud de la justicia y los señores feudales emprendieron la política de la fuerza. Al Sur fueron los dos reinos Wu [273] y Yüeh [298] y al Norte los dos de Ch'i [25] y Chin [38]. Los cuatro afilaron las armas de sus huestes y emprendieron en el mundo la política de atacar y anexionarse otros estados. La manera de desaconsejar a los grandes estados el ataque a estados pequeños es que estos tengan sus almacenes bien provistos y que superiores e inferiores vivan en buena armonía. Con eso, no se despertará en los grandes estados la ambición y no atacarán. Si no se han acumulado provisiones, no se han construido o reparado las murallas, si superiores e inferiores no viven en buena armonía, a los grandes estados les tentará la ambición y atacarán. Si los gobernantes no son contrarios a esos suntuosos entierros y prolongados duelos, el estado estará necesariamente empobre-

cido, la población será necesariamente escasa, la administración de la justicia y del gobierno andará, necesariamente, revuelta. El estado, empobrecido, no acumulará provisiones. Si la población es poco numerosa, también serán poco numerosas y pobres sus fortificaciones de murallas, antemuros y fosas. Si el estado anda revuelto y sale a guerrear, no triunfará. Si es atacado no podrá resistir. En esta situación, no será posible a un estado pequeño impedir que un gran estado le ataque.

¿Acaso se querrá, con eso, recabar las bendiciones de Dios *(Shang Ti)* y de los espíritus de los difuntos? En la sentencia de ellos tampoco es posible. Pues que un estado gobernado por una política que no sea contraria a esos suntuosos entierros y prolongados duelos, necesariamente, será pobre y su población será, necesariamente, escasa; la administración de la justicia y del gobierno andará, necesariamente, revuelta. Siendo pobre, sus ofrendas de cereales, sus licores y sus mostos no serán puros. Si es escasa la población, los servidores de Dios *(Shang Ti)* y de los espíritus de los difuntos serán también pocos. Si el estado anda revuelto, los sacrificios no serán ofrecidos a sus tiempos rituales. Si se usa esa política, que impide el servicio a Dios *(Shang Ti)* y a los espíritus de los difuntos, *Shang Ti* y los difuntos comenzarán a decir allá arriba: Yo tengo a estos hombres como si no fueran míos. Dirán más: Yo tengo a estos hombres como si no fueran míos, no son mis elegidos. Con eso, *Shang Ti* y los espíritus de los difuntos harán descender castigos y calamidades sobre ellos y los abandonarán. ¿Cómo no va a suceder eso? Por eso, los santos emperadores antiguos reglamentaron los entierros. Dijeron: Un ataúd de tablas de tres pulgadas de grosor es suficiente para que se corrompa el cadáver; tres juegos de vestidos son suficientes para cubrir la fealdad. Cavar la fosa, sin llegar al agua, y sin que la hediondez pueda salir fuera. El túmulo cubra una superficie igual a tres surcos de arado. Y

nada más. Una vez enterrado el muerto, los supervivientes no deben llorarle por mucho tiempo, sino volver a ocuparse pronto de sus tareas y hacer cuanto puedan para ser de provecho recíproco. Esta fue la reglamentación de los santos emperadores. Todavía, los partidarios de los entierros suntuosos y de los duelos prolongados dicen que, aunque tales entierros y duelos no son para enriquecer a los pobres, acrecentar la población, ni dar paz y orden a un estado revuelto, con todo, son estatutos y doctrina de los santos emperadores. Mo Ti les responde que no hay tal cosa. El antiguo emperador Yao [285] instruyó en el Norte a los Ti [239] (bárbaros) sobre la doctrina de la muerte. Y fue enterrado en la ladera septentrional del monte Ch'iung [306] amortajado con tres juegos de vestidos en ataúd de tablas de morera arrollado con cuerdas de la leguminácea *ko* (frijolillos de India). Se lloró una vez, descendido el ataúd a la fosa. Se cubrió la fosa pero sin levantar túmulo sobre ella. Terminado el enterramiento, se engancharon a los carros los caballos y bueyes para volverse. El emperador Shun [214] instruyó sobre la muerte a las siete tribus jung [124] del Oeste y fue sepultado en la villa Nan I [177] amortajado con tres vestidos, en ataúd de tablas de morera arrolladas con cuerdas de *ko*. Terminado el entierro, los habitantes de la villa engancharon sus carros. El emperador Yü [295] instruyó a las nueve tribus bárbaras I [116] del Este sobre la reglamentación de la muerte y fue enterrado en la montaña de Kuei Chi [143] amortajado con tres vestidos, en ataúd de tablas de *paulownia* de tres pulgadas arrollado con cuerdas de *ko* retorcidas pero sin unirlas; juntas, sin dejar intersticios. La fosa profunda, sin llegar al agua, y de modo que el hedor no pudiera salir fuera. Enterrado, se le cubrió con la tierra sobrante de modo que el túmulo cubriera la superficie de tres surcos de arado. Esto y nada más.

Según vemos aquí, los entierros suntuosos y duelos prolongados no son regla o práctica de los santos

emperadores. Estos tres emperadores fueron nobles con la nobleza de "Hijos del Cielo", ricos con la posesión del imperio. ¿Cómo, pues, habían de dar esta regla de enterramiento por temor a quedarse empobrecidos?

Los soberanos y altos dignatarios de hoy entierran de muy diversa manera: El ataúd exterior ha de ser, a todo trance, muy grande, y dentro otro ataúd interior. Han de estar bien atados con tres vueltas de correas de cuero repujado. Los jades deben ser completos. Las lanzas, espadas, ollas, tambores, jarros, bañeras, lazos de seda blanca bordados y correas de cuero repujado, innumerables (diez mil), carros, caballos, mujeres de placer. Todo muy completo. No pueden faltar galerías de tierra bien apelmazada de acceso al túmulo. Este ha de elevarse como una montaña. Todo esto supone que el pueblo tiene que interrumpir sus tareas y despilfarrar riquezas inmensas. Todo para una cosa tan inútil. Por eso, dice Mo Ti: Ya lo he dicho antes. Si siguiendo esta regla, usando de esos medios, las cuentas dan que, con esos entierros suntuosos y esos duelos prolongados, se pueden enriquecer los pobres, acrecentar la población deficitaria, dar a un estado revuelto y en gran peligro orden y tranquilidad, entonces son amor a los hombres, son de justicia y piedad con sus padres y no se puede dejar de recomendarlos mucho mirando al bien y prosperidad de los hombres. Pero si, por el contrario, tomando como norma esa doctrina y usando esos medios de suntuosos entierros y prolongados duelos, no se puede, en realidad, hacer que enriquezcan los pobres, incremente la población escasa, se asegure el orden y tranquilidad en un estado intranquilo y revuelto, entonces, tales práctica no son amor al prójimo, no son justas, no son piedad para con los padres y, mirando por el bien de la humanidad, no se pueden menos de impedir.

Queriendo, pues, enriquecer al estado, se logra todo lo contrario, empobrecerlo; queriendo aumentar

su población, se logra todo lo contrario, disminuirla; queriendo restablecer el orden y hacer justicia, se logra el desorden; queriendo impedir que los grandes estados ataquen a los pequeños, no es posible impedirlo; queriendo recabar las bendiciones de *Shang Ti* y de los espíritus de los difuntos, se logra que sobrevengan calamidades. Si la comparamos con la doctrina o práctica de los emperadores Yao [285], Shun [214], Yü [295], T'ang [233], Wen Wang [300] y Wu Wang [281], es exactamente opuesta y si la comparamos con la de (los tiranos) Chieh [30], Chou [51], Yu [291] y Li [257], la hallamos coincidente. Según esto, esos suntuosos entierros y prolongados duelos no son doctrina ni conducta de los santos emperadores.

Los partidarios de los suntuosos entierros y prolongados duelos dicen: Aunque los suntuosos entierros y prolongados duelos, en realidad, no son institución de los santos emperadores, se puede afirmar que los reyes de China los usaron y los usan. Mo Ti responde: Eso es seguir la costumbre y dar por justo todo cuanto el mundo hace. Antiguamente, al Este del reino Yüeh [298], existió el país de Hai Mo [85]. Sus habitantes, al nacerles el primer hijo, lo descuartizaban y se lo comían. Decían que así convenía a sus futuros hermanos menores. Cuando se les moría el abuelo, cogían a la abuela y la echaban fuera. Daban por razón que no se podía convivir con la viuda de un difunto. He aquí dos prácticas que sus superiores las consideraban rectas y los inferiores las observaban por ser costumbre sin abandonarlas. ¿Acaso vamos a decir por eso que son caritativas y justas? Esto es sencillamente seguir la costumbre y tener por justo lo que hace el mundo. Al Sur del estado Ch'u [68], existe el país de T'an jen [232]. Sus habitantes, al morir sus padres, descarnaban el cadáver, arrojaban las carnes y sepultaban sus huesos. Creían cumplir, de esta manera, con la piedad filial. Al Oeste del estado Ch'in [301], existe el país I Ch'ü [119]. Sus habitantes, al morir sus padres, recogían leña y los quema-

ban. Creían que, con el humo de la hoguera, remontaban a las alturas. Creían haber cumplido, de ese modo, con la piedad filial. Sus superiores lo tenían por recto y bueno y los inferiores lo hacían por costumbre. ¿Cómo vamos a decir que tales prácticas sean caritativas y justas? Son sencillamente seguir la costumbre y dar por justo lo que todo el mundo hace. Lo practicado por estos tres estados se ve que es demasiado poco y pobre y lo que en China practicaban los reyes demasiado suntuoso. Lo de unos excesivo y lo de otros escaso y pobre. Tiene, pues, que haber una medida justa. Porque si en el comer y vestir, que son acciones beneficiosas para la vida, hay, con todo, una medida que no se debe pasar, ¿cómo no va a haber medida en los entierros que son en beneficio de la muerte? ¿Cómo sólo aquí no hay una medida?

Así pues, Mo Ti establece como regla para los entierros la siguiente: Ataúd de tablas de tres pulgadas de grosor, sugiente para los huesos; tres juegos de vestidos, sugientes para la descomposición de las carnes. Cavar la fosa profunda, sin llegar al terreno húmedo, y sin que, por arriba, pueda salir fuera la fetidez. El túmulo suficiente para cubrir la sepultura. Y nada más. Llorar a la ida y a la vuelta. Vueltos a casa, recomenzar las tareas de producción de vestidos y comida. Luego ofrecer a sus debidos tiempos los sacrificios que la piedad filial exige. Digo, pues, que la regla establecida por Mo Ti no deja de tener en cuenta el bien de todos, del muerto y de los vivos. Dice, pues, Mo Ti: Si los letrados y señores de hoy quieren en sus corazones el amor a los hombres y la justicia y pretenden llegar a ser varones eminentes y, por una parte, conformarse a los estatutos de los santos emperadores y, por otra, promover el bienestar del pueblo chino, deben adoptar la política de moderación en los entierros. Es cosa que deben pensarlo.

LIBRO SEPTIMO

CAPITULO VEINTISEIS

La voluntad del Cielo. I

Dice Mo Ti: Hoy los letrados y los señores del mundo son muy entendidos en cosas de poca monta e ignorantes en cosas de la mayor importancia. ¿Cómo lo sabemos? Uno que viva en su familia o en su clan sabe que debe evitar ofender al jefe de la familia y a sus vecinos. Sabe que se debe tratar con respeto y cuidado a los padres, hermanos y conocidos. Y todos dicen que es menesters poner en esto mucha advertencia y mucho cuidado. ¿Qué puede hacer quien, viviendo en la familia, ha ofendido al jefe de ella? Y no sólo quien vive en la familia, lo mismo se diga de quien vive en un reino. Quien, viviendo en un reino, ha ofendido al rey puede, en rigor, huir a otro reino vecino; pero, en cuanto al respeto y cuidado en el trato de los padres, hermanos y conocidos, todos dicen que es menester poner gran diligencia y mucho cuidado. Quien, viviendo en un reino, haya ofendido al rey, tiene, todavía, el recurso de huir a otro estado; y con todo, debe tener tan gran cuidado y advertencia, ¿cuánto más cuidado y advertencia debe tener quien no tiene a dónde huir? Hay un dicho que dice: Quien, a la luz del sol, ha ofendido o cometido un crimen, ¿cómo podrá huir? No tiene modo de huir. Pero al Cielo ni los bosques, ni los barrancos profundos, ni los desiertos inhabitados

pueden impedir que vea todo muy segura y claramente. A pesar de todo, los letrados y señores del mundo ignoran, desidiosamente, que deben respetarle con gran cuidado. De aquí deduzco yo que los letrados y señores del mundo conocen bien las cosas de poca monta e ignoran las de gran importancia.

¿Y el Cielo qué es lo que quiere y qué lo que aborrece? El Cielo ama la justicia y aborrece la injusticia. Así, si conduzco o enseño a las gentes del mundo a obrar la justicia, hago lo que el Cielo quiere. Y si yo hago lo que el Cielo quiere, el Cielo hará también lo que yo quiero. ¿Y qué es lo que yo quiero y lo que yo aborrezco? Yo amo la felicidad y aborrezco la desgracia y la desdicha. Si yo no hago la voluntad del Cielo y hago lo que el Cielo aborrece, entonces, conduzco a las gentes del mundo a la desdicha. ¿Y cómo sé yo que el Cielo ama la justicia y aborrece la injusticia? Respondo: En el mundo, con la justicia florece la vida y con la injusticia viene la muerte. Con la justicia, prospera la riqueza y con la injusticia la pobreza. Con la justicia, hay orden y paz, con la injusticia reina el desorden. Pero el Cielo ama la vida y aborrece la muerte, ama la riqueza y aborrece la pobreza, ama el orden y aborrece el desorden. De aquí deduzco que el Cielo quiere la justicia y aborrece la injusticia. Digo, pues, que la justicia es rectitud. Si la rectitud no procede de los de abajo a los de arriba, es menester que proceda de los de arriba a los de abajo. Los del vulgo la deben obrar con todo ahínco y no tener por recto aquello a lo que sus gustos e inclinaciones les llevan. Y, si son letrados los que se ponen a rectificar (gobernar), deben esforzarse a obrarla y no tener por recto aquello a lo que sus gustos e inclinaciones los llevan. Si son los generales y los grandes prefectos los que se ponen a rectificar, deben, también con todas sus fuerzas, obrarla y no tener por recto aquello a los que sus gustos o inclinaciones los llevan. Y si son los tres ministros del emperador y los señores feudales los que se ponen a rectificar, deben,

con todas sus fuerzas, aplicarse a oír en sus tribunales y a poner orden y no tener por recto aquello a lo que sus gustos o inclinaciones los llevan. Y si el propio emperador es quien se pone a rectificar, tampoco él puede tener por recto aquello a lo que sus gustos o inclinaciones le llevan. Es el Cielo quien rectifica (=gobierna). Cuando el emperador rectifica (=gobierna) a sus tres ministros, a los señores feudales, a los letrados y al pueblo ordinario, los letrados y señores del mundo saben muy bien que es el Cielo quien rectifica (=gobierna), por medio del emperador. Pero el pueblo no lo sabe tan claramente. Por eso, en los antiguos tiempos los santos emperadores de las tres dinastías Yü [295], T'ang [233], Wen Wang [300] y Wu Wang [281] quisieron declarar claramente a todos los pueblos del mundo que era el Cielo quien rectificaba (=gobernaba) en la persona del emperador. Y por eso, ninguno de ellos dejó de ofrecer a Dios *(Shang Ti)* y a los espíritus de los difuntos víctimas de ganado vacuno y ovino, cerdos, perros, lechoncitos y ofrendas de cereales puros, licores y mostos y de pedir ser bendecidos por el Cielo. Jamás he oído yo decir que nadie en el mundo haya implorado la felicidad al emperador. De aquí, deduzco yo que quien gobierna en la persona del emperador es el Cielo. Por esto, el emperador es, inmensamente, la persona más noble y rica del mundo. Y, en su eminencia y en su riqueza, debe ajustarse, sin nunca desviarse, a la voluntad del Cielo. Y quienes se conforman a la voluntad del Cielo se unen y se aman todos mutuamente y se hacen bien los unos a los otros. Estos, indefectiblemente, serán premiados. Los que se oponen y contrarían la voluntad del Cielo, se desunen y se odian mutuamente haciéndose daño unos a otros. Estos, ciertamente, serán castigados. Por lo tanto, quien se conforma a la voluntad del Cielo será galardonado y quien a ella se opone será castigado. Dice mo Ti: Antiguamente, los emperadores santos de las tres dinastías Yü [295], T'ang [233], Wen Wang

[300] y Wu Wang [281] se conformaron a la voluntad del Cielo y fueron galardonados. Y los tiranos de las tres dinastías Chieh [30], Chou [51], Yu [291] y Li [157] contrariaron la voluntad del Cielo y fueron castigados. ¿Por qué Yü, T'ang, Wen Wang y Wu Wang fueron galardonados? Mo Ti responde: Se aplicaron a venerar, arriba, al Cielo, en medio, a servir a los espíritus de los difuntos, y, abajo, a amar a los hombres. El Cielo expresa su voluntad y dice: Estos aman a quienes yo amo y hacen beneficios a los que beneficio. Estos, a los que aman a otros, han engrandecido y, a los que hacen beneficios a otros, han enriquecido. Les ennobleceré con la dignidad de "Hijos del Cielo", les enriqueceré con la posesión de todo el imperio y haré que sus hijos y nietos, de todas las edades, bendigan su bondad y que sus alabanzas se propaguen a todo el imperio. Hasta el día de hoy se les da el glorioso calificativo de *santos emperadores*. Y Chieh, Chou, Yu y Li, ¿por qué fueron castigados? Mo Ti dice: En el desempeño de su cargo, arriba, deshonraron al Cielo, en medio, deshonraron a los espíritus de los difuntos y, abajo, maltrataron e hicieron daño a los hombres. Así, la voluntad del Cielo dice: Estos han apartado de sí y odiado a quienes yo amo; han causado daños a quienes yo hacía beneficios. Estos a los que odian a los hombres los han engrandecido; a los que han empobrecido y humillado a otros los han enriquecido. Haré que no lleguen a vivir hasta edad avanzada y que desde su generación hasta la de hoy se les designe con el calificativo de *tiranos*. ¿Cómo sabemos que el Cielo ama al pueblo del mundo? En que a todos conoce claramente. ¿Cómo sé yo que a todos conoce? En que a todos los tiene por suyos. ¿Cómo sé yo que a todos los tiene por suyos? En que a todos alimenta. ¿Cómo sabemos que a todos alimenta? En el continente rodeado por los cuatro mares, de todas las gentes que se alimentan de granos, nadie deja de sacrificar a Dios *(Shang Ti)* y a los espíritus de los difuntos ganado vacuno y ovi-

no, cerdos, perros, lechones y de ofrecerles cereales puros, licores y mostos. El Cielo tiene también su ciudad y su pueblo, ¿Cómo no los va a amar? Solemos decir: A quien mata a un inocente, ciertamente, le vendrá la desgracia. Y ¿quién es el que ha matado al inocente? Es un hombre. Y ¿quién es el que le envía la desgracia? Es el Cielo. Caso de que el Cielo no amara a los pueblos del mundo, ¿por qué iba a enviar la desdicha a los hombres que se asesinan unos a otros? Por esto sé yo que el Cielo ama a los pueblos del mundo. Gobierno que se conforma a la voluntad de Dios es gobierno justo; gobierno que va contra la voluntad del Cielo es gobierno de violencia. ¿Cómo es justo un gobierno? Mo Ti responde: Siendo un estado grande y poderoso, no ataca a estados pequeños; siendo una familia muy poderosa, no usurpa a otra más débil. El poderoso no roba o explota al débil; el noble no desdeña y desprecia al humilde; el listo o astuto no engaña al simple e ignorante. Este tal resulta, ciertamente, provechoso, arriba, para el Cielo, en medio, para los espíritus de los difuntos y, abajo, para los hombres. Siendo provechoso para estos tres, a nadie deja de ser provechoso. Y todo el mundo le da el glorioso apelativo de *santo emperador*.

El gobierno de violencia es diferente. Su doctrina y sus hechos son diferentes y opuestos. Van en dirección contraria. El estado poderoso ataca al pequeño y débil; la casa poderosa usurpa a la débil; el fuerte roba al débil; el noble desdeña y desprecia al humilde; el listo y astuto engaña al simple e ignorante. Este tal en nada aprovecha, arriba, al Cielo, en medio, a los espíritus de los difuntos y, abajo, a los hombres. Y, no siendo de provecho alguno para estos tres, no lo es para nadie. Por eso, todo el mundo le llama con el ignominioso calificativo de *tirano*.

Dice Mo Ti: Para mí, la voluntad del Cielo es lo que para el fabricante de ruedas es el compás y para el artesano es la escuadra. El fabricante de ruedas y

el artesano toman su compás y su escuadra para trazar círculos y cuadrados. A lo que coincide con ellos le llama bueno, a lo que no coincide malo.

Hoy en el mundo existen tantos libros de letrados y de varones virtuosos que no es posible transportarlos en un carro, y hablan de tantas cosas que es imposible numerarlas. Hablan de los señores feudales, de los diversos letrados. Pero en lo que dicen del amor a los hombres y de la justicia existe entre ellos una gran distancia. ¿Cómo lo sé? Lo deduzco tomando la regla y norma clara del mundo.

CAPITULO VEINTISIETE

La voluntad del Cielo. II

Dice Mo Ti: Los señores del mundo, que hoy desen obrar según la virtud *jen* (amor al hombre) y según justicia, no pueden dejar de inquirir el origen de la justicia. He dicho que no pueden dejar de inquirir el origen de la justicia. ¿De dónde, pues, nace la justicia? Mo Ti responde: Su origen no puede ser ni la ignorancia ni la bajeza. Ciertamente, nace de la nobleza y de la sabiduría. ¿Cómo sé yo que la justicia no puede nacer de la ignorancia y bajeza sino que, ciertamente, tiene que proceder de la nobleza y de la sabiduría? Respondo: La justicia es el buen gobierno. ¿Cómo se yo que la justicia es buen gobierno? Respondo: Cuando reina la justicia, hay orden y cuando falta, reina el desorden. De aquí sabemos que la justicia es buen gobierno. Los ignorantes y bajos de condición no son capaces de gobernar a los eminentes y sabios. Quien es eminente y sabio está, en cambio, capacitado para gobernar a los ignorante y bajos. Por eso, sé yo que la justicia no procede de la ignorancia y de la bajeza sino que, ciertamente, nace de la eminencia y de la sabiduría. ¿Pero, quién es eminente y

quién es sabio? Respondo: El Cielo es eminente, el Cielo es sabio y nadie más. Por lo tanto, la justicia, realmente, es del Cielo de donde procede. Hay gentes del mundo que dicen: Que el emperador sea más eminente y noble que los señores feudales y que éstos superen en eminencia a los grandes prefectos lo entiendo claramente. Pero que el Cielo sea más eminente y sabio que el emperador no lo entiendo aún. Mo Ti responde: Hay una prueba de que el Cielo es más eminente y más sabio que el emperador. La expongo: Si el emperador obra bien, el Cielo puede galardonarle. Si el emperador obra tiránicamente, el Cielo puede castigarle. Si el emperador enferma o le sobreviene alguna desgracia, indefectiblemente, guarda abstinencia, se purifica tomando un baño, purifica licores y mostos y cereales para ofrecerlos al Cielo y a los difuntos. Y el Cielo puede librarle de su desgracia. Y nunca se ha sabido que el Cielo haya implorado su felicidad del emperador. De aquí sé yo que el Cielo es más eminente, noble y sabio que el emperador. No sólo por esto. También por los documentos escritos de los anteriores emperadores. Enseñando la sabiduría de la ley insondable del Cielo dicen: "Solo el Cielo es sabio y clarividente, viene a gobernar, como señor, esta tierra de abajo". Según estas palabras, el Cielo es más eminente y sabio que el emperador. No sabemos que haya otro más eminente y sabio que el Cielo. Digo: El Cielo es eminente, el Cielo es sabio y ningún otro más que él. Por lo tanto, la justicia, en realidad, es del Cielo de donde procede. Por eso dice Mo Ti: Los señores del mundo, si quieren, en verdad, conformarse a la verdad y hacer bien al pueblo, no pueden dejar de inquirir con mucha diligencia el fundamento del *jen* (amor al hombre) y de la justicia, la voluntad del Cielo. Pues ya que la voluntad del Cielo no se puede dejar de inquirir con el mayor cuidado, en definitiva, ¿qué es lo que el Cielo quiere y qué lo que detesta y aborrece? Mo Ti responde: La voluntad del Cielo es que los estados gran-

des no ataquen a los pequeños, que las gamilias grandes no perturben a las pequeñas, que los poderosos no maltraten a los débiles, que los astutos nada tramen contra los simples e ignorantes, que los nobles no desdeñen y desprecien a los humildes. Esto es lo que el Cielo quiere. No sólo esto. Quiere que quien tiene fuerza la emplee al servicio de otros; quien posee ciencia la enseñe a otros; quien tiene riquezas las distribuya con otros. Quiere también que los superiores se esfuercen en oír en los tribunales y en asegurar el orden y que los inferiores se apliquen a sus propias tareas. Si los superiores se esfuerzan en oír en los tribunales y en asegurar el orden, el estado gozará de orden y paz. Si los inferiores se aplican a sus tareas, habrá suficientes riquezas para el consumo de todos. Si el estado goza de orden y paz, habrá riqueza suficiente. Con esto, dentro del estado, habrá cereales para hacer licores y mostos y grano para las ofrendas al Cielo y a los difuntos y, para fuera, tendrá el Estado bastantes jades, piedras preciosas y perlas que puedan llevar los embajadores para obsequiar a los estados vecinos. Y, de esta manera, no surgirán ni disgustos con los señores feudales, ni conflictos entre las guarniciones fronterizas. Si, al interior del país, hay comida para el hambriento y descanso para el fatigado y todo el pueblo está bien alimentado, entre el rey y sus ministros habrá favor arriba y fidelidad abajo; entre padres e hijos y entre hermanos habrá amor en unos y cariño filial y fraternal en otros.

Así pues, solamente conociendo la voluntad del Cielo y conformándose y obedeciendo a ella y propagándola por todo el mundo, se lograrán los frutos siguientes: justa administración de la justicia y buen gobierno, armonía y paz en todo el pueblo, el estado rico y próspero, abundancia de bienes de consumo, el pueblo bien alimentado y bien abrigado, paz sin inquietudes. Por eso dice Mo Ti: Si los reyes o rectores del mundo quieren en su corazón andar el verdadero camino y fomentar el bienestar de sus pueblos,

no pueden menos de considerar que el fundamento o raíz del *jen* (amor a los hombres) y de la justicia es la voluntad del Cielo. Para un emperador, todo el imperio es lo que para un señor feudal es todo su feudo. Pues ¿cómo va a querer un rey o un señor feudal que dentro de su territorio sus súbditos y sus ministros se maltraten y se hagan daño mutuamente? Si un estado grande o una familia poderosa pretende ser galardonado y elogiado por haber atacado a un estado pequeño o trastornado una familia pequeña y débil, no lo han de conseguir. Al contrario, les vendrá el castigo. Pues el Cielo, respecto a todo el mundo, no se conducirá de manera diversa. Y si un estado grande ataca a uno pequeño y si una gran ciudad ataca a otra pequeña para, de esta manera, recabar las bendiciones del Cielo, no solo no logrará bendiciones sino que le vendrán castigos y desdichas. Y quien no obra lo que el Cielo quiere, sino que obra lo contrario, lo que no quiere, entonces tampoco el Cielo hará lo que él quiere sino que hará lo que él no quiere. ¿Y qué es lo que el hombre no quiere? Son enfermedades, calamidades, desdichas. Pues quien no hace lo que el Cielo quiere y hace lo que no quiere, lleva a las gentes del mundo a las calamidades y desdichas. Por eso, los santos emperadores de la antigüedad, conociendo perfectamente qué era lo que atraía las bendiciones del Cielo y de los difuntos, evitaban todo lo que el Cielo y los difuntos aborrecen para, de esa manera, procurar el provecho y bienestar del mundo y erradicar todos sus males. Pues que es el Cielo quien produce los fríos y los calores, quien modera las cuatro estaciones, quien combina el *Yin* y el *Yang* (oscuridad y luz), las lluvias y los rocíos, quien hace que, a su tiempo, maduren los cereales y propaga las seis especies de animales domésticos, impide las enfermedades, perjuicios, plagas, pestes, carestías y hambres. Por eso, dice Mo Ti: Los señores que hoy gobiernan el mundo, si, en realidad, desean seguir el camino recto y promover el bienestar del pueblo, no

pueden dejar de considerar con mucha diligencia que el fundamento y raíz del *jen* (amor a los hombres) y de la justicia es la voluntad del Cielo. ¿Qué hay, pues, en el mundo contrario al amor a los hombres y nefasto? Respondo: El que el hijo no sirva a su padre, que el hermano menor no sirva al mayor, que el ministro no sirva a su rey. También los reyes del mundo llaman a esto negasto. Pues bien, el Cielo ama a todo el mundo y a todos colma de sus beneficios. Nada hay, aunque sea tan pequeño como la punta de un pelo, que no haya sido hecho por el Cielo. ¿Cómo, pues, se puede negar que el pueblo esté recibiendo beneficios de él? Pues, por no corresponder a sus beneficios y por no advertir que tal conducta es contraria al amor a los hombres y nefasta, es por lo que yo digo que los reyes son entendidos en cosas muy menudas e ignorantes de las muy grandes. Las pruebas que tengo yo para afirmar que el Cielo ama mucho al pueblo son: El nos ilumina rigiendo el curso del sol, de la luna y de las estrellas. Hace que se sucedan las cuatro estaciones: primavera y otoño, invierno y verano, y con ellas, regula el tiempo, de modo que truene, caiga la nieve y las escarchas, las lluvias y los rocíos. Con eso, hace que crezcan y se propaguen las cinco suertes de granos comestibles, el cáñamo y la seda para que el pueblo obtenga las riquezas y bienes. Ha ordenado montañas, ríos, barrancos y valles y distribuido y depositado en ellos toda suerte de riquezas. Para gobernar e inspeccionar si el pueblo obra o no bien, ha instituido emperadores, duques, marqueses y condes y, por su medio, galardona a los buenos y castiga a los malhechores. Proporciona metales, árboles, aves, animales para que se pueda trabajar en el cultivo de las cinco suertes de cereales, del cáñamo y de la seda para vestido y alimentación del pueblo. Desde los más remotos tiempos, nunca han faltado estas cosas.

Supongamos que un hombre ha amado mucho a su hijo, se ha esforzado en procurar su bien. Este

hijo, llegado a mayor de edad, no ha correspondido al amor de su padre. Todos los hombres de virtud del mundo dirán que es un desdichado que no tiene amor. Pues el Cielo ama a todo el mundo y a todos los seres colma de sus bienes. Y nada hay que sea tan menudo como la punta de un pelo que no haya sido hecho por él. ¿Y todavía se podrá decir que el pueblo no ha recibido beneficios de él? Pues, por no corresponder a estos beneficios y por ignorar que esta conducta es falta de virtud (amor) muy funesta, es por lo que he dicho que los señores del mundo son muy entendidos en cosas muy menudas e ignorantes de las cosas de la mayor importancia. No sólo por estas cosas sabemos que el Cielo ama mucho al pueblo. Digo yo: Al que ha matado a un inocente, el Cielo le envía la desgracia. ¿Quién es el inocente asesinado? Se responde que es un hombre. ¿Y quién es el que envía al asesino la desgracia? Contestarán que es el Cielo. Si el Cielo no ama mucho al pueblo, ¿cómo se explica que un hombre mate a un inocente y el Cielo le envíe la desgracia al asesino? Por aquí me consta que el Cielo ama mucho al pueblo. Pero no sólo por esto. Digo yo: Tenemos pruebas de que quienes han amado a los hombres, les han hecho bien y se han conformado a la voluntad del Cielo han sido galardonados por el Cielo. Y, al contrario, tenemos también pruebas de que a los que han aborrecido a los hombres, les han causado daños y han contrariado la voluntad del Cielo, el Cielo los ha castigado. ¿Y quiénes han sido lo que, por haber amado a los hombres, por haberles hecho bien y por haberse conformado a la voluntad del Cielo, han sido premiados por el Cielo? Respondo: Son, por ejemplo, los santos emperadores de las tres dinastías Yao [285], Shun [214], Yü [295], T'ang [233] Wen Wang [300] y Wu Wang [281]. ¿A qué se aplicaron estos emperadores? Respondo: Se aplicaron a *unir* y no a *dividir*. Quien *une*, estando al frente de un gran estado, no ataca a un estado pequeño; siendo jefe de una gran familia o clan, no trastor-

na a otras familias pequeñas o débiles; siendo poderoso, no roba al débil; siendo muchos en número, no maltratan a los que son pocos; siendo listo y astuto, nada trama contra los sencillos e ignorantes; siendo noble, no desdeña y desprecia a los humildes. Si te fijas en sus obras, verás que son buenas, arriba para el Cielo, en medio para los difuntos, y abajo para los hombres. Y, siendo buenas y beneficiosas para estos tres sujetos, para todos son buenas. A un tal se le llama *Virtud celeste*. La fama y buen nombre del mundo se ha concentrado en su persona. De él se dice que es bondadoso, caritativo y justo, que ama a los demás, que les hace favores y beneficios, que se conforma a la voluntad del Cielo y que es bendecido y premiado por el Cielo. No sólo esto. Su gloria, escrita en latas de bambú y en telas de seda, esculpida en bronces y lápidas, grabada en platos y vasos, se transmite y se perpetúa por generaciones de hijos y nietos. Si se pregunta para qué, se responde que para que se sepa que el que ama a los hombres, les hace favores y beneficios y se conforma a la voluntad del Cielo, será bien premiado por el Cielo.

Dice la oda Huang i [113] [28]:

Dios (Ti) *habló a Wen Wang* [300].
Me complazco en tus preclaras virtudes.
Nunca levantes la voz para imponerte.
No pretendas vencer a Hsia [95] *para cambiarlo todo.*
No te empeñes en conocer todo por ti mismo.
Sigue dócilmente las leyes de Dios (Ti).

Dios *(Ti)* le bendijo por haberse conformado a su ley y le otorgó todo el imperio de Yin [289], le hizo noble con la dignidad de "Hijo del Cielo" y rico con la posesión de todo el mundo. Su fama no se ha extinguido hasta el día de hoy. De aquí constatamos que quien ama a los hombres, les hace bien y se conforma

[28] Es la oda 241 coleccionada en la parte tercera llamada Ta ya [227] (Grandes solemnidades). Canta las glorias de la dinastía tercera Chou [50] (1122-255 a.C.).

a la voluntad del Cielo recibe la recompensa del Cielo. ¿ Y quiénes fueron los que, por odiar a los hombres, causarles daños y no conformarse a la voluntad del Cielo fueron castigados? Respondo: Fueron, por ejemplo, los tiranos antiguos de las tres dinastías Chieh [30], Chou [51], Yu [291], Li [157] [29]. ¿Qué es, pues, lo que hicieron estos emperadores? En vez de *unir* (los corazones), los *dividieron*. Quien divide, si es señor de un gran estado, ataca a los estados pequeños; si es jefe de una gran familia o clan, trastorna y revuelve las familias pequeñas; si es poderoso, roba a los débiles; si son muchos en número, oprimen a los que son pocos; si son listos o astutos traman contra los simples o ignorantes; si son nobles desdeñan y desprecian a los humildes. Si se mira su comportamiento, se ve que estos hombres no son de ningún provecho ni, arriba, al Cielo, ni en medio, a los difuntos, ni, abajo, a los hombres, No siendo de provecho para ninguno de estos tres sujetos, no lo son para nadie. Son malvados ante el Cielo. En sus personas se concentra toda la ignominia del mundo. Se dice de ellos: No eran buenos y no amaron, no eran justos, odiaban y hacían mal a los hombres, contrariaban la voluntad del Cielo y recibieron el castigo del Cielo. No sólo esto. Sus malas obras, escritas en latas de bambú y en telas de seda, esculpidas en bronces y lápidas, grabadas en platos y vasos, se han transmitido a sus hijos y nietos por generaciones. ¿Para qué se han transmitido? Para que se sepa que quién odia a los hombres, les causa males y se opone a la voluntad del Cielo, recibe el castigo del Cielo. El Gran Juramento [30] dice (del tirano Chou): "No quiere servir a Dios *(Shang Ti)*, ha abandonado a sus predecesores difuntos y no les ofrece sacrificios. Y yo tengo ya el mandato (del Cielo). El no se contiene en su ignomi-

---

[29] Cfr. las notas 4 y 12.

[30] De Wu Wang [281] (1122 a.C.). Cfr. Couvreur, *Les Annales de la Chine*, p. IV, p. 174.

niosa conducta. El Cielo ha abandonado a Chou [51] y ya no cuenta con su protección".

Según se ve aquí, la razón de que el Cielo abandonó a Chou y dejara de protegerle fue que contrariaba la voluntad del Cielo. De aquí nos consta que odiar a los hombres, hacerles mal y oponerse a la voluntad del Cielo es castigado por el Cielo. Dice, pues, Mo Ti que la conducta del Cielo con el hombre es igual que la del carrero con el compás y la del artesano con la escuadra. Un carrero coge su compás para verificar si los círculos son redondos o no. Dice: Si coincide con mi compás es redondo, si no coincide no es redondo. De esta manera, puede saber cuáles son perfectos y cuáles no. ¿Por qué así? Porque la regla de la circunferencia es muy clara. Los artesanos cogen, también, su escuadra para constatar la cuadratura de los cuadrados. Dicen, si coincide con mi escuadra, será cuadrado perfecto, si no coincide, no lo será. De esta manera, pueden saber lo que es cuadrado perfecto y lo que no es. ¿Por qué? Porque la regla del cuadrado es muy clara.

Mo Ti tiene la voluntad del Cielo como regla para medir, arriba, la administración judicial y gubernamental de los emperadores y señores feudales, abajo, para medir los escritos, las palabras de todas las gentes. Si veo que su comportamiento se conforma a la voluntad del Cielo, tendré sus ideas por buenas. Si se oponen a la voluntad del Cielo, las tendré por malas. Si veo que sus palabras y discursos se conforman a la voluntad del Cielo, los tendré por buenos y si se oponen a la voluntad del Cielo, los tendré por malos. Si veo que la administración de la justicia y del gobierno se conforma a la voluntad del Cielo, la tendré por buena y si veo que se opone a la voluntad del Cielo, diré que es mala. Establecida esta regla, fijada esta norma, se constata si los monarcas, señores feudales, ministros y grandes prefectos son o no buenos y caritativos con la misma claridad con que se distingue el color blanco del color negro. Dice, pues, Mo Ti:

Hoy, los monarcas, señores magnates, letrados y personas virtuosas si quieren, en verdad, seguir el camino de la virtud y procurar el bien del pueblo, no pueden dejar de considerar que la raíz y fundamento del amor y de la justicia es la voluntad del Cielo y conformarse a ella. Conformarse a la voluntad del Cielo es la regla de la justicia.

CAPITULO TREINTA Y UNO [31]

Dèclaración sobre los manes de los difuntos

Dice Mo Ti: Después que murieron los santos emperadores de las tres dinastías, el mundo perdió la justicia y los señores feudales inauguraron el gobierno de la fuerza y violencia. Y en los hombres que hoy viven no hay, entre el soberano y sus ministros, entre superiores e inferiores, ni benevolencia arriba, ni fidelidad abajo. Entre padres e hijos y entre hermanos, no hay ni amor en los primeros, ni piedad filial y cariño fraternal en los segundos. No hay probidad en los superiores. Estos no se esfuerzan en hacer justicia y mantener el orden. Los de condición humilde tampoco se esfuerzan en sus tareas. El pueblo se entrega al vicio, a la violencia, al robo, al desorden, al bandidaje. Con armas, con venenos, con fuego y agua atacan a la gente inocente en los caminos. Roban carros, caballos, vestidos, pellizas para enriquecerse. ¿De dónde ha nacido todo este desorden que reina en el mundo? Ha nacido de la duda de la existencia de los

[31] Saltamos tres números. Omitimos la traducción del capítulo veintiocho. Sus ideas son repetición de las de los dos capítulos anteriores: veintiséis y veintisiete. Sólo añade al fin del capítulo un párrafo sobre la injusticia de la guerra, desarrollado también en otro capítulo, el diecisiete. Faltan dos capítulos perdidos. Son el primero y segundo del tema: "Declaración sobre los manes de los difuntos".

manes de los difuntos. Ignoran si los difuntos pueden o no pueden premiar a los buenos y castigar a los malvados. Si todas las gentes del mundo creyeran que los difuntos tienen poder para premiar a los buenos y castigar a los malvados, ¿cómo habría tanto desorden en el mundo? Los que sostienen que los difuntos no existen lo están enseñando en el mundo de la mañana a la noche. Siembran la duda en las muchedumbres y hacen que las gentes vacilen en si existen o no existen los manes de los difuntos. De aquí procede este desorden que reina en el mundo. Por eso dice Mo Ti: Si los soberanos, señores feudales, grandes prefectos, letrados y varones de virtud quieren, verdaderamente, promover el bien del mundo y erradicar de él todos los males, no pueden dejar de examinar, claramente, este punto de si existen o no existen los manes de los difuntos. Si, pues, es preciso inquirir su existencia, ¿cómo podemos dilucidarla? Mo Ti contesta: Debemos tomar como norma la misma de que nos valemos siempre para inquirir si una cosa existe o no: la experiencia o el conocimiento que los sentidos de la vista y del oído de las gentes nos proporcionan. En realidad, si uno los ha oído o los ha visto, está cierto de su existencia. Quien, en cambio, ni los ha oído, ni los ha visto, estará cierto de que no existen. Entonces ¿por qué no comprobarlo metiéndonos en un pueblo o en una aldea y preguntando a sus habitantes? Desde que existen hombres hasta nuestros días, siempre han sido vistos y oídos los espíritus de los difuntos. ¿Cómo se puede afirmar que no existen? Si no se les hubiera visto y oído, ¿cómo se hubiera dicho que existen? Los que sostienen no existir los manes de los difuntos replican: Si son incontables los que los han visto y oído, ¿quién hubiera dudado su existencia? Mo Ti responde: Son muchos los que, a un mismo tiempo, los han visto y los han oído. Por ejemplo a Tu Pe [248]. El emperador Hsüan Wang [105], de la dinastía Chou [50] (827-781 a.C.), mató a su ministro Tu Pe, siendo éste inocente. Tu Pe había dicho: Mi

soberano me mata siendo yo inocente. Si los muertos no conservan su inteligencia se acabó; pero si la conservan, antes de tres años, lo sabrá mi soberano. El tercer año, Hsüan Wang cazaba con los señores feudales en Pu (Honan). Eran centenares los carros de los cazadores y millares de hombres de la comitiva cubrían el campo. En pleno día, Tu Pe aparece montado en carro blanco tirado por caballos blancos. Sus vestidos y su gorro eran de color rojo. Con un arco rojo y una flecha también roja, persiguió al emperador Hsüan y le flechó sobre su carro. Le atravesó el corazón y le fracturó la espina dorsal. Cayó de bruces sobre el estuche de su arco y expiró. De los hombres de la casa Chou, que formaban su comitiva, no hubo quien no lo viera y de aquellos que no estuvieron allí con él, no hubo quien no lo oyera. Está escrito en la *Crónica* Ch'un Ch'iu [69] de la casa Chou para que los monarcas enseñen a sus ministros y los padres adviertan a sus hijos diciendo: ¡Cuidado! ¡Atención¡ A quien mata a un inocente le castigarán los espíritus de los difuntos con algunas desgracia que sobrevendrá pronto como aquí vino. Como el documento escrito dice, hay quienes los han visto, ¿por qué, pues, dudar de ello? Y no es este el único documento. Antiguamente Mu [175], señor del principado Cheng [14] (626-604 a.C.), estaba en pleno día en el templo de sus antepasados. Un espíritu entró por la puerta y se fue al lado izquierdo. Su cuerpo era de ave; su vestido, blanco con bordes negros y su rostro, cuadrado. El señor Mu, al verlo, huyó despavorido. El espíritu le dijo que no tuviera miedo. Dios *(Ti)* se complace en tus brillantes virtudes y te otorga vivir edad avanzada de noventa años, prosperidad para tu estado, hijos y nietos numerosos y que el estado Cheng no perezca [32]. El señor Mu le saludó repetidas veces inclinando hasta el suelo la cabeza y le preguntó su

[32] Los comentaristas sospechan que se trata, no de Mu de Cheng, sino de Ch'in [301].

nombre. Yo soy Chü Mang [71], le contestó [33]. El señor Mu de Cheng, personalmente, vio su figura, ¿cómo, pues, se puede dudar de la existencia de los espíritus de los difuntos?

No sólo este documento habla de esta manera. Antiguamente, Chien [32], señor feudal del estado Yen [286] (503-491 a.C.), mató a su ministro Chuang Tzu I [59] siendo éste inocente. Chuang Tzu I dijo: Mi soberano me mata siendo yo inocente. Si los difuntos carecen de inteligencia, se acabó. Pero si la tiene, antes de tres años lo sabrá mi soberano. Al año, los habitantes de Yen iban en romería a Tsu [243]. Tsu es en Yen lo que en Ch'i [25] es She Chi [206] (Patrón de la Tierra y de las mieses) y en Sung [221] es Sang lin [201] [34] (Bosque de moreras) y en Ch'u [68] es Yün Mong [299]. Allí se reunían hombres y mujeres para ver la fiesta. En pleno día, cuando Chien, señor de Yen, iba camino de Tsu, Chuang Tsu I le dio un golpe con un bastón rojo. Murió en su carro. Todos los habitantes de Yen, que iban detrás de él, lo vieron. Y de los que estaban lejos de aquel lugar, no hubo quien no lo oyera. Consta en la *Crónica* de Yen. Los señores feudales lo divulgaron diciendo: Quien mata a un inocente recibirá de los espíritus de los difuntos alguna desgracia tan pronto como en este caso. Según este documento, existen los espíritus de los difuntos. ¿Cómo se puede dudar?

No sólo consta por este documento. Antiguamente, el señor de Sung [221] Wen Pao [271] (609-587 a.C.) tenía un ministro llamado Ku Kuan Ku [140].

---

[33] Mo Ti tiene a este Chü Mang como a un difunto. Luego, se le ha hecho espíritu de los vegetales, tal vez por la significación de sus dos caracteres. Uno significa *torcido* y el otro es *espiga*. Dato interesante para la historia de las religiones.

[34] Los comentaristas dicen que San lin era el monte donde el emperador T'ang (1766-1753 a.C.) oraba para implorar lluvia. Es también nombre de una pieza musical tal vez del mismo emperador. La nobleza del estado Sung descendía de la casa imperial de esta dinastía.

Estaba ofreciendo sacrificios a los difuntos. El espíritu se posesionó del orador de los sacrificios y tomando un palo le dijo: Kuan Ku, ¿por qué la ofrenda de los jades no llena la medida ritual? Los licores y mostos y los granos de las casijas ¿por qué no son puros? Las víctimas ofrecidas, ¿por qué no están bien cebadas? ¿Por qué no se ofrecen a su debido tiempo las ofrendas de primavera, otoño, invierno y verano? ¿Es por tu culpa o por la de Pao? Kuan Ku respondió: Pao es aún tierno niño en pañales, ¿qué sabe él de todo eso? Es su ministro Kuan Ku quien se encarga de ofrecerlos. El espíritu levantó el palo y le golpeó. Murió en el altar mismo. Todos los habitantes de Sung [221], que le acompañaban, lo vieron. De los que no lo presenciaron, por estar lejos de allí, ninguno hubo que no lo oyera. Consta en la *Crónica* del principado de Sung. Los señores feudales lo han divulgado diciendo: A quienes no se esmeran respetuosamente en los sacrificios les vendrá el castigo de los espíritus de los difuntos, tan pronto como le vino en este caso. Como se ve por este documento, existen los espíritus de los difuntos. ¿Cómo se puede ponerlo en duda?

Y no sólo consta por este documento. Antiguamente, el rey Chuang [58] [35] de Ch'i [25] tuvo dos ministros, Wang Li Kuo [260] y Chung Li Chiao [65]. Los dos pleitearon durante tres años sin que se pudiera zanjar el pleito. El rey pensó matarlos a los dos, pero, temiendo fueran inocentes, los soltó a ambos bajo la condición de que cada uno ofreciera un cordero haciendo juramento ante el altar de los Patronos de la Tierra y de los Cereales del estado. Ambos señores se comprometieron, y se procedió a hacer el juramento degollando un cordero y rociando con su sangre el altar. Wang Li Kuo terminó de recitar su

[35] Son dos los soberanos de este estado que llevan este nombre. El primero reinó de 793 a 729 a.C. El segundo de 552-546 a.C.

juramento y, antes que Chung Li Chiao llegara a la mitad de la fórmula de su juramento, el cordero se levantó y le acometió rompiéndole la pierna. Le acometió saltando del altar y le mató en el mismo sitio en que había jurado. De los habitantes de Ch'i que les acompañaron, no hubo quien no lo viera. De los que se hallaban lejos del lugar, no hubo quien no lo oyera. Está escrito en la *Crónica* de Ch'i. Los señores feudales lo divulgaron diciendo: A quien jura en falso, pronto le llegará el castigo de los espíritus de los difuntos, tan pronto como en el caso relatado. Según vemos por estos documentos escritos, existen los espíritus de los difuntos, ¿Cómo se puede aún dudar? Así dice Mo Ti: Aun en los más profundos barrancos, en los grandes bosques, en los solitarios desiertos, donde nadie vive, es necesario comportarse con gran cuidado porque los espíritus de los difuntos nos están vigilando. Quienes sostienen la inexistencia de los espíritus de los difuntos, replican: El testimonio de los ojos y oídos del vulgo, ¿qué valor tiene para decidir en la duda? Quien en el mundo pretende ser un alto personaje, ¿cómo se va a fiar de la vista y del oído del vulgo? Responde Mo Ti: Si el testimonio de los ojos y oídos del vulgo no puede fundar la fe y decidir en la duda, no sé si la autoridad de los santos emperadores de las tres dinastías antiguas Yao [285], Shun [214], Yü [295], T'ang [233], Wen Wang [300] y Wu Wang [281] bastará para hacer regla de fe. Hoy, todos los hombres de calidad superior dirán que los santos emperadores de las tres dinastías antiguas pueden ser regla de fe. Pues si basta para regla los santos emperadores de las tres dinastías, intentemos ver sus hechos. Antiguamente, Wu Wang [281], habiendo atacado a la casa Yin [289] y matado al tirano Chou [51], hizo que los señores feudales participaran en su sacrificio. Los parientes del emperador habían de ofrecer el sacrificio del interior (de intramuros, al patriarca de la familia imperial), los extraños habían de ofrecer el sacrificio de extramuros (a Dios). Por lo

tanto, Wu Wang tenía por cierta la existencia de los espíritus de los difuntos. Pues que, habiendo atacado a Yin e infligido el castigo a Chou, hizo que los señores feudales participaran en el sacrificio que les ofreció. De no existir los espíritus de los difuntos, ¿cómo Wu Wang había de hacerles participar en su sacrificio?

No sólo nos consta por este hecho de Wu Wang. Los santos emperadores antiguos, indefectiblemente, otorgaban los premios en el monumento de sus antepasados difuntos e, indefectiblemente, decretaban los castigos ante el ara de la Tierra. ¿Por qué otorgaban los premios en el monumento de sus antepasados difuntos? Para significar que sus premios estaban equitativamente decretados. ¿Por qué se castigaba ante el ara de la Tierra? Para significar que el proceso penal había sido justo.

No sólo consta por lo que acabamos de escribir. Antiguamente, los santos emperadores de las tres dinastías Yü Hsia [95], Shang [202] y Chou [50], al fundar sus estados y fijar la capital imperial, indefectiblemente elegían un árbol frondoso y hermoso y lo instituían como emplazamiento de sus reuniones. Indefectiblemente, elegían entre los habitantes del estado a un padre, o a un hermano mayor de familia de gran amor a los hijos o de gran piedad para con sus padres y de gran probidad y bondad para que asumiera las funciones de orador del patriarca difunto. Indefectiblemente, tomaban la grasa más copiosa y mejor de seis víctimas y un mechón de su pelo para ofrenda sacrificial y diversas clases de jades según el caudal de riqueza de que se disponía. Indefectiblemente, se seleccionaban, de las cinco suertes de cereales, los más aromáticos y los que mejor habían amarilleado para hacer licores y mostos y ofrendas en grano, más o menos, según había sido la cosecha del año. Así, pues, los santos emperadores, para gobernar bien el mundo, cumplían primero con los espíritus de los difuntos y luego se ocupaban de los hombres. La teso-

rería pública atendía, indefectiblemente, primero a confeccionar los vasos y vestiduras sacrificiales. Confeccionadas, se guardaban en los almacenes públicos. Había uno encargado de los oráculos quien, indefectiblemente, tenía que estar presente en el tempo ancestral. Las víctimas no pasaban las noches juntas con los demás ganados del rebaño. De esta manera, procedían en su gobierno los santos soberanos. Creían firmemente en la existencia de los espíritus de los difuntos, y se esmeraban en servirles con gran generosidad. Y, temiendo que sus hijos y nietos, de futuras generaciones, no pudieran enterarse de lo hecho por ellos, lo escribieron en latas de bambú y en telas de seda para transmitirlo a sus descendientes de futuras generaciones. Y, temiendo que estos escritos perecieran podridos o comidos por los insectos y que sus descendientes no pudieran retenerlos en la memoria, los grabaron en platos y vasos, los esculpieron en bronces y lápidas repetidas veces. Temiendo, todavía, que sus hijos y nietos, de generaciones posteriores, no pudieran venerarlos con respeto para recabar sus bendiciones, hicieron que estos escritos de los emperadores pasados, y las palabras de los santos quedaran escritas en cada pie de tela de seda, en cada trozo de bambú repitiendo muchas veces la doctrina de la existencia de los espíritus de los difuntos. ¿Para qué tanta repetición e insistencia? ¿Por qué los santos soberanos se esmeraron tanto en esta su devoción? Por lo tanto, quienes se obstinan en negar la existencia de los espíritus de los difuntos están en completa oposición con esta devoción de los santos emperadores. Y el oponerse a lo que tanto se interesaron e inculcaron los santos emperadores, no es manera de hacerse hombre virtuoso y perfecto. Los que sostienen la inexistencia de los manes preguntan: ¿En qué libros consta que no hay un pie de tela de seda ni un trozo de bambú en que los emperadores pasados no hubieran afirmado repetida e insistentemente la existencia de los espíritus de los difuntos? Mo Ti les res-

ponde: Consta en los escritos de la dinastía Chou [50], en las odas de la sección *Ta ya* [277]. *Ta ya* dice (Oda 235):

(1) 'Wen Wang [300] está allá arriba.
Glorioso resplandece en el alto Cielo.
Chou [50], aunque es antiguo principado,
Es reciente el mandato que del Cielo ha recibido.
¿No es muy glorioso Chou?
¿El mandato del Cielo no le ha venido a su tiempo?
Wen Wang sube al Cielo y baja a la tierra.
Asiste a derecha e izquierda a Dios *(Ti)*
Infatigable trabajó Wen Wang.
Su gloriosa fama durará imperecedera.

Wen Wang había ya muerto. Si los espíritus de los muertos no sobreviven, ¿cómo podría asistir a Dios a izquierda y derecha? De aquí sabemos que en los escritos de la dinastía Chou consta la existencia de los manes. Pero si sólo constara su existencia en los escritos de Chou (1122-221 a.C.) y no en los de Shang (1766-1122 a.C.), ¿no bastaría para que tuviera fuerza de regla de fe? Veamos, pues, en los escritos de la dinastía Shang. Dicen los Anales:

¡Ah! Antiguamente reinaba la casa Hsia [95] (2205-1766 a.C.). Aún, las calamidades no habían venido. De las bestias, de los insectos y aun de las aves no había ninguno que no se dejara guiar dócilmente. Cuanto menos los de rostro humano. ¿Quién, entonces, se atrevía a discrepar? Aun las mismas montañas, los ríos y todos los manes de los difuntos se mantenían en paz y sin que nadie se atreviera a rebullirse. Así, podían contribuir todos, con todo respeto, a la concordia y unión en el mundo y a guardar esta tierra de aquí abajo.

Según este texto, de las montañas, ríos y espíritus de los difuntos ninguno se atrevía a rebullir para, de esta manera, ayudar a la ejecución de los propósitos del emperador Yü [295]. De aquí nos consta que los escritos de Shang reconocen la existencia de los manes. Pero si sólo en los escritos de Shang se hablara de los manes y no se hablara en los escritos de la dinastía Hsia [95], tampoco bastaría para regla de fe.

Probemos, pues, de remontar hasta los escritos de la dinastía Hsia. Dicen los Anales relatando la arenga juramentada del emperador Yü [295] (2205 a.C.):

> La batalla se dio en Kan [125]. El emperador dio sus órdenes a sus seis asistentes y a sus generales que se convocaran para oír, en medio del ejército, su juramento. Dijo: La casa de Hu [108] ha ofendido y ultrajado los cinco *elementos*, ha descuidado, desidiosamente, a los tres *rectores* [36]. El Cielo ha cortado y suprimido el mandato que le había conferido.

Dijo también:

> Este día voy a combatir con el señor de Hu para arrebatarle su mandato. Sabed todos vosotros ministros, grandes prefectos y pueblo que no ha sido la codicia de vuestras tierras y de vuestros tesoros la que me ha inspirado. Tengo que infligirle, con todo esmero, el castigo decretado por el Cielo. Si el ala izquierda no ataca por la izquierda y el ala derecha no ataca por la derecha, si no observáis esmeradamente las órdenes, si los aurigas no dominái vuestros caballos y no observáis esmeradamente las órdenes, yo, según vuestro comportamiento, os galardonaré ante el patriarca difunto y os castigaré ante el ara de la tierra.

¿Por qué dice que premiará ante el patriarca difunto de su familia? Para significar la equidad en la asignación de los premios. ¿Por qué dice que castigará ante el ara de la Tierra? Se refiere al proceso de los tribunales de justicia. Así pues, según el santo soberano, indefectiblemente, eran los espíritus de los difuntos los que premiaban a los buenos y castigaban a los malos. Por eso, los premios se distribuían, indefectiblemente, ante el patriarca de la familia y se ultrajaba o castigaba ante el altar de la Tierra. Con esto, sabemos que en los escritos de la dinastía Hsia [95] se reconoce la existencia de los manes. Así, pues, primero los escritos de Hsia y luego los de las dos

[36] Los cinco elementos cósmicos son: fuego, agua, tierra, metales y vegetales. Los tres rectores cósmicos son: Cielo, Tierra y Hombre. Quiere decir que el señor de Hu, con su mal gobierno, ha trastornado todas las actividades del mundo y no atiende a sus deberes para con el Cielo, para con la Tierra y para con los hombres.

dinastías Shang [202] y Chou [50] reconocen, repetidas veces e insistentemente, la existencia de los espíritus de los difuntos. ¿Cuál es la razón de este hecho? Que los santos soberanos se preocuparon mucho de este asunto. Según, pues, se ve de lo que dicen los escritos, existen los espíritus de los difuntos, ¿cómo dudarlo aún?

Antiguamente, se decía que el día *ting mao* [240] era fausto. Se ofrecía un sacrificio para implorar a la Tierra por el clima de las cuatro regiones, para informar a los antepasados de la cosecha recibida y rogarles la gracia de la longevidad. Si no existen los espíritus de los difuntos, ¿a qué viene implorar de ellos la longevidad? Dice, pues, Mo Ti: Si los espíritus de los difuntos pueden premiar a los buenos y castigar a los malos, lo ejecutan cimentándose en el bien del estado y de las gentes. Por lo tanto, es procedimiento para lograr orden en el estado y bienes para las gentes, y, con lo contrario, el resultado será que los funcionarios puestos al frente de los almacenes públicos no sean íntegros y puros en el desempleo de su cargo, que los hombres y mujeres vivan en promiscuidad. Los espíritus de los difuntos vigilan y ven si las gentes se conducen viciosa y brutalmente, si perturban el orden, si maltratan o perjudican a los demás con armas, venenos, agua y fuego, si asaltan a gentes inocentes en los caminos, les arrebatan carros, caballos, vestidos y pellizas para enriquecerse con el botín. Si están los espíritus de los difuntos encargados de vigilar, los funcionarios encargados de los almacenes estatales no se atreverán a obrar nada contra la probidad y pureza, y a quienes vean obrar bien, no se atreverán a dejarles sin el premio merecido, y a los que vean obrar mal, no se atreverán a dejarlos sin el castigo que han merecido. Esto contendrá a los viciosos para que no se desenfrenen, a los malhechores, perturbadores y ladrones para que no causen daños con armas, venenos, agua, fuego, para que no asalten a viajeros inocentes en los caminos y les roben carros, ca-

ballos, vestidos y pellizas para enriquecerse con el botín [37].

De esta manera, en el mundo reinará el orden. Pues que no impiden la vista clara de los espíritus de los difuntos ni la soledad de los desiertos inhabitados, ni las extensas marismas, ni las montañas, ni los bosques, ni los profundos barrancos. Los difuntos lo ven, ciertamente, con toda claridad. Y del castigo de los espíritus de los difuntos no pueden salvar ni las riquezas, ni la nobleza, ni el poder de las muchedumbres, ni el valor y poderío de las armas, ni la dureza de las corazas, ni el filo de las armas. Los espíritus de los difuntos todo lo vencen. Si alguien piensa lo contrario, tiene en la antigüedad el caso del emperador Chieh [30] de la dinastía Hsia [95], noble con la dignidad de "Hijo del Cielo", rico con la posesión de todo el mundo. Pero, arriba, ultrajó al Cielo y deshonró a los espíritus de los difuntos y, abajo, maltrató y despreció a las gentes del mundo. Dios *(Shang Ti)* castigó su mala conducta en Yuen shan [294]. Después hizo que T'ang [233] le infligiera un manifiesto castigo. T'ang, con nueve carros (son pocos, deben faltar números) formados en figura de grullas en vuelo, atacó y desbarató las huestes imperiales y penetró en el arrabal de la capital y cautivó al emperador, a Tui Tuo [250] y a Ta Hsi [223]. Así pues, el antiguo emperador Chieh de la dinastía Hsia, noble con la dignidad de "Hijo del Cielo", rico con la posesión del mundo, teniendo en su ejército hombres forzudos y valerosos como Tui Tuo y Ta Hsi, capaces de descuartizar a tigres y rinocerontes vivos, con poder para matar a un hombre con el gesto de un dedo y contando con muchedumbres de millones que cubrían bosques y lomas, con todo, no pudo defenderse del castigo de los espíritus de los difuntos. Por eso, he dicho que no se pueden librar del castigo de los espíritus de

[37] Vienen veintiún caracteres sin interpretación posible. Los comentaristas creen que están intercalados aquí por error.

los difuntos ni la riqueza, ni la nobleza, ni el poderío y mando de las muchedumbres, ni la fuerza y el valor, ni el poder de los ejércitos, ni la dureza de las corazas, ni el acerado filo de las armas. No sólo lo prueba este caso. Aún tenemos el del antiguo emperador Chou [51] de la dinastía Yin [289]. Era noble con la dignidad de "Hijo del Cielo", rico con la posesión de todo el mundo. Pero, arriba, agravió al Cielo y deshonró a los espíritus de los difuntos, y, abajo, causó daños y menospreció al pueblo. Desamparaba a los ancianos, maltrataba y mataba a los niños, abría el vientre a las mujeres preñadas. Por mucho tiempo, viudos y viudas clamaban su desamparo. Por fin, el Cielo ordenó a Wu Wang [281] que le diera un claro castigo. Wu Wang eligió cien carros y cuatrocientos soldados enardecidos como tigres furiosos. Les distribuyó los cargos de que serían investidos y pasó revista a la tropa. Dio la batalla a la casa Yin en el campo Mu [174]. Apresó a Fei Chung [76] y Ngo Lai [179]. Las huestes imperiales se rebelaron y huyeron todos. Wu Wang avanzó y penetró en el palacio imperial de catalpas de diez mil años (?). Sometió a Chou, le ató a una rueda de carro y le envolvió en una bandera blanca para que le ultrajaran los señores feudales del imperio. Así pues, el antiguo emperador Chou, noble con la dignidad de "Hijo del Cielo", rico con la posesión de todo el mundo, defendido por hombres fornidos y valerosos como Feu Chung, Ngo Lay y Ch'ung Hou Hu [70], y tan poderoso que bastaba una señal de su dedo para matar a un hombre y, teniendo un ejército de millones de soldados que cubrían las marismas y las lomas, no pudo librarse del castigo de los espíritus de los difuntos. Por eso, he dicho que ni las riquezas ni la nobleza, ni el poderío del número, ni el valor y la fuerza, ni el poder militar, ni la dureza de las corazas, ni el filo acerado de las armas pueden librar del castigo de los espíritus de los difuntos. Dice el tratado Ch'in Ai [40]: "Nada es poco para recibir; para suprimir toda la parentela nada es mucho".

Quiere decir que los espíritus de los difuntos nada, por insignificante que sea, dejan de premiar y nada, por grande que sea, queda sin su castigo. Los que sostienen la inexistencia de los espíritus de los difuntos dicen: Tal vez, esta creencia no sea de provecho alguno para los mismos abuelos o padres difuntos y es perjudicial para los hijos piadosos. Mo Ti responde: En los tiempos antiguos y actuales no ha habido más espíritus que los siguientes: El *Espíritu Celeste*; también los espíritus de montes y ríos y también los espíritus de los hombres difuntos [38].

Pongamos el caso de un hijo a quien se le ha muerto su padre, o el de un hermano a quien se le ha muerto un hermano mayor. En el mundo, se les llama difuntos *(quien vivió antes o quien murió antes)*. Así, pues, quien murió antes, si no es tu padre, es tu madre; si no es tu hermano mayor, es tu cuñada. Si, pues, purificando tus licores y llenando de grano tus vasos sagrados, los ofreces, con todo esmero y respeto, si, en realidad, existen los espíritus de los difuntos, tu padre y tu madre, tu cuñada y tu hermano mayor podrán comer y beber. ¿No será de gran provecho para ellos? Y si, en realidad, los manes han perecido, los gastos hechos en licores granos no son desperdiciados, derramados y ensuciados por el suelo, sino que, en casa, los comerán y beberán los fami-

[38] Texto muy interesante para el historiador de las religiones. En la fe primitiva, hasta la época tardía de los *Reinos Combatientes* (403-221 a.C.), no se ha hallado esa proliferación de espíritus que, más tarde, pueblan los bosques, casa y toda la vida china. Este texto de Mo Ti concuerda perfectamente con todos los documentos anteriores a él. En todos ellos, no se hallan más espíritus que Dios, bajo sus dos denominaciones de Cielo *Shang Ti*, la Tierra, en sus dos representantes más conspicuos, las montañas y los ríos, y los espíritus supervivientes de los difuntos. Mo Ti habla de los *espíritus de las montañas y ríos*. En los documentos anteriores se le designa simplemente *montañas y ríos*. Dignos de veneración por ser los instrumentos del Cielo en la producción y sostenimiento de los seres. En todos los demás textos, Mo Ti sólo enumera a Dios y a los espíritus de los difuntos.

liares y, fuera, los convecinos de la barriada. Aunque no existieran los espíritus de los difuntos, pueden reunirse y regocijarse todos juntos y, con esta ocasión, tomar mujer en el campo.

Los que sostienen no existir los manes dicen: Pues que no existen los espíritus de los difuntos, el no ofrecer licores, mostos, granos y víctimas no es por tacañería y por no querer desprenderse de estas cosas. ¿Y qué es lo que con esto logran? Oponerse, por una parte, a los documentos escritos de los santos soberanos; por otra parte, contradecir la piedad filial de los hijos. Y, pretendiendo con esta actitud hacerse varón eminente en el mundo, toman un camino que no conduce a ser varón eminente.

Dice, pues, Mo Ti: Cuando ofrecemos sacrificios, no los tiramos en una hoya sucia y los dejamos allí. Sino que, por una parte, comunicamos nuestras dichas con los difuntos y, por otra parte, nos regocijamos reunidos en fiesta conmemorativa y tomamos esposas en el campo. Si existen los espíritus, damos de comer a nuestro padre, a nuestra madre, y a nuestro hermano, ¿qué despilfarro de riqueza hay en eso? Dice, pues, Mo Ti: Si los soberanos, señores feudales, grandes prefectos y varones de virtud, en verdad, quieren promover el bien en el mundo y erradicar de él los males, no deben dejar de respetar y entender claramente la doctrina de la existencia de los espíritus de los difuntos. Es doctrina y práctica de los santos soberanos.

CAPITULO TREINTA Y DOS

Reprueba la música

Dice Mo Ti: El hombre de virtud, que ama al prójimo, se aplicará a promover el bien en el mundo y erradicar de él todos los males. Tomará como regla

de su vida hacer cuanto redunde en provecho de los hombres, cesando o dejando lo que no reporte provecho para ellos. Quien ha tomado como regla en el mundo la virtud *jen* (amor al hombre), no quitará ni restará nada del vestido y alimentación del pueblo para, con ello, satisfacer sus ojos con cosas bellas, ni para deleitar sus oídos, ni contentar su paladar con manjares exquisitos, ni para que su cuerpo goce de comodidad y reposo. He aquí la razón por qué Mo Ti reprueba la música. No es, pues, porque la música de las campanas, tambores, violines, flautas y organillos no sea grata, ni porque las esculturas, la ornamentación y colorido no sean bellos. Ni porque el sabor de las carnes asadas de animales herbívoros no sea delicioso, ni porque las altas terrazas y miradores, las moradas en lugares sombríos del campo no sean reposantes. Aunque el cuerpo ama el reposo, la boca los sabores dulces, la vista los objetos bellos, el oído las melodías, pero, viendo que, por una parte, no son conformes a la práctica de los santos soberanos y, por otra, que nada aprovechan a los pueblos, dice Mo Ti que se deben reprobar la música. Aunque los soberanos y grandes señores creen rendir un gran servicio al estado por el solo hecho de no fabricar ellos mismos los instrumentos músicos. Pero no costean la música de campanas, tambores, violines, flautas y organillos de sus cortes con las aguas desbordadas, sino del producto de las tierras. Reciben cuantiosas contribuciones del pueblo. En cambio, los santos soberanos exigían sí fuertes contribuciones al pueblo, pero era, para con ellas, fabricar barcas y carros. Cuando los tenía ya hechos, se preguntaban: ¿En qué los vamos a emplear? Las barcas para los transportes por agua, y los carros para los transportes por tierra. Así, las piernas de los señores y las espaldas del vulgo podrán reposar un poco. Y el pueblo daba de muy buen grado su riqueza para su construcción y a nadie le parecía que debía disgustarse. ¿Por qué? Porque sabían que había de retornar a ellos muy ventajosamente. Si

el coste de los instrumentos músicos pudiera también retornar al pueblo en una forma igualmente ventajosa para él, yo no lo reprobaría. Es decir, que si se usaran los instrumentos músicos como los santos emperadores usaban las barcas y los carros, yo no reprobaría su uso.

Tres son las calamidades a las que el pueblo está siempre expuesto. A sufrir hambre y no tener qué comer, a tener frío y no tener qué vestir, estar agotado de trabajo y no poder tomar reposo. Estas son las tres grandes calamidades del pueblo. Y ¿cómo podrá el pueblo procurarse comida y vestidos, si tiene que ir a repicar grandes campanas, a tocar tambores, a tañer violines y guitarras, a soplar flautas y organillos y a danzar empuñando escudos y hachas guerreras? Yo creo que lo que no es necesario se debe suprimir.

Hoy, los grandes estados atacan a los pequeños estados, las grandes casas arremeten contra las pequeñas, los fuertes roban a los débiles, los que son muchos en número se ensañan en los que son pocos, los astutos engañan a los ignorantes, los nobles desprecian a los del vulgo, el bandidaje y el desorden prosperan en estrecha alianza y no es posible su represión. A pesar de esto, es menester repicar grandes campanas, tocar tambores, rasgar guitarras y violines, soplar flautas y organillos, y levantar en alto escudos y hachas de guerra. ¿Cómo se puede así restablecer el orden y la paz? Yo no creo que esas son cosas necesarias. Por eso dice Mo Ti: Recoger cuantiosas contribuciones del pueblo para costear músicas de grandes campanas, tambores, guitarras y violines, flautas y organillos no es manera de procurar bienes y riquezas y descartar los males del mundo. Mo Ti cree que se deben prohibir tales músicas. Los soberanos y grandes señores de hoy, todos sin ninguna excepción, se pasan su tiempo contemplando el paisaje desde sus altas terrazas y prominentes torreones. Sus campanas se han de fabricar en la forma alargada de las ollas trípodes, y, si no se tocan, ¿qué música po-

drán sonar? Según dicen, los que las tocan, no deben hacer otra cosa que tocarlas. Es indispensable que no sean viejos, ni torpes. El oído y la vista de los viejos y torpes no poseen la claridad y agudeza requeridas, ni sus brazos y piernas tienen la agilidad y vigor necesarios, ni su voz es melodiosa, ni sus ojos poseen la agilidad y movilidad que se requiere. Deben ser de edad más apropiada para su arte, de oído y vista aguda y clara, de brazos y piernas ágiles y vigorosos, voz melodiosa, vista rápida y móvil. Con esto, los hombres pierden el tiempo en que debían roturar, sembrar y recoger la cosecha. Las mujeres pierden el tiempo que necesitan para hilar y tejer.

Los monarcas y grandes señores de hoy están completamente entregados a la música y arrebatan sus vestidos y su comida al pueblo al obligarle a ir, tantas veces, a tocarles música. Por eso dice Mo Ti que se debe prohibir la música. Hoy, la música de grandes campanas, tambores, guitarras y arpas, flautas y organillos es perfecta. Y los grandes señores se abstienen de tocarla por sí mismos, se contentan con oírla. ¿Cuál ha de ser pues, la música? Según dicen, ha de ser tocada por gente ordinaria, no por los mismos señores. Si se hubiera de oír la ejecutada por señores, se les impediría acudir a sus audiencias y la administración de los asuntos de gobierno. Si se quiere oír la ejecutada por gente plebeya, también se impide a esta gente ocuparse de sus tareas. Hoy, los monarcas y grandes señores no se ocupan más que de música. Arrebatan su comida y sus vestidos al pueblo al obligarle, tan a menudo, a tocarles música. Por eso dice Mo Ti que se debe prohibir la música.

Antiguamente, el duque K'ang [127] de Ch'i [25] (403-385 a.C.) [39] gustaba de la música ejecutada por un coro muy numeroso de diez mil músicos. Estos diez mil músicos debían presentarse elegantemente

[39] Los comentaristas sospechan que hay error en el nombre K'ang. No pudo ser este duque.

ataviados, no con vestidos cortos de grueso paño. Decía, además, que si no les alimentaba con manjares delicados, sus rostros no aparecían graciosos a la vista y, si sus vestidos no eran elegantes, el talante y movimientos del cuerpo no resultaban suficientemente gratos al público. Era, pues, indispensable que se alimentaran de manjares exquisitos. Su indumentaria tenía que estar bordada. Nunca trabajaban en la producción de víveres y vestidos, sino que vivían de lo que otros habían trabajado. Dice, pues, Mo Ti: Los reyes y grandes señores no hacen más que oír música, robando la comida y vestidos del pueblo al obligarle, tantas veces, a ejecutar música para ellos. Esta es la razón por la que Mo Ti reprueba la música.

El hombre es, naturalmente, diverso de los animales, de los ciervos, de los insectos, de las avispas. A estos, su pelo y su plumaje les sirve de vestido y sus pezuñas y sus garras les sirven de calzado. Las hierbas y el agua son su alimento y bebida. Así, aunque sus machos no labran, no siembran, no plantan y las hembras no hilan y no tejen, hallan preparados sus vestidos y su comida. Pero el hombre es diferente. Vive del fruto de sus fuerzas y de su trabajo y no puede vivir sin trabajar. Si los rectores no se esfuerzan en sus audiencias y en la gestión de sus tareas, la justicia y el gobierno andarán revueltos. Si la gente humilde no trabaja en sus propios quehaceres, no tendrá lo suficiente para su vida. Si los letrados y señores del mundo no están de acuerdo conmigo, no tiene más que irlo comprobando por los diversos oficios sociales y verán los daños que la música trae. Los monarcas y los grandes prefectos tienen que acudir temprano a la corte y retirarse tarde, atender a los tribunales y a los asuntos del gobierno. Estos son los quehaceres de su cargo. Los funcionarios y rectores deben emplear todas las fuerzas de sus brazos y piernas y agotar todos los recursos de su inteligencia para, dentro de sus respectivos ministerios, despachar los asuntos y, fuera, recoger las contribuciones de las

aduanas, del mercado, de los bosques, de las marismas y de los puentes para llenar los almacenes públicos y el tesoro. Este es su oficio. El labrador tiene que salir temprano y entrar avanzada la noche para roturar, sembrar, plantar y cosechar si quiere recoger cereales y hortalizas en buena calidad. Este es su oficio. Las mujeres tienen que levantarse antes del amanecer y acostarse entrada la noche para hilar y tejer y preparar abundancia de fibra de cáñamo y de la leguminácea *ko* (frijolillos de India) y ovillos de seda. Este es su oficio.

Ahora bien, los monarcas y señores aficionados a la música, ciertamente, no podrán acudir temprano a la corte y retirarse tarde para atender a las audiencias, presidir los tribunales y despachar los asuntos del gobierno. Y el estado andará revuelto y la patria en peligro. Los funcionarios y gobernantes aficionados a la música no podrán emplear todas las fuerzas de sus brazos y piernas y agotar los recursos de su inteligencia para, en el interior de sus ministerios, despachar los asuntos de su gobierno, y al exterior, recoger las contribuciones de las aduanas, del mercado, de los bosques, marismas y puentes para llenar los graneros, los almacenes y el erario. Y los graneros, almacenes y erario quedarán sin llenarse. El labrador, aficionado a la música, no podrá salir temprano de casa y entrar después de anochecido para roturar, sembrar, plantar y recoger cosecha abundante de legumbres y cereales. Y éstos escasearán. La mujer aficionada a oír música, ciertamente, no podrá levantarse antes del amanecer y acostarse entrada la noche para hilar, tejer y preparar abundante fibra de cáñamo y de leguminácea *ko* y ovillos de seda. Y no prosperará la producción de tejidos.

¿Qué es, pues, lo que hace que los magnates descuiden asistir a las audiencias y despachar los asuntos del gobierno del estado? Se responde que la música. Esta es la razón por que Mo Ti reprueba la música. ¿Cómo sabemos que es así? Entre los escritos de los

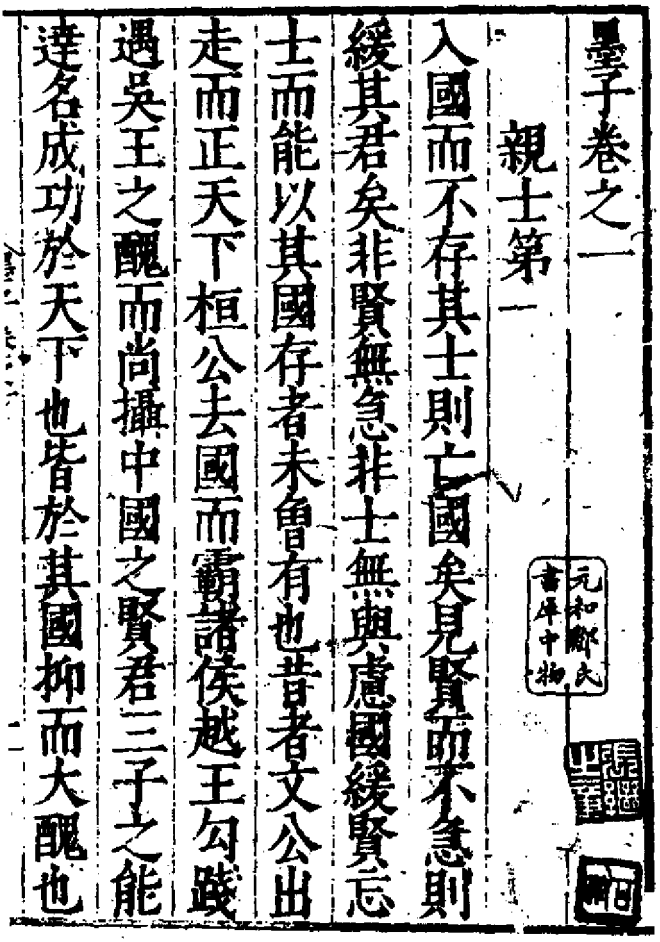
emperadores pasados, existe uno del emperador T'ang [233] cuyo título es "Castigos oficiales". Se dice en él:

> Los bailes ininterrumpidos en palacio son cosas de brujos. Se castiga por ellos a los señores con multa de dos *wei* de hilo de seda. A la gente baja del vulgo no se le castiga... (cuatro caracteres sin sentido). Y dice: ¡Ah! ¡Tanta danza! ¡Tanta palabrería vana! A Dios *(Shang Ti)* no puede complacer. Las nueve provincias (el imperio) van a la ruina. Dios no nos será favorable. Nos sobrevendrán toda suerte de calamidades. Las familias, ineludiblemente, perecen.

Como se ve, la causa de que las nueve provincias del imperio han de perecer es únicamente el que se han dado al lujo y a la música.

En la obra de Wu Kuang [277] se dice que el emperador Ch'i [23] (2197-2188 a.C.) se entregó a los vicios, a la ociosidad, a los placeres y músicas. Banqueteaba en la campiña mientras la música de flautas y piedras sonoras resonaba vigorosamente. Sumergido en la crápula, banqueteaba en la campiña mientras decenas de millares de danzantes ejecutaban sus evoluciones. Todo ello lo oía y reprobaba el Cielo.

Así pues, arriba, el Cielo y los manes no la aprueban y, abajo, no es de ningún provecho para los pueblos. Así, pues, dice Mo Ti: Si los señores y rectores quieren, verdaderamente, promover el bien del mundo y erradicar sus males, deben prohibir y suprimir las músicas.


墨子卷之一

親士第一

入國而不存其士則亡國矣見賢而不急則緩其君矣非賢無急非士無與慮國緩賢忘士而能以其國存者未曾有也昔者文公出走而正天下桓公去國而霸諸侯越王勾踐遇吳王之醜而尚攝中國之賢君三子之能達名成功於天下也皆於其國抑而大醜也

墨子——明嘉靖癸丑（三十二年）南昌唐氏刊本。（書影十三）

Comienzo del primer capítulo de MOTZY
(Facsímil de la edición de de T'ang Hsiao-ch'en, impresa en Nanch'ang el año 1554, durante la dinastía Ming.)

LIBRO NONO

CAPITULO TREINTA Y CINCO [40]

Contra la existencia del hado

Dice Mo Ti: Todos los emperadores y señores querrían que los estados que gobiernan fueran prósperos y ricos, su población numerosa y su gobierno de justicia y orden, y les sucede, exactamente, todo lo contrario. En vez de enriquecer, empobrecen; en vez de acrecentar su población, disminuye; en vez de orden, reina el desorden. Pierden lo que deseaban y obtienen lo que aborrecían. ¿Cuál es la causa? Mo Ti contesta: La causa es que son muchos en el pueblo los que sostienen la existencia del hado. Estos que sostienen la existencia del hado dicen: Si está determinado por el hado que sea rico, seré rico; si está determinado que sea pobre, seré pobre. Si está determinado que la población aumente, aumentará; y si está determinado por el hado que disminuya, disminuirá. Si el hado determina que reine el orden, reinará el orden. Si el hado determina que reine el desorden, habrá desorden. Si el hado determina que la vida de uno sea larga, será larga y si determina que sea corta, será corta. ¿Qué aprovecha el que uno se empeñe y se esfuerce? Esta doctrina es la que predican a los soberanos, a los señores feudales y altos

[40] Los dos capítulos treinta y tres y treinta y cuatro, que trataban el mismo tema de la música, se perdieron.

personajes. Con ella, impiden que el pueblo trabaje bien en sus quehaceres. Sostener la existencia del hado es contra la virtud *jen* (amor al prójimo). Es, pues, necesario discutir y dilucidar bien esta doctrina de la existencia del hado. ¿Y cómo se la puede dilucidar? Dice Mo Ti: Es, absolutamente, necesario establecer una norma o regla de criterio. Hablar sin norma alguna es como querer distinguir el día de la noche poniéndolos en una rueda de alfarero que gira rápidamente. Sin norma, es imposible distinguir claramente lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo. Tres son las notas manifestativas de la calidad de una doctrina. ¿Cuáles son? Mo Ti responde: Son la nota *troncal*, la nota de su *origen* y la nota de su *utilidad*. ¿Cuál es la nota troncal? Es la que se basa en lo hecho por los antiguos santos emperadores. ¿Cuál es la nota fontal o la de su origen? Es inquirir el testimonio de los oídos y ojos del pueblo. ¿Cuál es la nota de utilidad? La de constituirla como regla en la administración de la justicia y del gobierno y ver su utilidad para el bien, así del estado, como del pueblo. Estas son las notas o señales manifestativas. Los rectores actuales del mundo, que creen en la existencia del hado, deberían mirar en los hechos y obras de los santos emperadores. Lo que antiguamente el emperador Chieh [30] revolvió y desordenó, lo tomó, lo arregló y ordenó el emperador T'ang [233]. Y lo que revolvió y trastornó el emperador Chou [51], el emperador Wu Wang [281] lo tomó y lo ordenó. Y esto dentro de la misma generación, sin cambiar y pasar a otra, y gobernando el mismo pueblo, no otro. El mundo, bajo el gobierno de los empeadores Chieh y Chou anduvo perturbado y revuelto y, gobernado por T'ang y Wu Wang, gozó de orden y paz. ¿Cómo, pues, se puede sostener la existencia del hado? Los señores gobernantes, que creen en la existencia del hado, deberían leer los libros de los emperadores pasados. Los escritos de los emperadores pasados fueron escritos en el imperio y publicamente dados al

pueblo para que le sirvieran de ley constitucional. ¿Acaso esos estatutos o constituciones están diciendo a cada paso que la dicha no es cosa realizable y que la desdicha es inevitable, que el cuidado y diligencia nada aprovechan, ni la maldad perjudica? La legislación penal regula los procesos criminales y determina las penas. ¿Acaso las leyes penales de los antiguos emperadores están diciendo que la dicha no es cosa realizable, que la desdicha es inevitable, que el cuidado y diligencia nada aprovechan ni la maldad perjudica? Las arengas juramentadas eran las que decidían la formación de las tropas y los movimientos de las falanges. ¿Acaso las arengas de los antiguos emperadores están repitiendo que la dicha no es cosa realizable, que la desdicha es inevitable, que el cuidado y diligencia nada aprovecha y que la maldad no perjudica? Dice Mo Ti: No voy a agotar los textos porque los buenos libros que existen en el mundo son innumerables. Los que, más particularmente, tratan de leyes o estatutos son estos tres citados. Aunque no hallamos en ellos esta doctrina de los que sostienen la existencia del hado, no debemos aún desistir dándonos por satisfechos. Esta doctrina del hado subvierte en el mundo el concepto de la justicia. La afirmación de la existencia del hado es subversión y reprobación de la justicia ante el pueblo. Esta reprobación de la justicia, ante el pueblo, es la ruina de los hombres del mundo. Por eso, deseamos que la justicia reine siempre arriba. ¿Por qué? Respondo: Si arriba gobiernan varones justos, el mundo gozará de paz y orden y Dios *(Shang Ti)*, los montes y ríos y los espíritus de los difuntos tendrán quienes les sirvan y todos los pueblos recibirán grandes beneficios. ¿Cómo lo sabemos? Responde Mo Ti: Antiguamente, T'ang [233] fue investido del feudo de Hao [88]. Su territorio, juntando largo con corto, no medía más de cien millas cuadradas. Fomentó en el pueblo el amor mutuo para con todos, la mutua comunicación de bienes y ganancias y la distribución con otros de aquello en que cada uno abun-

daba; condujo al pueblo a venerar al Cielo y servir a los manes de los difuntos. El Cielo y los manes le bendijeron. Los buenos vinieron a él. Antes del fin de aquella generación, dominó sobre todo el mundo y gobernó a los señores feudales.

Antiguamente, Wen Wang [300] fue investido del feudo de Ch'i [24] en la región Chou [50]. Su territorio, juntando lo largo con lo corto, sólo medía cien millas cuadradas. Fomentó en el pueblo el mutuo amor a todos y el recíproco intercambio de las riquezas y ganancias. Con esto, los más cercanos gozaban de la tranquilidad de su gobierno y los lejanos le venían atraídos por sus virtudes. Oían hablar de Wen Wang. Se levantabna y corrían a él. Despedía a los malos funcionarios, ayudaba a los menesterosos. Quienes deseaban ir a él se decían: ¿Cómo podré conseguir hacerme con algunas tierras de la jurisdicción de Wen Wang? Sería gran ganancia para mí. ¿Por qué no me hago su súbdito? De esta manera, le bendecían el Cielo y los espíritus de los difuntos. Los señores feudales se le adherían, el pueblo le amaba, los buenos venían a él. Antes del fin de su generación, dominaba sobre todo el mundo y regía a todos los señores feudales. Antes lo dije: Cuando arriba gobiernan varones justos, el mundo, bien gobernado, goza de orden y Dios *(Shang Ti)*, los montes y ríos y los espíritus de los difuntos tienen servidores y todos los pueblos se benefician mucho. De aquí, lo sabemos. Por esto, los santos soberanos antiguos publicaron sus estatutos, dieron sus decretos ordenando que se establecieran premios y castigo para aliento de los buenos. Para que en casa, los hijos fueran piadosos con sus padres y, fuera, respetuosos y cariñosos con las personas mayores de la vecindad. Comedidos en el reposo y quietud hogareño y mesurados en sus actuaciones exteriores. Entre hombres y mujeres se observaba la separación conveniente. Con esto, los encargados de los almacenes públicos no robarán, los guardianes de las murallas no sucumbirán, ni se rebe-

larán. Cuando el monarca se vea en dificultades y peligros, le defenderán hasta morir, y si se viera precisado a desterrarse, le acompañarán. Tales conductas eran las recompensadas por el soberano y elogiadas por el pueblo.

Responden los que sostienen la existencia del hado que no es la bondad y mérito personal, sino es el hado el que recompensa; como tampoco es la maldad personal la que fija el castigo, es el hado. Con esto, en casa, no son piadosos con sus padres, fuera, no son respetuosos y cariñosos con las personas mayores de la vecindad. En sus casas, no guardan comedimiento; en sus actividades, no proceden con la debida mesura. Entre hombres y mujeres, no guardan la separación debida. Encargados de los almacenes estatales, roban; puestos para defender las murallas, sucumben y se rebelan. Cuando su rey se halla en dificultad, no le defienden hasta morir. Cuando se ve precisado a expatriarse, no le acompañan. Estos son castigados por los superiores y reprobados por el pueblo. Pero los que sostienen la existencia del hado dicen: Al que el superior castiga, es el hado el que le ha castigado. No ha sido su maldad la causa de su castigo. Al que el superior ha recompensado, ha sido el hado el que le ha recompensado. No ha sido su bondad la causa de la recompensa. Con esta enseñanza, lo que se conseguirá es que los reyes no sean justos y sus ministros no les sean fieles, que los padres no sean amantes con sus hijos y éstos no sean piadosos con sus padres, que los hermanos mayores no sean buenos con los menores y estos no sean dóciles y cariñosos con los hermanos mayores. Quienes se obstinan en sostener esta doctrina son los autores de esta funesta enseñanza y malvada doctrina. ¿Cómo sabemos que la existencia del hado es doctrina malvada? La gente pobre de los tiempos primitivos era glotona y perezosa para el trabajo. De ahí que andaba siempre necesitada de comida y vestido y sufría hambre y frío. No reflexionaban para decirse a sí mismos:

tengo quedejar de ser tan ruin. Si trabajo, no sufriré estas cosas. Indefectiblemente, decían: Mi destino es que sea yo pobre. Los emperadores tiranos antiguos no se dominaban en los vicios de sus oídos y vista y en el desenfreno de su corazón pervertido. Con esto, no pudiendo arreglarse bien con sus parientes, perdían el trono y arruinaban sus estados. No sabían entrar dentro de sí y decirse a sí mismos: tengo que dejar de ser un degenerado y gobernar tan mal como gobierno. Indefectiblemente, decían: mi destino es la causa de mi perdición.

Dice el aviso de Chung Hui [64] [41]:

> He oído decir de la casa Hsia [95] (de Chieh último emperador de esta casa), que, siendo hombre, se atrevía a publicar e imponer al pueblo sus propias órdenes como decretos del Cielo. Y Dios *(Shang Ti)* se sirvió de su misma perversidad y la hizo manifiesta haciendo que perdiera el apoyo de sus muchedumbres.

Con estas palabras, el emperador T'ang reprueba la existencia del hado afirmada por Chieh.

La Gran Arenga juramentada (de Wu Wang [281] (1122-1115 a.C.) dice:

> En su desidia ("en cuclillas") no quiere el emperador Chou [51] servir a Dios *(Shang Ti)*, ni a los espíritus de los difuntos. Ha descuidado el ofrecer los sacrificios a los espíritus. Y nuestro pueblo (de los Chou) tiene ya recibido el mandato (de gobernar el imperio). No podemos deshonrarnos dejando que se nos vaya de las manos y que, también a nosotros, nos rechace el Cielo dejándonos sin su protección.

En este texto, Wu Wang reprueba la opinión de Chou de la existencia del hado.

Ahora bien, con esta sentencia de la existencia del hado, arriba, los superiores no acudirán como deben a sus audiencias ni a sus asuntos del gobierno, abajo, los súbditos no trabajarán en sus quehaceres. Si los superiores no se aplican a sus audiencias y asuntos de gobierno para salvaguardar la justicia y el or-

[41] Ministro del emperador T'ang [233] (1766-1753 a.C.).

den, reinará el desorden y anarquía, y si, abajo, los inferiores no trabajan en sus quehaceres, no bastarán los bienes de consumo. Arriba, faltarán granos, licores y mostos para las ofrendas a Dios *(Shang Ti)* y a los espíritus de los difuntos y éstos no harán descender la tranquilidad al mundo, ni le otorgarán varones buenos y probos para cubrir los puestos de funcionarios. Para fuera, no habrá con qué obsequiar y corresponder a los huéspedes enviados por los señores feudales. En el interior del estado, faltarán alimentos y vestidos para matar el hambre y defenderse del frío los ancianos y los débiles.

En conclusión, el hado no reporta provecho alguno ni arriba, al Cielo, ni en medio, a los espíritus de los difuntos, ni abajo, a los hombres. Y quienes se obstinan en defenderlo son fuente de donde nace esta funesta doctrina y los malhechores que la siguen. Por eso, dice Mo Ti: Los letrados y gobernantes del mundo que, sinceramente, quieren el bienestar y la felicidad del mundo y detestan la pobreza en él, desean el orden y la paz del mundo y detestan el desorden, no pueden dejar de reprobar esa sentencia de la existencia del hado. Ella es el gran mal del mundo.

CAPITULO TREINTA Y NUEVE [42]

Refutación de los ju *(confucionistas). II*

Dicen los *ju*: Hay sus modos en el amor a los propios padres; hay sus grados en la veneración a los buenos. Quieren significar, con esa sentencia, dife-

[42] Los dos capítulos treinta y seis y treinta y siete tratan del mismo tema que el treinta y cinco "Contra la existencia del hado". Dejaremos de traducirlos pues repiten, con pocas variantes, los mismos conceptos del capítulo anterior. El capítulo treinta y ocho, "Refutación de los letrados *ju*", ya no existe.

rencias de mayor o menor intimidad y grados de mayor o menor veneración. Su *Ritual* reza: Tres años dura el duelo por los padres, tres también el de la esposa y el del hijo heredero. El de los tíos paternos y hermanos segundones, un año. Cinco meses el de los parientes del mismo clan. Según el grado de proximidad, se cuentan los meses del duelo. Más por los cercanos y menos por los más lejanos. Por la esposa y por el hijo, que ha de suceder, lo mismo que por su padre. Resulta que, si se toma la respetabilidad del finado como norma para fijar la duración del duelo, se respeta a la esposa y al hijo heredero lo mismo que a los propios padres. Y a los tíos paternos y a los hermanos del clan se les rebaja al nivel de un hijo segundón. ¡Cosa absurda! Muerto el padre, se expone su cadáver sin amortajarle. Se sube a la sala, se mira el pozo de agua, se rascan los agujeros de los ratones, se le busca entre las vasijas a las que se limpia para que no quede allí. Se hace la comedia como si, verdaderamente, se le buscase. ¡Semejante idiotez! Se hace como si se hubiera perdido y hay que encontrarle a todo trance. ¡Falsedad grandísima! Al tomar mujer, va el esposo en persona a recibirla vestido muy respetuosamente de negro cual si fuera un siervo que recibe a su amo. Toma las riendas, le alarga el adminículo para que suba ella al carro como si condujera a su padre o a su madre. La ceremonia nupcial se ejecuta con la misma solemnidad que las ofrendas sacrificiales. Trastocando todo, invertidos superior e inferior. Se pospone a los padres rebajándolos a un lugar inferior al de la esposa y al de los hijos. El servicio a la mujer e hijos ha invadido el lugar del servicio a los padres. ¿Se puede llamar a esto piedad filial? Cuando un letrado *ju* trae a casa a su esposa, ella ofrece el sacrificio. El hijo es el guardián del monumento-templo de los antepasados y, por eso, su dignidad es mayor en la familia. Digo que es un error. El hijo ha hecho de guardián del templo de los antepasados varias decenas de años. Muere y

sólo se guarda por él un año de duelo. Su cuñada ofrece el sacrificio a los antepasados y, a pesar de eso, no se guarda luto por ella. Entonces, el duelo de tres años por la esposa y por el hijo no es, ciertamente, por haber ofrecido los sacrificios. Tanta aflicción por la esposa o por el hijo resulta demasiado onerosa. Además, con aumentar la importancia a lo que uno ama, se pretende engrandecer lo más privado y personal empequeñeciendo y disminuyendo la importancia a lo que la tiene grandísima por sí misma. ¿No es esto un error y vicio grave?

En la opinión de los que, obstinadamente, sostienen la existencia del hado, longevidad y muerte prematura, riqueza y miseria, seguridad e intranquilidad, orden y desorden, están ya, ineludiblemente, fijados por el hado y nada se les puede quitar ni añadir. Los caminos abiertos al éxito o cerrados a él, premios y castigos, dichas y desdichas están fijados y limitados de antemano. El talento y fuerzas del hombre nada pueden en contra de lo que está determinado. Todos los funcionarios que lo creen serán remisos y descuidados en los deberes de su cargo; y la gente vulgar, que lo cree, será perezosa para el trabajo. El descuido de los funcionarios en el gobierno traerá la anarquía; y la desidia de los labradores en sus labores, traerá la pobreza y miseria. La pobreza y miseria son origen de la anarquía. Y a esta opinión los letrados *ju* la hacen su doctrina y su enseñanza. Son malhechores del mundo. Fomentan el lujo, el ritualismo, la música para viciar y corromper a los hombres y prolongados duelos y ficticias manifestaciones de pena y aflicción para engañar a los padres. Establecen el hado para fomentar la pereza y la pobreza. Altaneros y desdeñosos, abandonan sus deberes y quehaceres y se dan al ocio y a la vagancia. Glotones y perezosos en el cumplimiento de los deberes de sus cargos, terminan por caer en la miseria del hambre y del frío. A pesar de que ven el peligro de hambre y frío a que están expuestos, no lo evitan. Reducidos a la mendi-

cidad, como los ratones, esconden sus alimentos. Miran como los cabrones, se plantan como los berracos. Un *chüntzu* (caballero perfecto) no puede menos de sonreírse y exclamar indignado: Y aún hay hombres imbéciles que les estiman como excelentes letrados. En verano, mendigan trigo y cereales. Después de la recolección de las cinco suertes de cereales, vienen los grandes funerales. A estos siguen los celebrados por cada uno de los hijos de la familia. Con esto, pueden hartarse y beber bien por una temporada. Les basta dirigir algunos funerales. Les parece honroso vivir a cuenta de la riqueza y de la cosecha de las tierras ajenas. Cuando se enteran de que una familia rica va a tener funerales, dicen regocijados: Un virtuoso y cumplido caballero, para cumplir con la virtud *jen* (amor al hombre), indefectiblemente, celebra sus funerales a la usanza antigua. Yo les respondo: Lo que se llama hoy antiguo comenzó por ser nuevo en su tiempo y, por lo tanto, el duelo, que se dice ser antiguo, fue una novedad, no práctica de caballeros perfectos en virtud. Entonces, obstinarse en celebrar los funerales contra la usanza de los caballeros virtuosos y dar una doctrina contraria a la de los varones perfectos, ¿será virtud *jen* (amor al hombre)?

También dicen que el hombre virtuoso *(chüntzu)* se conforma a lo ya establecido y no se pone a crear novedades. Respondo: Antiguamente, I [117] inventó el arco, Yü [296] el escudo, Hsi Chung [93] el carro, Ch'iao Ch'ui [29] la barca. ¿Acaso los carreros que hoy cubren con cuero los carros son caballeros de virtud cumplida y los inventores I, Yü, Hsi Chung, Ch'iao Ch'ui, hombres ruines? Quien se conforma, se conforma a otro que fue el iniciador. Luego si éste fue hombre ruin, también serán ruines los que luego se han de conformar a él. También dicen: El *chüntzu* (varón perfecto), cuando ha vencido, no persigue ya al vencido y guarda, sin dispararle, la flecha y le ayuda a subir a su propio carro. Respondo: Cuando todos son hombres perfectos en la virtud *jen* (amor al

hombre), sin hablarse, están ya unidos y de acuerdo. Los hombres perfectos en la virtud *jen*, en cuanto toman o dejan, en cuanto aprueban o desaprueban, sin hablarse, se han advertido recíprocamente de la razón de su conducta. Pues que ésta está motivada, y sin declarar el motivo, sin conocerse, se conocen; sin hablarse, están de acuerdo. Ven el bien y van a él indefectiblemente. ¿Qué necesidad tienen de ponerse de acuerdo?

Si dos matones luchan uno contra otro, el vencedor puede, también, tener la voluntad de no perseguir más al vencido y guardar en su aljaba la saeta y darle ayuda para que monte su carro. Aunque esto cabe, absolutamente, dentro de lo posible, no por eso será un *chüntzu*. Tal vez, el motivo que le impulsa a obrar así sea no arruinar su propio estado. En cambio, un general santo pone en armas al estado para erradicar de él a los malos y castigar a los malhechores. Pero si un general victorioso, por conformarse a la práctica de los *ju*, dijera a sus soldados: No persigáis al que huyere, guardad la fecha sin dispararle, prestadle ayuda para que monte en vuestro carro, los malhechores y los causantes de subversión quedarían con vida y los males del mundo no se erradicarían. Con esto, este tal se constituiría en padre y madre de todos los malvados del mundo y causante de todos sus males. Sería la injusticia más grande.

También dicen: El *chüntzu* (varón perfecto) es como una campana. Suena si la tocan y guarda silencio mientras no la tocan. Respondo: El varón consumado en la virtud *jen* (amor al hombre), en servir a su soberano se extrema en fidelidad, en el servicio a sus padres es piadoso, alaba al que obra el bien y censura al que falta. Esta es la regla de conducta del ministro. Ahora bien, si sólo suena cuanto le tocan y se calla si no le tocan, caso de haberse enterado de antemano de ocultas intrigas, se callará inhibiéndose para reservar sus fuerzas o su poder. Se mantendrá tranquilo esperando ser preguntado para hablar. Y

aun en asuntos muy provechosos para el rey o para sus padres, se callará si no es preguntado. Y aunque sólo él se ha enterado de que está inmanente y a punto de explotar, como con sólo tocar un resorte, una gran revuelta de bandidos o invasores, aun delante de su rey o de sus padres, se callará si no es preguntado. Así, se hace causante de los males que traerá la revuelta. Como ministro, falta a la fidelidad debida a su rey y, como hijo, a la piedad debida a sus padres, al amor fraternal debido a su hermano mayor y a la bondad y a la honradez para con los amigos. Tiene el propósito de guardar silencio de las cosas de la corte si no es después que otros hayan hablado. Ve el bien y provecho y lo deja pasar y sólo habla por miedo. Si el soberano ha propuesto algo que no reportará beneficio alguno, entonces levanta las dos manos juntas, mira al suelo, traga saliva, respira profundamente y se excusa diciendo que aún no ha estudiado el asunto. Y si urge la respuesta, se escabulle ausentándose lejos.

Quienes con método se aplican a cultivar la virtud *jen* (amor al hombre) y la justicia, dan suma importancia a la formación del hombre y muy poco a ser o no promovido a un cargo de gobierno. Sus virtudes llegan muy lejos e influyen en todas partes. En su inimidad, se aplican a su propio perfeccionamiento. Nunca se asientan en la injusticia y nada hacen que no sea razonable. Se aplican a promover el bien del mundo. En todas sus actuaciones ("en su inclinarse y erigirse y en sus evoluciones"), cesan tan pronto como ven no aportar provecho alguno para los hombres. Esta es la conducta del *chüntzu*. La conducta de un tal Confucio fue muy diferente y opuesta a ésta, según ha llegado a nuestros oídos. El duque Ching [47] del estado de Ch'i [25] (546-488 a.C.) preguntó a Yen Tzu [287] [43]: ¿Qué tal es ese Confucio?

[43] Gran político y varón de eminentes virtudes del estado Ch'i.

Yen Tzu no le respondió. Le preguntó de nuevo y tampoco le respondió. El duque Ching le dijo: Son muchos los que han hablado con mi pobre persona sobre este tal Confucio y todos me han dicho que es hombre excelente. Ahora le pregunto a Su Merced y no me responde, ¿cuál es la razón de su silencio? Yen Tzu le respondió: Yo, Ying, soy muy inepto, incapaz de conocer a los hombres excelentes. Con todo, yo Ying, he oído que los hombres buenos, cuando han entrado en un estado ajeno, se aplican, indefectiblemente, a unir más estrechamente al rey con sus ministros y calmar toda queja entre los superiores e inferiores. Ese tal Confucio, cuando fue al reino Ching [46] (Ch'u) se enteró de lo que el príncipe Pe [190] tramaba y, con todo, presentó al rey a Shih Ch'i [210] (cómplice del príncipe Pe). El rey estuvo a punto de ser exterminado y el príncipe Pe sufrió una afrentosa derrota [44].

Yo, Ying, he oído también que el hombre bueno hace que al superior no se le haga el vacío y que el inferior no quede en situación peligrosa. Que, al hablar con el rey, indefectiblemente, favorece a los otros y, al adoctrinar o aconsejar a los inferiores, indefectiblemente, les habla bien del rey. Cuanto habla es claro e inteligible, cuando obra, es transparente y fácil de ser seguido e imitado. En su obrar la justicia, puede ser comprendido hasta la evidencia por el pueblo. Al deliberar los asuntos con los reyes y ministros, es fácil en consentir y ponerse de acuerdo con ellos. Ahora bien, ese tal Confucio pensó mucho y tramó, poniéndose de acuerdo con otros, para recomendar al rey un malhechor. Fatigó su entendimiento y agotó su talento para cometer una acción criminal. Alentó al inferior a la subversión contra su superior. Aconsejó al ministro asesinar al monarca. No es ésta conducta de una hombre probo. Entrar en el estado

[44] Fue el año 480 a.C. El príncipe Pe era nieto del rey. Se amotinó pero fue vencido y se suicidó.

ajeno y causarle daño, no es conforme a la justicia. Sabiendo que alguien carece de fidelidad, empujarle a la subversión, no es virtud de *jen* (amor al hombre), ni de justicia. Con huir de uno y tramar luego contra él, evitarle y luego hablar contra él, no es posible evidenciar ante el pueblo la limpieza y justicia de su conducta.

No se puede, de esta manera, ponerse de acuerdo con el rey y sus ministros en sus deliberaciones. Yo, Ying, no veo diferencia alguna en la conducta de Confucio y en la del príncipe Pe. Esta es la razón porque no he respondido. El duque Ching exclamó: Muchos son los que me han hecho favores, pero, si no es por Su Merced, en toda mi vida me hubiera enterado de que Confucio no fue diferente del príncipe Pe.

Confucio fue a Ch'i [25] a ver al duque Ching [47]. El duque quiso investirle con el feudo de Ni Ch'i [180] y habló de ello a Yen Tzu [287]. Yen Tzu le dijo que no se podía. Estos letrados *ju* son arrogantes y amigos de que se sigan sus opiniones; no se les puede poner como educadores del pueblo. Aman la música y vician las gentes y las hacen descuidadas para atender a los asuntos de gobierno. Afirman la existencia del hado y, con ello, se hacen perezosos para trabajar y no cumplen con los deberes de sus cargos. Encomian tanto los funerales y los duelos prolongados que no conviene que enseñen al pueblo su observancia. Levantan muy alto sus bonetes y bajan sus rostros. No se les puede hacer maestros o guías del pueblo. Ese tal Confucio se compone y se adereza fastuosamente para engañar a las gentes. Toca el laúd y canta, toca el tambor y danza para reclutar discípulos. Repite sus ceremonias de erigirse y abajarse por pura ostentación. Ejecuta sus evoluciones para espectáculo de las gentes. Su extensa enseñanza no se puede tomar como norma para el pueblo. Sus fatigosas elucubraciones no pueden ayudar al pueblo. Muchas y largas vidas no bastan para aprender todos sus co-

nocimientos. Toda una vida no basta para ejecutar todo su ceremonial. Riquezas, por mucho tiempo acumuladas, no bastan para disfrutar de todo su repertorio músico. Con su pompa, su fausto y arte licencioso, encandila a los monarcas. Con la exuberancia de sus melodías, vicia al pueblo ignorante. No conviene enseñar sus artes a las gentes. Con sus doctrinas, no es posible guiar bien las muchedumbres. Ahora, Su Majestad quiere gratificarle con un feudo para cambiar las costumbres de Ch'i. No es esa manera de conducir un estado y de presidir los pueblos. El duque respondió: Está bien. Después elevó a Confucio en el tratamiento que le daba, pero se reservó el feudo que pensaba darle. Le visitaba respetuosamente, pero sin hacerle preguntas sobre sus doctrinas. Confucio se puso furioso contra el duque Ching y contra Yen Tzu y puso a Ch'in I Tzu [26] en casa de Tien Ch'ang [238] [45]. Dio cuenta a Nan Kuo Hui [178] de lo que pretendía y volvió a Lu [163] (su patria). Poco después, Ch'i [25] estaba para atacar a Lu. Avisó de ello a Tzu Kung [256] (su discípulo) y le dijo: "Szu (nombre de Tzu Kung), va a suceder algo grande muy pronto". Y envió a Tzu Kung a Ch'i para que, introducido por Nan Kuo Hui, pudiera entrevistarse con T'ien Ch'ang y le exhortara a que atacara al reino de Wu [273]. Dio instrucciones a Kao Kuo [129] y Pao Yen [184] que no estorbaran a T'ien Ch'ang en la revuelta que proyectaba. Aconsejó también al reino de Yüe [298] que atacara a su vecino Wu [273] antes de tres años. Los dos reinos Ch'i y Wu sufrieron gran quebranto. Los cadáveres se contaron, según se dice, por zanjas abiertas para enterrarlos. Toda esta matanza fue obra de ese tal Confucio. Cuando Confucio fue ministro de justicia de su país Lu, desertó del servicio del estado y ofreció sus servicios a Chi Sun [20]. Chi Sun era ministro del duque de Lu y quiso separarse y huir. Luchó con la

[45] Este mató al duque y se sentó en su trono.

guarnición de la puerta de las murallas y Confucio rompió la tranca de la puerta. Confucio estuvo asediado entre los estados Ts'ai [244] y Ch'en [13]. Diez días no pudieron hacer el cocido. Se alimentaron de caldo de la hierba quenopodio. Tzu Lu (257) coció un lechoncito y Confucio lo comió sin preguntar su procedencia. También despojó a uno de sus vestidos para, con su precio, comprar vino y Confucio, sin preguntar la procedencia del licor, lo bebió. En cambio, habiéndole recibido el duque Ai [1] (de Lu) (493-466 a.C.) no quiso sentarse en la estera por estar un poco torcida, ni quiso tomar carne por no estar cortada en trozos regulares. Su discípulo Tzu Lu [257] le preguntó luego por qué había obrado de una manera tan contraria a la de los límites de Ch'en y Ts'ai. Confucio le contestó: Ven y te lo diré. Entonces, a ti y a mí nos apremiaba mirar por nuestras vidas, hoy nos apremia mirar por nuestra rectitud y justicia. Constreñidos por el hambre, no se abstiene de coger, aun ilegalmente, lo preciso para conservar la vida. Una vez bien hartos, se puede ya atender a embellecerla con conducta fingida. ¡Dónde se han visto falsedad, sinvergüenza y perversión semejantes! Estaba Confucio sentado con sus discípulos. Les dijo: Cuando el emperador Shun [214] veía a Kou Sou [138] se entristecía. Eran tiempos de gran peligro para el mundo, y el duque Tan [228] de Chou [50] ¿acaso no era *jen* (hombre de gran amor a los hombres)?, ¿por qué, pues, abandonó su casa y se fue a vivir a otra? [46] Confucio llegaba en sus intrigas y enredos hasta donde le permitía su ingenio. Y sus discípulos le han imitado. Tzu Kung [256] y Chi Lu [19] ayudaron a Kung Li [144] a la subversión en Wei [263] y Yang Huo [283] hizo lo mismo en Ch'i. Fu Hsi [80] se sublevó en Chung Mou [66]. La crueldad de Ch'i Tiao [26] en

[46] Mo Ti acusa a Confucio de haber hablado contra varones de virtud tan eximia como el emperador Shun y el duque Tan de Chou.

los castigos nó ha tenido par. Sus alumnos y sus discípulos posteriores han embellecido sus doctrinas e imitado su conducta hasta donde alcanzaban sus talentos y sus fuerzas. Pues, si tal fue la conducta del maestro Confucio, ¿se podrá aún dudar cuál ha de ser la de sus discípulos, los *ju*?

LIBRO ONCE

CAPITULO CUARENTA Y SEIS [47]

Ken Chu [135]

Mo Ti airó una vez a Keng Chu (su discípulo). Keng Chu le dijo: ¿Acaso yo no soy mejor que algunos otros? Mo Ti le respondió: Suponte que yo voy a subir a Ta hsing [224]. Engancho al carro un caballo de raza y un buey. ¿A cuál de ellos arrearías tú? Ken Chu le contestó: Al caballo de casta. Mo Ti: ¿Por qué? Keng Chu: Porque a un caballo de casta se le puede exigir mucho. Mo Ti: Pues también yo creo que a ti se te puede exigir mucho.

Wu Ma Tzu [278] (letrado confucionista) pregun-

---

[47] Hemos dejado de traducir seis capítulos (40-46). Interesan poco a nuestro objeto, que es presentar la ideología político-social de Mo ti. Estos seis capítulos son un glosario o lógica en el que Mo Ti define la significación de muchas palabras y conceptos. Los dos primeros se titulan *Ching* [45]. *Ching* es la urdimbre de la tela y de esta significación deriva la de *regla*. Da la definición de 195 conceptos. Los dos siguientes capítulos cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco los titula *Ta Ts'ü* [226] y *Siao Ts'ü* [216]. Ts'ü significa tomar, escoger. *Ta* es grande y *Siao*, pequeño. En ellos se podían espigar algunos conceptos interesantes pero la interpretación de muchas de sus sutilezas es difícil y expuesta a no acertar con el genuino sentido que Mo Ti le daba.

Las sutilezas conceptuales, en las que Mo Ti va distinguiendo las diversas formalidades y acepciones de las palabras o frases, degeneraron, más tarde, en sus discípulos, en inútiles e interminables sofisterías.

tó a Mo Ti: ¿Quienes son más sabios, los espíritus de los difuntos o los santos? Mo Ti le contesta: Los espíritus superan a los santos en sabiduría como los hombres dotados de vista y oído excelentes superan a los sordos y ciegos. El antiguo emperador Ch'i [23] (2197-2188 a.C.), de la dinastía Hsia [95], ordenó a Fei Lien [77] recogiera mineral en las torrenteras de las montañas (fundiera ollas trípodes) y consagrara una tortuga de Pe Ku con sangre de faisán para preguntar (a los espíritus) sobre el suceso de las ollas fundidas [48]. La respuesta fue: Deberán ser trípodes y cuadradas. Cocerán las carnes sin arrimarlas al fuego. Y, sin que nadie las moviera, se esconderían por sí mismas. Sin que se las traslade, se desplazarían por sí mismas. Servirían para sacrificar en el desierto K'un Wu excelentes ofrendas, muy agradables a lo Alto. Quería decir con eso que habían de servir para las adivinaciones (conocer la voluntad del Cielo). Al hacer las ofrendas, blancas nubes se acumularían al Sur, al Norte, al Oeste y al Este.

En efecto, fabricadas las nueve ollas, han ido pasando sucesivamente a tres principados. Las perdió la casa Hsia [95] (2205-1766 a.C.) y las recibió la casa Yin [289] (1766-1122 a.C.). Las perdieron los Yin y las recibieron los Chou [50] (1122-221 a.C.). Pasaron varios siglos entre cada transmisión de las casas Hsia, Yin y Chou. Aunque los santos varones reunieron sus buenos ministros y proyectaran rebelarse contra Chieh [30], ¿cómo podían saber sucesos que habían de tener lugar después de siglos? Pero los espíritus de los difuntos lo supieron. Por eso, he dicho que los espíritus de los difuntos superan en sabiduría a los varones santos como los dotados de vista clara y oído fino superan a los ciegos y sordos.

Ch'ih T'u Yü [37] y Hsien Tzu Shih [101] pregun-

[48] Se trata de las nueve famosas ollas que simbolizan las nueve antiguas provincias del imperio. Según este texto de Mo Ti, su origen fue sacrificial: cocer las carnes de las víctimas.

taron a Mo Ti. ¿Para ser justo qué es lo que más se precisa hacer? Mo Ti les contestó. Lo mismo que para levantar una pared. Quienes puedan apisonar la tierra, que la apisonen; los que puedan llenar con tierra el encajonado, que la llenen; los que puedan mirar la visual, la miren. Obrar con justicia es lo mismo. Quienes la puedan recomendar en sus discursos y conversaciones, la deben recomendar; los que puedan escribir de ella, deben escribir; los que puedan practicarla, la deben practicar.

Wu Ma Tzu dijo a Mo Ti: En amar su merced a todo el mundo no hay provecho y en mí no amar a todo el mundo tampoco hay daño. En ambos casos, la obra queda sin efecto. ¿Por qué, pues, ha de ser bueno o verdadero lo suyo y no lo mío? Mo Ti le contesta: Supongamos que se ha declarado un incendio. Un hombre trae agua y la echa sobre el fuego. Otro trae un leño encendido y va prendiendo el fuego en más sitios. Ninguno de ellos consigue el resultado completo. ¿El trabajo de cuál de los dos ha sido más valioso? Wu Ma Tzu contestó: Yo tengo por bueno el del que traía agua y la arrojaba sobre el fuego y por malo el del que, tomando fuego, lo iba prendiendo en más sitios. Mo Ti le contestó: Yo también tengo por buena mi doctrina y por mala la de Su Merced.

Mo Ti envió a Keng Chu [135] a Ching [46] (Ch'u). Con él fueron unos cuantos compañeros. Comían tres libras de grano en cada comida. No era muy espléndido el trato que daba a estos sus huéspedes. Estos dos o tres compañeros volvieron a donde Mo Ti y le dijeron: K'eng Chu no ha podido prosperar mucho en Ch'u. Los dos o tres compañeros que con él fuimos, no comíamos más que tres libras de grano en cada comida. No nos trataba muy bien. Mo Ti les respondió: Sólo eso no basta para saberlo. En efecto, al poco tiempo Keng Chu envió a Mo Ti diez monedas diciéndole: Su discípulo no quiere morir (como un delincuente). Ahí le envío diez monedas.

Quiero que el maestro las gaste. Mo Ti dijo al recibirlas: Ya dije que no era suficiente para saberlo.

Wu Ma Tzu [278] dijo a Mo Ti: Su Merced obra justamente. Pero los hombres no lo ven y no se le entregan; los espíritus de los difuntos tampoco lo ven y no le bendicen con la riqueza. Su obrar es estúpido. Mo Ti le contestó: Supongamos que Su Merced tiene dos servidores. Uno de ellos trabaja cuando Su Merced le está mirando y deja de trabajar cuando no le está mirando. El otro trabaja cuando Su Merced le está mirando y trabaja también cuando Su Merced no le está mirando. ¿A cuél de ellos apreciará más Su Merced? Wu Ma Tzu le contestó: al que trabaja cuando le estoy mirando y trabaja también cuando no le estoy mirando. Entonces, le dijo Mo Ti, también Su Merced aprecia a un estúpido.

Un discípulo de Tzu Hsia [255] (discípulo, a su vez, de Confucio) preguntá a Mo Ti: ¿Un *chüntzu* (caballero perfecto) tiene riñas o peleas? Mo Ti le responde: No, un *chüntzu* (caballero perfecto) tiene riñas o peleas? Mo Ti le responde: No, un *chüntzu* no se pelea. El discípulo de Tzu Hsia objeta: Aun los perros y los cerdos luchan, ¿cómo puede haber un caballero que no luche? Mo Ti le contesta: ¡Cosa de lástima! ¡Hablar el lenguaje de emperadores como T'ang [233] y, en las obras, conducirse como los peros y los cerdos! ¡Cosa de lástima!

Wu Ma Tzu [278] dijo a Mo Ti: Dejar a los hombres actuales y estar siempre elogiando a los antiguos emperadores es igual que elogiar unos huesos secos. Es como si un carpintero supiera sólo de troncos viejos y secos e ignorase los árboles vivos. Mo Ti le contesta: El mundo vive hoy gracias a las enseñanzas de los antiguos emperadores. Alabar a los antiguos emperadores es alabar aquello por lo que hoy vive el mundo. Además, ser una cosa laudable y no alabarla es falta de virtud *jen* (amor al hombre).

Dice Mo Ti: El famoso jade circular del señor Ho [90], la perla del marqués Sui [218], las nueve ollas

de tres pies y seis agarraderos de forma de alas están considerados por los señores feudales como los más grandes tesoros. ¿Pero pueden enriquecer un estado, aumentar su población, promover el orden y la justicia en la administración judicial y gubernamental y dar paz y tranquilidad a la patria? Hay que responder que no. Los verdaderos tesoros son aquellos que son provechosos y beneficiosos. Y ni el jade de Ho, ni la perla del marqués de Sui, ni las nueve ollas trípodes pueden ser de provecho alguno a los hombres; luego no son los tesoros preciosos del mundo. En cambio, gobernando con justicia, infaliblemente, se acrecentará la población, la administración judicial y gubernamental será ciertamente recta y buena, la patria gozará de paz y tranquilidad. Si, pues, el tesoro más precioso es aquel que aprovecha mucho al pueblo y la justicia aprovecha mucho al pueblo, hemos de concluir que la justicia es precioso tesoro.

She Kun Tzu Kao [207] preguntó a Confucio sobre el modo de gobernar. ¿Cuál es el mejor gobierno? Confucio le contestó: El mejor gobierno es el que atrae a los lejanos y a los viejos (adictos) los hace nuevos. Mo Ti, al oírlo, dijo: She Kung Tzu Kao no obtuvo la deseada respuesta porque Confucio no contestó a la pregunta. ¿Acaso She Kunk Tzu Kao ignoraba que el buen gobierno era atraer a los lejanos y renovar los viejos? ¿Cuál es la razón de una pregunta? She Kunk Tzu Kao no obtuvo la respuesta deseada y Confucio no contestó a lo que se le preguntó porque no dijo al interrogante lo que éste ignoraba, sino lo que ya sabía.

Mo Ti dijo a Yang Wen [284] señor de Lu [163]. Atacar un gran estado a un estado pequeño es lo mismo que el juego en el que los niños juegan a caballos. Al correr como los caballos, se les cansan mucho las piernas a los muchachos. Lo mismo, cuando un gran estado ataca a uno pequeño, en el estado atacado los labradores no pueden dedicarse a sus tareas de la labranza ni las mujeres a las de sus telares. Están ocu-

pados en la defensa del estado. Los atacantes tampoco pueden dedicarse a sus trabajos de labranza y sus mujeres no pueden trabajar en sus telares ocupadas como están en atacar. Así, el atacar un gran estado a otro pequeño se puede comparar al juego de muchachos que juegan a caballos.

Dice Mo Ti: Habla de las cosas ordinarias, que puedes realizar; hablar de las cosas extraordinarias, que no eres capaz de realizarlas, es dilacerar inútilmente tu boca.

Mo Ti hizo que Kuan Ch'ien Ao [141] enviara al estado Wei [263] a Kao Shih [130]. El señor de Wei le asignó una renta pingüe nombrándole ministro de estado. El señor Shih, en tres audiencias, le expuso la política que era necesario implantar en el estado. Pero sus palabras no se ponían en práctica. En vista de eso, marchóse a Ch'i [25] y fue a ver a Mo Ti y le dijo: El rey de Wei, en consideración a Su Merced, me asignó una renta muy pingüe nombrándome ministro de estado. Yo, Shih, en tres audiencias, le expuse lo que era necesario hacer y mis palabras han quedado sin realizarse. Por eso, le he dejado. ¿El rey de Wei no me tendrá por mentecato? Mo Ti le contestó: Si le has dejado por virtud, ¿por qué te apena el que te tenga por mentecato? Antiguamente, el señor Tan [228] de Chou [50], después de condenar a Kuan Shu [307] y despedirse de los tres ministros imperiales, fue a vivir al Oriente en Shang Kai [205]. Por eso, se le tuvo por mentecato. Pero los siglos posteriores le han elogiado como varón de eximia virtud y han enaltecido su fama. Hasta el día de hoy no ha muerto su memoria. Yo, Mo Ti, he aprendido que quien, por la virtud de la justicia no evita el ser condenado, se hace digno de toda alabanza. Si, pues, le has dejado por virtud, ¿por qué te apena el tener que aceptar el calificativo de mentecato? Kao Shih Tzu le contestó: ¿Cómo no iba a dejarle por conservar entera mi virtud? Antiguamente, Ud., maestro, nos dijo: Cuando en el mundo no reina la virtud, un caballero

de virtud *jen* (amor al hombre) no detenta cargos de pingües rentas. El rey de Wei es un hombre sin virtud; servirle sería buscar, sórdidamente, ser alimentado por él. Mo Ti, muy contento, llamó a Ch'in Ku Li [42] y le dijo:

> ¿Lo has oído? Yo he oído muchos casos de hombres que dan la espalda a la justicia para volver la cara a las rentas. Volver las espaldas a las rentas para volver la cara a la justicia lo he visto en Kao Shih Tzu.

Mo Ti decía: Los señores del mundo se molestan indignados si, siendo pobres, los llamas ricos; pero si, no siendo justos, los llamas justos se ponen muy contentos. ¿No es absurdo?

Kung Meng Tzu [146] dijo: Los antiguos sólo guardaban tres principios o tres reglas. Mo Ti le contestó: Quien afirma que los antiguos no tuvieron más que tres reglas o tres principios, no ha conocido a los antiguos (laguna de varios caracteres que parece decían: Kung Meng Tzu le respondió:). Su discípulo, después de haberle contrariado ha vuelto de nuevo. ¿Qué pecado tengo, pues que me he convertido? Mo Ti le contesta: Eres como un general que, después de haber hecho que sus tres ejércitos huyan desbandados y haberlos perdido, pide todavía ser recompensado.

Kung Meng Tzu dijo: Un *chüntzu* (caballero cabal) habla de lo hecho ya por otros, no se pone a hacer cosas nuevas [49]. Mo Ti le contesta: No es verdad; ese tal no es un *chüntzu*. Antiguamente, no se hablaba del bien que se había hecho; hoy no se hace el bien. Lo segundo no es de caballeros cumplidos, *chüntzu*. Antiguamente, no se hablaba del bien que se había hecho; si había que hacer el bien, se hacía. Querían que el bien saliera de ellos. Hoy, en cambio, se habla y no se hace. Esto tampoco es diferente del

[49] Frase de Confucio: "Yo nada nuevo hago, hablo de lo hecho por los antiguos".

no gustar hablar, sino hacer. Yo creo que del bien de los antiguos conviene hablar y el bien de hoy conviene hacer, deseando que el bien crezca y aumente.

Wu Ma Tzu [278] dijo a Mo Ti: Su Merced y yo somos muy distintos. Yo no soy capaz de amar a todos. Yo amo a los habitantes de Chou [52] más que a los habitantes de Yüeh [298], y a los habitantes de Lu [163] más que a los habitantes de Chou y a mis copaisanos más que a otros habitantes de Lu; y a mis familiares más que a mis copaisanos; a mis padres más que a otros de mis familiares; a mi propia persona más que a mis padres. Los tengo por más cercanos a mí mismo. Si me zurran, me duele. Si zurran a otro, no lo siento tanto como cuando me zurran a mí mismo. ¿Por qué razón voy yo a no pegar a quien me ha hecho mal y a pegar a quien no me ha hecho mal? Así, se dan casos en que se mata a otro en provecho propio, pero no los hay de quienes se han matado a sí mismo a beneficio de otros. Mo Ti le contesta: ¿Su Merced desea tener oculta su justicia o la quiere dar a conocer? Wu Ma Tzu le contesta: ¿Por qué voy a querer tener oculta mi justicia? Yo quiero darla a conocer. Entonces, supongamos que uno proclama su justicia y otro quiere matarle en beneficio propio. Diez proclaman su justicia y diez quieren matarle para propio provecho. Todo el mundo proclama su justicia y todo el mundo quiere matarle para propio provecho. Uno no quiere proclamar su justicia. Uno quiere matarle porque le tiene a Ud. por propalador de doctrinas funestas. Diez se abstienen de proclamar su justicia y diez quieren matarle por tenerlo por propalador de malas doctrinas. Todo el mundo se abstiene de hablar de Ud. o todo el mundo quiere matarle por tenerle por propalador de malas doctrina. Quienes hablan de su justicia quieren matarle y los que no hablan también quieren matarle. Como se dice, todos cuantos le mientan quieren matarle. Dice pues Mo Ti: ¿De esta manera, la doctrina de Su Merced, qué beneficios puede reportar? Si no reporta beneficio al-

guno no hay por qué se hable de ella. Hablar de ella sólo sirve para dilacerar la boca [50].

Mo Ti dijo a Yang Wen [284] señor de Lu [163]: Supongamos un hombre que si ve que están asando un cordero, una res vacuna o un animal herbívoro, se arremanga, corta un trozo, lo condimenta y lo come sin poder contener su insaciable voracidad. Y si ve a alguien que está haciendo tortas se las arrebata diciendo: Déjame comerlas. No sabe contener la insaciable avidez de sus sentidos. ¿No sufre de manía de robar? Yang Wen le contesta que es manía de robar. Mo Ti le dice: Pues bien, el reino de Ch'u [68] tiene convertidos en erial los campos de sus cuatro puntos cardinales. Están convertidos en inmensa selva millares de tierras por no poderlas roturar. A pesar de eso, ve que entre los estados Sung [221] y Cheng [14] hay tierras baldías y allá va a arrebatarlas. ¿Hay diferencia alguna con la voracidad del hombre del cuento? Yang Wen, señor de Lu le contesta: Exactamente igual. Tiene la manía de robar.

Mo Ti dijo: Chi Sun Chao [21] y Meng Pe Ch'ang [168] gobernaban el estado Lu. No confiaban el uno en el otro y acordaron juramentarse en Ts'ung She [247] (templo del bosque). Juraron diciendo: "Nos pondremos de acuerdo a cierra ojos". Así juraron en Ts'ung She. Porque se decía cada uno para sí: Si ambos vamos los ojos abiertos, ¿cómo no va a haber diferencias entre nosotros?

Mo Ti dijo a Lo Hua Li [162]: He oído decir que Ud. ama mucho el valor, Lo Hua Li le contestó: Sí, pero si oigo que en algún país vive un hombre muy

---

[50] La objeción de Wu Ma Tzu al amor universal está muy bien puesta. Fue también la objeción de Mencio y de la escuela de los letrados *ju*. La contestación de Mo Ti no es clara. Viene a decir que la discriminación de simpatizantes y enemigos resulta sin provecho y es causa de muchas muertes. Mo Ti, para ser consecuente, no puede admitir un amor generalizado a todos pero de mayor o menor intensidad según los grados de intimidad, porque sería introducir la *discriminación*, causa de todos los males.

valeroso, indefectiblemente le mato. Mo Ti le dice: En el mundo nadie hay que no desee juntarse a lo que ama y deshacer lo que aborrece. Pero Ud., si oye que en algún país hay un hombre valeroso, le tiene que matar a todo trance, ¿es que ama el valor o aborrece el amor?

LIBRO DOCE

CAPITULO CUARENTA Y SIETE

Estima de la justicia

Nada, entre todas las cosas, hay de más valor que la justicia. Si dices a uno: Te daré un buen gorro y unos buenos zapatos con tal de que te dejes cortar la mano y los pies, ¿lo querría? Ciertamente, no lo querría. ¿Por qué no? Porque un gorro y unos zapatos no son de tanto valor como las manos y los pies. Y si se le dice: Se te dará el trono imperial si consientes que se te mate, ¿lo querría? Ciertamente, no lo querrá. ¿Por qué? Porque todo el imperio no vale para mí tanto como mi propia persona. Con todo, se dan casos de hombres que se matan por defender su palabra o su doctrina. Es porque consideran la propia justicia de más valor que su propia persona. Por eso, he dicho que, entre todas las cosas, no hay ninguna de más valor que la justicia. Mo Ti, desde Lu [163], se fue al estado Ch'i [25]. Pasó por casa de un antiguo amigo. Este dijo a Mo Ti: Hoy en el mundo nadie obra la justicia. Solo tú te sacrificas y sufres por la justicia. Más te vale que lo dejes. Mo Ti le contestó: Supongamos que un hombre tiene diez hijos. Uno de ellos labra los campos, los otros nueve viven sin hacer nada. El que labra deberá, por eso mismo, trabajar con más aplicación y esfuerzo. ¿Por qué? Porque las bocas que comen son muchas y quien trabaja, sólo

uno. ¿Cómo me exhortas a que deje de obrar obras de justicia porque en el mundo ya nadie las obra?

Mo Ti iba de viaje al Sur, al reino Ch'u [68] para ver al rey Hsien Hui [99] (487-430 a.C.). El rey Hsien Hui se excusó de recibirle por su ancianidad y ordenó a Mou Ho [176] le recibiera. Mo Ti habló, pues, con Mou Ho. Mou Ho le habló con altanería. Díjole: Lo que Su Merced me dice son cosas muy buenas. Pero nuestro soberano es un gran monarca del mundo y, si se le habla de modos de obrar de hombres de baja condición, no los oye. Mo Ti le contesta: Si los pusiera en práctica, tendrían la eficacia de una buena medicina. El emperador mismo suele tomar hierbas medicinales para curarse. ¿Cómo pues va a decir que no va a tomar una hierba medicinal? Los labradores entregan los granos de contribución a Su Majestad. Y Su Majestad hace con ellos licores y mostos, llena de grano vasos sagrados y los ofrenda a Dios *(Shang Ti)* y a los espíritus de los difuntos. ¿Cómo va a decir que no gusta aceptar producto alguno de gente del vulgo? Así pues, aunque sea yo un hombre vulgar, todavía puedo compararme, por una parte, con los labradores y, por otra, con las hierbas medicinales. ¿Acaso soy inferior a una hierba medicinal? Además, el monarca habrá oído contar lo que se dice del emperador T'ang [233] (1766-1753 a.C.). Antiguamente, T'ang quiso ir a ver a I Yin [122]. Ordenó al hijo de P'eng [195] que condujera el carro. El hijo de P'eng, a medio camino, preguntó al emperador: ¿Dónde va el monarca? T'ang le contestó. A ver a I Yin. El hijo de P'eng le dice. Y Yin es, en el mundo, un hombre vulgar. Si Su Majestad desea verle no tiene más que llamarle y él lo tendrá como señalado favor. T'ang le contestó: Tú no lo entiendes. Supongamos que hay una hierba medicinal que, tomándola, el oído se hace mucho más fino y la vista mucho más clara. Yo lo querría tomar a todo trance. Pues bien, hoy I Yin es, en mi estado, como una excelente medicina y tú no quieres que yo vaya a verle. Tú no quieres mi bien.

Y ordenó que el señor P'eng no condujera su carro. Después que reconoció su razón, se lo permitió de nuevo.

Dice Mo Ti: Hay que decir toda palabra y realizar toda acción beneficiosa al Cielo, a los espíritus de los difuntos y al pueblo. Y hay que omitir toda palabra y toda acción perjudicial al Cielo, a los espíritus de los difuntos y al pueblo. Se debe decir toda palabra y se debe ejecutar toda acción que sea conforme a los santos emperadores de las tres dinastías Yao [285], Shun [214], Yü [295], T'ang [233], Wen Wang [300] y Wu Wang [281]. Se debe omitir toda palabra o acción que concuerde con los emperadores tiranos de las tres dinastías Chieh [30], Chou [51], Yu [291] y Li [157].

Dice Mo Ti: Unas pocas palabras pueden bastar para trastornar una conducta regular; pero no bastan para corregir o rectificar una conducta irregular. No bastan para regularizar la conducta. Tal es el poder perturbador de la lengua.

Dice Mo Ti: Quien sea capaz de erradicar seis vicios y capaz de pensar en silencio, de hablar y obrar siempre de manera que sus palabras sean instructivas y sus acciones efectivas, llegará a ser un santo. Ciertamente, llegará a suprimir la alegría, la ira, la dicha, la tristeza y el amor, para emplearse sólo en las virtudes de amor al hombre *jen* y justicia. Sus manos y pies, su boca, nariz y oídos se emplearán en obrar la justicia. Ciertamente, llegará a la santidad. Mo Ti decía a unos cuantos señores: Un hombre que obra la justicia, sin desviarse nunca de ella, es como un carpintero que, al cortar la madera, nunca se aparta de la línea trazada por la cuerda.

Decía Mo Ti: El heredero de un reino está autorizado para matar un perro o un cerdo y, si no se lo consienten, renuncia a su dignidad. Y un ministro de estado no lo puede hacer, ¿no es absurdo?

Decía Mo Ti: Un ciego, a lo blanco, llama blanco y, a lo negro, llama negro, lo mismo que uno que tiene buena vista. Pero si se juntan los dos colores y

se le dice al ciego que escoja uno de ellos, no sabrá cuál escoger. De aquí saco yo que un ciego no distingue lo blanco de lo negro, no porque no sepa nombrarlos, sino porque no sabe escogerlos. Así también, los reyes que hoy gobiernan en el mundo nombran la virtud *jen* (amor al hombre) tan bien que los mismos emperadores Yü [295] y T'ang [233] nada tienen que rectificarlos. Pero si se ponen juntas acciones que comportan *jen* o falta de *jen* y se les dice que las escojan, no saben cuáles escoger. De aquí deduzco yo que los reyes del mundo no saben qué es la virtud *jen*. No que no sepan nombrarla, sino que no saben escogerla.

Decía Mo Ti: Hoy, muchos señores no tienen tanto cuidado de su propia persona como todo mercader tiene de una moneda o de una tela. Los mercaderes, por pundonor, no se atreven a vender tela de cualquier calidad sino de la mejor calidad. En cambio, muchos señores no tienen de sus personas ese cuidado. Hacen lo que les da la gana y, en cosas de mayor monta, incurren en castigos; y, en cosas menores, quedan deshonrados. Esos señores no se cuidan de sus propias personas cuanto los mercaderes se cuidan de la calidad de sus telas.

Decía Mo Ti: Los reyes de los tiempos actuales quisieran perfeccionarse en la justicia, pero aborrecen al que viene a ayudarles a perfeccionarse. Es como quien quiere levantar una pared y, si viene alguno a ayudarles, le rechazan airadamente. ¿No es absurdo?

Decía Mo Ti: Los antiguos santos emperadores querían transmitir su doctrina a las generaciones futuras. Por eso, la escribieron en latas de bambú y en sedas y la esculpieron en metales y lápidas para transmitirlas a los hijos y nietos de futuras generaciones y les sirvieran de norma. Si pues, ahora, oímos esta herencia recibida de ellos y no la practicamos, inutilizamos su tradición.

Mo Ti iba al Sur como embajador al estado Wei

[263]. Llevaba gran cantidad de escritos en la parte delantera de su carro. Hsien T'ang Tzu [100], maravillado de ver tanto libro, le dijo: Mi maestro Kung Shang Kuo [147] me aconsejaba diciéndome: Basta con enderezar lo torcido. Y Su Merced va con tantos libros, ¿para qué? Mo Ti le contestó: Antiguamente, Tan [228] príncipe de Chou [50], cada mañana leía cien capítulos y a la tarde daba audiencia a setenta letrados. Así, llegó a asistir como ministro al emperador. La fama de su gran perfección ha llegado hasta nuestro días. Yo no estoy ocupado en el servicio del rey, ni tampoco en las labores de la labranza. ¿Cómo voy a malgastar mi tiempo? Yo he aprendido que, en la muchedumbre de cosas que simultanean en el espíritu, sus realidades inducen a error y el pueblo no las oye con equidad. De aquí que haya tantos libros. Si, pues, el espíritu (el corazón), por donde pasa, las va meditando repetidamente en sus más recónditos detalles, deduce de esa pluralidad de cosas que simultanean, lo esencial y más importante de ellas. Y lo enseña o lo escribe. ¿Por qué maravillarse de esto?

Mo Ti dijo a Kuang Liang Huan [145]: Wei es un estado pequeño enclavado entre los reinos Ch'i [25] y Chin [38] como una familia pobre entre dos familias ricas. Una familia pobre, que aprende de las ricas a gastar mucho en comida y vestido, pronto se arruinará. Yo veo que la casa de Su Merced mantiene varios centenares de carros ricamente aderezados, varios centenares de cuadrigas de caballos alimentados con hortalizas y cereales, varios centenares de mujeres ataviadas de vestidos ricamente bordados. Según mis cuentas, para adornar sus carros, dar pienso a los caballos y bordar vestidos necesita más de mil personas. Si al estado sobreviene un contratiempo, con poner en vanguardia un centenar de esa gente de servicio y varios otros centenares en retaguardia y con varios centenares de esas mujeres delante y detrás, ¿quién se sentirá seguro? Yo pienso que estaría más seguro, si, en vez de ellos, mantuviera soldados.

Mo Ti envió a uno a Wei [263] para que fuera allí funcionario. Este llegó allí y volvió. Mo Ti le preguntó por qué había vuelto. Respondió: Me hablaron con poca corrección. Me dijeron: Recibirás un tratamiento de mil *p'en* (¿celemines?). De estos mil *p'en* me darás a mí quinientos. Esta ha sido la causa de que lo rechazara. Mo Ti le preguntó: Si le hubieran dado los mil *p'en* ¿los hubiera rechazado? No, le contestó. Mo Ti dijo: Luego no ha sido por falta de atención sino por insuficiencia en el tratamiento. Y siguió diciendo. Los gobernantes de hoy tienen con los letrados probos y justos menos miramientos que con los labradores que vienen a traerles una carga de cereales de contribución. Si viene un hombre con una carga de cereales y se sienta al margen del camino para descansar y luego, al levantar su carga para continuar su camino, le fallan sus fuerzas, y el rey lo ve, le ayuda sin parar mientes en si es joven o viejo, plebeyo o noble, ¿por qué? Por ser de justicia. Pero si un caballero virtuoso y justo viene trayendo las doctrinas de los antiguos emperadores y se las expone, no sólo no las reciben con agrado y las ponen en práctica, sino que las critican y condenan. Así, los reyes de hoy no tienen con los letrados justos y probos los miramientos que tienen con un campesino que trae una carga de cereales.

Decía Mo Ti: Las ganancias de los mercaderes, en todos los mercados, vienen a ser de dos a cinco veces el capital invertido. Aunque encuentran sus dificultades en las aduanas de los puertos y puentes y peligros de bandidos, con todo, hacen su comercio indefectiblemente. Pero un letrado, que puede, sentado tranquilamente, exponer la doctrina de la justicia sin ningún impedimendo de aduanas de puertos y puentes y sin ningún peligro de bandidos, como no puede contar sus ganancias a razón del doble a cinco veces, renuncia a su cargo. Según esta cuenta las ganancias de un letrado son inferiores a las de un mercader.

Mo Ti iba de viaje al Norte, al reino Ch'i [25]. Se encontró con un astrólogo que le dijo: Dios *(Ti)* va a matar hoy al dragón negro en la región norte. El color de la tez de Su Merced es negro, no puede ir hoy en dirección del Norte. Mo Ti no le hizo caso y se fue al Norte. Llegado al río Tzu [251], volvió sobre sus pasos. El astrólogo le dijo: Los hombres del Sur no pueden ir al Norte, los del Norte no pueden ir al Sur porque los unos son negros y los otros blancos. ¿Y por qué no hacer universal esa regla y decir: El día *chia i* [27] Dios mata al dragón verde en la región Este; el día *ping ting* [198] mata al dragón rojo en la región Sur; el día *Keng hsin* [136] mata al dragón blanco en el Oeste y el día *Jen kuei* [123] mata al dragón negro en el Norte? Según esa ley, estará vedado andar por el mundo entero. Eso es constreñir con miedos el corazón y vaciar el mundo entero. Las doctrinas de Su Merced son inservibles.

Decía Mo Ti: Mis doctrinas son prácticas y utilizables. Dejar las enseñanzas buenas y ponerse a inventar ideas nuevas es como dejar la cosecha entera de mieses y ponerse a recoger en el suelo los granos de mijo que han caído en la siega. Querer, con esas sus doctrinas, condenar las mías es como arrojar un huevo contra un peñasco. Acabados todos los huevos del mundo, el peñasco seguirá firme e incólume.

CAPITULO CUARENTA Y OCHO

El señor Kung Meng [146]

El señor Kung Meng dijo a Mo Ti: Un *chüntzu* (caballero perfecto) espera respetuosamente a ser preguntado antes de hablar y, si no le preguntan, guarda silencio. Es como una campana que suena si la tocan; si no la tocan está callada. Mo Ti respondió: Esa sentencia entraña tres significaciones. Y haber

entendido sólo una de ellas es no haberla entendido. Si un magnate procede desordenada y tiránicamente en el estado, ir y censurarle se llama mostrar su *disconformidad*. Proponer elevar una censura se llama *deliberar* o *discutir*. Esto es en caso en que un *chüntzu* duda de lo que debe hacer. Si la política que sigue un magnate va a desencadenar, como un resorte que se dispara, grandes dificultades al estado, un *chüntzu*, sin dudar un momento, elevará su censura y reprobación mirando el bien del propio magnate. En ese caso, la campana sonará sin ser tocada. Si el magnate está para embarcarse en una empresa injusta, si, con una ingeniosa estrategia, se pudiera emprender una acción militar de ataque a un estado inocente y el rey está resuelto a seguir el proyecto, una vez que lo haya tenido, para poder ampliar sus territorios y acrecentar las entradas de contribuciones, pero, considerando que el lanzarse a la empresa no podrá ser sin grandes pérdidas y que no reportará ganancia ni al atacante ni al atacado, en estas circunstancias sonará también la campana sin que sea tocada. Según el aforismo de Su Merced un *chüntzu* tiene que esperar respetuosamente ser preguntado antes de hablar y callarse mientras no le pregunten como campana que tocada suena y mientras no es tocada calla. Según eso, del que, sin ser tocado, habla dirá Su Merced que suena sin ser tocado. ¿Acaso ese tal deja, por eso, de ser un *chüntzu*?

Kung Meng Tzu [146] dijo a Mo Ti. El hombre verdaderamente bueno es ignorado de todos como un buen jade, que es más apreciado cuanto más oculto, o como una beldad sin par que, cuanto más retirada viva, es buscada con mayor porfía. A quien mucho pregona, pocos le compran. Ahora, Su Merced va tras cada hombre predicando su doctrina. ¿Para qué se toma tanto trabajo? Mo Ti le respondió: Hoy el mundo anda revuelto. Son muchos los que andan buscando mujeres hermosas. Aunque ellas no salgan de su retiro, son muchos los que las buscan. Pero los

que buscan ser buenos son pocos y, si no se predica el bien con fuerza, la gente lo ignora. Supongamos que hay dos hábiles adivinos. Uno de ellos va por todas partes ofreciendo su arte y el otro vive retirado en su casa. ¿Cuál de ellos recogerá más grano? Kung Meng Tzu contestó que aquel que andaba por todas partes haciendo adivinaciones a la gente. Mo Ti le replicó: También quien va predicando las virtudes del amor, de la justicia y de la equidad contribuirá más a extender la bondad y el bien. ¿Por qué, pues, no se ha de ir predicándola a las gentes?

Kung Meng Tzu, con gorro de letrado, la tableta de apuntes al cinto y vestido con la vestidura ritual de letrado *ju* (confucionista), fue a ver a Mo Ti y le preguntó: ¿El *chüntzu* (caballero perfecto) se viste primero el hábito de su profesión y luego se pone a practicarla, o bien, primero la practica y luego se viste el hábito? Mo Ti le respondió: La conducta no la da el hábito que se lleva. Kung Meng Tzu le preguntó: ¿Y cómo lo sabe Su Merced? Mo Ti le respondió: Antiguamente, Huan [112], señor feudal de Ch'i [25] (683-641 a.C.), llevaba gorro alto, faja ancha, espada de oro y escudo de madera. Así gobernó su estado y éste, bien gobernado, gozó de orden y paz. Antiguamente, el rey Wen [270] de Chin [38] (634-626 a.C.) vestía de paño grueso, pelliza de cordero, cinto de cuero para llevar su espada. Así gobernó su reino y éste, bien gobernado, gozó de orden. Antiguamente, el rey Chuang [58] de Ch'u [68] (612-589 a.C.) llevaba gorro de colores brillantes adornado de lazos, túnica larga y amplia vestidura exterior. Así gobernó su estado y éste estuvo bien gobernado. Antiguamnte, el rey de Yüeh [298[Kou Chien [137] (s. V a.C.), se rapaba la cabeza y se tatuaba el cuerpo. Así gobernó su reino y éste estaba bien gobernado. La indumentaria de esos cuatro reyes fue diferente pero su comportamiento igual. Yo saco de aquí que el comportamiento no depende de la indumentaria que uno se pone. Kung Meng Tzu contestó: Bueno, yo había

ya oído que observar una buena conducta no trae buena suerte. Entonces ¿qué le parece... que debo dejar mi tablilla de apuntes, cambiar mi gorro y venir de nuevo a ver a Su Merced? Mo Ti le contestó: Si, para venir a verme, fuera menester dejar la tableta de tomar notas y cambiar el gorro, querría decir que el comportamiento depende de la indumentaria que se lleva. Kung Meng Tzu insistió: Un caballero perfecto *(chüntzu)*, indefectiblemente, habla y viste como los antiguos y con eso es perfecto en la virtud *jen* (amor al hombre). Mo Ti le contesta: Antiguamente, el emperador Chou [51] de la dinastía Shang [202] y su ministro Shih Fei Chung [211] fueron los grandes tiranos del mundo y los príncipes Chi Tzu [22] y Wei Tzu [267] fueron grandes santos en el mundo. Aquellos y estos hablaban el mismo lenguaje y los unos fueron *jen* y los otros no. Más tarde, Tan, señor de Chou [228], fue en el mundo un santo y (su hermano) Kuan Shu [307] fue en el mundo un malvado. Vestían la misma indumentaria y el uno fue un perfecto caballero *jen* y el otro no. Por lo tanto, la santidad no depende de la indumentaria que se lleva ni del hablar el lenguaje de los antiguos. Además, Su Merced toma como norma de antigüedad a la casa Chou [50] (1122-255 a.C.) y no la casa Hsia [95] (2205-1766 a.C.). Lo que Su Merced llama antiguo no es antiguo.

Kung Meng Tzu dijo a Mo Ti: La jerarquía establecida por los antiguos santos emperadores fue la siguiente: Al varón de santidad más eminente se le hacía *Hijo del Cielo* y a los santos, que venían en segundo lugar, se les nombraba ministros y grandes prefectos. Ahora bien, Confucio fue versado en los *Ritos* y la *Música* y conocedor, al detalle, de toda suerte de cosas. Por lo tanto, se le debía contar entre los santos emperadores. ¿Por qué, pues, no se le tiene por "*Hijo del Cielo*"? Mo Ti le contestó: Para ser hombre sabio es, absolutamente, necesario venerar al Cielo, servir a los espíritus de los difuntos, amar a

los hombres y ser parco en sus gastos. Quien reúne estas virtudes es sabio. Ahora bien, según Su Merced, Confucio fue el hombre de más amplios conocimientos en *Odas y Crónicas*, versado en los *Ritos y Música* y conocedor, al detalle, de toda suerte de cosas. Dice que podía haber sido "*Hijo del Cielo*". Pero, con eso, ¿a cuántos haría ricos y dichosos? Kung Meng Tzu responde: Pobreza y riqueza del Cielo dependen, y no se puede quitar ni añadir nada a lo que El da. Añadió que para hacerse *chüntzu* (caballero perfecto) era necesario estudiar. Mo Ti le contestó: Mandar a uno que estudie y sostener, por otra parte, la existencia del hado, es lo mismo que mandar a uno que se haga el moño y quitarle el que tiene hecho. Kung Meng Tzu dice a Mo Ti: La fortuna o el infortunio no dependen de que uno sea o no justo. Mo Ti le contesta: Todos los santos emperadores de la antigüedad creían que los espíritus de los difuntos eran clarividentes y poderosos. Hacían felices o infelices. En sus manos estaba la dicha y la desdicha. Y, con esto, los gobernantes gobernaban bien y el estado gozaba de tranquilidad. Pero, desde que Chieh [30] y Chou [51] dejaron de creer en la clarividencia y poder de los espíritus de los difuntos y que de ellos dependía la dicha y la desdicha, lo fausto y lo infausto, comenzó la anarquía en el gobierno y la inseguridad e inquietud en el estado. Su Merced lo tiene dicho en las *Crónicas* de los antiguos emperadores: "Sus sufrimientos le vienen de que Ud. mismo es el infausto". Quiere decir que quien obra mal recibe su castigo y quien obra bien es recompensado.

Mo Ti dijo a Kung Meng Tzu: Según el *Ritual* de los funerales, un *chüntzu* guarda tres años luto por sus padres, por su mujer, por su hijo heredero. Un años por los tíos paternos y por los hermanos. Por los miembros del clan, cinco meses. Por las tías, por los tíos maternos y por los sobrinos maternos varios meses. Fuera del tiempo de luto, hay que recitar, tocar la música y ejecutar la danza de las trescientas

odas. Según lo que Su Merced dice, a un caballero perfecto, *chüntzu*, ¿qué días le quedarán libres para asistir a las audiencias en los tribunales y para la administración del gobierno? Y, para un hombre del vulgo, ¿que días le quedan para trabajar en sus quehaceres? Kung Meng Tzu responde: Cuando el estado anda revuelto, se aplica a restablecer el orden y cuando reina el orden, se aplica a la observancia de los ritos y a la música. Cuando hay paz, trabaja en sus quehaceres y cuando el estado está próspero y rico, se dedica a observar los ritos y a la música. Mo Ti le responde: El estado goza de orden cuando se aplican sus gobernantes a mantenerlos y se transtorna cuando lo descuidan. Y un estado se enriquece cuando se trabaja en él y, si se descuidan los trabajos, se pierden las riquezas. El orden y prosperidad de un estado sólo se logra a fuerza de fomentarlo y promoverlo incansablemente. Lo que Su Merced dice que, cuando reina del orden, se puede aplicar a observar los ritos y oír música y, cuando se ha turbado el orden, hay que aplicarse a restablecerlo, es lo mismo que ponerse a cabar el pozo cuando ha venido la sed e ir a buscar al médico cuando el enfermo ha muerto. Los emperadores tiranos de las tres dinastías Chieh [30], Chou [51], Yu [291] y Li [157] se entregaron desenfrenadamente a la música sin ocuparse nada del pueblo. Así, en sus personas sufrieron afrentas y castigos y su estado quedó arruinado y desierto. Todo por haber seguido esa su doctrina.

Kung Meng Tzu dice que los espíritus de los difuntos no existen. Por otra parte, dice que un *chüntzu* debe estudiar los ritos de los sacrificios. Mo Ti le responde: Sostener que no existen los espíritus de los difuntos, por una parte, y, por otra, decir que es necesario aprender los ritos de los sacrificios que se les ofrecen, es como no recibir nunca huéspedes y entregarse al estudio de los ritos que se deben observar al tratar huéspedes; o, sin haber peces, fabricar redes para capturarlos.

Kung Meng Tzu dijo a Mo Ti: Su Merced reprueba el duelo de tres años. Pues entonces, su duelo de tres días (¿tres meses?) es también reprobable. Mo Ti le responde: El que Su Merced condene mi duelo de tres días porque yo repruebe el de tres años es hacer igualmente irrespetuoso el levantar un poco el vestido y el presentarse completamente desnudo.

Kung Meng Tzu preguntó a Mo Ti: ¿Se puede llamar sabio a uno por ser más inteligente que otros? Mo Ti le contesta: Un ignorante puede saber más que otros, ¿acaso por eso será sabio?

Kung Meng Tzu dijo: El duelo de tres años enseña a los niños el amor que se debe a los padres. Mo Ti le contesta: Si los niños aprenden solamente que hay que amar a los padres y, si ya no los pueden recuperar, ¿para qué han de estarse lamentando sin terminar nunca? Es el colmo de la idiotez. ¿La inteligencia de los letrados *ju* será más lúcida que la de tales niños? Decía Mo Ti, si a un *ju* le preguntas para qué sirve tocar música te dirá: La música se toca para tener música. Mo Ti les dice: Uds. no me han respondido nada con eso. Si pregunto para qué se construye una casa, se contesta, para, en invierno, protegerse del frío y, en verano, del calor y para que haya en ella separación de hombres y mujeres. Con esto, Su Merced me ha dicho para qué se construyen las casas. Pero si le pregunto para qué se toca música, me contesta que se toca la música para tener música. Es lo mismo que a la pregunta de para qué se construyen las casas me respondiera que para construirlas.

Mo Ti dijo a Ch'eng Tzu [16]: La doctrina de los letrados *ju* basta ella sola para arruinar las cuatro bases en que estriba el buen gobierno. Los *ju* hacen al Cielo carente de inteligencia y a los espíritus de los difuntos sin poderes preternaturales. Desagradan al Cielo y a los espíritus de los difuntos. Esto basta para arruinar el mundo. Además, según ellos, los entierros debe ser muy opulentos, el duelo muy prolongado, el ataúd doble —exterior e interior—, los vestidos con

que se entierra, muy numerosos. El entierro tiene que ser como un traslado de casa. Hay que lamentarse y llorar tres años arreo. Quedarse tan débil y extenuado que, para levantarse, haga falta un arrimo y, para caminar, un bastón. El oído y la vista atrofiados sin poder oír ni ver. Esto basta para arruinar el mundo. Además, es menester ensayar las músicas de cantos con acompañamiento de instrumentos de cuerda y las danzas al son de tambores. También esto basta para perder el mundo. Además, enseñan la existencia del hado. Dicen que pobreza y riqueza, vida larga o corta, orden o anarquía, tranquilidad e inseguridad están fijados con sus límites inmutables. Si los superiores o gobernantes se conducen por esa teoría, ciertamente, descuidarán sus audiencias y tareas de gobierno. Y, si los súbditos se conducen según esa enseñanza, no trabajarán en sus quehaceres. También esta enseñanza basta para perder el mundo.

Ch'eng Tzu le contestó: Su Merced calumnia atrozmente a los letrados *ju*. Mo Ti le replicó: Si los letrados *ju*, en realidad, no sostienen esas cuatro máximas políticas, y yo se las imputo, son calumnias. Si, en realidad, las sostienen y yo las critico, no les calumnio. Digo lo que he oído. Ch'eng Tzu quedó sin palabra y se salió. Mo Ti le invitó a que volviera y se sentara. Entró, pues, y dijo: En las palabras que Su Merced acaba de decir, ¿qué hay digno de oírse? En todo lo que dice, si no está elogiando a Yü [295], está condenando a Chieh [30] y Chou [51]. Mo Ti le contesta: No es eso. La respuesta va dirigida a quien pregunta u objeta. No es exposición completa del pensamiento o de una elucubración. Hablando claro: Contra quien me ataca fuerte, me defiendo fuerte. Contra quien me ataca levemente, me defiendo también levemente. Respondo a quien me ha objetado, no expongo el resultado de mis elucubraciones. Avanzo en la dirección del timón del carro.

En la discusión que Ch'eng Tzu y Mo Ti sostuvieron, éste mentó a Confucio. Ch'eng Tzu le dijo: No

siendo Su Merced de la escuela de los *ju*, ¿cómo mienta a Confucio? Mo Ti le contestó: Lo que está bien dicho no es posible cambiarlo o corregirlo. Los pájaros, al sentir calor, remontan a las alturas. Los peces, en cambio, descienden a sus profundidades. Ambos aciertan. Y los mismos emperadores tan sabios como Yü [295] y T'ang [233], por más que discurran, no podrán corregirles. Se dirá que los pájaros y peces son irracionales; pero Yü y T'ang tienen que conformarse a ellos. ¿Acaso yo no tenía derecho de mentar a Confucio?

Un señor que trataba con los discípulos de Mo Ti tenía cuerpo robusto y entendimiento agudo. Quiso, pues, seguir a Mo Ti y aprender en su escuela. Mo Ti le dijo: Por ahora, estudie y, más tarde, le hallaremos un cargo de funcionario. Le exhortó a que se ejercitase en hablar bien. Estudió un año y pidió a Mo Ti le consiguiera un puesto de funcionario. Mo Ti le contestó: Funcionario no. ¿No has oído el cuento que se cuenta en el estado Lu [163]? En Lu, hubo cinco hermanos. Se les murió el padre. El hermano mayor era borracho y glotón y no se cuidaba de enterrarlo. El cuarto de los hermanos le dijo: Entiérrale, yo te ayudaré y te compraré vino para que lo bebas. Exhortándolo con buenas palabras, consiguió que lo enterrara. Acabado el entierro, el hermano mayor pidió vino al cuarto hermano. Este le respondió: Yo no te doy vino. Tú has enterrado a tu padre; yo he enterrado a mi padre. ¿Acaso era solamente mi padre? Si tu no le hubieras enterrado, la gente se hubiera reído de ti. Por eso, te exhorté a que le enterraras. Tú has cumplido con tu deber; yo he cumplido, también, con mi deber. ¿Acaso sólo a mí me correspondía ese deber? También de Su Merced se hubiera reído la gente si no hubiera estudiado. Por eso, le exhorté yo a que estudiara.

Mo Ti preguntó a uno que solía andar con sus discípulos, por qué no estudiaba. Respondió que en su clan nadie estudiaba. Mo Ti le contestó: Esa no es

razón. Nadie dice que no quiere ser hermoso porque en mi parentela no se aprecia la hermosura. ¿Quién, que deseara ser rico y noble, dice: yo no quiero serlo porque en mi parentela nadie lo quiere? Al desear ser bello o rico y noble, no se mira si está o no obligado por otros. Pues la justicia es en el mundo la cosa de más valor. ¿Cómo, pues, se ha de mirar si está o no obligado a ella por otros?

Uno, que trataba con los discípulos de Mo Ti, dijo a éste: Su Merced sostiene que los espíritus de los difuntos son clarividentes y tienen poder para hacer a los hombres dichosos o desdichados. A los buenos los hacen dichosos y a los malos desdichados. Ahora bien, hace muchos años que yo sirvo a Su Merced y aún no me ha llegado la dicha. O en la doctrina de Su Merced hay cosas no buenas o los espíritus no deben de ser clarividentes. Si no, ¿cuál puede ser la causa de que no haya logrado yo la felicidad?

Mo Ti le contesta: Porque la felicidad no le haya aún visitado a Ud. ¿por qué, en mi doctrina, ha de haber cosas no buenas o los espíritus de los difuntos no han de ser clarividentes? ¿No ha oído Su Merced que a quien oculta a uno que está obligado a servicios personales, también se le castiga? Responde: No lo había oído. Mo Ti le dice: Supongamos que hay uno que supera en virtud diez veces a Su Merced. ¿Su Merced será capaz de elogiarle a él diez veces por uno que se elogia a sí mismo, como es justo? Contesta: No lo podría. Y, si superara a Su Merced cien veces, ¿podría estarse toda su vida elogiando a aquél sin alabarse a Ud. mismo ni una sola vez? Le respondió: No lo podría. Mo Ti le dice: Si el ocultar a uno solo, merece su castigo, los que Su Merced está ocultando y silenciando son tantos, merecerá un gran castigo, ¿cómo se atreve a pedir dichas?

Enfermó Mo Ti. Entró a verle Tieh Pi [236] y le preguntó: Su Merced sostiene que los espíritus de los difuntos son clarividentes y tienen poder de hacer a los hombres felices y desdichados. Su Merced es un

hombre santo, ¿por qué, pues, está enfermo? O es que en sus doctrinas se hallan cosas no buenas o los espíritus de los difuntos no son clarividentes. Mo Ti le responde: Porque yo esté enfermo, ¿por qué los difuntos no han de ser clarividentes? Un hombre puede enfermar por muchas causas. Por haberse cogido un resfriado o una insolación, por excesiva fatiga. Si una casa tiene cien puertas y has cerrado una de ellas, ¿acaso no les queda a los ladrones por dónde entrar?

Unos cuantos de sus discípulos volvieron a Mo Ti para aprender el tiro al arco. Mo Ti les contestó que no podía enseñarles. A un sabio no se le puede exigir que se aplique a todo aquello que, con sus fuerzas, pudiera hacer. Tampoco el más forzudo soldado de un estado puede, al mismo tiempo, luchar con el enemigo y aplicarse a prestar ayuda a otros. Vosotros, que no sois campeones del estado, ¿cómo vais a poder ser perfectos en la doctrina y también perfectos en el tiro al arco?

Algunos discípulos volvieron a Mo Ti diciéndole: Kao Tzu [132] nos ha dicho de Su Merced: Sus palabras son justas, pero sus obras muy perversas. Tenéis que abandonarle. Mo Ti les responde: No es posible alabar mis palabras y condenar mi conducta. Porque alabar mi doctrina, al fin de cuentas, es mejor que no decir nada. Si uno dice: Mo Ti es un gran malvado. Venera al Cielo, sirve a los manes de los difuntos y ama a los hombres. Ser de esa manera un gran malvado es mejor que no ser nada. Kao Tzu gusta de distinciones. Al hablar de las virtudes *jen* (amor al hombre) y de la justicia, me condena a mí. Pero la condenación de Kao Tzu es mejor que no decir nada de mí.

Algunos señores volvieron a Mo Ti y le dijeron: Kao Tzu es muy capaz de amar a los hombres, *jen*. Mo Ti les contesta: No es tan cierto. La virtud *jen* de Kao Tzu es como la altura de aquel que, para ser alto, se levanta de puntillas; o la anchura del que, para ser ancho, se tumba en el suelo. Posturas ambas que no son para mucho tiempo.

Kao Tzu dijo a Mo Ti: Yo me aplico a gobernar bien el estado. Mo Ti le dijo: Para gobernar bien es necesario realizar en su persona lo que su boca proclama y Su Merced no ejecuta en su persona lo que su boca dice. Esa contradicción entre lo que dice y hace es un desorden. Pues, si Su Merced no es capaz de poner orden en su propia persona, ¿cómo lo podrá poner en el estado? La razón de que no lo pueda es que no lo hay en su misma persona.

LIBRO TRECE

CAPITULO CUARENTA Y NUEVE

El Señor de Lu [163]

El señor de Lu dice a Mo Ti: Me temo que el estado Ch'i [25] me ataque. ¿Podré salvarme? Mo Ti le responde: Lo podrá. Antiguamente, los santos emperadores de las tres dinastas Yü [295], T'ang [233], Wen Wang [300], Wu Wang [281] eran señores de un pequeño territorio de cien millas y, comportándose con fidelidad y justicia, se conquistaron todo el imperio. En cambio, los tiranos de las tres dinastías Chieh [30], Chou [51], Yu [291], Li [157], con su tiranía, crearon enemistades, fomentaron quejas y perdieron el imperio. Yo desearía que Su Señoría reverenciara al Cielo, sirviera bien a los difuntos y amara e hiciera bien a su pueblo, fuera generoso en regalos de pieles y sedas (a los estados vecinos), humilde en sus palabras y órdenes, pronto en cumplimentar cortésmente a los señores feudales, sus vecinos. Induciendo a su estado a que sirva el estado Ch'i, podrá evitar la calamidad que teme. Sin esto, ciertamente no lo evitará.

Ch'i estaba para atacar a Lu. Mo Ti dijo a Hsiang Tzu Niu [98]: Atacar a Lu es para Ch'i un gran error. Antiguamente, el rey de Wu [273] atacó a su vecino oriental Yüeh [298] y acampó en Kuei Chi [143]. Luego avanzó al Oeste y atacó al reino Ch'u [68]. Su rey Chao [12] (514-487 a.C.) se refugió en Sui [217]. Avanzó al Norte y atacó a Ch'i [25] y, habiendo he-

cho prisionero a su príncipe heredero, volvió a Wu. Los príncipes feudales se vengaron de él. Su pueblo se quejó de los grandes trabajos y sufrimientos que tuvo que soportar. Todo ello inútilmente. El estado quedó exhausto y maltrecho y el mismo rey fue muerto.

Antiguamente Chih Pe [34] atacó a la casa Fab [75] en Chung hsin [61]. Se anexionó los territorios de los tres estados en que se había fraccionado el antiguo reino Chin [38]. Los señores feudales se vengaron de él. Su pueblo sufrió grandes vejámenes y no sacó ningún beneficio. Su estado quedó exhausto y maltrecho y él fue muerto. Todo inútilmente. Un gran estado, al atacar a uno pequeño, lo que logra es perjudicar a ambos estados. Los daños del error cometido tornan sobre el estado agresor.

Mo Ti fue a ver al rey de Ch'i [25] y le dijo: Si se emplea una espada en cortar la cabeza de un hombre, la corta en seguida. ¿Se puede decir de ella que está muy bien afilada? El rey contestó: Bien afilada. Si se la usa muchas veces para cortar cabezas, las corta también con toda facilidad. ¿Se puede decir de ella que está muy afilada? El rey le contesta: Muy afilada. ¿Lo que la afilada espada gana, quién lo pierde? (Juego de palabras, *li* significa *afilado* y también *ganar*). El rey responde: La espada es la que gana y aquellos en los que se ha usado salen perjudicados. Mo Ti le dice: Si el estado queda anexionado, el ejército hundido, el pueblo perjudicado y matado, ¿quién sufrirá los daños? El rey bajó la cabeza, quedó pensativo y dijo: Los daños los recibiré yo.

Yang Wen [284], señor de Lu [163], estaba para atacar al estado Cheng [14]. Mo Ti se enteró y fue a impedirlo. Dijo a Yang Wen: suponga Su Señoría que en su estado los grandes distritos o ciudades se pusieran a atacar a los pequeños distritos y ciudades y las grandes familias a atacar a las familias pequeñas, a matar a las personas y arrebatar sus ganados, sus caballos, sus perros, sus cerdos, sus telas, sus sedas y

brocados, su mijo y su arroz y sus demás riquezas. ¿Qué le parecería a Su Señoría? Yang Wen, señor de Lu, contestó: Todos los habitantes del estado Lu son súbditos de mi humilde persona. Si los grandes distritos o ciudades se pusieran a atacar a los pequeños, si las casas grandes atacaran a las pequeñas y les robaran sus bienes, yo les castigaría severamente. Mo Ti le dijo: Pues el Cielo posee todo el mundo como Su Señoría posee su territorio. Si pues, ahora, pone en armas su estado para atacar a Cheng, ¿no le sobrevendrá también el castigo del Cielo? Yang Wen, señor de Lu, le dice: Y Su Merced, ¿por qué me impide a mí atacar a Cheng? Yo debo atacar a Cheng para obedecer la voluntad del Cielo. En Cheng, en tres generaciones, el hijo ha matado a su padre para sentarse en su trono. El Cielo les ha castigado con malas cosechas en tres años. Yo voy a ayudar al Cielo castigándolos. Mo Ti le contesta: En Cheng, en tres generaciones, el hijo ha matado a su padre para sentarse en su trono. El Cielo les ha castigado con cosechas malas durante tres años. Ahora, también, Su Señoría intenta poner en armas su estado para castigar a Cheng y dice que lo hace para obedecer la voluntad del Cielo. Eso es como si un hombre tuviera un hijo bruto, indócil e inútil para todo y su padre le estuviera zurrando y un vecino suyo cogiera también un palo y le apaleara diciendo que era para conformarse a la voluntad del padre. ¿No es absurdo?

Mo Ti dijo a Yang Wen, señor de Lu: Quien ataca a un estado vecino, mata sus habitantes, roba sus ganados, sus caballos, su mijo, su arroz, sus riquezas y luego escribe estas sus hazañas en latas de bambú y en sedas, en bronces y en lápidas, las graba en campanas y ollas para trasmitirlas a sus hijos y nietos de generaciones venideras diciéndoles: Nadie las ha hecho mayores que yo. Si un hombre vulgar ataca a su vecino, mata a las personas de su casa, roba su perro, su cerdo, sus víveres, sus vestidos y escribe estas sus hazañas en latas de bambú, en sedas, las esculpe en

vasos y las estampa en alfombras para trasmitirlas a sus descendientes diciéndoles: Nadie me ha superado en estas fechorías, ¿le parece razonable? Yang Wen, señor de Lu, le contestó: Así es, mirando las cosas según Su Merced me acaba de exponer, cosas que en el mundo se dice que se pueden hacer, no es tan cierto se puedan hacer.

Mo Ti dijo a Yang Wen, señor de Lu: Los monarcas mundanos son muy entendidos en cosas pequeñas e ignorantes en las grandes. Si un hombre roba un perro, un lechoncito, se dirá de él que no tiene la virtud *jen*. Pero si roba un estado, una ciudad, se dice que es justo. Es como si uno ve una cosa blanca muy pequeña, la llama blanca y, si ve otra cosa blanca muy grande, la llama negra. Así son los reyes mundanos. Conocen muy bien las cosas pequeñas e ignoran las grandes. Como lo acabo de decir.

Yang Wen, señor de Lu, dijo a Mo Ti: Al Sur del estado Ch'u [68] hay un país de antropófagos. Al nacer su primer hijo, lo desmembran y se lo comen. Dicen que lo hacen por favorecer a sus ulteriores hermanos. Si es hermoso se lo regalan a su rey y éste, muy contento, recompensa a su padre. ¿No es una costumbre abominable? Mo Ti le contestó: También en el Estado Central (China) hay costumbres semejantes. Matar el hijo a su padre y ser recompensado por ello, ¿en qué se diferencia de comerse al hijo y recompensar a su padre? Quien no practica las virtudes del amor al hombre, *jen* y de la justicia, ¿con qué derecho condena a los bárbaros porque se comen a sus hijos?

Murió un favorito del rey de Lu. Este le hizo un elogio fúnebre que gustó a los habitantes de Lu y lo usaban en sus propios funerales. Se enteró Mo Ti y dijo: Un elogio fúnebre es para exaltar el ánimo del finado. Usarlo para otros por haberles gustado, es lo mismo que vestir la cabeza de una zorra con vestido de luto.

Yang Wen, señor de Lu, dijo a Mo Ti: Hay un

dicho que dice que un ministro fiel baja la cabeza cuando su rey le dice que la baje y que la levanta cuando su rey le dice que la levante. Se le manda estarse quieto y se está quieto. Se le llama y responde. ¿Se puede decir de él que es un ministro fiel? Mo Ti le contesta: Quien mandado levantar la cabeza la levanta y, si se le ordena que la baje, la baja, se parece a la sombra. Y quien, si no se le mueve, se está quieto y, si se le llama, responde, se parece al eco. Su Señoría ¿qué provecho va a sacar de una sombra o de un eco? El ministro que yo llamo fiel es el que, cuando su soberano está faltando, se lo advierte aprovechándose de una ocasión propicia. Si tiene alguna buena idea, se la propone a su soberano absteniéndose de hablar de ella con otros. Fuera de la corte, corrige cuanto encuenta viciado y aporta a la corte lo bueno que ha hallado fuera. Gusta ponerse de acuerdo con su soberano y se abstiene de formar partidos o conventículos con los inferiores. Con esto, lo que haya de bueno y glorioso en el gobierno, se lo atribuye o se lo reserva al soberano y lo que haya de queja o descontento queda para el inferior. La tranquilidad y el gozo los quiere para el soberano y las pesadumbres e inquietudes, para el ministro. Tal debe ser el ministro que yo llamo fiel.

El señor de Lu dijo a Mo Ti: Tengo dos hijos, a uno de ellos gusta el estudio; al otro, distribuir las riquezas a las gentes. ¿A quién debo hacerle mi heredero? Mo Ti le contestó: Eso sólo no basta para saber a quién convenga nombrar sucesor suyo. Tal vez, lo haga para remunerar a quienes lo han merecido. Pero la esmerada solicitud del pescador en alimentar con el cebo a los peces no es precisamente para obsequiarlos. El cebo envenenado que se les propina a los ratones tampoco es por el mucho amor que se les tenga. Yo quisiera que el Soberano reuniera sus obras y sus motivaciones y las examinara.

Un habitante de Lu llevó a su hijo a Mo Ti para que estudiara con él. Este su hijo murió después en

la guerra. Su padre inculpó a Mo Ti. Mo Ti le contestó: Su Merced quiso que su hijo estudiara. Terminó sus estudios y ahora ha muerto en la guerra. El airarse contra mí, es como quien ha querido vender la mercancía, se le compra y se aira contra el comprador. ¿No es quejarse irracionalmente?

Al sur del estado Lu, vivía un tal Wu Lü [276]. En invierno, trabajaba en alfarería y en verano labraba los campos. El mismo se tenía por un virtuoso como el emperador Shun [214]. Se enteró Mo Ti y fue a verle. Wu Lü dijo a Mo Ti: "¡Justicia! ¡Justicia! ¿Acaso está en hablar mucho?" Mo Ti le contestó: Lo que Su Merced llama justicia, ¿no es que quien tiene fuerzas las emplee en ayudar a otros, y que quien posee riquezas las distribuya con otros? Wu Lü le contestó: Eso es. Mo Ti le replicó: Yo, Ti, he echado mis cuentas. Si yo me propongo alimentar a las gentes del mundo con los frutos de mi labranza, lo más que puedo hacer es lo que hace un labrador. Y si quiero distribuirlos con todo el mundo, cada uno no podría recibir más que una libra de grano. Con que cada uno recibiera una libra de grano, no podría hartar a los habitantes del mundo. Está claro. Y si yo, Ti, me propongo dedicarme a tejer para vestir a las gentes del mundo, lo más que puedo tejer es lo que teje una mujer, y si quiero distribuir la tela tejida por mí, no podrán abrigarse los que están sufriendo frío. Esto es también patente. Y si yo visto mi armadura, empuño mis armas y voy a salvar a un señor feudal, lo más que puedo hacer es combatir como un soldado cualquiera en la guerra. No podría yo solo repeler a los tres cuerpos del ejército enemigo. Esto es también evidente. Yo, Ti, pensé entonces, que nada podría hacer mejor que leer y recitar las enseñanzas de los antiguos emperadores, investigar sus dichos, penetrar bien el sentido de las palabras de los santos y examinar bien sus expresiones. Luego predicar estas doctrinas, primero a los reyes y magnates y luego al vulgo de la gente y a los soldados. Si los

reyes y magnates quieren servirse de mis enseñanzas, su estado estará ciertamente bien gobernado. Si el vulgo y los peatones quieren servirse de mis enseñanzas, ciertamente su comportamiento será excelente. Así, he pensado que, aunque no me dedique a labrar los campos para dar de comer a los hambrientos; aunque no me ponga a tejer para vestir a los que sufren frío, mi contribución puede ser mayor que si me aplico a labrar las tierras para alimentar o a tejer para vestir a las gentes. Así pues, creo que, aunque no labre las tierras, y, aunque no haga tela, contribuyo más que si me aplicara a esas tareas.

Wu Lü contestó a Mo Ti: "¡Justicia! ¡Justicia! ¿Acaso está en palabras?" Mo Ti le contestó: Supongamos que en el mundo se ignorase la labranza, ¿Qué sería más conducente y provechoso, enseñar a las gentes a labrar los campos o abstenerse de enseñar para aplicarse del todo a la labranza? Wu Lü le contestó: El provecho sería mayor enseñando a las gentes la labranza. Mo Ti le dice: Si hubiera que guerrear contra un estado injusto, ¿que sería más conducente y provechoso, dirigir el ataque de las tropas con los toques de tambor o, dejando de dirigir el ataque, avanzar sólo a luchar con el enemigo? Wu Lü contestó: Mejor sería dirigir el ataque con los toques de tambor. Mo Ti le dijo: El vulgo (los peatones) del mundo conoce poco la justicia y enseñarla será también más conducente y provechoso. ¿Por qué pues no predicarla? Si, en el avance hacia la justicia, logro apoderarme del tambor de señales, mi justicia ¿no hará progresar más la justicia?

Mo Ti envió a Kung Shang Kuo [147] al reino de Yüeh [298]. Kung Shang Kuo habló de él al rey de Yüeh. El rey se alegró muchísimo y dijo a Kung Shang Kuo. Si Su Merced lograra traer a Mo Ti a Yüeh para adoctrinar a mi humilde persona, yo dividiría quinientas millas cuadradas del antiguo reino de Wu [273] para darlas en feudo a Mo Ti. Kung Shang Kuo se lo prometió. Inmediatamente, fueron engan-

chados los caballos de quinientos carros para que Kung Shang Kuo fuera a Lu a recibir a Mo Ti y decirle: Yo he hablado al rey de Yüeh de mi maestro. El rey de Yüeh ha quedado muy contento y me ha dicho que si logro que Mo Ti venga a Yüeh a enseñar a su humilde persona separaría quinientas millas del antiguo reino de Wu para dárselas en feudo. Mo Ti preguntó a Kung Shang Kuo: ¿Su Merced qué piensa de la voluntad del rey de Yüeh? Si el rey de Yüeh quiere oír mis enseñanzas y ejecutar mis doctrinas, yo iré allá. Comeré a la medida de mi estómago, vestiré a la medida de mi cuerpo. Seré uno de tantos funcionarios suyos, ¿Qué voy a hacer yo, con el feudo que me ofrece? Pero si el rey de Yüeh no quiere oírme y ejecutar mis doctrinas, ir yo allá sería para venderle la justicia. ¿Para vender la pesca que captura mi anzuelo, no tengo yo aquí el Estado Central? ¿Qué necesidad tengo de ir a Yüeh?

Mo Ti se paseaba. Wei Yüeh [268] le preguntó: Si Su Merced lograra audicencia de los reyes de las cuatro regiones, ¿por cuál de los temas comenzaría a hablarles? Mo Ti le respondió: Siempre que entrara en un estado, escogería, sin falta, el tema que más urgiera por el momento en aquel estado. Si le hallara revuelto, les hablaría de "Promover a los varones mejores" (c. 8 y 9) y de la "Unión de ánimos y pareceres" (cc. 11 y 12). Si encontrara el estado empobrecido, hablaría primero de "Morigerar gastos" (cc. 20 y 21) "Moderar gastos en los funerales" (c. 25). Si hallara que el estado estaba entregado a los placeres y a la crápula, comenzaría por hablarles de los temas "Reprobación de la música" (c. 32) y "Contra la existencia del hado" (c. 37). Si en el estado hubiera cundido el vicio, la delincuencia y la falta de observancia de los ritos, les hablaría de los temas de "Reverenciar al Cielo" y servir a los difuntos (cc. 26, 27, 31). Si viera que el estado estaba empeñado en invadir y apoderarse de otros estados, les hablaría de la "Comunidad de amor" y de "No agresión" (cc. 14, 16, 17, 18, 19).

Como he dicho, hablaría de lo que más urgiera en cada estado.

Mo Ti envió a Tsao Kung Tzu [241] al estado Sung [221] para funcionario. Volvió después de tres años. Fue a ver a Mo Ti y le dijo: Antaño yo andaba a la escuela de Su Merced. Vestía el corto y burdo vestido de *ko* (frijolillos de India). Mi alimentación se reducía a sorber caldo de quenopodio. Si lo tomaba a la mañana, no lo tenía por la tarde. Ofrecía sacrificios a los espíritus de los difuntos. Hoy, gracias a la enseñanza recibida de Su Merced, mi casa está ya bien abastecida. Con mucho cuidado ofrezco sacrificios a los espíritus de los difuntos, pero se me han muerto muchos miembros de la familia, la cría de los seis géneros de animales domésticos no prospera y mi propia salud es una continuada enfermedad. No sé si la doctrina de Su Merced puede aprovechar algo. Mo Ti le contesta: No es solo eso. Lo que los espíritus de los difuntos nos piden, son más cosas que esas. Quieren que, si uno se halla bien situado en un puesto alto de pingüe renta, lo ceda a quien es mejor y más capaz y que, quien abunda en riquezas, las distribuya con los pobres. ¿Cómo van a apetecer los espíritus de los difuntos el mijo de las ofrendas o los pulmones de las víctimas? Ahora bien, Su Merced ocupa un alto puesto bien retribuido y no se lo cede a otros mejores que Su Merced. Esta es una causa nefasta, origen de sus infortunios. Ha acumulado muchas riquezas y no las distribuye entre los pobres, segunda cusa de sus infortunios. Sirve a los espíritus de los difuntos, pero sólo en ofrecerles sacrificios, y aún pregunta cómo le vienen sus enfermedades. Es como quien tiene una casa de cien puertas; cierra sólo una de ellas y se pregunta por dónde han entrado los ladrones. De esta manera, ¿cómo implorar las bendiciones de los difuntos?

En el estado Lu, se solía ofrecer un cerdo a los espíritus de los difuntos y se imploraban cien bendiciones. Mo Ti se enteró y dijo que no se podía hacer

eso. Si tú das poco y esperas del otro que te dé mucho, hay peligro de que, quien lo ha recibido, se crea que ha sido simplemente un donativo que le has querido hacer. Si, pues, por un cerdo que les has ofrecido, les pides cien favores a los espíritus de los difuntos, es de temer que ellos esperen que les vas a ofrecer una res vacuna u ovina. Antiguamente, los santos emperadores, en el culto a los difuntos, sólo ofrecían sacrificios (no pedían favores). Ahora se les sacrifica un cerdo y se les pide cien favores. La riqueza implorada no equivale a la pobreza ofrecida. P'eng Ch'ing Sheng [193] dijo: Podemos saber lo pasado, no lo futuro. Mo Ti le contestó: Suponte que tu padre, estando más allá de cien millas, ha tenido una desgracia. Si llegas antes de veinticuatro horas le podrás salvar, si no llegas, morirá. Tienes un carro sólido y excelentes caballos. Tienes también unos miserables jamelgos y un carro de cuatro esquinudas ruedas. Tienes opción de escoger. ¿Cuál de los carros montarías? Respondió: Montaría el carro sólido tirado por excelentes caballos para poder llegar pronto. Mo Ti le dijo: ¿Y cómo dices que lo futuro no es posible conocer?

Meng Shang [170] elogió al príncipe Lü (de Ch'u) [164]. Dijo: Antiguamente, en los calamitosos disturbios provocados por el príncipe Pe [190] (480 a.C.), éste se apoderó del hijo del rey Lü. Armado de hacha de guerra y cimitarra, poniendo sobre el corazón del príncipe la punta del arma le intimó diciendo: Si aceptas el trono, vivirás; si no lo aceptas, morirás. El príncipe Lü le contestó: ¿Para qué me oprimes? ¿Quieres matar a mi padre y agraciarme con el trono de Ch'u? Aunque se me diera todo el imperio, a condición de cometer una injustica, no lo aceptaría. Cuanto menos el trono de Ch'u. Y no lo aceptó. ¿No fue el príncipe Lü perfecto en la virtud *jen*? Mo Ti le respondió: En efecto, hizo una cosa muy difícil. Pero, con todo, no llegó a la perfección de la virtud *jen*. Si aceptar el trono era contra la virtud, ¿por qué no

aceptó y restableció el orden en el estado? Si el príncipe Pe obraba injustamente, ¿por qué no aceptar el trono, castigar al príncipe Pe y devolver luego la corona a su padre? Por eso, he dicho que, aunque hizo una cosa muy difícil, con todo no llegó a la perfección de la virtud *jen*.

Mo Ti envió a Sheng Ch'o [209] a servir a Hsiang Tzu Niu [98]. Hsiang Tzu Niu atacó tres veces al estado Lu y Sheng Ch'o le acompañó. Se enteró Mo Ti y envió a Kao Sun Tzu [131] a pedir a Sheng Ch'o que se despidiera de él. Le dijo: Yo envié a Ch'o para que fuera freno de su arrogancia y correctivo de su favoritismo y Ch'o, después que ha recibido pingües rentas, está engañando al prefecto. Este ha invadido tres veces Lu y Ch'o le ha acompañado. Lo que he hecho es restallar el látigo en la collera del caballo. Yo, Ti, he aprendido que hablar de la justicia y no practicarla es ofender la luz. No es que Ch'o no lo sepa. Es que los emolumentos de su cargo han vencido su justicia.

Antiguamente, los dos reinos Ch'u [68] y Yüeh [298] peleaban en sus naves en el Río Azul. Los de Ch'u avanzaban a favor de la corriente y reculaban contra corriente. Cuando la suerte de la batalla les era propicia, avanzaban. Si se les volvía adversa, les era costoso recular. En cambio, los de Yüeh avanzavan contra corriente y retrocedían a favor de la corriente. Cuando la suerte les era propicia, avanzaban, cuando les era adversa reculaban rápidamente. Los de Yüeh favorecidos por esta su situación infligieron una gran derrota a los de Ch'u.

Kung Shu Tzu [150] fue desde Lu al reino oriental de Ch'u. Inventó una lanza de gancho y punta. El gancho servía para retener la nave que quisiera huir y la punta para defenderse. Calculó bien la distancia del gancho a la punta y fabricó la lanza. Las lanzas de los soldados de Ch'u llevaban este dispositivo del que carecían las de los soldados de Yüeh y, gracias a él, infligieron una gran derrota a los de Yüeh. Kung

Shu Tzu, gloriándose de su ingenioso invento, habló de él a Mo Ti. Le dijo: Nuestra marina lucha con lanzas provistas de gancho. No sé si la virtud de justicia de Su Merced tiene también lanzas con ganchos. Mo Ti le contestó: Las lanzas de ganchos de mi virtud de la justicia superan mucho a las lanzas de gancho de su marina de guerra. Mi lanza de gancho engancha con el amor y ataja con el respeto. Sin enganchar con el amor, no hay intimidad de afecto; si no se ataja con el respeto, pronto se degenera en familiaridad excesiva. Una familiaridad sin afecto verdadero, pronto provoca el distanciamiento. Por eso, las relaciones deben ser amorosas y las amistades, respetuosas. De esta manera, resultan provechosas para ambas partes. En cambio, Su Merced engancha y retiene al otro. El otro engancha, a su vez, a Su Merced y le retiene. La punta de su lanza ataja el avance de su enemigo y la punta de la lanza de su contrario ataja el avance de Su Merced hacia él. Mutuamente quedáis enganchados y mutuamente quedáis atajados para heriros y haceros daño. Por eso, la lanza de gancho de mi justicia es mejor que las lanzas de gancho de vuestra marina de guerra.

Kung Shu Tzu, recortando y perfilando un trozo de bambú, hizo una picaza que volaba tres días sin bajarse. Kung Shu Tzu se creyó con esto sumamente habilidoso. Mo Ti le dijo: La picaza fabricada por Su Merced no vale lo que el cojinete del eje de un carro construido por un carrero. Lo construye en un instante con un madero de tres pulgadas y puede soportar un peso de cinco mil libras. Habilidad es hacer una obra de provecho para el hombre.

Kung Shu Tzu decía a Mo Ti: Antes de que me hubiera entrevistado con Su Merced, yo intenté apoderarme del estado Sung [221]. Después de haberle visto y tratado, aunque me dieran el estado de Sung, si era injustamente, no lo recibiría. Mo Ti le respondió: Antes que Su Merced se entrevistara conmigo, quiso apoderarse del estado de Sung y después que

me hubo visto, aunque se lo dieran, si era injustamente, no lo recibiría Su Merced. Quiere esto decir que yo le he dado el estado Sung. Aplíquese Su Merced a obrar siempre la justicia y yo daré a Su Merced el imperio entero.

CAPITULO CINCUENTA

Kung Shu [148]

Kung Shu P'an [148] construyó para el reino Ch'u [68] escalas para asaltar murallas. Fabricadas las escalas, se aprestaba para atacar al estado Sung [221]. Se enteró Mo Ti y, partiendo de Ch'i [25], viajó diez días y diez noches y llegó a Ying [309] (capital de Ch'u). Fue a ver a Kung Shu P'an. Kung Shu P'an le preguntó: ¿Qué me manda Su Merced? Mo Ti le dijo: En el Norte, han agraviado a su servidor, y quisiera matar a mi agraviador por medio de Su Merced. Kung Shu P'an puso mala cara. Mo Ti le dijo: Le ruego reciba diez monedas de oro. Kung Shu P'an le contestó: Yo soy hombre justo y no mato a nadie. Mo Ti, levantándose, le hizo dos reverencias y le dijo: Permítame que le hable. En el Norte, he oído que Su Merced ha fabricado escalas de asalto y que se prepara a atacar a Sung. ¿Qué crimen ha cometido Sung? Al reino Ching [46] (Ch'u) le sobran tierras y le escasean hombres. Matar hombres, que le escasean, para adquirir tierras, que le sobran, no se puede llamar política sabia. Sung no ha cometido ningún crimen y atacarle no puede decirse ser virtud *jen*. Saberlo y no combatir tales planes es contra la fidelidad. Combatirlos, sin éxito, no se puede llamar poder. Por querer ser justo, no querer matar a pocos y matar a muchos no es ser lógico. Kung Shu P'an quedó convencido. Mo Ti le dijo: ¿Por lo tanto, queda el ataque cancelado? Kung Shu P'an le contestó: No es

posible; hemos ya hablado con el rey. Mo Ti le dice: ¿Por qué no hablar yo al rey? Kung Shu P'an consiente y Mo Ti va a ver al rey y le dice: Hay un hombre que abandona su hermoso y ricamente adornado carruaje, y roba al vecino un carromato roto y desvencijado. Arroja sus ricas vestiduras bordadas, y quiere robar al prójimo un vestido corto de burda tela de *ko*. Deja carne exquisita, y quiere robar al prójimo salvado o cáscara de grano. ¿Qué tipo de hombre es éste? El rey le contesta: Un hombre con manía de robar. Mo Ti le replica: El reino Ching [46] (Ch'u) posee un territorio de cinco mil millas, mientras que el de Sung sólo quinientas millas. Es, pues, como un hermoso y ricamente aderezado carruaje junto a un carromato roto y desvencijado. Ching posee los bosques de Yün Meng [299] llenos de rebaños de rinocerontes, ciervos y alces. Los peces, tortugas y cocodrilos de sus dos grandes ríos Azul y Han son la gran riqueza del mundo. En cambio, Sung nada tiene fuera de algunos faisanes, conejos y zorras. Esto es la cáscara o el salvado junto a carnes exquisitas. El reino de Ching posee pinares, bosque de catalpas de madera finas, olmos, robles, alcanforeros, cinamomos. En Sung no se da árboles. Es como una hermosa y bien bordada vestidura junto a un vestido corto de burda tela de *ko*. A su servirdor le parece que atacar Su Majestad a Sung es comparabla al hombre del cuento y teme que viole la justicia sin obtener nada de provecho. Está bien, le contestó el rey. Con todo, Kung Shu P'an me ha fabricado escalas de asalto y es necesario apoderarse de Sung.

Después fue de nuevo a verse con Kung Shu P'an. Mo Ti soltó su cinto para con él representar la muralla de Sung y las fichas de escribir le sirvieron como armas. Kung Shu P'an combinó con ellas nueve tácticas de asalto a las murallas y las nueve veces fue rechazado por Mo Ti. A Kung Shu P'an se le acabaron las fichas y a Mo Ti le sobraban para defenderse. Kung Shu P'an tuvo que darse por vencido. Entonces

dijo: Yo sé una manera de repeler a Su Merced, pero no se la digo. Mo Ti le contestó: Yo también sé cómo piensa rechazarme y tampoco se lo digo. El rey de Ch'u se lo preguntó y Mo Ti le dijo: El plan de Kung Shu P'an no es otro que el de asesinarme a mí. Cree que, matando a su servidor, Sung no podrá defenderse y lo podrá conquistar. Pero mis discípulos de Ch'in Ku Li [42] y otros hasta trescientos hombres tomaron los artefactos de defensa de su servidor y están ya en las almenas de Sung esperando el ataque de los invasores de Ch'u. Y, aunque mate a un servidor, no podrá hacer que la ciudad sucumba. Está bien, contestó el rey. Propongo no atacar a Sung. Mo Ti se volvió pasando por Sung. Llovía y quiso guarecerse en la puerta de la ciudad. El portero no le permitió entrar. Existe el refrán que dice: Un espíritu lo ha remediado y nadie se ha enterado; un idiota ha contendido con un varón clarividente y todo el mundo se ha enterado [51].

[51] Los veinte restantes capítulos de la obra están dedicados a fortificaciones, artefactos y estrategia guerrera. No interesan a nuestro objeto.